
WARHAMMER
40,000
PARIA
Una novela de Bequin
DAN ABNETT

PARIA

PRIMER VOLUMEN DE LA TRILOGÍA DE BEQUIN

DAN ABNETT



TRADUCIDO POR HUMANELEUX



CORREGIDO Y MAQUETADO POR KAS

PORTADA POR MAZA

La primera parte de la historia, que se llama

REINA MAB

CAPÍTULO 1

En la cual me doy a conocer



esta, creo, será la historia de mi vida, y comenzará aquí. No aprenderás mucho de mí, o lo aprenderás todo. Todavía no he decidido cuál.

Sé una cosa, y es que mi vida tiene demasiadas historias dentro de ella. Está hecha de historias, como una cuerda que se enrolla a partir de pequeñas hebras, o un mosaico que está hecho de pequeños pedazos de colores. Yo estoy hecha de historias. Debo dejar de lado muchas de ellas, de lo contrario la que importa no tendrá ningún sentido. Algún día, si estoy viva, tal vez me convenzan de contar algunas de las historias que he omitido. Pero son mentiras y fabulaciones y, de todos modos, no espero vivir.

El nombre de mi familia era Bequin, y este es el nombre que siempre he usado cuando soy yo misma. Me dieron a entender que la prueba de esta herencia se podía encontrar en un cementerio de los pantanos, ya que mi familia era de los pantanos, pero nunca pensé en comprobarlo, ni en visitar la lápida. Me doy cuenta de que esto me hace parecer tontamente confiada. No lo soy. Además, si un día se me hubiera ocurrido tomar un camino hasta la Puerta de la Industria (Toilgate en el original nt) y adentrarme en el pantano, estoy segura de que, al llegar, me habría esperado una lápida en la parcela anegada, salpicada de líquenes, aunque no hubiera estado allí el atardecer anterior.

Se dice que me parezco mucho a mi madre. El hecho de haberme criado como huérfana hace que tampoco pueda corroborarlo.

Mi condición de huérfana explica mi situación. Fui tutelada por la ciudad desde muy joven, llevada al Colegio Orbus, en la colina de la Gran Puerta, y criada allí, para luego ser trasladada, al cumplir los doce años, al Gran Laberinto, cuyos alojamientos colindaban con el colegio. Esto se debió a mi selección como candidata prometedora. La mayoría de los pupilos del colegio dejaban la escuela y se iban a la ciudad cuando cumplían doce años y tenían la edad legal para trabajar. Los candidatos prometedores, uno o dos cada pocos años, eran trasladados al Gran Laberinto. Por lo tanto, había vivido toda la vida que podía recordar allí en la colina, en un edificio con goteras y corrientes de aire, o en otro que daba la espalda.

Me llamo Beta Bequin. El nombre es una contracción cariñosa de mi nombre completo, *Alizebeth,* y no una etiqueta original. Se dice en voz alta con una vocal larga como en Bay-tar, no como *Beater* o *Better*.

Un amable desconocido me encontró deambulando por el pantano cuando era una niña muy pequeña, y al investigar se descubrió que mi madre había fallecido de una afección. El aire de los pantanos es contaminante y puede afectar a los pulmones.

Si la ciudad no te resulta familiar, déjame que te cuente algo sobre ella. Las marismas de las que he hablado están al sur, muy al sur, más allá de la mole desmoronada de la Puerta de la Industria, por donde antes pasaban los trabajadores de ida y vuelta a los astilleros. Esto fue en los viejos tiempos. La hermana Bismillah me lo contó cuando era una niña. En la época en que yo vivía allí, los astilleros estaban abandonados, y sólo había cobertizos de hormigón de roca de inmenso tamaño que se alzaban a intervalos a lo largo del antiguo varadero del río, y las tierras habían sido parcialmente reclamadas, o conquistadas, por el agua, convirtiéndolas en una llanura gris y brumosa de árboles húmedos y viviendas bajas y empobrecidas. Al oeste de la ciudad, pasando por la Gran Puerta, se encontraban las montañas, a las que sólo se referían como las Montañas, y al noreste, más allá de la sombría estructura de la Puerta del carbón, se encontraba el espacio vacío, la gran Tierra del sol (Sunderland en el original nt), cuyos polvos grises, según me dijeron, acabarán dando paso al abrasado arenal del Desierto Carmesí.

La ciudad se llama Reina Mab (Queen Mab en el original nt). Está en la prefectura de Hércules, en la parte sur del mundo, que se llama Sancour, que a su vez está en el subsector de Angelus. La Reina Mab fue una vez muy poderosa e importante, la ciudad más poderosa del mundo, y sus espléndidas torres y conspicuas puertas eran la envidia de todas las demás ciudades del mundo, y de muchos otros mundos. La guerra la hizo poderosa. Pero la guerra terminó, y la Reina Mab quedó exhausta y agotada. Desde que la conozco, y durante mucho más tiempo, la ciudad ha estado en su ocaso. Siempre está enferma y débil; está desgastada y marchita. Muchas partes de ella se están desmoronando, y hay algunas partes que están tan deterioradas que nadie se atreve a visitarlas por miedo a desprender una pared o un tejado raído sin más fuerza que el sonido de los pasos. La ciudad siempre ha sido un lugar viejo, con humedad bajo los pies, polvo metiéndose en la boca y un viento frío de las Montañas al hombro. Desde mi temprana infancia, me levanté a través de ella. La hermana Bismillah decía a menudo que subía flotando, desde la parte más baja y húmeda, hasta la colina de la Gran Puerta. Le comenté que eso me convertía en una fuerte nadadora.

Ella sugirió que esto simplemente me familiariza con la misión de la metáfora.

A los doce años, y ni un día más, entré en el Gran Laberinto, y comencé mi instrucción privada por la cuarta y tácita rama de los venerables Ordos. Fui seleccionada para ello por ciertos aspectos de mi humor, a los que el mentor Saur se refiere como mi *temperamento*.

Entré en el Gran Laberinto, y toda la ciudad de la Reina Mab se convirtió en mi aula.

CAPÍTULO 2

De las semejanzas



En la sala superior del Gran Laberinto existía un espejo para reflexionar sobre aquellas almas que, sin saberlo, iban a enseñarnos. En él leíamos sus vidas como preparación. Sólo me preocupaba de utilizar el espejo de interrogación cuando la madre Mordaunt o el secretario estaban presentes. Ellas eran las más veteranas de los cuatro mentores del Gran Laberinto. Podíamos usar el espejo en otras ocasiones, incluso sin supervisión, pero nunca me importó. El espejo era inquietante. Veía en él cosas que no deseaba ver.

Tenía un espejo en mi habitación, un espejo de mano con marco de madera. En él no se podían hacer pruebas, y por eso lo prefería, porque sólo me mostraba a mí. Creo que los mentores lo habrían confiscado si hubieran sabido que existía. Los únicos espejos que debíamos utilizar eran el espejo de las pruebas y los espejos de cuerpo entero, viejos y plateados, que había en el vestuario.

Mi espejo de mano era lo único que no me mentía. Podía ver mi cara en él. Vi el pelo negro, hasta los hombros, y una bonita nariz. Tenía una bonita nariz, una nariz con carácter. Mi boca no estaba particularmente rellena, ni poseía unos labios gruesos como los de alguna jovencita de valor en un retrato romántico, pero era flexible y más atractiva cuando se inclinaba hacia arriba o hacia abajo. A menudo me miraba al espejo con estas expresiones, así que las conocía. Mi ceño fruncido podía ser alarmante, y podía incitar a la gente a disculparse. Mi sonrisa, con los dientes al

descubierto, era igualmente convincente. Mis ojos eran oscuros y bastante grandes.

Era alta, más que Corlam o Mentor Murlees, casi tan alta como La madre Mordaunt, a quien crecí considerando una mujer alta, y tenía una complexión delgada porque mantenía una condición entrenada. No sabía si era atractiva para los hombres o para las mujeres como Beta Bequin, porque eso no importaba, ni se había probado nunca. Sabía que podía ser atractiva para los hombres y las mujeres en circunstancias en las que no estaba siendo Beta Bequin, y esa era la cuestión.

El Gran Laberinto era una escuela. Los Ordos la establecieron en la Reina Mab hace mucho tiempo, como un lugar discreto en el que llevar a cabo el entrenamiento de personas notables sin que se note. Supongo que hay muchas otras como ésta en otras ciudades de otros mundos. Tendría que haberlas, ¿no?

No era una escuela como el Colegio Orbus. Era un hogar para niños abandonados, instituido para vestir y alimentar, a expensas de la ciudad, a los niños perdidos, y enseñarles las letras, los números y una medida suficiente de los textos de la Eclesiarquía. Para ganarse una plaza en el Colegio Orbus, simplemente había que carecer de familia.

Para ganarse un lugar en el Gran Laberinto, había que ser seleccionado. Entrábamos, normalmente, solos, nunca más de dos de un mismo grupo de niños abandonados. Nunca supe que hubiera más de veinte alumnos.

El Gran Laberinto había sido, durante mucho tiempo, un teatro o casa de juegos, porque los restos de un escenario arqueado aún se mantenían en la sala que usábamos como refectorio, y en el sótano había rastros de trampillas de escenario y bóvedas para aparatos técnicos como luces, planos de escenografía y cabrestantes. El accidentado pasado del edificio como teatro también explicaba cómo el vestuario llegó a estar tan lleno de trajes y accesorios.

Pero no había sido siempre una casa de juegos, como tampoco había sido yo siempre una huérfana, o una mensajera de la calle, o la camarera de un prostíbulo, o la ayudante de un escribano, o la guardaespaldas de un comerciante, o cualquiera de las otras cosas que he sido temporalmente.

Creo que originalmente era un lugar de culto. Un lugar de culto clandestino, levantado por uno de los antiguos cultos de la Reina Mab, patrocinado por un rico comerciante o terrateniente que encontraba alternativas espirituales al rígido Culto Imperial que invitaba a ello. Esto fue antes de la guerra.

Adiviné esto por el nombre. Gran Laberinto. Estaba estudiando textos de la Vieja Terra, la Antigua Terra de hecho, obras guardadas en las pilas de datos de la biblioteca del Gran Laberinto. Algunas de estas obras eran preimperiales, y databan de la época de la Gran Cruzada, la Unificación, incluso de la Vieja Noche y la Era de la Tecnología. A menudo estaban escritas en las lenguas de esas épocas, y rápidamente adquirí una competencia en franco antiguo, suficiente para desenvolverme. Tengo una aptitud para los idiomas. Creo que es una habilidad eidética. Mi aptitud es una de las razones por las que estoy escribiendo esto en el empobrecido Enmabic coloquial, el argot de las calles de Reina Mab, en lugar de en Bajo Gótico, porque ya nadie usa el Enmabic, y por lo tanto muy pocos que encuentren esto podrán entenderlo.

De todos modos, le comenté a Mentor Murlees, que es el sabio y bibliotecario de los tutores de la casa, que el Gran Laberinto podría ser fácilmente una corrupción de la antigua frase franca *maison dieu*, o "Casa de Dios".

El mentor Murlees no era muy viejo, pero era extremadamente frágil. Pasaba la mayor parte del tiempo en una silla de ruedas, aunque era capaz de mantenerse en pie. No tenía más de diez años que yo. Tenía una mente verdaderamente erudita, que hacía que mis talentos en ese sentido fueran insignificantes. Todo lo que veía, lo aprendía. Su cabeza estaba llena de datos, todos absorbidos al instante, todos recordables al instante. A veces pensaba que su mente era la responsable de su fragilidad, como si el hecho

de soportar tantos datos, tanto poder mental y conocimiento, robara a su cuerpo el vigor y el alimento.

Cuando le conté mi suposición, sonrió al pensarlo y asintió.

-Efectivamente, no hay ningún laberinto, Beta- dijo.

Resultó que se equivocaba, pero no de la manera que podría haber supuesto.

La casa de juegos, o casa, o lo que fuera cuando la piedra se colocaba por primera vez sobre la piedra, estaba orientada al polvoriento noreste, en la cima de la Colina de la Gran Puerta, y todos los cristales de las ventanas que miraban en esa dirección estaban permanentemente manchados de hollín del desierto, de la oscuridad gris de la Tierra del sol. Los ácidos y otros elementos agudos habían carcomido la piedra y picoteados partes del tejado. Algunas partes del lugar ya no eran aptas para ser habitadas. La lluvia y la luz de la luna goteaban a través de los techos rotos. Los pasillos y las tablas del suelo estaban húmedos por el agua de lluvia y olían a armarios viejos. Si originalmente había sido un templo, entonces los que lo construyeron tal vez construyeron lo que ahora es el Colegio Orbus como una escuela de fe complementaria. El orfanato estaba orientado al oeste y al norte, enfrentándose "desde el borde del peñasco de la Colina de la Gran Puerta" a la negra amenaza de las Montañas. Además, protegía lo peor del clima septentrional, aislando al Gran Laberinto de lo peor de los inviernos que llegaban cada año a toda velocidad al sur.

Los edificios se apoyaban unos en otros, pila de piedra contra pila de piedra, y se habían filtrado unos a otros. Estaban atravesados en lugares obvios: en patios y pasillos. También estaban unidos de forma secreta, caminos secretos que sólo los curiosos podían encontrar después del toque de queda. Los espacios comunes de los áticos y los sótanos comunes hacían más difícil discernir, en los tiempos modernos, dónde terminaba un edificio y dónde empezaba el otro.

Cada uno de nosotros ,los candidatos, como se nos conocía,tenía su propia habitación. Cuando cumplí veinticuatro años, era una de los tres más viejos

que seguían en la residencia. Los otros candidatos, ocho en aquel momento, tenían edades comprendidas entre los veintidós y los trece años. El año anterior había habido otros dos mayores que yo, Corlam y Faria, pero se habían marchado. Habían sido seleccionados para el servicio y trasladados. No los volvimos a ver, ni lo esperábamos. Veintiséis o veintisiete años parecía ser la edad en la que uno terminaba su formación y se graduaba.

Nunca vimos a ningún candidato después de salir del Gran Laberinto, excepto a Judika.

Así que teníamos nuestras propias habitaciones. Luego estaba la sala superior, para las reuniones informativas, el vestuario, el refectorio, los lavabos, las habitaciones privadas de los cuatro mentores y una sala para el personal, la biblioteca (que en realidad era una amalgama de cuatro habitaciones), y la taquilla, que era competencia del mentor Saur. La taquilla era una robusta cámara en el sótano donde Saur guardaba las armas y los instrumentos. La puerta, como muchas del edificio (la sala del personal y los aposentos privados especialmente) era una puerta de castigo, y funcionaba según los ajustes de nuestros brazaletes.

Debo recordar explicar lo de los brazaletes.

Las zonas era nuestro término para designar las partes periféricas y en gran parte arruinadas del Gran Laberinto a lo largo del ala oriental, donde tenía lugar el entrenamiento físico y las prácticas de combate. Eran varias salas y varios pisos, un espacio muerto que no era seguro para su uso de otra manera. Una gran cámara, cerca de la taquilla, estaba impermeabilizada e iluminada, y funcionaba como nuestra sala de entrenamiento más habitual. La llamábamos el simulacro.

Fue en el simulacro, durante mi vigésimo tercer año, donde vi por primera vez a un hombre morir de cerca. Y, en general, murió por mi culpa.

CAPÍTULO 3

En el que hago una introspección para relatar la muerte



Déjame contarlo, ahora que lo pienso. Francamente, pienso en ello a menudo, pues me impactó y me dejó huella. Su muerte afectó al desarrollo de mi carácter, por lo que considero que vale la pena relatarla, aunque entiendo que formaba parte de una historia mayor. Por lo tanto, vale la pena registrarla en cualquier caso, según el criterio que establecí para decidir qué historias deben incluirse aquí y cuáles sobran.

No me di cuenta en su momento. En ese momento, fue algo impactante.

Tenía veintitrés años. Era tarde, estaba oscureciendo. Era verano, aunque incluso el verano era tenebroso en la Reina Mab, y el crepúsculo que se instalaba en el Gran Laberinto era siempre desagradable. Había bajado a la taquilla a buscar una pistola láser para practicar. Algunas botellas en la pared, eso era todo lo que pretendía. El mentor Saur había criticado mi puntería, diciendo que me faltaba el porcentaje de acierto de Corlam y Faria, e incluso (¡a pensar!) de Roud, que sólo tenía quince años. Además, acababa de terminar torpemente una misión en el Barrio de Hierro en la que habría sido útil disparar mejor. Me había ido... no. Esa historia, ciertamente, sobra aquí. Necesitaba practicar mi tiro con la pistola. Eso es lo que importa.

Había visto morir a gente. Seamos claros. La Reina Mab es una ciudad violenta. Había visto peleas. Había visto muertes. Me había visto obligado a sacar o improvisar armas para defenderme y defender a otros. Había infligido heridas. Es muy posible que haya causado heridas que hayan provocado la muerte, o que mis disparos perdidos hayan matado, en alguna ocasión, a algún desgraciado del que no era consciente.

Pero no había visto la muerte así.

La sala de entrenamiento estaba iluminada. El Gran Laberinto estaba generalmente iluminado por lámparas de mecha y velas, y por viejos globos luminosos incrustados en los paneles del techo. Los globos estaban manchados de amarillo por la edad, y silbaban cuando se quemaban. En algunos pasillos se dejaban palos o mangos de fregona para golpear el techo y devolverles la luminiscencia cuando fuera necesario.

La sala de entrenamiento estaba iluminada. Los globos luminosos brillaban como soles enfermizos. Entré para pedirle al mentor Saur que me volviera a poner el brazalete para poder evitar pasar el umbral del dolor y coger una pistola de la taquilla.

La sala de entrenamiento estaba encendida. Oí gruñidos de esfuerzo y pensé que el mentor Saur podría estar afinando su técnica de espadas. No sabía de ningún candidato que estuviera entrenando con él.

Pero estaba luchando con alguien.

Estaban luchando en el ring secundario, un escenario de lona al lado, y ligeramente por debajo, del ring de combate principal con sus barandillas de madera. A la izquierda estaban los maniquíes de práctica y una hilera de escudos de pavés y rodelas de ceramita colgadas en perchas. A la derecha estaban las dos máquinas de combate mecánicas, apagadas e inactivas, con las extremidades levantadas y congeladas como arañas encabritadas.

Vi gotas de sangre salpicadas en las barandillas de madera, y un pequeño charco que se extendía en una mancha por la lona del ring secundario, como una flecha roja culpable que les señalaba, y me di cuenta de que no era una sesión de sparring.

El hombre respiraba con dificultad. Era rubio y bastante joven, y…

No. Saur primero. Saur es más importante en esta historia, y me doy cuenta de que he hecho poco más que mencionar su nombre hasta ahora.

El mentor Saur. Thaddeus Saur. Profesor de técnicas de combate y de defensa. Era alto y voluminoso, poseedor de la fuerza de un luchador. Era un hombre imponente, y siempre me pareció sólido, compactado, como si estuviera forjado con un material más denso que el de las personas normales, como una estrella de neutrones. Tenía un rostro bien afeitado, con la piel áspera. Su boca era un surco de hacha, su nariz un muñón aplanado. Sus ojos eran pequeños y pesados, como si hubieran evolucionado para protegerse, como los ojos de un cocodrilo. Era todo como para una misión: afeitado y sin adornos, pero su pelo era una espesa corona de blanco que le colgaba sobre la frente y las orejas. No era un color blanco plateado distinguido, como el de un anciano estadista. Era blanco amarillento y sin brillo, como la paja reseca o la nieve sucia. Sus dientes eran pequeños y no tenía dedo meñique en la mano izquierda. Hasta que conocí a Flecha de la Muerte, era el hombre físicamente más intimidante que había conocido.

No tenía ni idea de su edad. Era viejo, un veterano del servicio militar. Tenía un poco de barriga, pero eso era sólo la inexorable expansión de la madurez y no una falta de forma física. Era brutalmente fuerte y terriblemente rápido. Como siempre, iba vestido con un chaleco antibalas, botas y guanteletes, todo de color rojo sangre; su ropa de trabajo.

Y el otro hombre. Era más joven y más delgado, rubio, sencillamente guapo de una manera bien educada. Llevaba el atuendo de un mercader de la región ,botas y pantalones, ropa de lana gruesa y un abrigo de invierno de cierta calidad, con el cuello levantado y forrado de pieles de gezl, pero enseguida supe que se trataba de un disfraz. Iba vestido como lo haría alguien que hubiera estudiado detenidamente las clases mercantiles de la Reina Mab para hacerse pasar por ellas.

No sé qué pequeño detalle me delató, pero lo supe en un segundo. Tal vez fuera porque he ensayado muchas veces hazañas similares de disfraz, para una misión tras otra. Su disfraz no era imperfecto, me pareció. Era, en cambio, demasiado perfecto.

Estaban luchando con espadas cortas. El mentor Saur blandía el grueso sable de doble filo que siempre tenía a su lado. Su oponente, el

desconocido, no debería haber sido rival para él, ni en términos de volumen, ni de habilidad, ni de velocidad. Pero estaba aguantando. De hecho, lo estaba haciendo mejor que eso. Saur siempre llevaba una pistola automática en la parte trasera de su cinturón, y vi el arma tirada en el suelo a cierta distancia de ellos. El antebrazo derecho de Saur tenía un corte detrás de la muñeca, y la manga de cuerpo estaba abierta y colgando.

Había desenfundado primero y había sido desarmado por un golpe de espada. Sólo se había convertido en un duelo de espadas cuando Saur se vio privado de su pistola.

El desconocido blandía un salinter (un sable corto oriundo del subsector Angelus,nt), que suponía que había traído consigo. No era un arma local, ni siquiera local del mundo. Sabía cómo usarla. Además de la herida de desarme, había herido a Saur en la mejilla y en el hombro izquierdo.

Saur iba a por la cara en cada ocasión. Por los combates de práctica, sabía que esa era su manera de actuar. Es un enfoque particularmente invasivo, y puede provocar reacciones precipitadas que conducen a fallos en la técnica. Uno está acostumbrado a proteger su cara, sus ojos. Centrar el ataque allí obliga al oponente a luchar no sólo contra ti, sino también contra sus propias respuestas autonómicas. Saur intentaba socavar el control técnico del desconocido.

Estaba fallando.

Pensé que eso era increíble. Nadie venció a Saur, no en ninguna forma de combate. Luego pensé, casi simultáneamente, ¿por qué? ¿Por qué están luchando? ¿Por qué está este hombre aquí? Se había derramado sangre. Esto no era una sesión de práctica, ni una lección de combate para un cliente privado.

Estaban luchando en serio.

La velocidad de los golpes intercambiados era ferozmente rápida. El desconocido lo pasaba todo por su espada, y se defendía con un hábil juego

de pies, abriendo el espacio cuando podía, manteniéndose de lado para minimizar su perfil como objetivo. Saur intentaba mantenerse firme, tratando de cerrar la distancia para alcanzarlo, desviando las estocadas del desconocido con su espada y las bandas metálicas cosidas en el antebrazo de su manga izquierda. Mantenía una postura de frente para poder jugar tanto con la espada como con la manga blindada.

Saur era obstinado. Empezó a utilizar su manga blindada como arma ofensiva, ocupando la espada del desconocido para poder embestir con su sable. Cuando clavó la espada, creí que había matado al desconocido de inmediato, porque el filo de la espada corta atravesó el pecho del hombre.

Pero el desconocido giró y se alejó rápidamente, cortando hacia abajo y hacia atrás con su sable para impedir el seguimiento de Saur. Vi que el finísimo abrigo de invierno del desconocido había sido cortado, de modo que la solapa izquierda se desprendía, y la túnica que había debajo también estaba rajada. Vislumbré, por debajo, la malla metálica de un guante de cuerpo blindado. El desconocido no era tan blando como parecía.

Tal vez Saur se sintió consternado al descubrir que el desconocido estaba discretamente blindado. De lo contrario, su golpe mortal habría sido muy certero. Se tambaleó un poco, tratando de recolocarse, intentando no perder la ventaja.

El desconocido le alcanzó en un lado de la cabeza.

Oí el crujido del metal sobre la carne, el sonido de un hacha golpeando un fruto maduro. La cabeza de Saur se apartó, y su cuerpo giró tras ella. La sangre voló. Estaba en su pelo blanco y sucio. Se estrelló de espaldas contra las barandillas del anillo superior y derribó un cubo de agua. Se medio cayó, pero de alguna manera se mantuvo en pie, estaba acabado. El desconocido siguió, el salinter fue a por la garganta mientras la guardia de su oponente estaba bajada.

Hay que recordar la velocidad. Tienes que apreciar, mientras te cuento esto, que no había pasado prácticamente nada de tiempo desde que entré en la

habitación y los vi luchar. Tres, cuatro segundos: tiempo suficiente para que intercambiaran dos docenas de golpes. Había entrado con el tiempo justo para captar la situación básica y ver caer a Saur.

Nunca me gustó Thaddeus Saur. Se puede decir que mis sentimientos hacia el cruel bastardo eran muy fuertes y negativos. Pero él era del Gran Laberinto, y yo también, y esto no podía permitirse.

Empecé a avanzar. Di un gran grito, y arrebaté una rodela de las clavijas. Mi puño se convirtió en un muro, así que la fuerza de mi contundencia vino conmigo y mi grito.

Puede ser como una bofetada que un paria se te acerque, agresiva, ilimitadamente. Incluso para una nula psíquica, un humano normal, la nulidad psiquiátrica de una mente en blanco puede ser perturbadora, aunque sea fugazmente. El desconocido retrocedió. Fue suficiente sorpresa para evitar que cortara la garganta de Saur. Mi interrupción no iba a detenerse ahí. Lancé la rodela como un disco.

El pequeño escudo circular no le dio, pero se vio obligado a agacharse. Saur estaba lejos de estar acabado. Dio una patada, salvaje, y atrapó al desconocido en la parte interior del muslo con el talón, lanzando al hombre hacia un lado, torpemente.

El desconocido aterrizó, con las manos en la lona, pero estaba preparado cuando Saur se impulsó hacia delante y apartó las piernas del mentor de una patada. Saur cayó de golpe sobre su espalda.

Durante todo este tiempo, seguía corriendo hacia él. Transformé la carrera en una patada voladora.

Rodó por debajo de mí, tirado en el suelo, y se levantó de un salto cuando aterricé y me giré.

Creo que quería decirme algo, pero no sabía qué. Tal vez quería decirme que huyera, que me apartara de una pelea en la que no tenía nada que ver,

pero no podía. Si quería a Saur muerto, tenía que matarme a mí también, o toda la casa caería sobre su cabeza.

Podía sentir su conflicto. Desarmado como estaba, me abalancé sobre él, usando su reticencia en su contra. Luchar contra Saur era una cosa, pero él no quería enfrentarse a una mujer joven. Su respuesta fue poco entusiasta. Intentó apartarme. Intentó evitarme con su espada, aunque todavía la tenía en la mano. Creo que esperaba cortarme con la empuñadura o el pomo y tal vez noquearme.

No le dejaría escapar tan fácilmente. Le agarré la muñeca, la giré y, con la otra mano, le golpeé el punto de presión en la parte superior del brazo.

El salinter salió volando de sus dedos muertos.

-¿Quién eres tú?- le pregunté.

Me empujó a un lado con ambas manos. Me tambaleé y caí, derribando un estante de bastones de madera para ejercicios.

Me levanté, agarrando un mazo de energía y apartando los demás de mi camino de una patada. El desconocido se alejaba de mí, con las manos en alto.

Creo que pretendía cortar por lo sano y huir.

Se dobló cuando el sable de Saur lo atacó por detrás. El sable corto atravesó su abrigo, su túnica, su camisa y su malla, y le cortó la cintura. Saur arrancó la hoja, y la sangre brotó por la tela. El desconocido se alejó dando tumbos, con la cabeza tambaleándose como la de un borracho, los pies poco seguros y los ojos confusos. Tenía las dos manos sujetas a la cintura, pero ni siquiera apretadas pudieron tapar el agujero que tenía. La sangre salía a borbotones, como el vino tinto de una jarra. Sus manos y mangas estaban empapadas de ella.

Su boca se abría y se cerraba, sin conseguir formar palabras.

Cayó de espaldas. Saur se quedó allí, mirando cómo se desangraba, con el sable ensangrentado a su lado.

La sangre formó un enorme espejo de color rojo oscuro en la tela que rodeaba al desconocido. El espejo se arrastró hacia el exterior. La sangre empapó su abrigo y su túnica, cubrió sus manos y salpicó su rostro. Miraba fijamente al techo, con la boca abierta y cerrada, y las piernas contraídas.

Me incliné sobre él.

Pensé que tal vez no tenía que morir. Podríamos sujetarlo, vendar su herida, llamar a la guardia de la ciudad. Intenté presionar su espantosa herida, pero estaba abierta y era tan grande como la boca de un perro. Mis manos no pudieron contener el flujo de sangre mejor que las suyas.

De repente, por fin, me vio a mí en lugar del techo y las luces. Parpadeó, volvió a centrarse. Pequeñas gotas de sangre se habían alojado en sus pestañas.

-¿Por qué haces esto? ¿Quién eres? - pregunté.

Dijo una palabra. Salió de él como un suspiro, más que un sonido.

Era una palabra que no había oído antes.

Dijo: **-Cognitae.**

Hubo un golpe, justo en mi oído, y me hizo saltar ya que fue repentino y cercano y dolorosamente fuerte. Un golpe de presión me golpeó junto con el ruido. Me estremecí cuando las salpicaduras de sangre golpearon mi cara, mi garganta y mi pecho. Tenía su sangre en los ojos.

El mentor Saur disparó otra vez en la cara del desconocido y enfundó su pistola.

CAPÍTULO 4

Que tiene que ver con Thaddeus y el hombre muerto



Me miré a mí misma, a la cantidad de sangre que tenía encima, e instintivamente me llevé las manos a la cara. Las yemas de mis dedos se mancharon con más sangre. Estaba por todas partes.

-Ve a lavarte- dijo Saur.

Le miré, todavía arrodillada.

-Haz lo que te he dicho- ordenó Saur.

-¿Quién era?- pregunté.

Su labio se curvó ligeramente.

-Le oíste decirlo- dijo.

-Pero...

Se apartó de mí y maldijo.

-Pon las manos, por el amor de Dios- dijo.

Lo hice. Hice clic en la banda central del brazalete metálico para activar mi limitador y enmascarar mi ceguera. El gen paria hace que sea difícil

simpatizar con nosotros.

Lo sabía. En el momento en que el limitador se activó de nuevo, se ablandó visiblemente. Sólo un poco, porque Thaddeus Saur nunca fue blando.

-Me has hecho un favor, chica- murmuró. **-El bastardo estuvo a punto de matarme.**

Asentí con la cabeza.

-Su técnica era ciertamente muy buena- dije **-pero creo que te habrías recuperado, mentor. Estabas en un ángulo que te permitía parar, y lo suficientemente bajo como para golpear su ingle.**

-Tal vez- dijo.

-Ciertamente. La arteria femoral.

-Tal vez- repitió.

-Creo que sí- dije. Estaba hablando, tal vez un poco más rápido de lo que suelo hacer. Estaba compensando el pico de adrenalina.

-¿Lo conocías?- pregunté.

Saur negó con la cabeza.

-Lo encontré aquí, y él fue a por mí.

Empecé a buscar dentro del abrigo y la túnica del hombre. Intenté no mirar lo que quedaba de su cabeza.

-Deja eso- dijo Saur. **-Es un desastre.**

-Ya estoy hecha un lío- respondí. **-Puede que tenga identificación. ¿Qué quieres decir con que lo he oído decir?**

-La palabra que dijo- dijo Saur **-eso es lo que era. Cognitae. Suciedad hereje. Ahora vete, Bequin, has hecho tu parte.**

Pero ya había encontrado algo en el bolsillo interior del abrigo del desconocido y lo había sacado. Era una cartera, de cuero, bastante pesada. Me levanté y la abrí.

El escudo pulido del interior era inconfundible, aunque la sangre también se había colado en la cartera y había manchado la plata.

-Pertenece al Ordo- dije, confundida.

-No- dijo Saur.

-Ordo Hereticus- insistí. **-Mira esto. El nombre es Voriet, y el rango es interrogador.**

Me lo quitó, me lo arrebató de hecho. **-No es del Ordo-** dijo Saur.

-Pero...

-Suplantación de identidad, bruja torpe. Si tu misión es infiltrarte en un centro de entrenamiento Ordo, ¿qué otra cosa pretendes ser?

Asentí con la cabeza.

-¿Así que eso es falso?- pregunté, señalando la roseta en su mano con un movimiento de la barbilla.

-Por supuesto.

-¿Estás seguro, mentor?

-Puedo enseñarte una de verdad, si quieres compararla.

-No- dije.

Guardó la cartera en la cartuchera del muslo y buscó algo para colocar sobre el cadáver. La sangre enredaba el pelo blanco del lado de la cabeza de Saur. El golpe del desconocido había sido de refilón, pero las cabelleras sangran mucho.

-Ve a lavarte- dijo. **-El grifo junto a la taquilla. Lávate para no arrastrar la sangre a la sala. Luego corre a buscar a la madre Mordaunt. Dile que la necesito aquí.**

-Sí, señor- dije. Volví a mirar el cuerpo.

-Esto es lo que hacen los... los Cognitae, ¿verdad? Se infiltran...

Me miró fijamente.

No veo que eso sea de tu incumbencia, ¿verdad? Ponte a ello.

Aunque el secretario era el más veterano de los cuatro mentores del Gran Laberinto, la madre Mordaunt dirigía la casa.

Se llamaba Eusebe dea Mordaunt, pero todos la llamábamos la madre, una contracción respetuosa del formal Madame. Era el ama de llaves, y en ella recaía el funcionamiento logístico del Gran Laberinto. También era nuestra madre sustituta.

En la mayoría de los casos, era una madrastra, y una distante. De vez en cuando, se podía vislumbrar un cariño más maternal.

Esta era una de esas veces. Cuando la fui a buscar, se preocupó por mi bienestar y me dijo que podía recibir asesoramiento si era necesario.

Para entonces, yo estaba más animada por el acontecimiento, e intrigada. El trauma influiría más tarde para dejar una marca duradera.

La madre Mordaunt era alta y bastante guapa, aunque era imposible calcular su verdadera edad. Llevaba polvos pálidos para que su rostro

pareciera una máscara, y se maquillaba los labios, se pintaba las cejas arqueadas en elipses negras y se dibujaba con el lápiz de ojos alrededor de los ojos, de modo que me recordaba a una reina altiva de una antigua tragedia griega. Llevaba el pelo negro siempre trenzado hacia atrás, lejos de la cara. Sus vestidos llegaban hasta el suelo y eran negros. Estaban tejidos con la más fina seda de araña. Nunca sonreía realmente.

-Hiciste bien, Beta- dijo después. **-Era un asesino cruel y podría habernos matado a todos.**

Nunca vi lo que hicieron con el cuerpo y, que yo sepa, nunca se llamó a la guardia de la ciudad. Poco después, escuché a la madre Mordaunt decir a Saur que debían estar atentos a "otros", comentario que interpreté como una referencia al incidente.

No se volvió a mencionar, excepto por parte de la madre Mordaunt, cuando me preguntó una vez más si me había perturbado la experiencia. Me acarició el pelo, algo que hacía para significar la implicación materna. No había ternura en ello. Para mí, no hizo más que recordarme que su mano estaba siempre sobre nosotros.

-No menciones esto a los otros candidatos- dijo. **-No quiero inquietarlos.**

Podía confiar en ello. Estaba acostumbrada a no mencionar las cosas.

-Si tienes alguna pregunta o duda- dijo **-tráemela a mí o a el secretario de forma confidencial.**

Su mano se apoyó en un lado de mi cara, y me miró como una madre miraría a una hija que le hace recordar con cariño su juventud.

Al menos, creo que eso es lo que la mirada debía evocar en mí.

Me mantuvieron muy ocupada durante un tiempo después de aquello. Al cabo de unos días, tenía una nueva misión que desempeñar.

Querían que estuviera demasiado ocupada para pensar en ello.

CAPÍTULO 5

En cuanto a las funciones que desempeñan los candidatos



La ciudad de la Reina Mab era, como he dicho, nuestra aula. Durante el entrenamiento de un candidato en el Gran Laberinto, su relación con los numerosos y complejos sectores sociales de la vida de la ciudad le permitía perfeccionar las habilidades necesarias para el espionaje y la infiltración.

Supongo que por eso se eligió a la Reina Mab como sede del Gran Laberinto. Era, eternamente, una metrópolis desconcertante y llamativa, bastante embriagadora en su variedad y negocios.

La gama de funciones, como las llamábamos, variaba ampliamente, pero en el fondo su naturaleza era siempre la misma. Esa naturaleza era el engaño.

Para empezar, la madre Mordaunt o el secretario nos informaban del papel que debíamos desempeñar. Nuestro trabajo preparatorio implicaba a menudo la observación a distancia del sujeto a través del espejo de interrogación en la sala superior, e incluso, a veces, seguirlo po la calle. El mentor Murlees nos ponía al corriente de los aspectos de las costumbres y el lenguaje que nos ayudarían, y la madre Mordaunt nos enseñaba a comportarnos y nos ayudaba a montar nuestros disfraces en el vestuario. El mentor Saur perfeccionaría cualquier técnica defensiva u ofensiva que pudiéramos necesitar, y luego el propio secretario revisaría nuestro papel terminado y lo perfeccionaría antes de enviarnos a lo largo de los callejones para que nos ocupáramos de nuestros asuntos.

Estábamos obligados a hacernos pasar por otras personas, a actuar, a fingir. Adoptábamos papeles, nos sumergíamos en otras personalidades, para poder acercarnos a varios ciudadanos objetivo de la gran ciudad sin que se

dieran cuenta de que estaban siendo engañados. A menudo, una misión venía acompañada de una tarea nominal: entrar en la casa del comerciante T___________ y aprender la combinación de su caja fuerte; trabajar en la corte de Madame R____________ y traer un solo botón de perla de su mejor vestido astartesino; penetrar en la fábrica del industrial F__________ y descubrir el nombre de sus corredores que operaban fuera del mundo; servir de camarero en el comedor de Telthea en el Ludovic Ambular, y escuchar cuando el duque H_________ viniera a cenar, con el fin de aprender el nombre privado que tenía para su nueva amante.

A veces estas tareas parecían esencialmente inútiles. ¿El nombre de la amante? ¿El ingrediente secreto de la famosa confitería de un panadero? ¿El número de minutos que tarda en hacer funcionar un determinado reloj antiguo en una sala de lectura privada? Sabía que no eran más que tareas por el mero hecho de serlo. A veces las funciones prescindían por completo de ellas: entonces se trataba simplemente de cuánto tiempo podría una hacerse pasar por otra persona, y hasta dónde podría llegar, antes de que fuera necesario ser descubierta y huir.

Cada mision era un reto, un desafío, y cuanto más durara uno, mejor lo haría.

-Si podéis, con un poco de preparación modesta, pasar por cualquier sitio dentro de la Reina Mab y aprender cualquier cosa- nos decía el secretario, "**entonces podéis pasar por cualquier lugar fuera de la Reina Mab**.

Estábamos aprendiendo a ser actores. Mentirosos, de hecho, porque mentirosos convincentes es todo lo que los actores son, en última instancia. Estábamos aprendiendo a convertirnos en otras personas hasta tal punto que podíamos perdernos en el papel. Antes de que los demás pudieran creérselo, teníamos que creérnoslo nosotros.

Lo disfruté, en su mayor parte. Me gustó el reto. Había rivalidad entre los candidatos, normalmente amistosa. A veces, si un candidato tenía que abortar una misión antes de tiempo, se enviaba a otro para que lo hiciera

mejor. Aprendimos unos de otros qué disfraces funcionaban y cuáles no. Compartimos consejos derivados de la experiencia sobre el lenguaje corporal y el control de las expresiones, detalles minúsculos que mejoraban una actuación y ayudaban a convencer a un sujeto.

Mi parte favorita de la preparación fue el vestuario. El legado teatral del Gran Laberinto lo había dejado repleto de disfraces. Cuando se me entregaba una misión y se determinaba mi papel, me apresuraba a seleccionar el disfraz que me ayudaría a meterme en el papel. El vestuario nunca me decepcionaba. No importaba qué disfraz extravagante se me ocurriera, encontraba las partes constituyentes de la vestimenta que tenía en mente, colgadas en algún lugar de los bastidores del vestuario. Era casi extraño, aunque sospecho que la madre Mordaunt mantenía el guardarropa complementado con la ropa y el atrezzo que pudiera necesitarse.

Pienso en el mes que pasé en la mansión del marqués Santo Dragón. A primera vista, supuso que yo era la tutora de arte figurativo, contratada para enseñar a su hija mayor. Corlam tenía muchas ganas de desempeñar esta misión, y habría sido una figura muy bonita como joven tutor privado con un sobrio traje negro y un sombrero de ala ancha. Me atrevo a decir que la hija podría incluso haberse enamorado de su apuesto profesor. Pero yo podía pintar y dibujar mucho mejor que él, así que la misión me llegó. Al final del mes, había descubierto con precisión la alergia congénita que afectaba a la línea de Santo Dragón, una alergia que las cocinas y los chefs privados trabajaban escrupulosamente para evitar. Una debilidad fatal, de uso muy aprovechable, supongo, para asesinos o chantajistas, era ahora la moneda de cambio del Gran Laberinto. El marqués, su familia y su vasto imperio industrial eran ahora críticamente vulnerables por una pieza de palanca sacada durante una lección de lavados de pintura con una chica parlanchina y desprevenida.

Pienso, también, en el funcionamiento como asistente en el palacio de la Condesa de Plata. Seguro que habrás oído hablar de la Condesa de Plata. Una de las figuras más poderosas de la clase noble de la Reina Mab, y se rumorea que es una de las pocas personas que tiene el oído y el apoyo del misterioso Rey de Amarillo. Era la mujer más hermosa que había visto, y

sólo la veía de lejos. Sus vestidos resplandecientes en todos los sentidos eran los más ambiciosos y elaborados de la ciudad, es más, del mundo. Eran tan ridículamente lujosos y costosos que el chambelán de la condesa los guardaba en un anexo de armarios tan seguro como la cámara acorazada de un banco, bajo el cuidado del Guardián del Armario y su personal de sastres subalternos. Cada vestido y prenda se catalogaba e inspeccionaba cuando se desprendía de su cuerpo, se revisaba cada fibra y se reparaba cualquier mínimo desgaste. Las prendas se limpiaban, a menudo con métodos absurdos, y cada gema o pluma de avestruz o broche de marfil o elemento de joyería que adornaba los vestidos se retiraba, uno por uno, se cotejaba con un libro de contabilidad y se devolvía al almacén del guardarropa. A veces tardábamos un día entero en seleccionar, fichar y colocar todas las joyas de un determinado vestido, y luego otro día en desmontar el traje y retirarlo, comprobando hasta la última gema. Si se perdía una sola joya, siempre se registraba el nombre de la última persona que la había manipulado. Los asistentes habían sido destituidos ,creo que, tal vez, incluso ejecutados por tales faltas de cuidado.

Yo cogí una joya, un granate verde del tamaño de una almendra, sujeta a un aro de oro, y nunca la devolví. Sin embargo, la Condesa de Plata y su Jefe de Vestuario nunca notaron su ausencia. Otro granate verde cuelga en su lugar en esos pliegues de seda de crepé negro estos días, éste, sin embargo, tiene un dispositivo transmisor de voz conectado a él.

También pienso en Corodatus, el Maestro de Hierro, el guardián y narrador de sus propias historias. Yo también le serví, en una ocasión, en su ruina verde grís de un palacio debajo de la Puerta del carbón. Fue otro misterio que conocí gracias a una misión.

Me doy cuenta de que son historias que no necesito contar. Son simplemente unos ejemplos.

En su lugar, contaré una historia que es pertinente. La historia de la misión de los Guardianes Oscuros, y de la Flecha de la Muerte, y de la nueva hermana de la hermana Bismillah. La historia en la que mis historias comienzan a entrelazarse.

CAPÍTULO 6

En los senderos de la tierra



Fue alrededor de un año, un poco más quizás, después de que el intruso hubiera muerto en el ejercicio. No se había vuelto a mencionar el incidente, ni tampoco el Cognitae. Había trabajado mucho, aunque tenía la impresión de que tanto la madre Mordaunt como el secretario me vigilaban atentamente. Tenía casi veinticinco años.

Se anunció una misión. Fui seleccionada, por encima de Faria y Corlam, e incluso de Maphrodite, que ya destacaba por entonces. Había que entrar en la casa emporio de los Guardianes oscuros. Se necesitaba información.

Una vez preparada para la misión ,un proceso que duró unos dos o tres días,me puse en marcha, siguiendo, como siempre, los caminos de la ciudad para llegar a mi destino.

La Reina Mab, por si no la conocéis, está atravesada por un esquema irregular de callejuelas o caminos de herradura. Son caminos consagrados, calles de la vasta ciudad que se distinguen porque sintieron el paso real de San Orfeo cuando pisó este mundo durante su peregrinaje de gracia hace muchos siglos. Fue cuando regresó del empíreo del cielo y trajo consigo su don del fuego. Aquellas calles por las que pasó se cerraron como tramos bendecidos, labrados por su paso, y la gente de la Reina Mab evita su santidad. Se han convertido, simplemente, en el lugar de los indigentes y de los ciegos.

Las callejuelas bisecan la ciudad, por lo que sirven para dividirla en muchos barrios. Dos de estos barrios pueden mostrar caracteres muy diferentes, aunque sólo estén separados por una sola calle (ciertamente, una calle por la que no pasea nadie). En algunos lugares, se han establecido puentes y túneles para atravesar las callejuelas donde dar la vuelta llevaría demasiado tiempo.

Siempre me han gustado las callejuelas. Las calles, y las propiedades que las bordean, están tal y como las dejaron y como el tiempo las ha desgastado. Son silenciosas y polvorientas, con casi todo el color perdido y descascarillado, lijado por siglos de intemperie. A través de las ventanas empañadas, se pueden vislumbrar habitaciones que parecen que sus ocupantes acaban de salir, en medio de un almuerzo o de una partida de cartas. Las tiendas aún muestran, a través de los cristales llenos de telarañas, el residuo descolorido de sus mercancías.

La devoción al santo imperial hizo que esas calles quedaran abandonadas de la noche a la mañana, desiertas como una ciudad abandonada por el aviso de un volcán, y se supone que el estatus sagrado de las calles desgarradas impide la entrada a todos.

Pero la escoria de la sociedad va allí. Van en busca de refugio y para evitar la vigilancia de la ciudad, y van allí, según tengo entendido, con la esperanza de ser bendecidos por el resplandor del Santo: para ser bendecidos o curados o salvados.

Los ciegos también están allí, por supuesto. Se decía que el propio Santo pedía a los veteranos destrozados de la gran guerra que dejaran su angustia mental y su indomable deseo de violencia, un deseo del que no habían podido desprenderse una vez que habían vuelto de la guerra, y se dedicaran a vigilar los callejones sin salida. Los fanáticos son los centinelas de los caminos. Sus bandas y tribus acechan, y matan o expulsan a cualquier intruso. Los indigentes saben que deben apartarse del camino cuando pasa una banda de fanáticos.

Los aspirantes al Gran Laberinto utilizan los callejones para desplazarse por la ciudad sin ser vistos ni obstaculizados. Por supuesto, está totalmente prohibido, pero toda nuestra educación consiste en entrar y salir de forma segura de los lugares prohibidos, así que no sólo parece aceptable, sino también sumamente apropiado. También es técnicamente peligroso, pero nos ponemos los brazaletes, por lo que nuestra nulidad se mantiene a raya. Nadie nos mira siquiera, ni siquiera el más bárbaro de los asesinos aumentados.

Por eso, a veces me encuentro paseando por los callejones como si fuera un paseo turístico. No tengo prisa por irme, ni por esconderme, ni por huir. Miro los lugares vacíos que no han sido mirados durante eones. Los fanáticos ciertamente no los miran. No ven más que un mundo borroso con una diana pintada en él, una niebla roja de rabia y agresividad homicida que ha sido inducida por sustancias químicas y sostenida por el trauma.

Así, vestida como el agente de un comprador de otro mundo, paseaba por un callejón de la Colina del corazón, en dirección al sur, hacia el emporio de los Guardianes oscuros, cuando le vi.

Y me di cuenta de que me había visto.

Era una bestia de hombre, una figura de gran tamaño. Nunca había visto a un guerrero del legendario Adeptus Astartes, pero el suyo era el tipo de estatura que imaginaba que podían poseer. Alto, ancho, con un poder inmenso en la estructura de sus hombros y la profundidad de sus brazos.

Llevaba una armadura de placas, cota de malla y cuero sobre su complexión aumentada. Era uno de los verdaderamente antiguos, una de las reliquias veteranas que seguían vivas desde la guerra. La cota de malla y los segmentos de chapa, viejos y sobrantes, se habían desgastado hasta dejar el metal y la ceramita al descubierto para eliminar el óxido, sin pintura ni pulido. Los segmentos metálicos brillaban con intensidad, como piedras grises y verdes mates. Un manto de polvo le envolvía la parte superior del cuerpo, girado alrededor de los hombros tres veces, a la manera de los que

habitan en la Tierra del Sol. Había visto su parecido en los libros de etnohistoria.

Por los galones rojos de su hombrera, supe que pertenecía a los fanáticos de la Ladera del Risco. Había un nombre escrito en pintura a lo largo de la mejilla de su visor de combate, justo debajo de la ranura brillante y zumbante de su óptica. Decía, en Enmabic, Flecha de la Muerte (Deathrow en el original nt).

Bajo el borde de su raída capa, sus puños estaban llenos de cuchillas integradas. Podía oler su hedor, incluso a distancia, el olor a basura, el perfume podrido de la dieta burda y carroñera que lo sustentaba.

Le pisaba los talones un perro, un gran y feo perro pastor cuya piel llena de cicatrices de pelea mostraba los lugares donde le habían extirpado, o arrancado, viejos estimuladores de la agresividad. El perro, mirándome, mantenía un gruñido vivo en su garganta, revoloteando como un pájaro asustado por el ruido de un tambor.

Me detuve. No debería haberlo hecho, por supuesto. Debería haber corrido. Debería haber corrido, porque él podía verme claramente, a pesar del ajuste de mi brazalete limitador. Las bandas de asesinos nunca miraban a los parias cuando pasaban por sus territorios, ni siquiera los examinaban. Nunca había oído que eso ocurriera.

Debería haber corrido, porque él podía verme, pero ese mismo hecho me detuvo y me hizo volverme hacia él, fascinada por su interés.

La Flecha de la Muerte. El nombre era notorio. Uno de los más brutales fanáticos, un jefe de banda asesina. ¿Era él, en persona?

El gruñido del perro pastor cayó como una granada de fragmentación en la roca. Un viento perdido levantó polvo y trozos de papel en el suelo.

Di otro paso hacia él. Sus hombros se levantaron ligeramente, alertados.

Preparado para el combate, probablemente.

La mirilla óptica de su visor zumbaba con mayor furia, y el cursor ámbar pasaba de un extremo a otro. Pude ver que, por debajo del de su visor de combate, sus labios,su boca, su barbilla y su garganta eran una masa acordonada de tejido cicatrizado, como tubos de color rojo anclados y apretados.

¿Qué estaba haciendo? No tenía más arma que una navaja en mi manto. Si había podido huir del fanático, dudaba que pudiera huir de su perro.

-Puedes verme- dije **-en la calle Mabiçoise.**

Su visera zumbó. Su olor era horrible.

-¿Puedes verme?- repetí.

Zumbido.

-Soy Beta- dije. Ciertamente no sé por qué le dije Beta, en lugar de *Laurael Raeside,* la identidad que llevaba.

Su perro pastor me respondió. Por un segundo, su ronroneante gruñido pareció hincharse para emitir los sonidos "Flecha" y "muerte". Juraría que así fue, aunque no creo en los perros que hablan.

-Flecha de la muerte- repetí. El perro pastor dejó de gruñir y olfateó repetidamente una mancha en el suelo.

Me incliné educadamente.

-Estoy encantada de conocerle hoy- dije.

Me di la vuelta y comencé a caminar. Oí un zumbido.

Pero no vi la muerte cuando me arrastró por la espalda.

CAPÍTULO 7

Laurael Raeside atiende a los Guardianes oscuros; un vigilante en la escuela



Con el ritmo cardíaco aún elevado después de mi encuentro con el "miembro del Adeptus Astartes", salí de la calle bajo Ascenso de las Olas y entré en las concurridas calles de la Cadena Ardiente. Se trataba de un barrio antiguo y ordenado de apartamentos habitados que se alzaban como acantilados grises por encima de los comercios y vendedores a pie de calle. En algunas partes, todavía existían tramos del antiguo sistema de tranvías de la Reina Mab: vagones de latón con ruedas de hierro y vías de madera brillantemente pintadas traqueteaban a lo largo de los tramos de vías hundidas que todavía eran viables, llevando a los trabajadores por turnos y a los asistentes al mercado, así como a los sirvientes de las casas altas a hacer recados. Por la noche, los vagones estaban iluminados por lámparas de gas, lo que los convertía en pequeñas y cálidas cajas doradas de santuario, que se deslizaban y traqueteaban por las calles en penumbra, pero yo sabía que eran un espectáculo en extinción. En otro tiempo, los tranvías llegaban hasta la Puerta Fey, y más allá de la Puerta de la Industria, en el sur, hasta los cobertizos, y hasta el Científico de forma puntual. La red se había desgastado, y sólo quedaban pequeños tramos en funcionamiento, administrados por las últimas compañías de tranvías, pequeñas reliquias de vida y movimiento en la masa, por lo demás moribunda, de la ciudad. Cada vez que veía raíles plateados desgastados, semienterrados en los adoquines de las calles, y sabía así que estaba en un barrio donde todavía circulaban los tranvías. Me imaginaba involuntariamente que los raíles eran hilos del

sistema nervioso de la ciudad, incrustados en su carne adoquinada, los últimos filamentos neuronales que responden en un cadáver que se está muriendo.

Al igual que el traqueteo de los tranvías de la Cadena Ardiente me recordaba la vida, los bloques de calles y las horcas me recordaban la muerte. En tiempos pasados, la fina y amplia avenida Parnassos de Cadena Ardiente, bordeada de árboles de las plumas de fe y bancos de hierro, era el lugar de castigo y ejecución pública de la ciudad. Los edificios de piedra desnuda, los andenes de hierro negro y los escenarios de las trampillas todavía están allí, apagados por el paso del tiempo, y las vigas y los postes todavía se extienden por encima de la calle común como si fueran astas de bandera.

El emporio de los Guardianes oscuros se encontraba en la calle Gelder, justo al lado de la avenida, y la esquina estaba marcada por un escenario de ejecución de aspecto especialmente brutal, todo madera enmascarada y pernos de hierro. La multitud había rugido aquí una vez, aullando por el acto, ahogando las últimas palabras de disidentes y traidores por igual. Los tamborileros habían tocado un ritmo constante hasta el agudo y último golpe, el golpe de la escotilla y el jadeo mutuo de la multitud.

El emporio tenía un solo escaparate, iluminado día y noche como el resplandor dorado de un tranvía. Cada día cambiaba el escaparate, y se decía que nadie había visto nunca a los empleados del emporio entrar en el espacio del escaparate para rehacerlo. Se hacía a altas horas de la noche, cuando nadie veía, decían algunos. Se hizo por brujería, afirmaban otros. Yo no quería hacer caso a los primeros, ya que incluso en una calle más tranquila como la de Gelder, la Reina Mab estaba despierta tanto de día como de noche.

Imaginé que durante un breve momento, cada noche, una cortina caía sobre el escaparate del emporio, y se volvía a correr unos minutos más tarde, para revelar una nueva escena, manifestada por una escenografía rápida e ingeniosa, como los cuadros vivientes presentados en las salas de teatro.

Llegué a la puerta y toqué la campana de latón. Mi brazalete se puso en alerta. Era Laurael Raeside, representante de intereses comerciales extraterritoriales.

Esperé y miré el escaparate.

Aquel día era un espectáculo sencillo: un espacio forrado de seda gris, como un escenario sin decorar. La zona situada tras el grueso y ligeramente irregular espejo de plomo estaba iluminada por lámparas de gas empotradas, y por una delgada barra luminosa situada en el interior del alféizar.

Los objetos elegidos para la exposición eran dos muñecos. Maniquíes era, tal vez, una palabra más adecuada. Estaban reducidos a una cuarta parte de las dimensiones humanas, por lo que podían sentarse en el regazo de un adulto, como un niño pequeño. Sus ojos, ingeniosas imitaciones de cristal, eran grandes y miraban fijamente a la calle desde el retablo. Sus caras estaban pintadas de blanco con las mejillas sonrosadas. Sus bocas eran anchas, y las hendiduras que descendían de las comisuras de los labios mostraban cómo la madera estaba articulada para que un mecanismo pudiera hacer que las bocas se abrieran y cerraran para imitar el movimiento humano. Eran marionetas para un acto teatral de un ventrilocuo. Viejos, supuse, muy viejos, y sorprendentes. No eran bonitos, ni siquiera parecidos a los reales, pero la mirada que lanzaban me llamó la atención, y la forma de sus bocas no era ni una sonrisa ni un ceño fruncido, sino una mueca.

Uno era un niño, el otro una niña. En realidad, sus rostros parecían idénticos, hechos por el mismo artesano, pero uno estaba vestido con una diminuta copia del traje de terciopelo de un noble, y el otro con un traje de corte de una dama. La muñeca del caballero tenía el pelo negro pintado y barnizado; la de la dama tenía un moño de lo que yo estaba segura que era auténtico pelo humano.

Estaban sentados en sillas de la época orfeónica en miniatura, en asientos de la sala de niños, como si posaran para un retrato. Podía ver los diminutos y

perfectos zapatos en sus pies.

La puerta del emporio se abrió.

-Soy Lupan- dijo el comerciante. **-Bienvenida.**

-Soy Laurael Raeside- respondí **-presentando mi tarjeta. Me esperan.**

-Lo sé- aceptó, con una sonrisa muy cortés. **-El entusiasmo de su jefe por el coleccionismo es bien conocido. Los Guardianes Oscuros estarán encantados de recibir a uno de sus agentes en sus salones.**

-Mi patrón- respondí **-está informado de que los Guardianes Oscuros son el mejor emporio de su clase en este mundo. He hecho un viaje particular para visitarlos por su expresa insistencia.**

Continuamos de esta manera durante algunos momentos, devolviendo cada comentario solícito con otro del mismo tipo, elogiando gentilmente la reputación de mi empleador y del emporio por igual. La costumbre lo esperaba. Lupan, vestido con un traje gris de cuello blanco, hablaba en un bajo gótico impecable. Yo, como afectación, hablaba en Enmabic, aunque añadía un ligero acento gudrunita, y cometía pequeños errores de vocabulario y formación de verbos. Mi "empleador", un famoso magnate industrial del Sector Scarus, no sabía nada de mí, por supuesto, pero lo habíamos seleccionado para la misión por su reputación como coleccionista, y porque sus credenciales eran fáciles de falsificar. Construyendo el personaje de Raeside, se me había ocurrido que intentaría hablar el dialecto local, para congraciarse. Había visto a agentes de su clase exhibir precisamente esa pretensión en emporios de toda la ciudad. Al preparar el papel, también reconocí que un factor de alto nivel probablemente sería mayor que mis aparentes años de carne y hueso, por lo que me había maquillado sutilmente para sugerir que me había beneficiado de un costoso trabajo juvenil, e interpreté como si hubiera una coqueta mujer de sesenta o setenta años habitando mi forma.

Me condujo al interior. Era un hombre delgado y elegante. Sus modales eran hábiles y ligeramente quisquillosos. Los sirvientes, con sus rostros de porcelana y sus elegantes mecanismos zumbando como las acciones de los relojes de caja antigua, nos trajeron té soliano y galletas de nafar. Él hablaba, de todo.

El emporio era un vasto laberinto de habitaciones y pasillos, la mayoría alineados con vitrinas o gabinetes. Había una penumbra apagada. Lupan dispuso globos luminosos flotantes para iluminar determinados objetos para mi atención, y sacó algunos de debajo de la vitrina para mostrármelos. Los sostenía con sus manos enguantadas o los colocaba sobre telas negras enrolladas.

Los objetos más grandes estaban sobre zócalos o colgados de las vigas. Era como un museo de antigüedades vertido en una pequeña casa de pueblo hasta rebosar.

Había muñecas, libros, tablas de datos, espejos, botellas, platería, velocípedos, joyas, estatuas, muebles, especímenes de taxidermia (incluido un gran carnodonte, aunque desgastado), armas antiguas, tecnología antigua, mapas, cuadros, pinturas y simbologías, esferas acorazadas y alfombras de tejido de arenisca.

Pasamos cuatro horas en el lugar, revisando artículos. No vi a ningún otro empleado ni a ningún cliente. De vez en cuando me parecía oír, como a la distancia, un rumor de voces de niños, pero no podía estar segura. Había otros ruidos: el tintineo esporádico de los relojes, el murmullo de los antiguos sistemas de memoria, el tintineo de las cajas de música y los clavijeros automáticos, el zumbido de los antiguos sistemas de alimentación.

Tomé notas, en una pizarra de datos, de los elementos que me parecían especialmente interesantes, los que creía que le gustarían más a mi jefe. Acordé volver para revisarlos al día siguiente, diciendo que tenía que visitar a los agentes de cambio para arreglar un giro postal.

-Déjame enseñarte esto- insistió, antes de que me fuera. Un trío de pequeños objetos de color beis salió de un armario y se colocaron sobre un paño. Antes habían sido blancos, pero la edad los había oscurecido como el hueso. Sus superficies estaban desgastadas, pero aún podía distinguir el rastro de plata en las campanas del motor y las marcas rojas a lo largo del fuselaje.

-¿Juguetes?-. Dije.

Asintió con la cabeza.

-Juguetes. Modelos hechos para la diversión de los niños.

-¿Son de cohetes? ¿Misiles?

-Cohetes- dijo. **-Para vuelos espaciales. No te sorprendas, Señora Raeside. Se dice que los primeros pasos desde Terra se dieron con cohetes.**

-Estoy al tanto de la historia, señor, aunque los detalles de las épocas más antiguas se pierden en la niebla. Pero, ¿en serio? ¿Los vehículos son así de burdos?

Volvió a sonreír.

-No creo que hayan volado nunca- dijo. **-Creo que son modelos simplificados de posibles máquinas. Una idea primitiva de vuelo. Pero se los muestro por su antigüedad. A tu jefe le gustan mucho las cosas más antiguas.**

-¿Qué antigüedad?- pregunté.

-Sólo se puede estimar- dijo. **-Son anteriores a la edad Oscura de la Tecnología. Creo que provienen del del primer milenio de la Era de Terra.**

-¿Qué? ¿Hace treinta y ocho o treinta y nueve mil años?

-Tal vez. Naves como ésta fueron las primeras en llevar a nuestra especie a lo desconocido- dijo. **-Nos llevaron por primera vez a los Guardianes oscuros. El nombre de la familia que está detrás de este negocio proviene de ese impulso exterior.**

-Creo que mi empleador apreciará esto- dije. **-¿Qué precio pide?**

-Lo anotaré- dijo.

-Y las marcas en el lateral de los cohetes- pregunté. **-¿Las letras en rojo? ¿Qué significa C.C.C.P.?**

-Nadie lo sabe- dijo. **-Ya nadie se acuerda.**

Aquella tarde volví al Gran Laberinto. Me dirigí a la colina de la Gran Puerta mientras los últimos rayos de sol del día atravesaban las casas de vecindad y las casas altas a lo largo del Camino de Borodin y el gran cañón de la Ladera de Orphaeus.

Vi a algunas de las hermanas en los parapetos del muro oeste del Colegio Orbus, recogiendo sábanas que habían sido colgadas para que se secaran con el viento del norte. Con sus hábitos rojos y sus adornos blancos almidonados, eran figuras diminutas sobre el borde gris del muro, pero la hermana Bismillah me vio y me saludó.

Siempre me gustaba verla cuando podía, sentarme con ella y beber un té y hablar de los viejos tiempos, o simplemente llamarla para saludarla. Ella casi me había criado.

Subí las húmedas escaleras de la calle, subí por el lado de la roca y llegué a una plataforma de losas desgarradas que antes había formado parte del patio exterior del complejo de edificios. En lugar de girar a la derecha para adentrarme en las faldas del Gran Laberinto, giré a la izquierda y subí el tramo de escaleras hasta la pared oeste del colegio.

El viento del norte golpeaba. Por delante, como un retazo de la noche, las montañas se alzaban soñadoras. El aire olía a almidón y a algodón limpio. Las hermanas estaban doblando la ropa en equipo y apilándola en cestas para llevarla abajo.

-Beta- dijo la hermana Bismillah. Me besó las mejillas y me apretó la mano entre las suyas.

-¿Has salido a trabajar?- me preguntó.

-Sí, hermana- respondí.

-¿La escuela te está enseñando bien?

-Siempre.

-No te veo mucho estos días- dijo.

- Hace mucho tiempo que no voy a la escuela. ¿Cómo están los niños?

-Todos están bien, tan bien como siempre. Algunos nuevos niños han llegado a nuestro cuidado.

Las alas blancas y almidonadas de su cofia se inclinaban hacia su rostro como si fueran ganchos. Contrastaban fuertemente con la oscuridad de su piel.

-Veo que también tenéis nuevas hermanas- dije.

La hermana Bismillah se volvió y reconoció a una de sus hermanas que no había visto antes. La hermana era alta y delgada, casi altiva en su porte atlético, y su piel era pálida. Su rostro era anguloso y sus ojos verdes. Tenía un aspecto dramático con su hábito y su tocado, pero me pareció que no estaba del todo bien. Habría sido más apropiada para las galas de la corte que para las ascéticas privaciones de un convento.

Estaba acostumbrada a interpretar papeles. Me di cuenta cuando alguien parecía estarlo y se equivocaba en un detalle sutil.

-Esta es la hermana Tharpe- dijo la hermana Bismillah. **-Acaba de llegar de la misión de Zusk.**

-Espero que sea feliz aquí- dije. **-Yo lo fui.**

-Si puedo cumplir con mi deber, seré feliz- dijo la hermana Tharpe. No tenía acento zuskita, aunque era una aproximación decente. Los tonos de su voz venían de más lejos.

-Esta es Beta- dijo la hermana Bismillah. **-Cuando era una niña, era una de las mías.**

La hermana Tharpe asintió. Volvió a sus tareas de doblado, pero me observó.

Todavía me observaba, diez minutos más tarde, cuando me despedí de Bismillah y seguí los pasos en zig zag hacia el Gran Laberinto.

CAPÍTULO 8

Que es del secretario



Había vuelto, me había lavado y estaba esperando la cena, cuando me informaron de que el secretario quería verme.

Estábamos en el refectorio, todos menos Byzanti, que aún no había regresado de su misión de ese día. Corlam y Roud estaban jugando al regicida en el viejo tablero del mentor Murlees. Maphrodite, que era ágil y rápida para memorizar acciones físicas, ayudaba a Faria a aprender los pasos de una danza, una cuadrilla(danza de salón,nt), que pronto se vería obligada a interpretar como parte de su misión actual. Los alumnos más jóvenes se rieron mucho al verlos.

El mentor Murlees entró, se quedó un rato disfrutando de la diversión del baile, y luego me dijo que el secretario había preguntado por mí. Subí de inmediato. El secretario no informaba todos los días, ni siquiera en todas las funciones, pero algunas misiones se consideraban importantes y esperaba un informe personal.

Llamé a la puerta y me hizo pasar a su habitación. Había un gran y acogedor fuego ardiendo en la rejilla de hierro de su chimenea, y su habitación estaba llena, como siempre, de libros apilados. Eran sus libros, todos cuadernos, todos llenos de su propia letra. Eran de todas las formas y tamaños, pues creo que los adquiría de muchas papelerías y encuadernaciones diferentes. No sé qué le hacía escribir ciertas cosas en ciertos formatos de libro; no sé cómo se diferenciaban, ni qué tipo de esquema seguía. Los volúmenes ni siquiera estaban etiquetados. No sé cómo pudo encontrar alguna referencia que fuera a buscar.

No había otros libros en su habitación, ni libros publicados, ni libros de otros autores; ni hojas de datos, ni paneles de datos de memoria. Sus cuadernos, de todos los tamaños, formas, colores y antigüedad, se alineaban en las estanterías, en los zócalos, en las mesas de la biblioteca, en la repisa de la chimenea, en el escritorio, en la mesa de escribir y en los soportes de las plantas. Estaban empaquetados en cajas bajo el sillón y la tumbona, y apilados en torres que se tambaleaban contra las paredes entre las cajas de libros, como las agujas de una colmena asolada por la guerra de clanes.

-Pasa, Beta- dijo, señalándome un sillón. Tuve que mover una pila de cuadernos del suelo para poder sentarme. Estaba sentado en el sillón, con un lápiz óptico en la mano y un cuaderno abierto en el regazo.

Había comido. Había una bandeja con platos esperando a que se los llevaran. Suele comer temprano para poder seguir trabajando hasta la noche. Una botella de amasec se encontraba en la pequeña bandeja a su lado, junto con una pequeña taza de porcelana con una delicada asa. Le gustaba un pequeño trago de amasec de vez en cuando. Era su único vicio, creo. No consumía ningún otro licor, ni siquiera cigarrillos, como hacía la madre Mordaunt. Nunca la vimos fumarlos, pero podíamos olerlos en su bata y en su pelo.

-¿Cómo te ha ido hoy?- me preguntó.

Se lo expliqué, y le conté todo, aunque omití el asunto del tipo que se parecía a un Astartes y el de la hermana Bismillah, ya que no le interesaba ninguno de los dos. Le hablé de los Guardianes oscuros, y me aseguré de que comprendiera que yo apreciaba plenamente la naturaleza de la misión. El antiguo negocio de la familia de los Guardianes oscuros que ellos llamaban objetos de colección los había llevado a adquirir muchos artefactos inusuales, aunque sólo fuera temporalmente antes de venderlos a un comprador. Los Ordos habían creído durante mucho tiempo que traficaban con objetos prohibidos. El objetivo de la misión era determinar si este tráfico era deliberado o involuntario, y calibrar los niveles de peligrosidad de los artículos traficados. Sabía que estaría de visita durante varios días como Laurael Raeside, examinando su funcionamiento y sus

existencias con el pretexto de reunir una cartera para un coleccionista de fuera del mundo y adinerado.

El secretario asintió a mi relato y tomó algunas notas. Hizo algunas preguntas, la más curiosa de las cuales fue: **-¿Se ha fijado en usted hoy?.**

Me quedé perpleja. Si nos detectaban o nos marcaban durante una misión, de cualquier manera, siempre nos asegurábamos de informar de ello.

-No, señor- respondí.

-¿Nada ocurrió durante la misión? preguntó.

-No, en absoluto.

Asintió con la cabeza.

-¿Hay alguna razón para su pregunta? le dije.

Negó con la cabeza y se aclaró la garganta. En ese momento oí el crujido. Era una cualidad particularmente distintiva suya. La única, de hecho.

El secretario era, supongo, un hombre poco llamativo. De unos cincuenta años, como yo suponía, era de estatura media y complexión media, con el pelo normal, ojos indiferentes y una cara nada rara. Llevaba ropas oscuras y su voz era sencilla y llana. Nada en él destacaba realmente, aparte de su desmesurada colección de cuadernos, por supuesto.

Y su tos.

No creo que su tos fuera consecuencia de ninguna enfermedad. Era más bien una afectación nerviosa, o un hábito. Simplemente se aclaraba la garganta de vez en cuando. Pero cuando lo hacía, había, tras el sonido de la tos, otro sonido, un sonido que acechaba por debajo como un eco o una sombra. Era un crujido. Así es como mejor puedo describirlo: un crujido o

pinchazo, como el ruido de una señal de vox, como la estática, como algo muy frágil que se arruga.

Era curioso. Fue lo primero que noté en él. También sería lo último.

El nombre del secretario era Ebon Nastrand. Sólo nos referíamos a él por su título.

Volvió a toser, acompañado de ese crujido de la estática de la voz. Sonaba como si intentara desalojar algo arenoso y fibroso de la parte superior de su garganta.

-Tengo mis razones, Beta- comenzó. La puerta se abrió y un joven entró sin llamar.

-Lo siento mucho, secretario- dijo. **-No sabía que tuviera compañía.**

Me sorprendí de verdad. El joven, el intruso, era Judika Sowl.

-¿Judika? pregunté.

-Beta-. Sonrió, pero era una sonrisa nerviosa e incómoda, la sonrisa de alguien atrapado en medio de algo ilícito. Miró al secretario, con los ojos buscando un indicio de lo que debía hacer.

-Has vuelto- dije, maravillada. La verdad es que estaba tan sorprendida que, para empezar, no leí las expresiones de incomodidad.

-Lo hice- dijo, soltando una risa despreocupada, la sonrisa que yo recordaba tan bien.

-Nadie vuelve nunca- dije. Era cierto. En mi memoria, y en los recuerdos de los estudiantes que estaban en el último año cuando yo me matriculé por primera vez, ningún alumno del Gran Laberinto había vuelto nunca después de haberse graduado.

Judika Sowl me llevaba tres años de ventaja, y se había graduado y marchado dos inviernos antes. Debo confesar que me había cautivado bastante. Tenía un inmenso talento y era bastante guapo. Seguía siendo alto y esbelto, aunque su cabello negro y suelto se había recortado con un corte más sobrio y formal. También había sido amable conmigo, tolerando la torpeza de lo que Maphrodite había llamado mi "enamoramiento". Nunca me había tratado como a una subalterna, ni se había burlado de mi fantasía, que debía ser muy obvia.

-Cierra la puerta, Judika, y siéntate con nosotros- dijo el secretario. Se volvió hacia mí.

-No es habitual que vuelva un alumno- admitió. **-Judika ha llegado esta noche y no ha habido ocasión de presentarlo a los alumnos y darle la bienvenida a casa. Iba a llevarlo a la sala superior en estos momentos, pero tú puedes conocer de antemano la buena noticia, Beta.**

Mi mente rondaba las circunstancias que podrían haberle enviado de vuelta a nosotros. Todos estábamos destinados a servir a los Ordos. ¿Habían encontrado a Judika culpable de alguna manera? ¿Había sido enviado de vuelta al Gran Laberinto para un entrenamiento correctivo?

-Un asunto me ha traído de vuelta- comenzó Judika. Habló con cuidado, como si decidiera lo que iba a decir sobre la marcha.

-El trabajo le ha traído de vuelta- dijo el secretario. Se aclaró la garganta. Hubo un crujido de estática.

-Pero, ¿está al servicio de los Ordos?- pregunté.

-Por supuesto que sí- se río el secretario.

-¿Es...?- dudé. **-¿Es tan emocionante y gratificante como siempre habíamos soñado?**

-Es muy gratificante- dijo con firmeza.

-¿Dónde estás destinado?

-No puedo decirlo.

-¿Sirves a un famoso inquisidor?

-No puedo decirlo, Beta.

Asentí con la cabeza. Por supuesto que no.

-¿Se te permite al menos decirme qué rango tienes?- pregunté.

Judika miró al secretario.

-Interrogador- dijo el secretario. -**Judika ya ha ascendido al rango de interrogador. Estamos muy orgullosos de él. Y no nos sorprende en absoluto.**

El secretario miró a Judika. La mirada, ahora que lo recuerdo, era más bien mordaz, aunque no me fijé especialmente en eso en ese momento.

-Le estaba diciendo a Beta que están surgiendo problemas de seguridad- dijo.

-¿Qué hay de ti?- respondió Judika. Se sentó de nuevo en el viejo y agrietado cuero rojo de la tumbona, como si se recompusiera cómodamente. Se alisó el abrigo sobre las piernas cruzadas. Probablemente sea prudente.

-Acaba de empezar una misión- continuó el secretario **-que involucra a los Guardianes oscuros y a su famoso emporio.**

-Ah- dijo Judika, como si eso lo explicara todo.

El secretario me miró de nuevo.

-Lo entendiste desde el principio, Beta- dijo **-que tu misión actual era importante. Algunas misiones son prácticas, meros ejercicios para perfeccionar las habilidades de un estudiante.**

-Este no lo es- dije.

Asintió con la cabeza.

-En absoluto. Lo que omití decirte es que viene con un elemento de peligro adjunto.

-El peligro no me preocupa- dije.

-Eso está bien- dijo el secretario.

-Pero- añadí **-es mejor saber, estar preparada. ¿Hay alguna razón por la que no me lo hayas dicho?**

-Sólo la preocupación de que alguien pudiera traicionarte- respondió el secretario. Cogió con delicadeza su pequeña taza y bebió un sorbo. **-Podrías preocuparte demasiado, ser demasiado precavida y delatarte.**

Lo comprendí, aunque me decepcionó que el secretario me imaginara tan torpe.

-¿Qué tipo de peligro podrían representar los Guardianes oscuros?- pregunté.

-Ninguno- dijo Judika. **-Los Guardianes oscuros no son nada. Pero si son culpables de los crímenes que sospechamos, entonces tendrán contactos.**

-Beta- dijo el secretario **-sospechamos que una importante sociedad hereje está operando en la Reina Mab. Es probable que estén consiguiendo ciertas reliquias a través de los Guardianes oscuros, o que tengan a los Guardianes oscuros en un contrato para realizar ese**

trabajo. Es probable que tengan influencia en muchos niveles de la estructura social de la ciudad. Y es posible que hayan detectado la existencia del Gran Laberinto.

-Oh- dije.

-Para que la escuela funcione, debe permanecer en secreto- dijo Judika. **-Si se ha detectado el Gran Laberinto, debemos actuar para identificar y eliminar la amenaza, o bien hacer las maletas y trasladar la escuela.**

-¿A otra parte de la ciudad?- pregunté, atónita.

El secretario y Judika se miraron.

-A otro mundo- respondió el secretario.

-Si el Gran Laberinto se ve comprometido- dijo Judika **-será necesario. El entrenamiento y la preparación de agentes como tú es demasiado valioso para los Santos Ordos como para ponerlo en riesgo.**

-Entonces, ¿qué debe hacerse?- pregunté.

-Por ahora, seguiremos adelante- dijo el secretario. **-Judika ha sido enviado por los Ordos, que el Trono lo bendiga, para analizar la situación. Nos vigilará y evaluará si estamos en peligro.**

-Con suerte, podría ser capaz de castigar y eliminar esta amenaza- dijo Judika.

-Judika será nuestro ángel de la guarda durante un tiempo- dijo el secretario. Se aclaró la garganta. La estática se agudizó.

-Entonces, ¿Empezaras a actuar a partir de mañana?- pregunté.

-Atiende- dijo el secretario. **-Continúa con tu misión. Todas las misiones deben continuar por ahora. No eres la única alumna que se dedica a**

algo que es más que un ejercicio.

-Por la tarde, cuando vuelvas- dijo Judika **-¿podrías informarnos a mí y al secretario personalmente? Lo haremos a diario, por ahora. Ebon te estará esperando.**

-Por supuesto- dije. Me quedé un poco atónita, porque acababa de referirse al secretario por su nombre, nada menos que por su nombre de pila, como si fueran viejos amigos o iguales.

-Bueno, necesitas un buen descanso- dijo el secretario. **-¿Hay algo más que quiera preguntarnos antes de ir a cenar y retirarse?**

-Sí, secretario- dije. **-¿Qué es Cognitae?**

CAPÍTULO 9

De la aprensión



Ambos me miraron fijamente.

-¿Cómo dices?- comenzó el secretario. **-Beta, ¿cuál es la palabra?**

-La palabra Cognitae, señor- respondí.

-¿Y por qué... por qué usas esa palabra, Beta?- preguntó.

-Es una conclusión, señor- dije claramente. **-Una sociedad herética, de influencia y poder. Eso es lo que yo entiendo que son los Cognitae. Por eso hice la pregunta.**

-¿Cuándo has oído esa palabra?- preguntó Judika con rigidez.

-El año pasado- respondí. No me gustó mucho su tono. Parecía que se preparaba para reñirme. El secretario podía regañarme. Cualquiera de los mentores podía, excepto quizá Murlees, que francamente no tenía la capacidad de ser severo. Pero Judika Sowl no podía. Ni siquiera si fuera un interrogador de alto nivel en estos días.

Miré al secretario.

-Cuando el hombre irrumpió el año pasado, y atacó al mentor Saur. Dijo la palabra antes de morir. Mentor Saur me dijo que era el nombre de una sociedad maldita y negra. Le conté todo esto a la madre Mordaunt.

-Ella así lo hizo- le dijo el secretario a Judika **-así lo hizo. Fue un incidente desagradable, que esperábamos que quedara aislado.**

Volvió a mirarme. Se aclaró la garganta, pero la estática seguía sin desaparecer.

-Beta- dijo con cuidado **-no creo que ni Thaddeus ni la madre Mordaunt te hayan hablado mucho de los Cognitae. Sin embargo, supones...**

-Fue una deducción, señor- dije. -**Simplemente hice una deducción y relacioné los pocos hechos que conocía. ¿Fue un error por mi parte especular? ¿Estuvo mal que preguntara?**

-En absoluto- dijo el secretario. -**Me parece muy bien que lo hayas hecho. Demuestra que estás entre los mejores y posees un gran carácter.**

Vi que Judika me observaba con atención. Creo que no le gustaba oír que me halagaran de esta manera. Antes me habían parecido tan atractivos esos ojos, pero ahora me parecían oscuros y duros, como las monedas de cobre que colocan en los ojos de los muertos en el Cementerio de la Puerta Fey.

-No menciones la palabra, ni la historia, a nadie- me dijo el secretario. **-Prepararé algunas notas para ti, personalmente, que podremos revisar mañana. Unas cuantas indicaciones.**

-Gracias, señor- dije.

-Sabes que los Cognitae se hacen pasar por nosotros, ¿no?- preguntó Judika.

-Sí.

-Actúan para efectuar la infiltración, y están entrenados en métodos muy similares a los que perfeccionamos aquí en el Gran Laberinto.

-Eso es lo que me parece- asentí **-y se hacen pasar incluso por servidores de los Santos Ordos.**

-Lo hacen- respondió Judika. **-Así que mantente en guardia. Si alguien se enfrenta a ti y te muestra una roseta para demostrar su autoridad, no le creas.**

-No lo haré- le aseguré.

-¿Qué debo hacer en su lugar?- le pregunté al secretario como una idea tardía.

El secretario dudó, así que Judika me respondió en su lugar.

-Matarlos- dijo.

Tenía poco apetito para la cena. Solo picoteé. Nadie pareció darse cuenta, porque el secretario entró y trajo a Judika para mostrárselo a todos. Faria, Corlam, Byzanti (que en ese momento había regresado por el día) y Maphrodite lo habían conocido en los viejos tiempos, y saltaron para saludarlo, y lo interrogaron incesantemente. Él se reía y respondía con evasivas a su cháchara.

A pesar de todo, no dejaba de mirar hacia mí más allá de sus cabezas. Sus ojos seguían siendo duros, como las monedas de los muertos.

Me fui a mi habitación a dormir. Desde el refectorio, oí risas y voces, y más tarde, una viola y un tambor.

Más tarde aún, el Gran Laberinto quedó en silencio.

Me desperté, en la oscuridad total de lo más profundo de la noche. La casa se había ido a dormir, y las luces se habían apagado. Me había quedado dormida en mi cama, sobre el libro que había estado leyendo, y mi lámpara

se había apagado. Había estado soñando. En el sueño, había visto interminables estantes polvorientos repletos de baratijas, un sueño que supuse inspirado por mi visita al emporio de los Guardianes oscuros. Imaginé que, en algún momento, las muñecas del escaparate también aparecían y me hablaban, o más bien hacían ruido con sus bocas de madera. También sentí que unos ojos me miraban, durante todo el sueño. No vi la cara a la que pertenecían los ojos, pero parecían tan duros como monedas de cobre, así que supuse que pertenecían a Judika Sowl.

Debo decir, para que conste, que no le doy importancia al contenido de los sueños. Todavía no me convence el trabajo de los lectores de sueños y de los onirocríticos, y creo poco en la naturaleza profética de los sueños, aunque los Buenos y los Grandes del Imperio de la Humanidad se han dejado guiar a menudo por visiones oníricas claras y precisas a lo largo de la historia.

En mi experiencia, los sueños no han tenido ninguna vigencia auténtica, y desconfío de quienes se empeñan en lo contrario. Los sueños son demasiado efímeros, demasiado frágiles. Son simplemente los acontecimientos del día, desarticulados y con un énfasis extraño por nuestras mentes en reposo, y luego revueltos como la hojarasca en una brisa de otoño, de modo que parecen poseer una vida propia, y parecen barajar algún significado críptico.

Los sueños son simplemente nuestras mentes descansando, y guardando en la memoria acontecimientos y vistas recientes. Son como un reinicio del sistema, creo, para la mente humana. No tienen ningún propósito ni peso.

Sin embargo, pueden ser inquietantes.

Me desperté en la oscuridad y sentí, con la falsa certeza que el sueño puede reforzar, que los ojos seguían sobre mí.

Era una sensación muy curiosa. Me quedé quieta un momento, imaginando que era mi sueño el que persistía. Sentí que pronto se disiparía, como todos los sueños.

Pero no fue así. Sentí que no estaba sola, o más bien que había, en el Gran Laberinto, alguna presencia intrusa, una fuerza, alguna entidad maligna que se había colado mientras dormíamos y nos estaba espiando a todos.

Me levanté de la cama y me puse algo de ropa, la más cercana que tenía a mano en la oscuridad. Hacía frío, mucho frío. Dada la elevada posición del Gran Laberinto, a menudo hacía frío durante la noche, cuando los vientos de las montañas asaltaban la colina de la Gran Puerta, pero este frío era peculiar.

Encendí una cerilla, no para encender mi lámpara y obtener luz, sino para mantener una llama. Parpadeó y se apagó.

Era como yo pensaba. El Gran Laberinto era viejo, y tenía un carácter y una idiosincrasia importantes. Si vives en un lugar así el tiempo suficiente, llegas a conocerlos. Sabía que, en mi habitación, una llama sólo se agitaba con la brisa si ésta subía por el pasillo desde el extremo oeste del rellano, y que la única forma de que se produjera una brisa así era que la puerta de la escalera inferior se hubiera dejado abierta.

Sacudí la cerilla. Me puse las botas y salí al pasillo, cerrando la puerta de mi habitación tras de mí.

Estaba oscuro, pero mis ojos se adaptaron. Un poco de luz de estrellas se filtraba por las claraboyas y los cristales empañados de las ventanas, y ciertas formas tenían un contorno plateado. El resto era oscuridad azulada. Ahora podía sentir claramente la brisa, suave pero clara.

Estaba segura de que nadie se había entrometido. Alguien simplemente había dejado una puerta sin cerrar abajo. El Gran Laberinto estaba sólidamente vigilado por guardas y encantamientos, por sensores, por detectores de movimiento y por cables trampa, especialmente en los pasillos. No era un lugar en el que alguien pudiera entrar sin ser detectado.

Excepto el hombre de la sala de entrenamiento de combate, el despiadado agente de Cognitae, que había entrado a la fuerza.

Me tranquilicé. La clave era no ser detectado. Si alguien hubiera entrado, las alarmas habrían saltado. El asesino de Cognitae había entrado, pero el mentor Saur lo había descubierto antes de que pudiera penetrar más allá de la zona de los ejercicios.

Llegué a las escaleras. Al mirar por encima de la barandilla hacia la profunda, estrecha y larga caída de la escalera de madera, pude ver muy poco. Esperaba ver una pálida luz que entrara por la puerta abierta de abajo. No había luz. Volví a sentir la brisa contra mi mejilla.

Me deslicé hacia abajo, los seis tramos, hasta la puerta de la escalera inferior. No hice ningún ruido. Sabía cuál de los viejos y desgastados escalones debía evitar porque gemía o se quejaba bajo un peso, y sabía exactamente dónde colocar los pies en otros, para evitar que crujieran.

Llegué a la puerta de la escalera inferior. No había luz al pie de la escalera porque la puerta no estaba abierta, ni siquiera entreabierta. Estaba cerrada, y con cerrojo desde mi lado, el interior. No había brisa. Ni siquiera la más mínima ráfaga de frío se deslizaba como un cuchillo por los bordes de la puerta.

Volví a subir las escaleras. Confieso que estaba experimentando un poco de ansiedad. Mi explicación sólida y racional había sido desmentida.

Volví a subir las escaleras. A mitad de los seis tramos, pisé mal e hice crujir un escalón. Me quedé paralizada. Esperé. Nada se movió. Nada más hizo ruido. Exhalé y me reprendí mentalmente. La ansiedad me había vuelto descuidada y me había obligado a cometer un error. La ansiedad engendra la prisa, nos enseñó siempre el mentor Saur, y la prisa engendra el descuido. El descuido es tu enemigo. El descuido no es grande ni fuerte, ni siquiera amenazante, pero es un enemigo que te matará rápidamente. El conocimiento, en cambio, es un aliado. Utiliza el conocimiento, y él te cuidará y te recompensará. No permitas que el descuido te haga dar la espalda al Conocimiento, ni siquiera por un instante.

Conocía la casa. Conocía el Gran Laberinto en detalle a la perfección, y ese era mi aliado, mi Conocimiento. Pero aquí estaba el traicionero Descuido obligándome a ignorar ese Conocimiento y a pisar una escalera de madera que me traicionaría.

Me reprendí a mí misma y reanudé mi ascenso con mayor confianza y determinación.

De vuelta al rellano en el que había iniciado el descenso, en mi propio pasillo, me quedé un momento parada. Volví a sentir la brisa, muy claramente. No podía venir de abajo, eso lo había comprobado.

Sólo había otra posibilidad. Venía de arriba.

Ahora, por encima de mi vestíbulo, la escalera conduce a rellanos y escaleras, y a un grupo de buhardillas en desuso. No subimos allí, porque los pisos estaban podridos y eran inseguros, y por eso no lo había pensado. Pero si una ventana del ático se había abierto, o una sección de la antigua mampostería de pizarra se había caído, eso explicaría la brisa.

Subí. Las escaleras me llevaron al siguiente rellano. Luego, una escalera me dio acceso al hueco del tejado y subí a los desvanes. Había mucho polvo, un polvo espantoso: tanto polvo, me pareció, como la legendaria Ciudad del Polvo, que se dice que se encuentra en la Tierra del Sol. Quería toser, pero mantuve el cosquilleo seco bajo control.

Las buhardillas eran espacios de vigas y travesaños, de plataformas y estantes entarimados, de paredes de piedra con viejas ventanas, que habían sido interiores durante siglos tras alguna conversión o ampliación, pero que ahora servían de puertas a otros compartimentos. Los techos eran bajos en algunos lugares, y altísimos en otros, pendientes de revestimiento de azulejos y listones de madera. Las telarañas flotaban como el humo.

Habíamos subido de niños, cuando los áticos eran un lugar de evasión y recreo. El techo de la cuarta sala se había derrumbado tras las fuertes lluvias, y después de eso nos lo prohibieron. Sin embargo, recordaba cada

rincón y cada esquina. Vi los lugares donde habíamos rayado nuestros nombres en las vigas o en las pizarras o en los ladrillos. Muchos nombres. Los nombres de los alumnos que habían sido olvidados mucho antes de que yo entrara en el Gran Laberinto. Aquí, además, había una muñeca, una cosita pálida con cara de porcelana, que algún alumno había puesto sobre una traviesa años atrás y nunca había vuelto a buscar. La habíamos encontrado durante nuestras exploraciones, llena de polvo, pero no nos habíamos atrevido a tocarla ni a moverla. Pertenecía a este lugar. Cuando la vi esa noche, con ojos más adultos, sentí que no había sido dejada y olvidada, sino colocada deliberadamente, como si esta traviesa fuera su nueva etapa en la vida, un asiento desde el que debía vigilar y custodiar.

En otro lugar, encontré un pequeño vaso de cristal que habíamos dejado allí ocho o nueve años antes. Habíamos ido a cazar arañas, y el vaso de cristal era para ahogarlas. Pero no habíamos encontrado ninguna, aunque el espacio del techo estaba lleno de telarañas. El vaso se había dejado y nunca se había recogido.

Un soplo de viento se agitó en las buhardillas. Me adelanté y descubrí que habían quitado un viejo tabique de tablas, un tabique que taponaba uno de los lugares donde el colegio Orbus y el Gran Laberinto se unían. ¿Era obra de los niños, que subían por el orfanato, derribando tablas para explorar? Nosotros habíamos hecho precisamente eso, cuando éramos los niños del orfanato.

Casi esperaba oír la risa de un niño, distante y sofocada, tintineando a través de la penumbra del ático, desde los escondites. Del pasado.

Y lo hice.

Al escribir las palabras aquí, sólo al recordarlo, todavía siento la brusca y rápida bajada de temperatura del miedo. No fue la cosa más aterradora que me había sucedido, pero estuvo cerca; entraría en una lista de las más aterradoras. Su naturaleza, en particular, el hecho no excepcional de ello, lo hizo peor. Un sonido cotidiano, convertido en extraño por la situación, y emitido en el momento oportuno.

Me dije a mí misma que era simplemente mi fantasía. Me aseguré de que era una autosugestión. Había estado pensando en ello y mi imaginación había hecho el resto.

Entonces me reí a carcajadas, comprendiendo que un instante de miedo me había privado de mis facultades sensatas. Apenas había considerado la explicación más sencilla y lógica: eran niños. Eran niños de la casa de al lado, entrando a hurtadillas y explorando al anochecer.

Trepé por una viga baja, desprendiendo décadas de polvo como talco, y entré en la siguiente parte del espacio de la azotea, fijándome, según creía, en las risas que había oído.

Pero a través del espacio, a través del siguiente nivel de tablas del ático, no se levantó el polvo. Era lo suficientemente ágil, y no había sido capaz de moverme sin revolverlo. Si hubiera niños aquí, aunque fueran pequeños, habría huellas en las tablas.

Entonces, justo delante, a través de las vigas y las traviesas, vislumbré que algo se movía. Algo blanco... espectral, como me pareció.

Avancé. Al principio no me oyó. Luego se volvió y me encontró de frente.

-¿Qué estás haciendo aquí? le pregunté a la hermana Tharpe. **-¿Y cómo no has dejado huellas en el suelo?**

CAPÍTULO 10

Se trata de una lucha desesperada



La hermana Tharpe me miró fijamente, con sus ojos verdes como las luces activas del visor de un arma.

-No te he oído- dijo. La sorpresa había eliminado aún más el falso acento zuskita de su voz.

-No tenías que estar aquí- respondí.

Se recompuso. Llevaba la túnica de su hermandad y su tocado almidonado había captado la luz de las estrellas, confiriendo la blancura que yo había vislumbrado.

-Beta, ¿verdad? preguntó.

Lo sabía muy bien. Incluso con la escasa luz, pude ver su rostro: la sorpresa, la incomodidad de ser descubierta, especialmente por mí. Intentaba ocultar todo eso, por supuesto.

-Hermana Tharpe- dije con firmeza. **-¿Qué está haciendo aquí?**

Se encogió de hombros.

-Confieso que no podía dormir- dijo. **-Soy nueva aquí, nueva en el colegio. No podía dormir, ni siquiera cuando todos los niños se habían ido a dormir. Pensé en explorar los alrededores. Pensé que la actividad**

podría calmarme y, que el Emperador me proteja, cansarme lo suficiente para dormir.

-No estás en el colegio- dije. **-Estás en el Gran Laberinto.**

-¿Lo estoy?- dijo ella. **-No tenía ni idea.**

Una mentira. Fácil de detectar, sólo por el tono.

-Debes haberlo sabido- dije. **-Has quitado las tablas y has entrado por un espacio de la pared que había sido cerrado.**

-No me di cuenta, Beta- dijo.

Utilizó mi nombre. Una táctica interesante, destinada a rebajar la tensión. Pero no lo toleré. Estaba bastante segura de saber lo que era, y me arrepentí rápidamente de no haberme armado antes de salir de mi habitación. Recordé las sorprendentes palabras de Judika. ¿Pero cómo se arma alguien para matar a una monja?

No es que ella lo fuera. La tal Tharpe no era una hermana del orfanato, aunque había demostrado su sentido común al dejarse la túnica puesta cuando salía a espiar para poder alegar que se había equivocado en su paseo de medianoche si la pillaban.

-¿Quién eres tú? pregunté.

-Bismillah te lo ha dicho- respondió.

-La hermana Bismillah tampoco te conoce- respondí. **-¿Cómo no has levantado el polvo?**

Miró hacia abajo y vio que yo había notado la forma poco natural de su paso. Me miró fijamente.

-Déjeme pasar- dijo. Déjeme volver al orfanato. **-Esto es un error. Déjeme pasar y no tendré...**

Se detuvo.

-¿No tendrás que hacer qué?-. Pregunté. **-¿Hacerme daño?**

-No quiero hacerte daño- dijo. Parecía que estaba diciendo la verdad, pero todas las buenas mentiras suenan así, ¿no?

-Te aseguro- respondí **-que no me harás daño.**

Se abalanzó sobre mí. Estaba preparada para ello. Ya había adivinado cómo iba a atacar. Lo había adivinado por el polvo imperturbable, y así supe que no debía buscar una tensión en los músculos, y supe que no debía esperar una flexión y un salto repentino.

Ella voló hacia mí. Lo digo literalmente. Era una telequinética, y la fuerza de su mente la impulsó hacia mí como si la hubieran disparado desde un cañón de circo. Pero yo estaba preparada. Me dejé caer a la derecha, dirigiéndome con el hombro, doblando las rodillas, tal y como el mentor Saur nos había enseñado en la clase de evasión. Ella pasó por encima de mí, y yo rodé por debajo de ella, subiendo con la ayuda de mi mano en un puño.

Aterrizó en un travesaño. Estaba en posición de alerta, con las rodillas flexionadas, los brazos abiertos y la capa de la túnica colgando. Parecía un gran búho de cresta blanca posado en una rama. Se giró y bajó de un salto. El polvo se levantó alrededor de sus pies cuando aterrizó. Su mente ya no la elevaba. Se acercaba a mí. Sentí que se cerraba a mi alrededor, como una serpiente que me oprimía, que me inmovilizaba, que me aprisionaba los brazos.

Me quite el brazalete.

La nulidad del gen paria rompió su agarre y anuló el alcance psíquico de su mente . Ella gritó, conmocionada y angustiada, al ver que su poder había

desaparecido. La telequinética, tan acostumbrada a la libertad de la agilidad mental, siempre se sientio especialmente despojada por el vacío no limitado.

Tropezó, por el dolor. Maldijo, en un idioma que desconocía. Se lanzó contra mí.

Observé la posición de sus pies, el ángulo de su cuerpo. Hice un bloqueo de pasada, como me había enseñado el mentor Saur.

No estaba preparada bajo su fuerza. Incluso el impacto de la desviación me hizo caer de lado. Golpeé con el hombro una cuerda atravesada, reboté y jadeé de dolor. El impacto sacudió el polvo y las telas de araña de las vigas y la negrura del espacio del techo, arremolinándolo a nuestro alrededor como la harina de un tamiz.

Ahora llegó una patada. Los faldones de la túnica de la hermandad que llevaba le impidieron darla. Me agaché bajo la cuerda que había golpeado, interponiéndola entre nosotras, y su patada astilló la vieja madera, sacudiendo más polvo como nieve en polvo sobre nosotras.

Retrocedí. Ella se balanceó bajo la traviesa y lanzó un golpe con una mano, seguido de un puñetazo con la otra. Bloqueé el primero con un antebrazo y giré el cuerpo para dejar que el segundo me pasara por las costillas. El mero hecho de bloquear me dolió: la bofetada me magulló los huesos. Las viejas tablas bajo nosotras temblaban y se estremecían.

Volvió a dar una patada, una patada giratoria. Me aparté de su trayectoria, cogí su tobillo y se lo torcí, con la esperanza de desequilibrarla y hacerla caer de bruces.

Pero su equilibrio era magnífico. Se ajustó, sobre una pierna, y convirtió la patada de barrido en un golpe de talón. Su pie, atrapado entre mis manos, se clavó en mi pecho.

Caí hacia atrás y mis omóplatos se estrellaron contra otra traviesa, provocando un nuevo diluvio de polvo. Agitada y ligeramente aturdido, no pude recuperarme, sino que caí hacia atrás bajo la cuerda, rodando y tosiendo.

Ella pasó por debajo de la cuerda y se acercó a mí. Me di cuenta de que su nivel de entrenamiento era magnífico. Incluso sin su talento de telequinesis, me derribaría fácilmente. No era un nivel de habilidad que hubiera sido perfeccionado en un ring por un mentor, día tras día. Era un nivel de habilidad perfeccionado a través de la aplicación práctica. Ella había luchado antes. Muchas veces. Había matado de esta manera.

Pero no me había matado a mí. Estaba tratando de alcanzarme. Quería que me sometiera. ¿Por qué la contención?

No me importaba, para ser justos. Todo lo que reconocí fue que su contención era una debilidad que podía explotar. Cuando se acercó a mí, la agarré de la mano y tiré con fuerza, de modo que su cabeza y su hombro chocaron con una viga vertical. Este impacto hizo que cayeran pizarras del tejado. Se hicieron añicos sobre las tablas a su lado.

Yo seguía tumbada. Extendí mi pierna izquierda y le aparté los pies antes de que pudiera recuperarse.

Aterrizó con fuerza, con un golpe que hizo temblar toda la sección del ático, llenando el aire cercano con más polvo. Rodé hacia un lado para recuperar el equilibrio, pero para entonces ya había olvidado por completo en qué parte del espacio del techo me encontraba.

El suelo terminaba y había una caída de unos dos metros en un espacio más profundo. Pasé por encima y aterricé mal, lastimándome, en particular, el codo y la muñeca derechos. Mi impacto fue el más fuerte. Varias cajas de madera viejas cayeron, y mi talón izquierdo atravesó el entarimado del suelo, abriendo un agujero en el techo de escayola que había debajo. La luz se filtró a través de este agujero.

Saltó a mi lado y trató de agarrarme de nuevo. Me evadí, di media vuelta y bloqueé sus dos siguientes golpes, aunque me dolió el brazo derecho al hacerlo.

En represalia, le propiné un golpe que realmente dio en el blanco. Ella se tambaleó un poco, y yo me acerqué de nuevo, lanzando un golpe más amplio y prolongado.

Sabía que ella lo vería venir y lo esquivara. De hecho, contaba con que lo hiciera.

Porque yo estaba parada pisando el borde de su túnica.

Ella trató de esquivar, se encontró inmovilizada y fuertemente limitada por su hábito, y perdió el equilibrio. Mi golpe golpeó, con poco efecto, pero ella ya estaba mal parada y cayendo. La había derribado la túnica de la hermandad que, aunque la llevaba de forma convincente, no estaba en absoluto acostumbrada.

Se golpeó fuertemente contra el suelo y éste cedió.

Una parte de las podridas tablas del ático, y las vigas que había debajo, incapaces de soportar más castigo, se derrumbaron bajo ella en una detonación de polvo y astillas, y el más considerable estruendo de madera quebrándose. Ella, y toda la parte del suelo enfermo, cayeron al pasillo de abajo con un estruendo tremendo.

Los daños en la antigua y decrépita casa, una vez iniciados, no podían limitarse fácilmente. Lo que quedaba de suelo debilitado dejó escapar un gemido de advertencia, y luego procedió a ceder también debajo de mí. Incapaz de agarrarme a nada, me dejé caer con él, con los pies por delante. Sin embargo, la caída fue larga y el aterrizaje me hizo caer. Los trozos de tejado y pizarra, y de tabla de madera, siguieron lloviendo sobre mí.

Me quedé aturdida por un momento. El impacto del aterrizaje me había sacudido. Un trozo de teja que caía me había golpeado en la cabeza y me

había hecho perder la vista y los sentidos. Me ahogué con el polvo.

Habíamos bajado al pasillo llamado Pasillo Superior. Tenía paneles de madera y estaba iluminado a intervalos con lámparas de gas instaladas en la pared. Aunque estaba iluminado, este espacio parecía más impenetrable para la visión humana que la oscuridad de los áticos de arriba. Siglos de polvo obstruían el aire como las nieblas otoñales que llegan a los pantanos del sur de la Puerta de la Industria. Las lámparas empeoraban la visibilidad, convirtiendo el aire en un humo brillante. Era más difícil ver algo aquí de lo que había sido arriba en la oscuridad. Todo lo que podía distinguir eran montones de trozos de yeso, tablas rotas y baldosas agrietadas que se habían depositado sobre la moqueta del pasillo.

Miré a mi alrededor, encontré una pared, me apoyé en ella y tosí un poco más. Podía oír el sonido de una campana. El alboroto había hecho sonar la alarma nocturna del Gran Laberinto. ¿Eran esos pasos los que subían a toda velocidad por las escaleras de madera de abajo, o era sólo la sangre que me latía en los oídos?

El brazo derecho me palpitaba de dolor en la muñeca y el codo, la rodilla izquierda también, y estaba segura de que la baldosa me había dejado un corte en el cuero cabelludo, porque eso era lo más doloroso de todo.

La busqué en el barullo. El polvo amarillo parecía sulfuroso y tóxico. Me pregunté qué antiguos residuos de pegamento y pelo de animal y yeso se habían pulverizado a causa del derrumbe. ¿Qué viejas y asquerosas partículas estaríamos respirando?

Cogí un trozo de azulejo, quizá el mismo que me había herido en la cabeza, y lo agarré como un arma improvisada, como los utensilios para limpiar pieles que utilizaban los humanos primitivos.

¿Dónde estaba? Una figura se lanzó a través del polvo brillante delante de mí. Intentaba huir.

La seguí. Había encontrado la puerta al final del pasillo y la había abierto de golpe, dejando entrar una bienvenida corriente de aire frío que sopló hacia atrás y diluyó el polvo nocivo. Yo seguía tosiendo.

Oí un grito y vi a Judika corriendo detrás de mí. Su rostro era sombrío. Llevaba una fina pistola automática, y la estaba cargando afanosamente para usarla. Era una Hecuter 116. Lo sabía por los libros de armas que el mentor Saur nos obligó a estudiar. Sabía que llevaba un cargador de cuarenta balas , que tenía una precisión de casi medio kilómetro, que las pequeñas y densas balas podían penetrar la mayoría de las superficies, incluidas las armaduras estándar. El arma tenía un brillo metálico azulado y una empuñadura de hueso blanco y negro. Eso significaba que era una pieza acabada a medida, un arma de lujo, no comprada en el almacén de un armero.

Una pieza de lujo. ¿Era este Judika hoy en día? ¿Un interrogador de alto nivel con un arma personalizada, y con aires de grandeza, sin duda?

-Intrusa- espeté, escupiendo para aclararme la garganta.

-Estamos al tanto- respondió. **-¿Por dónde?**

Señalé.

-Quédate atrás- dijo. **-Y activa el brazalete.**

-¿Qué?- Exclamé. **-Es una telequinética.**

-¡Activa el brazalete!- insistió. **-Beta, ¡no es mi orden! Es la del secretario. Si no la anulamos, podemos rastrear su mente.**

¿Podemos? No conocía a nadie en el Gran Laberinto que tuviera tales dones psíquicos. Pero entonces no sabíamos nada de las facultades del secretario o de los otros mentores. Nunca habíamos visto que se pusieran a prueba con una invasión así.

Me puse el brazalete.

Judika se adelantó por el pasillo, con la pistola en alto. Parecía saber qué hacer con ella, ya que Saur también le había entrenado.

El aire estaba lleno de polvo, pero la visibilidad era mejor. La vimos, metiéndose en la abertura de una pequeña y estrecha escalera que llevaba de nuevo a los áticos. Tal vez tenía la intención de volver a través de las ramificadas dimensiones del tejado.

Judika subió corriendo tras ella. Yo le seguía de cerca, lo suficiente como para verle subir por el borde del piso del ático y apuntar. El disparo fue ensordecedor en el espacio cerrado. Las llamas ladraban desde el cañón. Los disparos desgarraron las traviesas, destrozaron las cajas de madera y las botellas secas y vacías de su interior, y perforaron algunas de las baldosas. Cada impacto era una explosión de polvo y astillas.

La hermana Tharpe se había puesto a cubierto. La vimos lanzarse, agachada, desde detrás de una pila de cajas de embalaje hacia el escudo más significativo de una chimenea de ladrillo. Judika volvió a disparar, cosiendo tres tiros a través de la chimenea que pintaron el aire de rojo con polvo de ladrillo.

Hizo una pausa, dio la vuelta y disparó una tercera ráfaga. Esta vez le dio a algo más significativo. Algo cayó sobre las tablas ennegrecidas. Al principio pensé que la había matado, pero era simplemente su tocado blanco almidonado, destrozado y sucio.

Sentí un repentino y revoltoso reflujo de telequinesis. Judika estaba a punto de volver a disparar.

-¡Espera! grité.

No lo hizo. Volvió a disparar, un aluvión de disparos.

La Hermana Tharpe había salido de detrás de la chimenea, saliendo al encuentro de las balas.

Estaba sonriendo.

Su tocado ya había desaparecido. Al parecer, se despojó también de su túnica de la hermandad, toda llena de hollín y polvo, y se liberó de ella. Fue una maniobra curiosamente sensual, dejar que sus ropas cayeran detrás de ella. Era como una cortesana en la comodidad de su tocador, avanzando lascivamente hacia su cliente.

Sin la carga de las voluminosas túnicas, era aún más alta y esbelta de lo que había imaginado. Iba vestida con un ajustado guante de cuero marrón. Su pelo, negro como la Noche, había sido recogido en un moño apretado para que pudiera caber bajo el tocado.

Se enfrentó a las balas. Un gesto agudo y fluido de su mano derecha, como el que se haría para apartar un insecto persistente, hizo que todas se desviaran en ángulo recto y se clavaran en la pendiente inferior del tejado, haciendo añicos las pizarras.

Judika gruñó y volvió a disparar.

Ella gritó en respuesta, un gruñido de desafío, y levantó las dos manos, deteniendo los siguientes seis disparos con un muro invisible que los aplastó y los dispersó como monedas en el suelo.

-Desiste- dijo.

Hizo un gesto de agarre con la mano derecha y luego la apartó de un tirón. La pistola se soltó de la mano de Judika y salió volando por el ático. Esta se lanzó contra ella, pero ella cruzó los brazos delante de su cuerpo, con las puntas de los dedos apuntando al suelo, y Judika se elevó del suelo.

Lo hizo subir al tejado, rompiendo una viga y rompiendo las tejas para que llovieran por todas partes. Luego lo arrojó a un lado. Judika se estrelló

contra una viga transversal y cayó al suelo.

Sabía que no volvería a levantarse en algún tiempo. Una parte de mí esperaba sinceramente que no estuviera malherido. Estaba en juego la integridad del Gran Laberinto y el bienestar personal de un chico de la que estaba prendada desde hacía tiempo. En ese sentido, me sentía vengativa e irrefrenable.

Pero una parte de mí pensaba que se merecía los golpes y el trato brusco por su insensatez. Fuimos con armas, ¿y nos enfrentamos a una telequinética limitada? ¿En qué estaba pensando el secretario? ¿Qué estaba pensando Judika Sowl? ¿Por qué estábamos ignorando nuestra fuerza clave y nuestro entrenamiento básico?

Había alcanzado la pistola, donde había caído. La cogería, desactivaría mi brazalete y la obligaría a rendirse o a perder la vida.

Alcancé la pistola, pero mi agarre fue detenido. Un objeto me inmovilizó de repente el puño de mi túnica en el suelo. Era un alfiler largo y plateado, clavado como una espiga de hierro por manos invisibles. Estaba atrapada, incapaz de liberar la manga. El arma, tentadoramente fuera de alcance, se elevó y voló hasta el extremo más alejado del extenso ático.

El alfiler de plata se desprendió y salió disparado como un misil teledirigido. Con la mano liberada, rodé y me giré.

La hermana Tharpe caminaba hacia mí, con el alfiler de plata orbitando alrededor de ella como un pájaro. Un segundo alfiler plateado, gemelo del primero, salió del apretado moño de su pelo negro y comenzó a girar a su alrededor en una órbita opuesta. Cada vez que pasaban cerca de mí, los oía zumbar.

-Beta- dijo. Esto no debía ocurrir. Un desafortunado giro de los acontecimientos. **-Me voy ahora. No intentes detenerme.**

+ *No tendrá que hacerlo* **+.**

El pronunciamiento psíquico me hizo estremecer. Las voces mentales suelen ser contorsiones espantosas de la voz de su dueño.

Esta era apenas humana.

Vi que la hermana Tharpe mostraba una alarma repentina y considerable en su rostro.

Algo subió al ático para unirse a nosotras. No sabía de dónde venía, aparte "de la mente de alguien", aunque de hecho también se me ocurrió el pensamiento "de la vorágine demoníaca".

Era una forma mental. Lo vi como un borrón, una mancha de luz rojiza, como un trozo de un crepúsculo hinchado y ensangrentado al que se le ha dado una forma vagamente humana y al que se le ha permitido caminar libremente. Subió a la fría oscuridad del ático y se enfrentó a la hermana Tharpe.

Chisporroteó. Crepitaba y bullía, como si estuviera hecho de un enjambre de insectos de neón enfadados, o como si fuera una cosa abrasadora y radiactiva que estaba cocinando el propio aire.

Entonces comenzó la verdadera batalla.

CAPÍTULO 11

En el que ocurre una cosa inimaginablemente terrible

La forma de este pensamiento, una cosa de malicia, avanzó a través de la fría penumbra del ático hacia la hermana Tharpe. Era como un sol apagado y moribundo que había salido solo en un cielo oscuro.

Todo empezó a temblar. El ático temblaba. Los pisos superiores del Gran Laberinto temblaban. El polvo se arremolinaba. Las vigas se soltaban con un traqueteo. Las tejas se desprendían del techo y se estrellaban contra las temblorosas tablas del suelo. Por todas partes se oían crujidos, gemidos y chirridos de la madera.

La luz intensa e inyectada en sangre seguía moviéndose con firmeza. Me alejé de ella. La luz ardía, pero el ático estaba brutalmente frío. Un viento invernal invadía de repente todas las grietas y ranuras.

Oí que la forma mental le hablaba de nuevo, su voz mental sacudía mi cerebro desprotegido.

+ *¿Qué eres? ¿Quién te ha enviado?* +

La hermana Tharpe retrocedió. Su rostro no podía ocultar su consternación. Giró las manos y los alfileres plateados atacaron a la sombra roja, pero no pudieron causar ningún daño.

+ *Paciencia. Paciencia. Paciencia*. +

Las palabras no verbales se grabaron en nuestros pensamientos como un ácido. Retrocedí a trompicones y traté de encontrar a Judika, pero no podía apartar los ojos de la luz demoníaca.

+ *No debería haberte enviado a nosotros. Es un tonto, y se lamentará de su error*. +

+ *Dile, dile que Grael Magent encontró a su espía y acabó con ella.* +

La luz sanguinolenta golpeó.

La fuerza de su furia telequinética hizo estallar el techo deteriorado de la antigua casa, lanzando pizarras al aire desde el punto de impacto inicial, y luego rasgando la línea de la cumbrera, desprendiendo todo el techo de las vigas. Esta fuerza ondulante y oscilante lanzó miles de tejas sueltas al viento nocturno como si fueran hojas secas. La parte del ático que ocupábamos se abrió repentinamente al aire, y tejas destrozadas volaron hacia el cielo como piel de serpiente desprendida. Las propias vigas, junto con la cumbrera, las junturas y las celosías, se astillaron y agrietaron, o se quemaron como espinas de pescado en un incendio.

Cuando la parte del tejado se desgarró, quedé totalmente expuesta al viento feroz y frío que había intentado entrar desde que apareció la forma mental. Me di cuenta de la precariedad de la cima del Gran Laberinto, encaramado en el acantilado de la colina de la Gran Puerta con vistas a las luces parpadeantes de la ciudad. Estábamos en la cima del cielo, con las estrellas lejanas debajo de nosotros.

Con el viento llegó la lluvia, una lluvia torrencial, de la que yo no había sido consciente que estaba cayendo. La lluvia torrencial nos empapó en el ático abierto, mojando el polvo. Una terrible tormenta se había abatido aquella noche sobre la ciudad de la Reina Mab, borrando las estrellas y enviando un diluvio, pero la batalla dentro del Gran Laberinto nos había distraído bastante de los cambios elementales en el exterior.

Me pregunté entonces, como me pregunto ahora, si la forma mental no había traído la tormenta consigo.

Me aferré a un trozo de poste lateral roto y esperé que el viento no me arrancara del ático y me arrojara sobre la ciudad como un trozo de pizarra.

La lluvia me daba en la cara y el viento me tiraba del pelo. Grité el nombre de Judika. También grité el nombre de la hermana Tharpe.

Volvió a huir por el ático, sorteando las vigas y los pilares que se desprendían. El techo inclinado se apartó, como una manta o una sábana levantada y sacudida para encontrar un ratón debajo. Cuanto más corría, más se desprendía el tejado para dejarla al descubierto, negándole el más mínimo refugio. Las traviesas y las vigas que habían estado en su sitio durante muchos siglos se desprendían hacia el cielo como si fueran cerillas.

Fue valiente. Frente a la forma mental ensangrentada, fue muy valiente. Agotadas las posibilidades de volar, se volvió para enfrentarse a su némesis. Desplegó su formidable telequinesis contra ella. La conmoción de su mente me derribó y me golpeó los oídos. Varias viejas chimeneas y parte de un muro exterior cayeron, arrojando toneladas de piedra y ladrillo triturados a través del Gran Laberinto, por los tejados inferiores, por los pasillos y las habitaciones.

Algo me agarró. Miré a mi alrededor, preparada para luchar contra casi cualquier cosa, pero vi al mentor Saur. Tenía una pistola en una mano, una gran pistola bólter, y su otra mano me había sujetado por el brazo. Tenía una mirada que uno esperaría ver plasmada en un funeral o en una vigilia en el lecho de muerte.

-Baja- me gritó por encima del viento, la lluvia y el ruido de la tela del edificio al romperse.

-Hay que hacer algo, mentor-. grité.

-Se está haciendo- me gritó, empujándome hacia las escaleras del ático. **-*Hajara.***

A pesar de que quería obedecerle, obedecer sus palabras y sus peticiones, me negué y miré hacia atrás, sorprendida.

-*¡Hajara!*- repitió.

Una palabra clave, una de las órdenes sencillas del colegio.

-Seguramente, incluso para esto...- empecé a decir.

-Por esto no, por ellos- dijo.

El mentor Saur me sacudió y me hizo mirar al cielo. Las luces se acercaban desde la tormenta. Parecían estrellas blancas y azules, rodando por la pendiente del cielo hacia nosotros, pero me di cuenta de que eran las potentes luces de barrido de máquinas voladoras. Formas negras, como pájaros carroñeros, volaban a través de la lluvia hacia la casa. Ya podía oír el tosco canto de sus motores elevadores.

-¿Una incursión? pregunté. **-¿Esa mujer era sólo la exploradora? ¿Quiénes son nuestros enemigos y por qué nosotros...?**

-¡Vete, pequeña idiota!- me gritó Saur. **-¡Hajara!**

Bajé corriendo los escalones, las viejas escaleras de madera, hacia la casa temblorosa. El viento y la lluvia me siguieron. El viento golpeaba todos los postigos y las ventanas, y el Gran Laberinto temblaba por el tumulto del conflicto que se desarrollaba arriba. Yo estaba temblando. Si el Gran Laberinto no hubiera sufrido un violento temblor, habría sido incapaz de mantener las manos firmes.

Había olvidado mis heridas y dolores, mis pequeñas lesiones. Todo estaba eclipsado por la conmoción de lo terrible que nos estaba sucediendo, al colegio, a nuestro hogar.

Hajara. Una palabra antigua guardada de las viejas lenguas del desierto de Terra. Disolución. Huida. Dispersión. La dispersión de una comunidad. Habíamos sido entrenados en el entendimiento de que, si alguna vez se daba la orden, sabríamos exactamente qué hacer sin ninguna otra instrucción, y nunca cuestionaríamos la orden.

Nos habían educado con la expectativa de que nunca habría que darla.

Bajé corriendo, hacia mi habitación, y cogí del perchero de la parte posterior de la puerta una mochila de cuero que colgaba allí, una bolsa preparada con lo esencial, y siempre lista. No hubo tiempo para mirar alrededor ni para despedirse, ni siquiera para considerar la posibilidad de tomar otras posesiones.

Salí de mi habitación y me encontré con Faria que salía de la suya. Llevaba su propia mochila. Apretaba la mandíbula para evitar las lágrimas en sus ojos. Me miró. Nos abrazamos rápidamente, luego se dio la vuelta y empezó a correr sin mirar atrás.

Yo me moví a mi manera. Había decidido bajar y tomar la puerta oeste para salir por los laterales hacia la Gran Puerta. Me crucé con dos de los niños más pequeños en las escaleras. Estaban tan concentrados en la huida que no me miraron ni una sola vez.

Desde arriba llegaron más choques y ruidos fuertes. En el exterior, el rugido de las máquinas voladoras que se acercaban superaba el furioso vendaval. Las luces de barrido parpadeaban a lo largo del rellano, asomando por las viejas ventanas con rayos cegadores. Corrí de todos modos a lo largo del rellano, desafiando a las luces para que me encontraran.

Uno de los cinco grandes ventanales del rellano explotó hacia mí. Volaron trozos de cristal, trozos de marco. Di un salto hacia atrás y me protegí la cara. Algo había golpeado la ventana exterior y la había destrozado de su viejo marco.

Justo debajo de mí, la hermana Tharpe se aferraba al alféizar fracturado. Alguna fuerza que apenas podía imaginar la había arrojado desde el tejado, pero había golpeado el lateral del edificio al bajar y había detenido su caída. Vi cómo lo había hecho. Tenía la mano derecha sujeta a una de sus alfileres de plata, que se había clavado en el alféizar de madera como un pincho de escalada.

Estaba herida y sangrando. Tenía el pelo pegado a la cara por la lluvia y por la sangre. Su ropa estaba rota. Se aferraba con las manos y, tal vez, con la

fuerza de su mente, pero sus pies se balanceaban por encima de una caída abrupta de diez plantas hacia las laderas más bajas y desordenadas del edificio del colegio. La noche mojada por la lluvia se extendía por debajo de ella, y fragmentos de escombros, de vidrio y madera, de la ventana que había destruido, caían junto a ella hacia el abismo.

Levantó la vista hacia mí. Sus ojos eran verdes. No tenía miedo, pero estaba segura de su propia situación.

-¿Por qué?- le pregunté. **-¿Por qué nos has hecho esto? ¿Sois tan abiertamente nuestros enemigos?**

-Ayúdame- jadeó.

-¿Ayudarte? Habéis destruido todo- grité. Mi ira por ella me consumía.

-Tenía que ser destruido- luchó. **-No tienes ni idea. Había que destruirlo.**

Sus manos resbalaban sobre la madera rota y húmeda y el alfiler de plata, que estaba ligeramente doblado. Estaba débil y herida, y la tensión era abrumadora. Sentí que su mente tiraba de mí, que intentaba encontrar un punto de apoyo, que intentaba apoderarse de mis manos y mis antebrazos.

Agarré mi brazalete y lo cambié de sitio.

Un parpadeo de sorpresa cruzó su rostro. Su agarre había desaparecido. Toda la fuerza de su mente estaba agotada, y sólo las yemas de sus dedos detenían su descenso.

No fue suficiente.

Cayó, hacia atrás, en la oscuridad y la lluvia, con los brazos y las piernas agitándose.

La caída fue muy larga. No la vi aterrizar, ni quise hacerlo.

CAPÍTULO 12

Insuficiente



Saqué el alfiler de plata de la madera. Era un arma útil cuando no había otras disponibles. Descendí a las faldas del Gran Laberinto, lanzándome por una escalera oscura tras otra. A través de las puertas abiertas, vi los muebles volcados y las posesiones abandonadas por otros miembros del colegio en su huida.

Los motores de las máquinas voladoras que daban vueltas hacían el ruido más fuerte de todos. Las luces de barrido se proyectaban en las ventanas cuando pasaban. Estaba segura de que se trataba de aviones de combate, naves militares alquiladas o robadas para ese fin. Había una malevolencia tan absoluta detrás de este ataque. ¿Empezarían pronto a disparar contra el colegio? ¿Demolerían el lugar, piedra a piedra, con sus armas y baterías de cañones?

Oí otros sonidos. El golpeo y el destrozo de las puertas, el ruido de las persianas. Los hombres,los agentes de nuestro enemigo sin rostroestaban asaltando el colegio. Tal vez esto era una ventaja para mí, pensé. Los cañones no se arriesgarían a disparar sobre una estructura ocupada por sus aliados. Podía lidiar con los hombres. Con las naves de combate no.

Pensé en la mujer que había matado, o al menos condenado a una muerte segura. Me hizo reflexionar, pero no me sentí mal por ello. Se habían convertido en nuestros enemigos y habían revelado su animadversión. Se había declarado la guerra, y nosotros sólo nos defendíamos, en nombre del Emperador que es nuestro guía y maestro.

En nombre de la Santa Inquisición, teníamos una justificación intachable para nuestras acciones. ¿Qué justificación tenían estos herejes para las suyas?

Me colgué la mochila al hombro y me dirigí a la puerta oeste. De repente, apareció Roud. Llevaba su mochila, y también una pistola, que había sacado de no sé dónde. Joven y asustado, me apuntó con ella hasta que vio quién era yo.

-*Hajara*- dijo.

-Lo sé- dije.

-Son demonios- dijo **-y están por todas partes.**

-Sólo vete- le dije. **-No necesitas el arma. Sólo sal.**

Roud era desgarbado, en medio de un gran estirón, y su piel estaba cubierta de manchas y espinillas. Parecía un joven agitando una pistola de juguete, salvo que la pistola era de verdad.

Una puerta detrás de él se abrió de golpe. La herramienta de ariete manual que había astillado la cerradura la había arrancado prácticamente de sus goznes. Entraron dos hombres, uno de los cuales dejó a un lado la pesada barra de ariete. Iban vestidos con ropas oscuras y estaban mojados por la lluvia. Llevaban gafas oscuras con cristales pequeños y redondos, y chalecos antibalas.

-Túmbate en el suelo- gritó uno de ellos.

Roud le disparó.

Roud era un buen tirador. Era un área en la que estaba destacando rápidamente. Le metió cuatro balas en la cara y el cuello al hombre que había dado la orden y lo envió de vuelta contra las puertas abiertas a

patadas. Las gafas redondas y oscuras del hombre, con los cristales rotos, volaron por los aires al caer.

El otro hombre sacó una pistola láser. Comenzó a gritar órdenes en un auricular de vox y disparó contra nosotros.

Una ráfaga de láser hizo volar la mampara de la puerta a mi lado, haciéndome dar un grito y un respingo. Miré a Roud. Parecía muy tranquilo.

-Por favor, corre, Beta- dijo, alegremente. **-Corre hacia el otro lado.**

Nos llegaron dos disparos más. Roud se volvió para devolver el fuego. Sólo entonces vi el pequeño agujero en su espalda, del tamaño de la punta de un dedo. El humo salía de él. Un disparo de fuego láser le había atravesado por completo.

Disparó contra el hombre que le había disparado, cayendo muy lentamente de rodillas al hacerlo.

Yo corrí. No podía hacer nada por él, pero había una última cosa que podía hacer por mí.

Me escabullí hacia la izquierda, hacia un sotano, y luego a través del hueco hacia el área de almacenamiento que colindaba con la puerta sur.

Pero esa zona también había sido asaltada. Me quedé quieta en cuanto vi las grandes y viejas puertas, astilladas en el suelo, donde algún poder exterior las había destrozado.

En su lugar, giré a la derecha y escapé por las frías y húmedas habitaciones de las viejas cocinas del sótano. Al hacerlo, me topé con el intruso que había entrado por la puerta sur.

No era un hombre.

Era una cosa, y era una caja, una gran caja de metal, en parte como un trono y en parte como un ataúd de hierro. La caja flotaba sobre el suelo, sostenida por mecanismos gravitatorios. Se había movido tan silenciosamente que, literalmente, me había topado con ella y me había medio caído por su frente inclinado.

El metal estaba caliente.

Retrocedí de un salto, atónita y asustada. No sabía lo que era, salvo que se trataba de otra entidad de nuestro enemigo y, evidentemente, de un dispositivo blindado para asaltar un edificio.

Pero podía sentir que me estaba mirando. Los dispositivos integrados en su voluminoso cuerpo blindado eran tal vez lentes de lectura o nodos de escaneo, o tal vez los núcleos de los sensores.

Y, tal vez, era algo más que eso. Algo más poderoso que la tecnología humana más sofisticada.

Pero si había alguna fuerza Psiquica dentro de esa caja, estaba indefensa. Mi brazalete estaba muerto. Mi aura de Paria estaba libre e influía en el mundo que me rodeaba.

No dejaría que esta cosa me cogiera con vida.

CAPÍTULO 13

El cual se refiere a la búsqueda de un santuario



Me alejé del la gran caja de metal. Sus sistemas zumbaban, manteniendo su enorme peso, increíblemente, sobre el suelo de piedra. Tenía una presencia intimidante. Me hizo pensar en los sarcófagos, en las tumbas doradas en las que las tribus del Desierto Carmesí habían enterrado a sus jefes. El mentor Murlees me había mostrado imágenes de estos venerables objetos, recuperados por exploradores de los anticuarios en largos túmulos y bóvedas cilíndricas en el océano de dunas. Los exteriores de los sarcófagos estaban diseñados a imagen y semejanza de sus ocupantes: un rey famoso por su nariz de halcón, una reina amada por su sonrisa despiadada, un príncipe famoso por su frente feroz y su mirada penetrante.

El príncipe de esta caja aburrida y oxidada había sido desfigurado. No había ningún parecido exterior, ni ningún rostro con el que hacer un parecido. También estaba maltrecho, y no podía levantarse de su trono.

Este pensamiento me preocupó más que ningún otro. Sólo conocía a un poderoso señor que nunca más podría levantarse de su Trono Dorado, pero cuyo poder lo veía todo y lo era todo.

Por un momento me ruboriza reconocerlo, me pregunté si se trataba de una visita, si había sido elegida para ser la testigo de algún anuncio profético del Dios-Emperador sobre todos nosotros. Luego, por supuesto, me di cuenta de la estupidez de esta fantasía, de su arrogancia. Yo era una entre trillones de almas dentro del Imperio de la Humanidad, y ser señalado era en todos los sentidos más que ridículo. Ni siquiera como alumna prometedora en un centro de formación de los Santos Ordos. No, la caja de metal era un

instrumento sin sentido para romper puertas y asaltar edificios. Era una máquina de asedio para el trabajo urbano de combate cuerpo a cuerpo.

Dijo algo, un ruido de voz procedente de unos altavoces ocultos. Lo ignoré. La caja de metal parecía indefensa, y supuse, agradecida, que sus controladores psíquicos se habían bloqueado a causa de mi nulidad psiquica. Volví a oírlo parlotear, enviando y recibiendo señales de voz. Había alguien en su interior, un sirviente al menos. No podía atacarme, pero informaba de mi posición.

Volví a correr por donde había venido. Nuestros enemigos habían inspeccionado bien el laberinto. Tenían cubiertas todas las entradas y salidas. Todas las principales, al menos. Pero el Gran Laberinto, viejo y ramificado, era un laberinto, al fin y al cabo, y sólo quien había vivido entre sus muros durante años, y había explorado sus extremos con la curiosidad de un niño, podía conocer todos sus caminos secretos.

Corrí. Detrás de mí, oí el ominoso ronroneo del ataúd en su persecución. Volví a través de las viejas cocinas del sótano, con sus fregaderos secos y descascarillados y sus superficies de trabajo llenas de polvo. Las viejas ollas y sartenes colgaban de los rieles del techo, ollas que no se habían usado en toda mi vida.

Sin embargo, no recorrí todo el camino a través de las cocinas. Giré a la izquierda, hacia un almacén que debería haber sido un callejón sin salida. El almacén tenía una puerta estrecha, que conducía a un tramo de escaleras empinadas y de una sola bajada. La caja de metal simplemente no podía caber para seguirme.

Abajo, en el almacén sin puertas ni ventanas, aparté un montón de arpillera enmohecida y una vieja sección de revestimiento, ignorando los miserables gusanos del suelo y los escarabajos. Aquí había un espacio, una cavidad que todos los jóvenes del Gran Laberinto acababan conociendo si exploraban lo suficiente. Si me agachaba, podía escabullirme por un pequeño túnel de ladrillo húmedo en la oscuridad, pasar por debajo de una parte del muro sur y salir a una sección que todos conocíamos como los establos. Allí había

una puerta de la calle, una entrada poco llamativa que conducía a una esquina del camino a la Gran Puerta. Tal vez no la habían descubierto todavía.

Ahora me encontraba muy abajo en la estructura del Gran Laberinto, en lo más profundo de sus sótanos abandonados. Aun así, podía oír, desde lo alto, el zumbido de los amenazantes cañones que se cernían sobre nuestros aleros, y los golpes y choques de los intrusos. En dos ocasiones oí intercambios de disparos que me helaron el corazón.

¿Quién estaba luchando? ¿Quién estaba tan acorralado que no podía simplemente huir? ¿Quién estaba muriendo?

Los llamados establos eran como los recordaba, aunque hacía años que no bajaba a sus sucias celdas. Los llamábamos establos porque en las monótonas cámaras de piedra había rastros en las paredes y el suelo donde antes se habían fijado los tabiques de madera que dividían el lugar en establos. En las paredes había cestas de hierro atornilladas en las que se podía depositar el pienso.

Me adentré en la penumbra gris de los establos con la esperanza de llegar a la puerta , pero enseguida me di cuenta de que el espacio sólo podía ser una penumbra gris si la puerta ya estaba abierta, permitiendo que entrara la luz.

Me mantuve pegada a las paredes, con mi mochila a la espalda y el alfiler de plata en la mano como si fuera un cuchillo.

Tres hombres habían entrado por el pasillo , habiendo forzado la puerta. Observé y vi que en realidad eran dos hombres y una mujer. Iban vestidos como los intrusos que se habían encontrado con el pobre Roud. Sus ropas oscuras estaban cubiertas por chalecos antibalas y llevaban gafas oscuras de cristales redondos. Llevaban pesados instrumentos de luz , pero los aparatos no emitían ninguna luminosidad, aunque los apuntaban a todos los rincones y recovecos mientras buscaban. Sabía que eran lámparas de vapor de mercurio, que brillaban con una incandescencia más allá de la gama visible normal. Las lentes de sus gafas oscuras les permitían ver todo lo que sus

lámparas iluminaban. Los intrusos veían el mundo como un lugar frío y azul eléctrico.

Tenía que pasar por delante de ellos tres. La puerta del pasillo estaba muy cerca. Esperé.

Uno de los hombres se acercó. Me detuve contra la puerta mientras él la atravesaba, haciendo brillar su luz invisible delante de él. Sostuve el alfiler de plata a mi lado, con la punta proyectada más allá de la palma de la mano. Con un fuerte tirón, se la clavé en la carne del muslo, en la base de la nalga, por debajo del chaleco antibalas.

Gritó de dolor. Sentí que su sangre, caliente como el carbón de una estufa, salpicaba mi mano mientras sacaba el alfiler. Su pierna se dobló bajo él, obligándole a caer.

Ya me estaba moviendo, empleando mi fuerza en una patada alta y giratoria. El herido, sorprendido y cayendo sobre una pierna que ya no es útil, no se defendió. Mi patada conectó, le hizo girar la cara hacia un lado y le rompió la cabeza contra la pared que tenía detrás. Rebotó en el impacto y cayó de bruces.

La mujer estaba justo detrás de él. Cogí la lámpara de vapor de mercurio que se le había caído al hombre y le apunté a la cara. Ella chilló y retrocedió de un salto, temporalmente cegada. Mientras se tambaleaba, la golpeé en un lado de la cabeza con la lámpara y la dejé en el suelo.

Quise correr hacia la puerta del pasillo, pero el tercer hombre estaba en medio entre yo y ella. Había oído la conmoción y se estaba girando para cargar contra mí.

Volví a correr hacia el Gran Laberinto, alejándome de la calle. El hombre corrió tras de mí. La mujer se levantó y fue tras él.

Mi huida precipitada no fue tan contraproducente. No me habían acorralado, ni me habían hecho retroceder hacia otros de su especie. Mi

elección de dirección había sido deliberada. A diez metros del pasillo del establo, atravesé un arco de piedra. Mis perseguidores, que me seguían de cerca, alcanzaron el arco y salieron volando como si hubieran chocado con un alambre. Cayeron sobre sus espaldas, retorciéndose y gorjeando.

Mi brazalete había anulado los efectos de la puerta del dolor integrada en el arco. Habían corrido directamente hacia su campo.

No esperé. Me di la vuelta, me abrí paso rápidamente entre sus espasmódicos cuerpos y corrí hacia la puerta abierta de la calle y la luz gris que había más allá.

La lluvia seguía cayendo, muy fuerte. Fuí el camino de la Gran Puerta y olí el aire frío y húmedo, la piedra mojada y la basura y el hollín de la ciudad.

Toda la ciudad había sido mi aula.

Ahora la Reina Mab se convertiría en mi escondite.

CAPÍTULO 14

Se trata de un plan

Corrí a través de la lluvia. Insté a la noche a ser mi aliada.

Seguí por el camino de la Gran Puerta hasta el cruce con la calle Huesos Atados, salteé los enormes y fangosos surcos que los carros de grox habían desgastado en el camino durante siglos con sus ruedas, y continué por la Calle de la Serpiente hasta llegar al pozo público.

La lluvia había mantenido a la mayor parte de la gente en el interior, aunque el alboroto del Gran Laberinto en la colina de arriba había hecho que los clientes de la taberna salieran bajo los toldos para mirar los aviones y los reflectores. Los grupos murmuraban, fumaban lho y hierba picada, cenaban y discutían sobre la moral de la intervención contra ciudadanos privados. La mayoría de las conversaciones que escuché suponían que la conmoción era una redada de la guardia de la ciudad contra un burdel o contra algún destacado traficante de drogas.

Me pregunté cómo era posible que los mercenarios privados se confundieran con la guardia de la ciudad, pero apenas se me ocurrió la idea cuando una tropa de vigilantes entró en el patio de la taberna y comenzó a interrogar a los bebedores. Los hombres de la guardia eran todos unos grandes matones. Llevaban jubones de cuero negro y mangas abullonadas bordadas con hilo de oro y escarlata, cuellos blancos almidonados y gorros negros de fieltro. Llevaban los yelmos de ceramita colgados del cinturón a la altura de las caderas. Cada uno llevaba un mazo de energía. Se trataba de artefactos metálicos que se extendían telescópicamente. Todos los bastones estaban extendidos, listos para ser utilizados. Me quedé en el lado

más alejado de la taberna, fingiendo saciar mi sed, utilizando una de las tazas de latón que colgaban con una cadena del flanco de piedra del zócalo de la taberna.

Lo razoné. Las fuerzas que nos acosaban no habían mostrado ningún reparo en hacerse pasar por las autoridades, incluida la Inquisición. Judika y el secretario habían sido muy claros al respecto. Sus falsas credenciales y, estoy segura, un simple y comprensible miedo a los Santos Ordos, habían persuadido incluso a la estoica y poco imaginativa guardia de la ciudad para que les ayudara.

Abandoné el patio de la taberna y seguí los callejones detrás de la calle Orillo, cruzando los patios empapados por la lluvia de una curtiduría, una platería y dos negocios de reparación mecánica. Me sentí mal, cayendo rápidamente tras el subidón de adrenalina de mi huida del Gran Laberinto. Mis golpes y rasguños, especialmente el brazo y el corte en la cabeza, empezaban a dolerme de una manera que no podía ignorar.

-¡Beta!

Me detuve en seco. La voz volvió a sisear. Vi a Judika en una puerta, mojado y despeinado. Tenía moratones en la cara y la ropa rota.

-¡Por el amor del Trono!- exclamé, acercándome a él. Él sonrió con una fina sonrisa. Nos miramos y luego nos dimos un fuerte abrazo.

-Lo has logrado- dijo cuando se rompió el abrazo.

-Evidentemente- dije.

-Una noche terrible- dijo. **-Terrible, terrible.**

-¿Sabes quién más ha escapado?- le pregunté.

Negó con la cabeza.

-Hubo mucha confusión. Fue un caos.

-¿Qué sabes de eso?- le pregunté.

-Muy poco- dijo, sacudiendo la cabeza.

-¿De verdad? respondí. **-Te enviaron de vuelta a nosotros para revisar la situación. Los Ordos te enviaron a casa por culpa de los Cognitae.**

-No uses esa palabra- dijo.

-¿Qué palabra debo usar entonces?- pregunté. **-Una sociedad hereje opera en la Reina Mab. Amenaza la seguridad del Gran Laberinto de manera tan significativa, que los Ordos envían un interrogador para vigilarnos. Entonces esto, sea lo que sea...**

-La sociedad se ha movido contra la Inquisición- dijo Judika. **-Nuestra presencia en la ciudad siempre ha sido discreta. No hay una oficina o departamento permanente. La sociedad evidentemente cree que, eliminando la escuela de formación, puede extinguir toda la influencia de los Ordos en la ciudad.**

-¿Es eso cierto?- pregunté.

Se encogió de hombros.

-En el peor de los casos- dijo. **-Sólo temporalmente. Si alguno de los mentores se ha librado, y supongo que lo habrán hecho, entonces transmitirán un informe al cuartel general. Se enviará ayuda. Con cierta impunidad, espero. La sociedad se ha perjudicado a sí misma al dar un paso tan audaz y agresivo contra los Ordos.**

-No pueden ser tan estúpidos- dije. **-Deben saber que han agitado las cosas. Deben estar detrás de algo más.**

-¿Cómo qué?- preguntó. Había un ligero desprecio en la pregunta, como si dudara sinceramente de que una estudiante como yo pudiera razonar algo que una interrogador como el no pudiera.

-¿Dónde está el cuartel general de los Ordos más cercano?- pregunté. **-¿La oficina permanente más cercana?**

-No en este mundo- dijo.

-Entonces- respondí simplemente **-es cuestión de semanas o incluso meses antes de que se produzca alguna respuesta. Quizás eso es lo que querían los Cognitae,dos o tres meses sin interrupción del la Inquisición.**

-No utilices esa palabra- dijo de nuevo, con menos convicción.

Suspiré.

-Debemos pasar desapercibidos hasta que llegué la ayuda- dije.

-Estoy bastante desprovisto de opciones- respondió.

La orden de *Hajara* era sencilla. Los alumnos debían huir de la escuela y convertirse, a tiempo completo, en cualquier papel o identidad que hubieran estado desempeñando en la misión actual. Si era necesario, debían retroceder a través de las identidades y roles anteriores hasta encontrar uno en el que pudieran vivir, seguros, hasta que llegara la ayuda. Yo debía convertirme en Laurael Raeside, y vivir como Laurael Raeside hasta que el asunto terminara.

Judika, sin asignar ninguna misión y recién llegado al planeta, no tenía ninguna identidad a la que acogerse.

-Tendrás que venir conmigo, por ahora- le dije.

-Podría actuar como guardaespaldas de tu misión- sugirió.

-Mi cliente principal sabe que no tengo ninguno- dije. **-Tendrás que ser mi sirviente. O mi secretario.**

-¿Ah, sí?- replicó.

-Esto no es una broma, Jude- dije. **-Los enemigos nos persiguen e intentan matarnos.**

Asintió con la cabeza. Sabía muy bien que lo que se convertiría en algo tenía que encajar perfectamente con la misión que yo ya había establecido.

-Raeside es una agente comercial- dije. **-Podrías ser un tasador... un asesor...-** Negó con la cabeza.

-No tengo tiempo ni recursos para informar y prepararme lo suficiente. Cometería un error y me descubrirían. Tendre que ser un lacayo, después de todo.

-Si los Guardianes oscuros, o cualquier agencia de la Reina Mab, o cualquier otra persona del mundo de Sancour, hubieran hecho alguna comprobación sobre el origen de Laurael Raeside, habrían descubierto que había llegado por vía interorbital a principios de esa semana, y que había tomado habitaciones en el Cronhour Helican, un establecimiento muy respetable en la plaza Delgado, en el distrito de las embajadas. Los preparativos de cada misión eran escrupulosos, por lo que la reserva existía, aunque en realidad no había utilizado las habitaciones. El Cronhour sería nuestro primer puerto de escala.

No tardamos en descubrir que el paso por la ciudad no iba a ser fácil. El tiempo había hecho que la Reina Mab se quedara sin poder moverse, pero lo que es peor, la guardia de la ciudad estaba en el exterior. La influencia de la sociedad hereje era considerable y bastante aterradora, o más bien la reputación de la Santa Inquisición lo era. Sólo la amenaza de la Inquisición, aplicada con órdenes de detención y rosetas falsas, había bastado para galvanizar a las fuerzas de vigilancia y enviarlas a las calles a comprobar papeles y permisos. Pensé, aunque no se lo dije a Judika por miedo a otra reacción de desprecio, que la sociedad de herejes podría tener miembros que ocuparan cargos importantes en la sociedad de la ciudad.

-No podemos quedarnos en estas calles- me aconsejó Judika cuando llegamos a otro puesto de control en el que los vigilantes detenían el tráfico de peatones y vehículos para examinar los permisos.

-No podemos- acepté. Los dos estábamos sucios, llevábamos heridas leves y estando cubiertos de la sangre que teníamos en la ropa. Además, bajábamos de la región de la colina de la Gran Puerta.

-Nos dirigiremos a los callejones- dije.

Parecía incómodo.

-Es el único camino- insistí.

Volvimos a subir por el Paseo del Palíster, a través de un pequeño parque de árboles muertos y placas conmemorativas, y trepamos por un muro hasta el camino que bajaba por el barrio de la Colina del Candado hacia la Plaza Delgado.

La calle vacía del camino era especialmente lúgubre y silenciosa. La lluvia caía de forma desoladora, como una cortina, y los edificios

muertos de alrededor nos miraban a través de las ventanas ciegas. Parecían calaveras. Era como caminar por un osario o una casa de huesos, con las cuencas vacías mirando desde las catacumbas. Antes me gustaban los callejones, pero ahora me sentía oprimida por ellos. De repente sentí lo malo que era estar en una calle de la ciudad y dejar que se perdiera, y lo macabra y antinatural que se vuelve una vía urbana cuando se borra de ella todo el bullicio y la vida.

Los caminos sagrados eran una expresión extraña y bastante retorcida de la piedad.

Más que eso, sentí, con una súbita y gran certeza, que una vez que los caminos sagrados se habían establecido, una vez que habían crecido silenciosos y descuidados, y habían comenzado a decaer en un vacío de maleza, nadie tenía nada que hacer allí.

Y menos nosotros.

Judika se convenció de que nos estaban vigilando, o incluso de que nos seguían. Después de los traumáticos sucesos de la noche, ambos estábamos bastante desanimados por la conmoción, por lo que fuimos presas de la paranoia.

Sin embargo, aunque desestimé su preocupación, yo también la sentí. Los ojos estaban sobre nosotros.

-Deberíamos salir de aquí- dijo Judika. **-Esto no es seguro.**

-Tu mente te está jugando una mala pasada- dije, aunque no me sentía tan segura. **-Sólo los pobres ciegos por la guerra deambulan por estas calles, y no nos molestarán con nuestros brazaletes activos.**

Asintió con la cabeza. Comprobó su brazalete.

-Beta- dijo en voz baja.

-¿Qué?

Me mostró su muñeca. En algún momento de la pelea en el ático, sin duda cuando la telequinética la había lanzado de un lado a otro, su brazalete había golpeado algo que había roto su mecanismo. Estaba atascado en desactivado, y no había nada que ninguno de nosotros pudiera hacer para mover el anillo de ajuste.

Judika estaba limitado. No tenía ningún tipo de habilidad psiquica con la que hacerse invisible a los fanáticos.

-Lo siento- dijo. **-Debería haberme dado cuenta. Nos he puesto en peligro.**

Quise decirle que no lo había hecho, pero no pude. Desde las sombras que nos rodeaban, desde la intensa lluvia, los fanáticos cegados por la guerra se acercaban.

CAPÍTULO 15

Lo que concierne a la Ceguera de la Guerra



Salieron a la luz. Eran figuras que había visto tantas veces antes, pero siempre de lejos. Algunos de ellos eran simplemente hombres marginados, sucios vagabundos vestidos con los restos de los uniformes de la Guardia. Otros estaban más claramente mejorados con blindajes, miembros aumentados e implantes de armas. Éstos eran los veteranos, las reliquias de la Guerra Orfea, los verdaderos ciegos por la guerra. Apestaban. Aparte de la suciedad, desprendían olores químicos desagradables, secreciones tóxicas y hormonas de cuerpos irremediablemente programados para la violencia. La bioingeniería, los implantes y los traumas de combate habían trastornado a estas criaturas. Estaban cegados por la guerra, y no conocían otra cosa que un apetito furioso por la violencia. En tiempos de guerra, habían sido útiles armas berserker. En tiempos de paz, eran recuerdos sangrientos y atávicos de una época más miserable.

Y lo que es peor, no morían. La bioingeniería que los había preparado para la guerra había incluido un burdo trabajo para mejorar su durabilidad y sus factores de curación. Les había dado una longevidad antinatural. Condenados a los guetos y a los barrios bajos, los fanáticos habían desarrollado una cultura de bandas, acogiendo a matones y forajidos como empleados, criando nuevas generaciones de descendientes químicamente mutados a partir de hembras de bajos fondos en los sumideros de la ciudad, y llevando vidas prolongadas salpicadas por una muerte que sólo se producía a través de la violencia. La guerra había pasado hace siglos. Los fanáticos habían sobrevivido a todo, excepto a la ciudad. Habían sobrevivido incluso a su propio propósito.

Dos de los grandes monstruos augméticos encabezaban la marcha. Eran del tipo veterano, y habían servido en la guerra al lado del Santo, antes de regresar a la Reina Mab rotos de dolor. Sus marcas de banda eran del clan de la Calle Leach. Uno tenía un puño hecho de cuchillos. El otro empuñaba un hacha de combate de doble filo. La lluvia goteaba de su coraza y su hacha.

-No hay necesidad de esto- dije en Enmabic. **-Dejadnos pasar.**

Pude ver que no lo harían. Se negaron rotundamente. Sus cerebros no estaban programados para permitir cosas como la piedad o la negociación. Ya estaban provocados, por estimuladores de agresión neural o químicos, para matar. Sus seguidores humanos, sensibles a los olores químicos, empezaron a temblar y a gemir con una agresión similar.

Nos dimos la vuelta y corrimos, chapoteando en el agua que discurría por las losas. Llegamos hasta el punto en el que la calle se ensanchaba para dar cabida a una estatua sobre un zócalo (ahora sólo quedaba el zócalo y los cascos del caballo que estaba sobre él), y nos encontramos con que nuestro camino estaba claramente bloqueado por más fanáticos.

Al relatar esto, con toda naturalidad, puede parecer que no temía por mi vida. En efecto, temía, y Judika Sowl también. En los negocios de la Reina Mab, nunca se encontraba una persona que se hubiera enfrentado contra los fanáticos y viviera para contarlo, y había una razón para ello. Los fanáticos eran intratables, brutales y se decía que eran antropófagos. Algunos decían que su consumo de carne humana se citaba a menudo como una de las razones por las que vivían periodos tan anormalmente largos, incluso los que no eran reliquias veteranas de la Guerra de San Orfea creadas por bioingeniería.

Estábamos aterrorizados. Estábamos, creo, más allá del terror. Aunque ambos habíamos experimentado peligros y amenazas en nuestras vidas (no puedo dar cuenta de todo lo que Judika pudo haber conocido), la noche hasta ahora había sido la más traumática que cualquiera de nosotros había vivido. La pérdida del Gran Laberinto, el destino de nuestros compañeros,

la amenaza de captura o muerte... Estas cosas nos habían dejado entumecidos por el shock. Incluso teniendo en cuenta el buen entrenamiento que nos habían proporcionado los mentores del Gran Laberinto, necesitábamos tiempo para descansar, para recuperarnos, para reorganizar nuestras mentes.

Estar acorralados por los fanáticos productos de la guerra estaba casi más allá de nuestra capacidad de comprensión.

Sin embargo, estábamos entrenados. Éramos estudiantes del Gran Laberinto, preparados en métodos de combate, infiltración, ocultación y toda modalidad necesaria para convertirnos en los más excelentes operativos especiales de la Santa Inquisición, y por tanto en los más excelentes y leales servidores del Dios-Emperador de la Humanidad, cuyo Trono Dorado nos bendice a todos.

No estaba dispuesta a rendirme. El pobre Roud había muerto, o había sido herido mortalmente, para que yo pudiera escapar. Había hecho que un enemigo sufriera una caída fatal, y había herido a otros, y había hecho un esfuerzo supremo para evitar la captura. Ese esfuerzo, y el paso moral que había dado, y el sacrificio de Roud... no permitiría que ninguna de esas cosas se desperdiciara.

Lucharía, con un alfiler de plata retorcido, si fuera necesario. Simplemente descarté la idea de que era una lucha que no podría ganar. Lo sabía, pero lo ignoré. Necesitaba confianza y claridad, no un pesimismo racional. Acabaría con todos los que pudiera.

Con Judika a mi lado, me adelanté cuando se abalanzaron sobre nosotros. Seleccioné mi primer objetivo, un hombre sucio con un gancho. No estaba aumentado, y por lo tanto no era uno de los veteranos. No era ni mucho menos una amenaza como la gran bestia chapada que tenía a su derecha, un monstruo con ojos luminosos que cuya voz salía de un altavoz de vox integrado en el centro de su coraza cromada. Pero podía derribar al sucio pandillero rápidamente, con mis propias manos, y su gancho de pico me permitiría entonces golpear a distancia a los horrores mayores.

Una forma amarilla y sucia entró en mi visión desde la derecha y derribó al hombre con el gancho. El hombre gritó. Un enorme perro pastor se colocó sobre su torso, con las mandíbulas apretadas alrededor de su cabeza. Agitó su hocico, estirando y rompiendo la columna vertebral de su víctima. Luego saltó hacia el siguiente atacante, con los labios despegados y las encías negras salpicadas de saliva.

Su amo lo seguía de cerca. Flecha de la Muerte se abalanzó sobre la banda desde un lado. Estaba blandiendo una espada ancha, una enorme arma de mango cruzado con una hoja oscura y aceitada. Derribó a un hombre con la mera masa de su persona, y luego golpeó a otro en el hombro con su hoja silbante. A pesar de la armadura que llevaba, el fanático de la guerra se partió como un cadáver colgado en una carnicería. Hubo un alarmante derramamiento de sangre, como si se hubiera volcado un cubo. El hombre mostraba huesos blancos brillantes y carne roja en sección transversal al caer en dos direcciones a la vez.

La hoja de la espada ancha no se clavó ni se encajó en un hueso grueso como la pelvis, como habría imaginado. Flecha de la Muerte se la llevó consigo, sin esfuerzo, dio una vuelta por encima de su cabeza en un corte de guadaña y desmontó a otro de los fanáticos. El golpe, transversal, partió al hombre en cuatro partes de la manera más espantosa, golpeando como lo hizo la parte superior de su brazo por debajo del hombro. La hoja simplemente no se detuvo, ni por la armadura, ni por el acolchado, ni por la carne, ni por la masa muscular, ni por los huesos del brazo, ni por la coraza, ni por la caja torácica...

Lo cortó de lado a lado. Los chorros arteriales me recordaron a las fuentes del Parque Tyvoke en la Gran Puerta cuando se activan por la mañana. La espada le cortó la cabeza y los hombros, como un busto de mármol, desde el tronco y las piernas, y le cortó ambos brazos en el punto medio del bíceps.

El perro, ahora, estaba sobre otro objetivo, uno de los veteranos, que se vio obligado a retroceder por el volumen feroz del animal y su feroz fuerza muscular. El perro pastor giró la cabeza hacia un lado, de modo que sus

grandes dientes carnosos se acercaron como unas tijeras, cortando y esquilmando la coraza delantera del fanático.

Los fanáticos de la calle Leach retrocedieron ante el conocido jefe de la Ladera del Risco, lanzando gritos de alarma y cerrando sus escudos. Flecha de la Muerte no se preocupó por ellos. Se apartó, con la óptica de su visor zumbando con fuerza. Se acercó a Judika y a mí.

Me di cuenta de que no se dirigía a nosotros. El cursor ámbar de su óptica estaba fijo y enfocado, no en mí ni en Judika, sino en algo que estaba detrás de nosotros. Me aparté, empujando a Judika conmigo.

Flecha de la Muerte se enfrentó a los grandes veteranos que se habían enfrentado primero a nosotros, y que habían venido tras nosotros cuando huimos. Chocó primero con el de los puños. El impacto fue como si dos vehículos chocaran de frente. El blindaje se dobló y se raspó. Los cables y los tubos de alimentación se rasgaron o se partieron. Los fluidos, uno de ellos la sangre, se filtraron por las costuras de su chapa soldada.

El veterano trató de pasar su puño por debajo de la guardia de Flecha de la Muerte, pero Flecha de la Muerte le propinó un salvaje cabezazo para romper el fuerte abrazo, y destripó a su oponente con un tajo de su espada cuando se separaron. Las entrañas del veterano se desparramaron por su placa rota, y la mayor parte de la materia no era orgánica. Tubos de plástico amarillos, augmentos intestinales y sacos de procesamiento sintético salían como una cuerda húmeda. El veterano de la calle Leach emitió un ruido infrahumano a través de su enlace vox, y cayó de espaldas, retorciéndose.

El otro, el del hacha de dos hojas, clavó una de esas hojas en Flecha de la Muerte cuando estaba ocupado, abriéndole parte de la protección del hombro. Flecha de la Muerte se inclinó, plantando los pies para adoptar una postura mejor y más firme, y se dirigió hacia el hombre del hacha. Una de las hojas del hacha desvió el primer golpe de la espada, y la otra apartó el segundo golpe de Flecha de la Muerte. El veterano tenía una mano agarrando cada extremo del mango del hacha, cerca de cada cabeza de hoja, y cambiaba el arma como si fuera un arma de asta.

Flecha de la Muerte se adaptó e imitó el estilo, barriendo con la punta y el lado mortífero de la hoja de su espada y, como contragolpe, con el grueso pomo. Su mano izquierda, blindada con acero, agarraba el extremo de la hoja de la espada para hacer palanca cada vez que giraba el pomo, de modo que también utilizaba su espada en forma de arma de asta, como el mentor Saur me había enseñado que se hacía en los viejos tiempos.

Se cruzaron, se trabaron y volvieron a cruzarse, golpeando las guardias del otro a ambos lados con los dos extremos de sus armas. Cada golpe sonaba como si alguien diera un mazazo a la carrocería de una cargo-8(vehículo civil imperial,nt).

Judika y yo habíamos retrocedido contra la pared de la calle, en la puerta de lo que una vez pudo ser un santuario o templo, antes de que el hueco fuera bendecido y sellado. Estábamos preparados para defendernos, pero el enorme y feo perro pastor estaba desgarrando las gargantas de cualquier fanático que se aventurara a ser demasiado valiente, y el combate de Flecha de la Muerte mantenía al veterano atrás.

-Deberíamos huir- dijo Judika.

-¿A dónde exactamente?- respondí. **-No hay manera de pasar esto.**

-¿Por qué ese está luchando por nosotros?- preguntó Judika.

No pude responder. Ni siquiera estaba segura de que Flecha de la Muerte y su perro estuvieran luchando por nosotros. Los fanáticos luchan. Luchan contra cualquier cosa. Luchan entre ellos. Esa es su conducta, y su horrible destino. Era muy posible que simplemente nos beneficiáramos del instinto habitual de Flecha de la Muerte.

El hombre del hacha asestó un golpe que hizo crujir el lado chapado del cráneo de Flecha de la Muerte. Evidentemente, Flecha de la Muerte se había hartado de esta pelea. Retrocedió y giró su espada oscura en un golpe cruzado. El veterano esquivó el golpe, colocando su arma en posición horizontal, con el mango bloqueando su pecho. En lugar de bloquearlo de

nuevo, báculo a báculo, como podría decirse, Flecha de la Muerte se limitó a dar un golpe por encima del brazo que cortó su espada en la línea central del veterano. El golpe atravesó la asta transversal, partiéndola en dos, y continuó cortando el pecho del veterano.

El veterano retrocedió un paso, con la sangre y el sistema hidráulico goteando de su coraza partida. El hacha partida por la mitad cayó de sus manos. Flecha de la Muerte apuñaló, clavando la espada de punta en el torso del veterano, a poca altura. Lo atravesó por completo. Flecha de la Muerte la sacó (y se soltó con un sonido de succión y un reguero de sangre) y volvió a clavarla, esta vez atravesando el cráneo del veterano. Una segunda vez, arrancó la hoja. El veterano se balanceó, sacudiéndose. Flecha de la Muerte asestó una tercera puñalada, esta vez en el pecho. La punta de la espada salió a través del omóplato blindado.

Comprendí estos tres golpes. El enorme hombre del hacha era un augusto, con un fuerte refuerzo de combate. Flecha de la Muerte había destruido sus tres fuentes de energía: la primaria en la base de la columna vertebral, la secundaria en el cráneo y la terciaria en el tórax. Los tres corazones estaban rotos.

El veterano cayó.

El perro pastor estaba acabando con otro de los fanáticos, mordiendo al desgraciado por la garganta con tanta fuerza que sus patas volaron y se desplomaron. Oímos el crujido de la médula espinal al separarse. El perro dejó caer el cadáver mutilado. Flecha de la Muerte dio un paso adelante, balanceando su espada a través del cuerpo en una hábil y suave silueta de ocho. Su óptica zumbó.

Los fanáticos de la calle Leach retrocedieron, tanto los miembros sarnosos como los veteranos con armadura.

La óptica de Flecha de la Muerte volvió a zumbar. Se llegó a algún tipo de entendimiento.

Los fanáticos se fundieron en las sombras y la lluvia, dejando a sus muertos humeantes y retorciéndose en el callejón detrás de ellos.

Flecha de la Muerte se volvió para mirarnos. Su sensor ámbar se movía de un lado a otro en la rendija de su visor. Zumbó.

El perro pastor, con el hocico negro de sangre, vino a sentarse al lado de su amo. Gruñó, y por un segundo, el gruñido pareció hincharse para hacer el sonido **-Beta-.** De nuevo, digo, juraría que esto es el hecho, aunque no creo en los perros que hablan.

-Flecha de la Muerte- respondí. El perro pastor se agachó y apoyó la barbilla en las patas, mirándonos con ojos negros y brillantes.

La óptica de Flecha de Muerte zumbó. Hizo un sonido de gorgoteo y luego su boca se abrió, como una hendidura en el tejido cicatricial de su cara.

-Estoy encantado de conocerte hoy- dijo, con una voz de siglos y angustia.

Me incliné ligeramente hacia él.

-¿Por qué nos has ayudado?- pregunté.

-Porque puedo veros- dijo.
Luego se dio la vuelta y, con su feo perro a su lado, se alejó en medio de la lluvia.

CAPÍTULO 16

Con los Guardianes oscuros



Justo antes del mediodía del día siguiente, me paré frente al emporio de los Guardianes oscuros en la calle Gelder y toqué la campana de bronce. Volvía a ser Laurael Raeside.

A decir verdad, había muchas otras cosas que hubiera preferido hacer en ese momento en lugar de pasar varias horas más en el viejo establecimiento, pues había asuntos más importantes que me apremiaban. Pero los alumnos del Gran Laberinto están bien entrenados en el arte de desarrollar y mantener identidades sin fisuras, y era vital que la apariencia de Laurael Raeside permaneciera intacta. Ya no había ninguna misión de la que hablar, y parecía positivamente ridículo perder el tiempo considerando la posible compra de artefactos en nombre de un hombre que no me conocía y que, en cierto modo, no existía de todos modos. Sin embargo, la orden permanente *Hajara* se aplicaba. Laurael Raeside era mi salvación y mi santuario. Tenía que protegerla para que ella pudiera protegerme.

Eso significaba que tenía que hacer lo que ella haría. La madre Mordaunt siempre nos enseñó que una de las formas más seguras de detectar un disfraz, o de ver detrás de la máscara de una persona, era observar si alguien se comportaba repentinamente fuera de su carácter, o si ponía excusas para no hacer algo que se esperaba de él. Ese día se esperaba a Laurael Raeside en su cita. Había dicho que estaría allí. Podría haber enviado sus excusas (un choque inesperado de citas, una repentina aparición de la fiebre o de la enfermedad de turno, un asunto privado) (yo, Beta Bequin, ya había imaginado muchas situaciones para ella), pero, sin embargo, Laurael Raeside habría roto su promesa. Se habría comportado de forma poco habitual.

Si alguien la estaba observando, sería una prueba de que no era lo que decía ser.

No sabía si alguien nos estaba observando. No sabía cuán minuciosos o informados estaban nuestros enemigos. La sociedad hereje, como Jude decidiera llamarla o no llamarla, podía estar escrupulosamente bien informada gracias a espías como la hermana Tharpe. Es posible que tuvieran retratos de todos los miembros del Gran Laberinto, y también de todos los mentores, y que los hicieran circular entre la guardia de su ciudad como personas de interés. Judika y yo estábamos bastante seguros de que no nos estaban vigilando, pero estábamos siendo precavidos.

No había dormido bien, ni durante todo el tiempo que hubiera deseado. A veces, un gran estrés y un trauma provocan un sueño inesperadamente profundo y renovador, pero ésta no era una de esas veces. Estaba inquieta. La caída del Gran Laberinto era un pensamiento casi insoportable, y me preocupaba por todos mis compañeros, y también por los mentores. Me preguntaba cuál había sido su destino. ¿Cuántos de ellos habían escapado a la seguridad comparativa de un disfraz de misión?

También pensé en la mujer, la psíquica. Pensé en ella cayendo lejos de mí hacia su muerte, con su rostro registrando sorpresa, su comprensión robada por mi mente paria. Ella había sido mi enemiga, y había iniciado la caída del Gran Laberinto.

Pero no era un recuerdo cómodo. Nunca me había imaginado capaz de una acción tan insensible.

Resultaría que ni siquiera había empezado a descubrir de qué era capaz.

Judika y yo habíamos llegado tarde al Helican de Cronhour, después de nuestras peripecias en los callejones. Llamamos a la puerta, y un portero sombrío nos hizo pasar y nos mostró mi suite. En el exterior, aunque todavía no había amanecido, los empleados de la limpieza de las calles estaban barriendo y limpiando con manguera las alcantarillas del distrito de

la embajada. La lluvia había amainado. Los restos de la noche eran húmedos y fríos, como un cuerpo sacado de un río.

Las habitaciones eran finas, elegantes. El portero no tenía motivos para creer que no había estado viviendo en ellas durante los últimos días, como decía el registro. Judika tomó una habitación lateral, donde dormiría un lacayo, y yo ocupé la habitación principal. Utilicé la línea de crédito establecida a través de una casa bancaria de la ciudad para Laurael Raeside para contactar con los negocios locales y hacer que se enviaran a las habitaciones prendas de vestir, algunos suministros médicos y otros artículos. Nos aseamos y remendamos nuestras heridas. Preparamos ropa nueva para el día siguiente: una camisa, un abrigo, un chaleco y un sombrero para mí, y un traje oscuro de tres piezas para Judika, como el que usaría un asistente muy adinerado.

-¿Quieres que te acompañe?- preguntó mientras se cepillaba la chaqueta.

-No- dije. **-Ayer fui sola, así que hoy puedo ir sola. Hay otras cosas que puedes hacer.**

Asintió con la cabeza.

-La adquisición de armas- dijo.

Le miré.

-No había pensado en eso.

-Entonces deberías- dijo. **-Nos encontraron una vez, nos pueden volver a encontrar. No confío del todo en las cualidades preventivas de Laurael Raeside.**

No acepté la burla. Me estaba provocando, sugiriendo que yo era incapaz de hacer el papel durante un tiempo prolongado sin cometer un error. Sabía que estaba frustrado porque las circunstancias me habían dado el papel principal.

También sabía que estaba cansado y dolido. Parecía haberse vuelto más cortante y cruel que el muchacho al que recordaba haber tenido cariño, pero el cansancio nos pesaba a las dos. Tampoco estaba bien. Había desarrollado una tos leve pero persistente, debida, imaginé, a la inhalación del ruidoso polvo durante la pelea en el ático. Más tarde, cuando ambos tratábamos de dormir, le oí toser de forma intermitente en su habitación.

-Coge las armas, entonces- le había dicho. **-¿Sabes dónde ir?**

-Tengo contactos- respondió. **-Thaddeus me enseñó un montón de lugares en la Reina donde se puede disponer de un arma sin que le hagan preguntas.**

Habló del mentor Saur como si fuera un igual, como si el maestro de armas le hubiera confiado conocimientos impropios de alguien como yo.

-Coge tus armas, entonces- dije. **-Busca algo para mí. Un arma de fuego, preferiblemente. Y una hoja pequeña también.**

-¿Una daga?

-Me refiero a una espada. Tengo una navaja.

-También tienes un alfiler de plata doblado- se burló.

-Cualquiera de los dos puede servir para que no me molestes- respondí. **-Una pistola y una espada pequeña. Un cutro, quizás. Un marginalle. Lo que puedas encontrar.**

Asintió con la cabeza.

-Las otras consideraciones son importantes- dije. **-Para hacer una evaluación de nuestra situación. Eso es lo primero. Transmitir un informe y una petición de ayuda a los Ordos, eso es lo segundo.**

-Es posible- dijo. **-Tengo los códigos clave. Puede llevar uno o dos días organizarlo discretamente. El tráfico de comunicaciones fuera del mundo, como a través de la Oficina del Adeptus Astra Telepathica, será monitoreado.**

-¿El alcance de nuestro enemigo es tan pernicioso?

-Supongamos que lo es, así que no nos decepcionemos.

Consideré esto.

-Debemos empezar a buscar a los demás- dije. **-Sé de algunas, de las misiones que estaban realizando en ese momento. Si salieron vivos, podríamos encontrarlos...**

-Y descubrir su tapadera- me espetó. **-Tú harías eso, ¿verdad? ¿Comprometer sus identidades intentando el contacto?**

-No quise decir...

-Podrías hacer que los mataran. Y a nosotros.

-Necesitamos saber, Judika...

-Tenemos que esperar- respondió. **-Acatamos los términos de *Hajara*,** y **esperamos las instrucciones de los mentores.**

-¿Y si los mentores están muertos?- pregunté.

-Esperamos- dijo con énfasis. **-Tengo autoridad aquí, Beta. Soy un interrogador de los Ordos, y sé lo que es mejor.**

Me encogí de hombros.

-Por lo demás, debería ser prioritario reparar tu brazalete.

Lo miró.

-Sí- dijo. **-Será difícil. Es un trabajo especializado.**

-Sin embargo, es esencial. Tenemos que ser capaces de utilizar los brazaletes y sin ellos, no se puede. No podemos confiar en que Flecha de la Muerte nos salve la próxima vez.

-¿De qué iba eso?- preguntó, mirándome fijamente.

-Ojalá lo supiera. Es una persona extraña, y se ha fijado en mí.

-Su cerebro está fundido- dijo Judika. **-Sin duda te matará la próxima vez que te vea.**

-Quizá lo haga- dije.

Así que me paré en la calle Gelder y toqué la campana de bronce. El escaparate había cambiado. Los inquietantes maniquíes gemelos habían cogido sus sillas y se habían ido. En su lugar, un único y bastante antiguo volumen que yacía abierto sobre un cojín de satén, con un soporte de cristal que mantenía abiertas sus delicadas páginas.

Me acerqué a la ventana y miré hacia adentro, viendo mi pálido reflejo y esperando que el maquillaje cuidadosamente aplicado ocultara mis moretones de manera efectiva.

El libro tenía, según mis cálculos, unos cuatrocientos años de antigüedad, y presentaba la historia de "Sanctus Orphaeus". La página en la que estaba abierto formaba parte de la sección relativa a la "Guerra Eudaemónica", que yo sabía que era un nombre antiguo para la Guerra Orfea, o "Guerra Antigua" o, simplemente, "la guerra" como todos en la Reina Mab la conocían. El texto estaba vívidamente iluminado. Las máquinas de guerra y los berserkers aumentados acechaban y se batían entre las columnas de

elegante escritura. Las letras mayúsculas estaban formadas por animales míticos como unicornios y mantícoras. Los berserkes, supuse, eran en lo que se convertía los cegados por la guerra.

Había una pequeña tarjeta blanca colocada en la esquina inferior derecha del expositor. En ella se leía:

Historia de Orfea y el conflicto eudaemónico, editor desconocido, Sancour, 712.M39 Precio a consultar

Lo pensé por un momento. ¿712? Eso estaba mal. ¿Hace casi mil ochocientos años? No, un error. La guerra era una cuestión de historia, lo sabía. Pero había ocurrido unos cientos de años antes, no mil ochocientos.

-Mi querida Madame Raeside.

Me volví de mi inspección para ver a Lupan, el tendero, esperándome en la puerta abierta. Su aspecto era, en todos los sentidos, idéntico al del día anterior. Todo en él era elegante, lavado, almidonado y planchado. Sus modales eran tan equilibrados como los de los solemnes y ornamentales sirvientes que nos traían las jarras de chocolate y los platos de iokum.

Era como un muñeco, pensé, una marioneta bien manejada. Una vez que esa extraña noción entró en mi cabeza, no pude desterrarla.

Comprendí que era una consecuencia del estrés. La madre Mordaunt nos había enseñado que los traumas a menudo debilitan la mente, y que son especialmente susceptibles de dar rienda suelta a la fantasía y la imaginación, lo que la debilita aún más. Es una espiral descendente, y hay que evitarla. Había métodos. Necesitaba despejar mi mente y fortalecerla. Dormir me ayudaría, pero, en estos momentos, en el emporio de los Guardianes oscuros, eso no era posible. Necesitaba un momento de reflexión, de meditación. Lupan estaba ocupado a mi alrededor, ansioso y atento, hablando de este artículo y de aquella curiosidad a un ritmo vertiginoso que sugería que era un maniquí teatral como los que había visto

en el escaparate el día anterior, su boca chasqueando al ritmo de una voz lanzada desde fuera del escenario.

-El libro del escaparate- dije.

-Ah, sí- dijo **-la Historia.**

-Parece intrigante.

-Es un trabajo muy hermoso, madame- convino **-aunque no sabía que su jefe tuviera un interés especial en los libros.**

-En la antigüedad- dije. **-Usted ha señalado que está interesado en la antigüedad. Creo que el libro tiene dieciocho siglos de antigüedad.**

-Así es.

-Raro para una cosa hecha de papel.

-Por supuesto que puede mirarlo- dijo.

Le dije que lo haría. Sabía que le llevaría algún tiempo sacarlo por la ventana, y eso me permitiría sentarme a solas, en la tranquilidad, y aclarar mi mente.

Se fue quince minutos o más. Me quité el sombrero, los guantes y el manto, y me desabroché el abrigo largo. El ambiente era sofocante, pero extrañamente fresco en el emporio, resultado de varios sistemas ambientales. Me senté en una silla de orfebre de respaldo alto con patas de bola y garra, y cerré los ojos, reduciendo el ritmo de mi respiración y concentrándome en mi letanía de templanza. Durante nuestra formación inicial, se animaba a todos los alumnos a desarrollar una de estas letanías. Era simplemente una herramienta mental, un mecanismo de concentración que nos permitía meditar. Cada uno elegía un recuerdo tranquilizador, tal vez la imagen de un lugar de la infancia, o las palabras de un himno

favorito o un verso del Eclesiario. A veces, nuestras letanías se referían a una persona en particular.

Sé que la de Faria había sido su hermana gemela, que había muerto cuando era muy pequeña, cantando la rima infantil "Los altos señores llegaron a la ciudad".

El mío era un pasaje de El Heretikhameron, o "Días de Herejía", un largo poema en verso escrito hacia M32, que relata la Guerra de los Primarcas. Nunca lo leí entero, y era tortuosamente complejo, pero recuerdo el gran estilo del libro inicial, con todas sus imágenes épicas y sus tonos declamatorios, hablando del "Emperador Brillante", y de los Nueve Hijos que Permanecieron, y de los Nueve que se Apartaron. La hermana Bismillah solía leérmelo en el dormitorio del Colegio Orbus. Creo que el orfanato sólo tenía el primer libro en un pequeño volumen amarillo. De todos modos, mi letanía de templanza no son sólo esas palabras, es la voz de la hermana Bismillah recitándolas. Ella es, supongo, la influencia más maternal que he conocido en mi vida, así que su suave voz era una parte importante.

Funcionó y me tranquilizó. Me senté un rato más en silencio, y luego tomé un sorbo del muy buen chocolate que habían traído los sirvientes de maese Lupan. Jugué con el alfiler de plata que había usado para arreglar mi sombrero, pasando la punta del dedo por el ligero pliegue que tenía.

Un sirviente apareció, con un zumbido como el de un reloj, e hizo una reverencia. Los sirvientes de los Guardianes oscuros no hablaron. Me hizo una seña. Tomé mi sombrero, mis guantes y mi manto y fui tras él. Un largo y oscuro vestíbulo, bordeado de cabezas disecadas y montadas de toda clase de animales con cuernos, me condujo a una fina cámara circular forrada de terciopelo verde, donde me esperaba Lupan.

En el centro de la habitación había una mesa redonda cubierta por un paño blanco y limpio. Sobre el paño estaba el libro, abierto, sobre un soporte de madera. Dos sirvientes, esperaban para pasar las páginas. En un aparador, otros libros esperaban en cajas especiales de archivo.

-Me tomé la molestia de seleccionar otros volúmenes, madame- *dijo Lupan.* **-Otros que pensé que podrías disfrutar si este te atraía. Tienen una antigüedad similar, o mayor.**

Me incliné para ver la novela.

-Aquí puedes ver- dijo Lupan, mientras los sirvientes pasaban lentamente las páginas **-*Relatos de la Gran Campaña*.**

-La fecha de publicación me intriga, señor- dije. **-Dice claramente 712.M39. ¿Cómo pudo publicarse este libro antes de que ocurriera la guerra que relata?**

-Pues, madame, no lo fue.

Me detuve. Estuve a punto de hablar mal y de decir algo que no debía, lo que habría sido un error y habría traicionado mis conexiones locales. **-Me dieron a entender que la Guerra Orfeónica tuvo lugar hace sólo unos cientos de años. Trescientos, creo.**

Lupan dijo entonces lo más curioso. Dijo: **-La historia tiende a repetirse, señora. Ha habido guerras eudaemónicas en esta parte del Subsector Angelus de forma intermitente durante cinco mil años. Quizás más. Se vuelven indistintas. Se difuminan en el registro público hasta que todas son "la guerra".**

-Pero seguramente...

Sonrió pacientemente.

-Los Guardianes oscuros han estado aquí durante mucho, mucho tiempo, madame. La familia sabe estas cosas. Sancour ha vivido muchas guerras. Siempre se recupera tras una guerra. Y todas las guerras se convierten en la misma guerra.

-¿Pero el Santo? San Orfeo, que nos llevó a la victoria…

-Todos los santos se convierten en lo mismo también- dijo. **-Eudaemonia, mi señora. Las guerras de los demonios buenos. Luchamos en esas guerras todo el tiempo. Construimos ángeles para enfrentarnos a la oscuridad. Un día, no sólo vencerán a la oscuridad, sino que la conquistarán por completo. Ángeles, madame. Después de todo, este es el Subsector Angelus.**

-No lo entiendo- dije.

-Tampoco deberías. Nadie debería, excepto los más exaltados e iluminados. Cada poca generación aparece un nuevo Orphaeus, bendecido por visiones y percepciones que van más allá de los hombres mortales. Reúne ejércitos de Sancour y sus mundos vecinos para luchar en su nueva guerra, aunque en realidad es sólo una continuación de la misma guerra. Nadie cuestiona su autoridad. Una simple palabra de Orphaeus silencia cualquier objeción del gobernador planetario o del señor del subsector. Tal es el poder de un Orphaeus para encantar las almas y cambiar las mentes de los hombres sólo con palabras. Y por qué alguien se opondría a su voluntad, ya que su guerra es una causa justa. Es una guerra santa, una lucha para reclamar y purificar el alma de la humanidad. Una guerra perpetua. Una guerra que debe librarse siempre en el corazón sagrado de la humanidad.

Me miró. Debió ver la mirada perturbada en mi rostro. Su actitud cambió bruscamente. Parecía avergonzado.

-Madame, perdóname- dijo. **-Me he precipitado. He hablado fuera de lugar. No quise ofenderla.**

¿Qué ofensa creía él que me había hecho? Yo sólo mostraba desconcierto. ¿Qué estaba leyendo en mi cara? ¿Qué esperaba ver allí?

-Sólo pretendía tranquilizarla- dijo.

-¿Tranquilizarme?

-Se que tienes aliados. En este momento.

-¿Aliados, maese Lupan?

Se tambaleó.

-Es decir, sólo quería dejarle clara mi comprensión. Quería demostrar que lo entendía. Coloqué el libro en la ventana esta mañana, después de los sucesos de anoche, quiero decir. Pensé, tal vez precipitadamente, que le daría a usted una oportunidad si la necesitaba.

-¿Una oportunidad, maese Lupan?

-Para... es decir, para abordar el tema. Los Guardianes oscuros nunca interferirían en el plan. Siempre hemos sido partidarios del Rey. Pero si las cosas han cambiado, si las circunstancias han cambiado, y se requiere una ayuda más activa... quizás un escondite, o una escolta a un mundo más seguro...

-Maese Lupan, no tengo ni idea de a qué se refiere- dije.

Me miró. Era una mirada dolorosa e incómoda, como la de un pretendiente que por fin se ha armado de valor para hacer su proposición a una dama, sólo para ser rechazado inteligentemente. Estaba avergonzado, pero su orgullo estaba herido.

-Por supuesto- dijo, inclinándose. **-Por supuesto que no. Por supuesto que no. Fue muy impropio de mi parte siquiera mencionar el asunto. Pensé... es decir... No importa. Perdóneme por ser inapropiado. Le aseguro que los Guardianes oscuros se enorgullecen de su discreción, y me temo que he traicionado los códigos de conducta del emporio. He sido demasiado franco...**

Se interrumpió. Una campana sonaba en algún lugar del emporio. Una campana de mano que llamaba la atención. **-Disculpe-** dijo. **-Debo atender brevemente esta urgencia. Volveré enseguida. Por favor, siga**

estudiando el libro con tranquilidad. Los sirvientes le traerán chocolate caliente o té soliano. Le prometo que volveré enseguida.

Se apresuró a salir. Los sirvientes se enderezaron y me miraron.

-Té- dije, y se marcharon.

Me quedé sola. El comportamiento de Lupan había sido muy peculiar, y había mencionado cosas que yo desconocía, pero reconocí la forma de su conversación. Había sido una prueba. Una prueba torpe y poco meditada, pero una prueba, al fin y al cabo. Había hablado de cosas, quizás utilizando términos codificados, que esperaba que yo conociera y reconociera. Era una invitación a que le respondiera de la misma manera, a que estableciera un entendimiento mutuo sobre asuntos secretos. No tuvo la acogida que deseaba. Tal vez sus amos, los misteriosos e invisibles miembros de la familia de los Guardianes oscuros, nos habían estado observando clandestinamente, y la campana lo había llamado para reprenderlo.

¿Quién se creía que era? Había una frase que había utilizado que me preocupaba especialmente. Después de los sucesos de la noche anterior.

Tenía que salir. En cuanto volviera, presentaría mis excusas y me marcharía, anhelando su comprensión por una cita previa que Laurael Raeside no podía evitar.

Mientras esperaba a que reapareciera, me paseé por la mesa y miré los libros que había en el aparador, los otros volúmenes que él pensaba que podrían interesarme.

A mí. Eso es exactamente lo que había dicho. Se había tomado la libertad de seleccionar otros libros que podrían atraerme a mí, no a los gustos de mi jefe.

Le di la vuelta a cada uno de ellos en su estuche de archivo. *Vida de Orfeus*. *Una Historia de la Gobernación de Sancour*, y *el Gobierno del Hombre en*

el Subsector Angelus. Un drama titulado *El Rey de Amarillo*. Un tratado sobre el uso de máscaras, y otro sobre el significado de la identidad...

Había muchos, la mayoría oscuros. Uno era un volumen muy pequeño, encuadernado en azul, sin marcas exteriores. Abrí su estuche y lo saqué. Era un cuaderno, con páginas amarillentas, escrito a mano. Creo que no habría desentonado entre los cuadernos del secretario. Estaba escrito a mano con tinta marrón, con una letra estrecha y perfecta. No pude leerlo, porque la escritura estaba en una especie de clave, o bien en un idioma que desconocía. Pero en el interior de la portada había un número (119) y las siguientes palabras, escritas en *Enmabic:*

Escritos comunes de Lilean Chase; de su saber (es decir, de su Cognitae)

Parpadeé. La palabra era clara.

-Está volviendo- dijo una voz de hombre desde las sombras. **-Debes irte de aquí, o si no te apresará.**

Me giré, sobresaltada. Un hombre salió de las sombras de la puerta. Tenía la piel pálida, pero una barba oscura. Tenía el pelo largo, enmarañado y negro, que le caía por el cuello. Su ropa también era oscura. Me miró con unos ojos grises que no eran ni amistosos ni hostiles, sino que simplemente lo eran.

-¿Quién es usted?- pregunté.

-Intentaba llevarte con delicadeza- dijo el desconocido, asintiendo ligeramente con la cabeza en dirección a la salida de Lupan. **-Pero se equivocó. Sin embargo, quieren atraparte. Eres una mercancía. Así que, si yo fuera tú, me iría antes de que vuelva y sea menos delicado.**

-¿Quiénes son ustedes?-Repetí.

-Ahora mismo- dijo **-soy el único amigo que tienes.**

La segunda sección de la historia, que se llama

UNA MERCANCÍA DESEADA

CAPÍTULO 17

Renner Lightburn

Le dirigí una mirada poco amistosa. No me gustaba su aspecto. Parecía de baja cuna, lo cual no es un defecto en sí mismo, pues sé que soy de baja cuna, pero parecía estar dotado de esa crudeza tosca e incívica que sólo se encuentra en los habitantes más desagradables de la calle.

-¿Cómo te llamas?- le pregunté.

-No tengo nombre- respondió.

-Tonterías- le contesté. **-Todo el mundo tiene un nombre.**

-Una vez tuve un nombre- dijo. **-Pero ya no. Porque soy un Maldito.** (Curst en el original,nt).

Los Malditos suelen llevar sus marcas claramente, en las mejillas o en la garganta, pero yo no había visto ninguna. Excepto, ahora que miraba, que tal vez había algunas, en la línea de su puño, donde la piel pálida de su muñeca se mostraba contra el negro de su chaqueta: un indicio de líneas negras, una maraña peluda que yo había tomado por los pelos de su brazo, pero que bien podría ser la tinta de la piel de su posición.

Y era una posición baja. Pocos en la Reina Mab, o en cualquier otro lugar, son tan humildes como los Malditos. Tal vez los Malditos, pues son la basura de la sociedad, aunque los Malditos al menos conservan cierto orgullo salvaje en su propósito marcial original.

-Así que eres un Maldito- dije. **-¿Por qué has venido aquí? ¿Por qué estás presente en este buen emporio donde no tienes nada que hacer? ¿Y por qué te acercas a mí, una señorita de la sociedad que...?**

-Estoy aquí porque me han enviado- respondió, claramente sin molestarse en oírme terminar. Sus ojos grises me miraron de arriba abajo. Era alto, y su desaliñada barba negra ocupaba la parte del mentón y se unía a un bigote. Llevaba el pelo enmarañado en el medio. Su piel parecía no haber visto la luz del sol en mucho tiempo, aunque no parecía especialmente sucia. He oído y visto a Malditos que se descuidan de las formas más lamentables, que renuncian a lavarse y a otras formas de higiene general para acelerar el ritmo de su suciedad. El descuido es una forma de privación, un castigo.

-No quiero nada de esto- dije. **-Estoy ocupada aquí y...**

-Y yo no voy a tolerar tu cháchara- dijo. **-Me han enviado a buscarte y a llevarte a un lugar concreto. Por seguridad. Se ha convertido en parte de mi carga, así que no puedo negarlo. Me dijeron que te encontraría aquí, y aquí estás. Llego justo a tiempo, creo, porque escuchando lo que pasó aquí antes, puedo decir que ese tipo quiere causarte problemas. Te quiere por lo que eres. Los Guardianes oscuros, te quieren. Ahora ven conmigo.**

-¿Quién te envió?-. Pregunté.

-Ella dijo que, si le decía Eusebe, sabrías a quién me refería.

Pensé en ello. ¿Podría la madre Mordaunt haber enviado a este hombre Maldito a buscarme?

Me giré al oír que alguien se acercaba. Cuando miré hacia atrás, el Maldito se había ido. Se había desvanecido, supuse, entre las sombras de la puerta, con un efecto sorprendente.

Cuatro sirvientes del emporio entraron por la puerta opuesta, desde la dirección en la que Lupan había desaparecido. Lupan no estaba con ellos. Acompañaban a una persona que no había visto antes.

Era un hombre corpulento, no gordo, pero que mostraba el aspecto ceñido de un individuo al que no le falta nada y que cena bien todas las noches. Llevaba un traje azul con un cuello dorado en alto, y su cabeza, afeitada y aceitada, estaba levantada de tal manera que, aunque no era más alto que yo, parecía mirarme por debajo de la nariz.

-Madame Raeside- dijo. **-Me alegro de conocerla. Soy Balthus de los Guardianes oscuros.**

Me tendió la mano. La tomé e hice una reverencia. Me fijé en el dispositivo que llevaba en el anillo de oro del meñique. También observé la pequeña protuberancia en la banda del anillo en su dedo índice. Una célula de energía, o un depósito de veneno. El anillo del dedo índice, con su pesado motivo de calavera memento mori, era un arma.

-Estaba hablando con tu compañero, Lupan- dije.

-He retirado a Lupan por hoy- respondió Balthus de los Guardianes oscuros. **-Es un buen hombre, pero sólo un subalterno. Me temo que le hemos ofendido al no llevar a cabo nuestros negocios con usted a través de un representante más veterano de la casa.**

-No me ha ofendido en absoluto, señor- respondí. **-Fue muy atento e instructivo.**

-Es usted muy amable- dijo **-pero creo que los Guardianes oscuros ha subestimado la importancia del partido que usted representa. Creo que es justo que un miembro de la familia de los Guardianes oscuros le atienda en persona.**

-Me siento honrada- dije.

-Permítanme conducirla a la sala de lectura privada- ofreció. **-El entorno es más cómodo y podemos hacer que nos traigan algunos volúmenes realmente raros de la tienda.**

Aunque no había hablado con él el tiempo suficiente como para probar su inflexión y obtener una línea de base real, pude leer la tensión en su voz. Había algo de preparación en ella. Sin embargo, eso no fue lo que lo delató. La verdadera revelación era la forma en que él y los sirvientes estaban colocados.

Era algo sutil, pero para mí era evidente. Balthus estaba demasiado cerca. Después de tomar mi mano, debería haber retrocedido un paso hasta una distancia más respetuosa para la conversación, pero se había quedado cerca. Los sirvientes parecían estar flanqueándole, pero un sirviente de altas características como éste se coloca con mucha precisión, según las codificaciones heurísticas y las preferencias de funcionamiento del propietario. Por ejemplo, al escoltar, siempre a un metro a la izquierda o a la derecha de los codos del propietario, y siempre un paso por detrás, y siempre en paralelo al servidor compañero del otro lado. Cuando son cuatro, se mantiene la formación, una sincronización de movimientos. Estos aparatos son caros, y simplemente parece más impresionante si se mueven de forma perfectamente armoniosa con su dueño. Los sirvientes lo habían hecho antes, durante mi visita del día anterior, y antes, con Lupan, habían coordinado todos sus movimientos a nuestro alrededor de forma perfecta y simétrica.

Estos cuatro no lo hacían. Los dos que estaban a la derecha de Balthus estaban un paso más atrás, lo que sugería que estaban dispuestos a bloquear la puerta por la que había entrado. Los dos de su izquierda estaban totalmente desalineados, casi flanqueándome a mí en lugar de a él. La falta de simetría se explicaba quizá por la naturaleza circular de la sala de terciopelo verde: La posición de Balthus en relación con la curva de la pared

significaba que no podían situarse en lugares exactamente equivalentes a los de la pareja de la derecha.

Sin embargo, para mí, entrenado por el Mentor Saur para vigilar (y a veces dirigir) los despliegues y los ataques, me estaban acorralando, bloqueando mi línea directa hacia la otra puerta y casi invadiendo mi espalda.

Esto lo leí y noté en un segundo, el tiempo suficiente para que Balthus extendiera su brazo para mostrarme el camino, para que inclinara la cabeza y dijera: **-¿Madame?.**

Hubo un pequeño zumbido, como el mecanismo de un reloj que se prepara para dar la hora. El sirviente que más se había acercado a mí se movió. La distancia era la distracción. No pude girar del todo a tiempo, pero me di la vuelta y levanté el objeto que sostenía como escudo.

Era el pequeño libro azul, el libro de cabecera de Lilean Chase. Lo puse a la altura de mi garganta, como un abanico. El sirviente estaba clavando la aguja de una jeringa injertada en su dedo corazón. El protector de porcelana del dedo se había retirado para dejar al descubierto el accesorio de la aguja.

El libro apenas lo bloqueaba. La aguja atravesó la cubierta y el grosor de las páginas, y la punta salió por el otro lado. Vi que una pequeña gota de líquido salía de la punta de la aguja.

De no ser por el libro, me habría golpeado en el cuello, y ese líquido, fuera lo que fuera, se habría inyectado en mi torrente sanguíneo.

¿Veneno? ¿Toxina paralizante? ¿Tranquilizante? ¿Suero de la verdad? No importaba. Alguien acababa de intentar clavarme una aguja en la yugular.

Aparté el libro de un tirón y el movimiento le arrancó el dedo, dejando la aguja incrustada en el volumen. El sirviente intentó agarrarme, así que le di un codazo en la cara, rompiendo su máscara. Retrocedió un paso.

Los demás se abalanzaron sobre mí.

Esquivé las manos de uno y traté de dar una patada para inutilizar a otro, pero la bata de Laurael Raeside me lo impidió. Su ropa no estaba diseñada para el combate cuerpo a cuerpo. Casi me tropiezo, limitada por la anchura de la falda. Un sirviente me agarró por el hombro.

-Sujétenla- gritó Balthus.

-No recomiendo tal cosa- dijo una voz.

Era el Maldito. Había reaparecido en la puerta, saliendo a la luz. Su rostro estaba fijo. Miraba directamente a Balthus de los Guardianes oscuros, que se sorprendió al ver a otra persona presente.

El Maldito estaba apuntando con una pistola.

Era una cosa enorme y cromada, un revólver con dos cañones, uno de tamaño normal y un segundo de mayor calibre por debajo. Era un arma antigua, de la Guardia, una Lammark Combination Thousander, un arma para un oficial, o para su uso en la guerra de trincheras y en la lucha callejera.

El Maldito volvió a empujar el percutor.

-Se lo recomiendo- dijo.

-Has cometido el error más espantoso, amigo mío- siseó Balthus.

-No, te equivocas- dijo el Maldito, con la mirada fija.

-¿Cómo es eso?-. Pregunto Balthus

-No tengo ningún amigo- contestó el Maldito.

Y disparó. La pistola retumbó dolorosamente en los confines de la recámara y la bala le voló la cabeza al sirviente que me agarraba. Los trozos de su cráneo destrozado rebotaron en la pared de terciopelo verde.

Me moví, liberándome de sus garras muertas, y aparté a un segundo sirviente con el hombro. El que había intentado inyectarme se abalanzó sobre el Maldito, y éste lo mató con otros dos disparos ensordecedores. Las balas atravesaron el revestimiento de su torso.

Balthus gritó una palabrota y levantó la mano para matar al Maldito con cualquier mecanismo letal que tuviera su arma de anillo. Reaccioné instintivamente, porque estaba a mi alcance. Golpeé el libro (que aún sostenía) contra su mano para desviar su objetivo. Su disparo, un micro rayo de plasma, atravesó la habitación y abrió un agujero en la pared. La cámara se llenó de repente con el hedor del terciopelo humeante.

Balthus se alejó a trompicones y se miró el dorso de la mano con consternación. Había una pequeña llaga roja, como la picadura, entre sus nudillos, donde la aguja que traspasaba el libro de Lilean Chase le había perforado la piel.

Su boca se movió, masticando el aire, pero no salió ninguna palabra. Sus ojos se abrieron. Tuvo una arcada y luego se desplomó con fuerza, volcando el aparador.

Los dos sirvientes que seguían intactos vacilaron, divididos entre respuestas contradictorias: seguir las órdenes recientes y retenerme, u obedecer los defectos profundos y atender a su amo.

Mientras se demoraban, el Maldito me hizo un gesto.

-Ya es hora de que encontremos la puerta para salir de aquí- dijo.

Avanzamos juntos por el pasillo para salir de la habitación. Las campanas de mano sonaban por todas partes. Se oían pasos y una conmoción general. Un sirviente salió de un pasillo lateral frente a nosotros, y el Maldito lo apartó de nuestro camino de un puñetazo con la culata de su robusta pistola. Su rostro se rompió al caer. Hice una pausa para subirme las faldas y poder correr más adecuadamente.

-¿Viniste por delante o por detrás?- pregunté.

-Por detrás- respondió. **-No dejarían entrar a alguien como yo por delante.**

-Entonces, ¿por qué nos dirigimos hacia la parte delantera?

-La parte de atrás está atestada- respondió.

Apareció otro sirviente. El Maldito levantó su pistola a dos manos y efectuó dos disparos que le volaron la cabeza y el cuello. El cilindro del revólver llevaba diez disparos de munición estándar. Una undécima recámara de mayor calibre estaba centrada en el eje del cilindro, y se descargaba a través del más ancho de los dos cañones del arma. Por el momento, el Maldito estaba disparando munición estándar.

Saltamos sobre el sirviente caído, atravesamos una sala de ventas y nos apresuramos por otro pasillo hacia la puerta principal. Ésta era la puerta que daba a la calle Gelder.

Estaba firmemente cerrada.

Detrás de nosotros, un gran número de sirvientes se había reunido y avanzaba hacia nosotros.

-Apártense y cúbranse la cara- dijo el Maldito.

Ajustó su revólver, cambiando el percutor a la recámara central, y apuntó a la puerta.

La recámara central del Lammark era una ranura de gran capacidad para un cartucho de perdigones o una bala de caza. Había cargado este último. El cañón inferior se disparó con una explosión de plomo más profunda y dolorosa que el cañón superior, más estrecho. La bala de caza destrozó toda la zona alrededor del pomo de la puerta, destrozando el pestillo y los cerrojos eléctricos.

Abrió la puerta rota de una patada y salimos corriendo.

De repente, se puso a caminar, ocultando la pistola bajo su abrigo.

-Camina- dijo. **-Camina.**

Me puse a su lado.

Los transeúntes se habían retirado de la puerta que había explotado, y había una conmoción y alarma general. Los sirvientes salieron a la calle, girando las cabezas, activando sus receptores auditivos y ópticos. Se estaba reuniendo una multitud, atraída por el alboroto.

Nos adentramos en ella, con la cabeza alta, tranquilos, como si no tuviéramos nada que ver. Lo único que una persona podría comentar sobre nosotros era el hecho de que no nos parábamos a mirar embobados como todos los demás.

Los sirvientes no nos persiguieron. Las campanas y los silbatos nos indicaron que la guardia de la ciudad se acercaba. Los Guardianes

Oscuros no querían verse envueltos en una debacle pública. Su clientela valoraba la discreción y la privacidad. No era probable que frecuentaran un establecimiento en el que se produjeran escándalos y altercados.

Bajamos por la calle Gelder, cruzamos la Calle Pandovar y luego giramos hacia la Calle Besk. Una puerta con barrotes de hierro estaba abierta en el patio de una lavandería, y nos detuvimos allí, justo dentro del muro, donde no podíamos ser vistos.

Me di cuenta de que aún tenía el pequeño libro azul. Saqué el accesorio de la jeringa y olfateé la punta de la aguja.

-Tintura de Morfeo- dije. **-Intentaban dormirme. Me alegro de no haberme envenenado y matado al Barón Balthus.**

-Cuando se despierte, estará bastante dolorido- dijo el Maldito. **-Puedes esperar verle de nuevo.**

Tiré la jeringa rota a un lado y guardé el libro.

-Gracias por su ayuda- dije.

-No hemos terminado- respondió. Estaba recargando con cuidado su Thousander, que estaba abierto para poder llenar el tambor con cartuchos del bolsillo de su abrigo.

-No necesito...

-Tengo que llevarte a Eusebe. Eso fue lo que ella me dijo.

-Dígame dónde está e iré a verla- le contesté.

-No me dijo si debía darte esa información o no, así que te llevaré- decidió.

-Insisto en que...

-No estás obligada a insistir. Así será.

-¿Me dejarás alguna vez terminar una sola frase?- pregunté.

No dijo nada, lo cual era más molesto.

Me di la vuelta y me alejé. Cerró la pistola con un chasquido, la guardó y salió tras de mí.

-¿Quieres dejar de seguirme?- le dije.

-No lo haré.

-No necesito esto...

-La necesitas de todos modos- dijo. Me había alcanzado. Era alto, e incluso caminando, su larga zancada cubría mucho terreno. Tengo que entregarte a la mujer. **-Esa es mi carga, y la llevaré a cabo, te guste o no.**

Me detuve y le miré.

-Señor, comprendo la seriedad de la carga de un hombre Maldito- dije **-pero usted se está convirtiendo en un problema para mí. ¿Podría decirme dónde está Eusebe y luego dejarme en paz?**

Negó con la cabeza.

No parecía una mala persona, pero su actitud de aislamiento era frustrante. Los Malditos, por si no lo sabes, son un tipo de penitente de casta muy baja. Son hombres, o a veces mujeres, que han cometido algún gran pecado. Si deciden enfrentarse al juicio de los tribunales eclesiásticos, en lugar de los civiles, aceptan el peso de

sus crímenes y se embarcan en una vida humilde de expiación como "Castigador", o "Maldito". Esto significa que deben vivir su vida en la calle, sobreviviendo gracias a la caridad y las limosnas, y haciendo todo lo posible, durante toda su vida, para ayudar a los demás. Esto significa servir o ayudar a los demás, sin preguntar ni dudar. Cada acción que realizan para ayudar a otro les quita un poco de la carga que llevan, y así forma parte de su expiación.

En casos extremos, esto los ha llevado a estar casi fuera de la ley, a ser parias en el viejo sentido de la palabra. La lógica ética dice que cuanto mayor sea la carga de los demás que pueden aliviar, más se reducen sus propias cargas, incluso si la carga de los demás es oscura. Así, un hombre puede estar preocupado por el deseo de vengarse de otro hombre. Un hombre maldito, o un cargador, ejecutaría esa venganza por él, ahorrándole al hombre la culpa y el crimen. El asunto de la venganza no importa al Maldito; lo que importa es el gran peso moral que le ha ahorrado al otro hombre. Esta abnegación cuenta con la equidad de su propio pecado original.

Por eso, los Malditos asumen las maldiciones y los crímenes de los demás, para disminuir su propia carga. A menudo, escriben en su piel con tinta su propio crimen y los crímenes que han aceptado en nombre de otros. Absuelven los males, los crímenes, las maldades y los pecados de los demás asumiéndolos y cargándolos como propios.

En los barrios bajos de la Reina Mab, los Malditos pueden llegar a ser, en efecto, mercenarios no remunerados, ya que están dispuestos a hacer cualquier cosa por cualquier hombre; incluso el peor crimen es redentor para ellos.

-No puedo dejarte en paz- dijo **-hasta que haya hecho lo que dije que haría'. Así son las cosas, te guste o no.**

-¿Así que voy a formar parte de tu carga?- pregunté.

-Así es como debe ser.

Suspiré.

-Entonces llévame con ella. Pero haz lo que te digo. Primero, iremos por el camino del Cronhour.

-No haremos tal cosa- respondió.

-Sí, lo haremos- dije. **-Estoy con otra persona que la señora que te envió querrá verla. Debemos recogerla. Agradece que esté cooperando tanto'.**

Se encogió de hombros.

-¿Cómo te llamas?- pregunté.

-Ya te he dicho que no tengo nombre. Soy...

-Un Maldito. Lo sé. Me niego a llamarte así. ¿Cuál era tu nombre?

-Yo era Renner Lightburn- respondió **-hace mucho tiempo.**

-No creía que los Malditos llevaran armas, señor Lightburn- dije **-especialmente armas de fuego potentes.**

Volvió a encogerse de hombros.

-Veo cómo puedo hacer lo que quiera. No hará más pesada mi carga. No puedo estar más maldito.

Este anuncio no me pareció especialmente tranquilizador.

CAPÍTULO 18

Que se pasa viajando en el tiempo

Fuimos al Cronhour Helican. Para entonces ya era media tarde. La amenaza de lluvia se cernía sobre la Reina Mab, pero la lluvia en sí no se materializó. Las nubes eran muy oscuras y se inclinaban como laderas de montañas, llenando el cielo. También parecían una ciudad, una ciudad de torres y muros y altas murallas, que se mostraba en silueta, o una sombra de la Reina Mab de alguna manera proyectada contra el fondo del cielo. Me acordé de la Ciudad del Polvo, que es un famoso mito de la prefectura de Hércules. Se dice que la Ciudad del Polvo se encuentra al noreste, hacia la Tierra del Sol, en dirección al gran vacío que es el Desierto Carmesí. Se dice que la Reina Mab fue una vez una de las dos ciudades que estaban juntas, y que la Ciudad del Polvo es todo lo que queda de la gemela desaparecida.

Me pareció ver su silueta en los cielos.

Nos acercamos lentamente al Cronhour, al otro lado de la plaza Delgado, tratando de permanecer en el anonimato en el moderado tráfico peatonal del distrito de las embajadas. Nos obligué a pasar por delante del lugar en un sentido, y luego a volver por el otro, sin acercarnos directamente.

-Quédate aquí- le dije al hombre **-Lightburn.**

-No creo que lo haga- respondió.

-¡Por el bien del Trono!- le espeté. **-No te llevaré a ese lugar. Un acompañante como tú no encaja en el papel que estoy representando.**

Le di un generoso puñado de monedas de mi cartera.

-Entra en el comedor, siéntate en una mesa cerca de la ventana y pide un café. Espere a verme. Volveré.

El Maldito puso cara de duda, como si se tratara de un medio para que le diera esquinazo. A decir verdad, lo había considerado, pero estaba demasiado ansiosa por aprovechar su conexión con la madre Mordaunt.

Le entregué el pequeño libro azul que había adquirido en el emporio de los Guardianes oscuros. Con toda probabilidad, nos había salvado la vida a los dos de forma involuntaria desde que lo había cogido por primera vez. No quería perderlo.

-Esto es valioso- le dije. **-Quiero tener tiempo para estudiarlo más tarde, porque creo que puede ser útil. Cuídalo por mí mientras voy a mis habitaciones. Es una garantía de que volveré a buscarte.**

Miró el libro, frunció los labios y lo guardó en su abrigo.

-Si no vuelves a aparecer en una hora- dijo **-entraré.**

Le dejé en el comedor y crucé la plaza. La lluvia seguía amenazando. Tenía la llave de la puerta nocturna, pero durante las horas de luz, Laurael Raeside utilizaba la delantera.

Los niños habían estado jugando en la calle, justo debajo de la puerta de los Cronhour. Habían marcado con tiza un patrón en los adoquines para saltar.

O eso es lo que pensaría cualquiera que pasara por allí.

Vi la formación. Un código básico, que nos enseñó el Mentor Murlees, dando instrucciones de que un sitio no era seguro, o había

sido comprometido.

Judika había dejado esta advertencia para mí. Nuestros enemigos, tenaces y persistentes, ya nos habían rastreado hasta el Cronhour.

Volví al comedor y encontré a Lightburn.

-Eso no llevó mucho tiempo- dijo.

-Nos pondremos en camino- le dije.

Esto le desconcertó. Se levantó y me siguió hasta la calle.

-¿Adónde vas?- le pregunté.

Dudó.

-Ahora que hemos hecho el recado- respondió **-haremos las cosas a mi manera.**

-No- dije. **-Mi amigo no estaba allí. Se ha marchado. Todavía tenemos que encontrarlo.**

Lightburn suspiró.

-¿Dónde?- preguntó.

-Una imprenta en la calle Feriko, cerca de la Puerta de la Industria.

Los decretos de *Hajara* eran muy sencillos. Uno se replegaba a su misión o identidad anterior, y si ésta resultaba fallida, entonces a la anterior. Laurael Raeside estaba comprometida, así que tenía que volver rápidamente a la misión que había asumido antes, y retomar ese papel mientras fuera viable. Judika lo sabía. Le había informado de mis últimas misiones, por si acaso.

Sin embargo, me preocupaba que nos hubieran descubierto tan rápidamente. Estaba bastante segura de que no nos habían seguido hasta el Cronhour Helican. Eso sugería que alguien, tal vez alguien capturado durante la incursión en el Gran Laberinto, había delatado la probable ubicación de los que huían en la orden de *Hajara*.

Lo más alarmante era que sólo unos pocos sabían lo suficiente sobre las misiones como para haberlas confesado. Sólo los mentores conocían la ubicación de las misiones de los candidatos. No podía imaginarme a ninguno de ellos, ni siquiera al mentor Murlees, derrumbándose en un interrogatorio. Me estremecía pensar en las técnicas que se debían utilizar para conseguir algo así.

Antes de que me enviaran como Laurael Raeside, me habían asignado como ayudante en una encuadernadora de la calle Feriko. Había utilizado el nombre de Blide Doran. Cuando nos acercamos a la imprenta, volví a ver las inocuas marcas de tiza de un juego infantil en el exterior.

Nos desviamos.

A un paso de Blide Doran se encontraba Sero Hanniver, que había ocupado una plaza en la casa de la familia Tevery durante un mes. Volvimos por ese camino, a lo largo del Área solar hasta las grandes residencias del Paseo de los Chieros. Por fin empezó a llover.

La lluvia, aunque enérgica, no había borrado del todo las marcas de tiza en la pared del exterior de la Casa Tevery.

Lightburn se estaba impacientando. No entendía muy bien lo que estábamos haciendo, ni por qué debería importar. Por mi parte, me sentía como si estuviera viajando hacia atrás en el tiempo, huyendo de una identidad pasada a la siguiente, sólo para tener que huir de nuevo. Estaba cayendo en mi propio pasado, reencontrándome con personas que nunca había esperado volver a ser.

Era muy desconcertante. También temía el alcance de mis enemigos. Apenas un día después del despiadado ataque contra nosotros, ya habían quebrado a uno o varios de los mentores, y habían rebuscado en nuestros secretos para descubrir las circunstancias de nuestras misiones pasadas. Intenté recordar hasta dónde me había remontado al contarle a Judika las misiones pasadas. ¿Tres, quizás, o cuatro? En aquel momento, me había parecido un margen de seguridad generoso. Ahora temía que se nos acabara, y que Judika no tuviera medios para ponerse en contacto conmigo.

Padua Prate había llegado antes que Sero Hanniver. Estaba bastante segura de habérselo dicho a Judika. Si Prate, al igual que Laurael Raeside, Blide Doran y Sero Hanniver, era inviable, Judika no sabría dónde ir después.

Lightburn el Maldito se estaba frustrando de verdad.

-¿Ahora a dónde?- preguntó.

-Una comuna en la calle Lycans, detrás de las casas de beneficencia la Puerta de la industria.

Padua Prate había trabajado como modelo de artista en la comuna durante tres semanas, mientras se entrenaba con los fabricantes de tonos para aprender el oficio de mezclar pigmentos de pintura. La misión se había organizado para observar a un artista llamado Constant Shadrake. Cierta simbología había aparecido en algunas de sus obras recientes, y la instrucción del secretario era observarlo y descubrir si se había relacionado con personas de mentalidad herética, o había adquirido alguna obra proscrita que lo hubiera inspirado. No había encontrado nada. Los símbolos resultaron ser ecos casuales.

Durante el tiempo que estuve como Padua Prate de, había vivido con los demás seminaristas, ayudantes y modelos en la residencia

de la comuna, que se desmoronaba y no era más que una casa ocupada.

La comuna se había establecido en una antigua fábrica de planchas de la calle Lycans. Seis o siete artistas habían instalado allí sus destartalados estudios, y la propia zona era un enclave artístico.

Cuando llegamos, llovía mucho. Si había marcas de tiza fuera del lugar, la lluvia hacía tiempo que las había borrado.

Dudé. No quería perder mi conexión con Judika, y ésta era la última oportunidad de mantenerla.

Entramos.

El lugar era como lo recordaba. En la planta baja y en el primer piso, las grandes habitaciones se habían convertido en estudios desordenados, con cortinas descoloridas colgadas de las paredes y viejos rollos de alfombra, superpuestos, en el suelo. Los muebles y otros elementos de utilería estaban apilados alrededor, y las alfombras estaban muy manchadas de pintura. Las mesas, las estanterías, las sillas y los caballetes estaban igualmente cubiertos de salpicaduras de pintura, y la zona estaba repleta de herramientas e instrumentos del oficio de artista. Los alféizares de las ventanas estaban llenos de botes y frascos de agua y aceite sucios, y las cajas llenas de trapos estaban debajo de las bandejas de botes de pintura, paletas, mezclas de tintura y muchos, muchos recipientes llenos de pinceles. El aire estaba cargado con el olor de la mezcla de aceites y otros agentes espirituosos, y con los penetrantes aromas de los polvos minerales que molían y mezclaban los fabricantes de tintes en los talleres de pigmentos del piso superior.

No había nadie trabajando. Era el final de la tarde y la luz era mala, y según mi experiencia, a esta hora del día, la mayoría de los artistas se habrían retirado a las posadas locales o a sus habitaciones del ático con bolsas de hierba lho.

Lightburn olfateó con desprecio. Los cuadros, algunos en proceso de secado, colgaban de las paredes del vestíbulo y los pasillos, y ninguno le impresionaba. Había otros trabajos realizados aquí: grabados, esculturas, miniaturas y alguna obra pictográfica, pero no veía ningún sentido en tratar de expresárselo. Evidentemente, Renner Lightburn veía la vida de forma sencilla y práctica, una visión que no dejaba espacio para el arte.

Para ser justos con él, la mayoría de las obras de arte sólo eran adecuadas en el mejor de los casos. La comuna era un estudio de trabajo para el retrato comercial. Algunos de los residentes tenían aspiraciones más elevadas que probablemente nunca se harían realidad. Sólo Shadrake tenía talento. Me pregunté si todavía era un residente.

El último piso de los edificios era un falso suelo construido sobre las enormes vigas de la antigua fábrica de planchas. Era aquí, en zonas divididas y delimitadas por cortinas sucias y otras telas improvisadas, donde vivían y dormían los modelos, los ayudantes, los artesanos del color y otros integrantes de la comuna, junto con los amigos y los parásitos.

Subimos. El lugar estaba vacío, a excepción de unos pocos jóvenes adormilados y una anciana que hervía una tetera de hojalata en un hornillo. El espacio que antes había ocupado Padua Prate había sido ocupado por otra persona, pero pronto encontré un lugar libre. Sabía cómo funcionaba. Los recién llegados ocupaban el siguiente espacio vacío disponible.

El espacio estaba cerca del tejado, y tenía un par de colchones sucios y una vieja cortina de seda verde que se podía correr sobre un riel.

-¿Aquí?- preguntó Lightburn.

-Esperaremos aquí y vigilaremos a mi amiga- le dije.

Se sentó en uno de los colchones. Parecía poco convencido y dispuesto a marcharse en cualquier momento.

Al cabo de unos minutos, divisé a Lucrea, una joven modelo y matizadora, que había vivido allí cuando yo era Padua Prate. Era más delgada de lo que recordaba. Fui a saludarla y dejé a Lightburn donde estaba, mirándome con desprecio.

-¿Padua?- gritó Lucrea. **-Has vuelto.**

Parecía encantada de verme, aunque había una neblina de lho en sus ojos.

-Un trabajo no funcionó- dije **-así que pensé en volver. ¿Sigue aquí Constant?**

Asintió con la cabeza.

-A veces te menciona. Te ha echado el ojo. Se alegrará de que hayas vuelto.

Shadrake era un tipo desagradable y tenía fama de tratar a sus modelos como juguetes antes de desecharlos.

-Puede dejar las manos quietas- dije.

-Sigue pagando bien por alguien que puede hacer de modelo tan bien como tú- dijo. **-Deberías utilizarlo. Utilizar su interés para progresar.**

Me encogí de hombros. Por su tono, me di cuenta de que, o bien había sido maltratada y rechazada por Shadrake, o bien estaba descontenta por no haber llamado aún su atención. Temí que fuera porque ya estaba demasiado delgada y pálida para él. La pobreza, la mala alimentación y el lho habían empezado a estropear el aspecto de Lucrea y a desgastarla. A Shadrake le gustaban las

chicas, y los chicos, de aspecto más saludable, con un vigor rudo. Si había que arruinar su aspecto y robarles la juventud, él mismo se encargaría de arruinarla y robarla.

-¿Alguien más ha preguntado por mí?- le pregunté.

-Algunos lo hicieron- dijo **-después de que te fueras tan repentinamente.** Mencionó los nombres de algunos otros en la comunidad, que se habían convertido en amigos de Padua durante su estancia. **-Nadie recientemente.**

Asentí con la cabeza.

-¿De dónde viene tu ropa?- preguntó, repentinamente interesada. **-Mírate. Tan elegante y fina.**

Aunque estaba húmeda y sucia, seguía vistiendo las prendas de Laurael Raeside.

-¿Esto?- dije, mirándome a mí misma. **-No los soporto. Son cosas remilgadas que me hizo llevar el artista para el que me trabaje.**

-¿Quién era?- preguntó.

-Sym, en la cima del Ascenso.

Estaba impresionada.

-Pero es un tipo adecuado. Dicen que paga bien.

-No es mejor que Shadrake. Viejo y sucio lechón. Quería pintarme y luego acostarse conmigo. Cuando le negué y le dije que me iría, se negó a devolverme la ropa, así que me llevé la que me había puesto.

Lucrea se rió.

-Son muy incómodas-. Declaré.

-¿Y quién es él?- susurró, mirando en dirección a Lightburn.

-Todavía no estoy segura- le dije. **-Me sigue como un perro.**

-Es bastante guapo, con esa forma tan lúgubre- dijo. **-Parece un tipo peligroso. Me gusta esa mirada en los ojos de un hombre.**

-Todavía no he decidido si me gusta- dije.

Me sonrió y me abrazó con entusiasmo. Podía oler su suciedad y su aliento rancio, y sentir sus propios huesos.

-Me alegro mucho de volver a verte, Pad- gritó. **-¿Por qué no bajas a mi cabaña para fumar y charlar?**

-Lo haré- le dije. Me dolía verla tan decaída desde nuestro último encuentro. No se cuidaba en absoluto. **-Dame un rato para arreglar mis cosas y bajaré.**

Volví a Lightburn, corrí la cortina y me senté. Pensé en darle a Judika unas horas, tal vez toda la noche. Estaba oscureciendo, y no me apetecía atravesar el barrio al caer la noche. Además, Lightburn se había negado a decirme lo lejos que podía ser el viaje hasta la madre Mordaunt.

Tomé el pequeño libro azul y comencé a estudiarlo mientras esperaba, con la esperanza de aprender un poco más de la misteriosa sociedad que se había convertido en el enemigo mortal del Gran Laberinto, y que tan cruelmente había desencadenado nuestras vidas. Mientras trabajaba, intenté relajarme y concentrar mi mente con mi letanía de templanza. El sonido de la voz de la hermana Bismillah en mi imaginación, una voz que sospechaba que no volvería a escuchar, era muy triste.

Aparte de los números de la portada (119) y del título enmabético, el libro estaba compuesto en una compleja clave. Me abrí paso a través de las páginas amarillas de tinta marrón apretada, probando todos los métodos básicos de descifrado que nos habían enseñado. La sustitución y la transposición no parecían funcionar, ni tampoco las fórmulas numéricas obvias. Tenía que haber una clave, y me pareció que el número 119 formaba parte de ella. Pero, ¿qué significaba? ¿La centésima decimonovena letra? ¿La centésima decimonovena palabra? ¿La centésima decimonovena página? ¿La decimonovena palabra de la decimonovena página?

¿O se trataba simplemente del decimonoveno cuaderno de Lilean Chase, minuciosamente numerado allí donde el secretario decidió no numerar el suyo?

El Maldito refunfuñó por la larga espera, así que le di más monedas y le dije que bajara a la calle a buscar algo de comida y bebida para nosotros. Lo hizo de mala gana.

Llevaba una media hora fuera cuando empecé a sentir que alguien me observaba. Era una sensación bastante angustiosa porque, aparte de la alarma inmediata, me hizo recordar la sensación con la que me había despertado la noche anterior, la sensación que me había despertado y me había hecho buscar en los áticos hasta encontrar a la hermana Tharpe.

Había ojos sobre mí. Me levanté del colchón y me acerqué a la cortina, medio esperando ver a Lucrea viniendo a visitarme, pero el espacio alrededor estaba vacío. Otras camas y zonas de descanso estaban protegidas por largas cortinas. Algunas lámparas brillaban. Una brisa agitaba las cortinas. Podía oír la lluvia en el techo.

Detrás de la cortina, debería haber estado fuera de la vista de todos, a menos que algún mirón hubiera perforado un agujero de espía en el suelo o en la pendiente del techo por encima de mí. Sentir una mirada sobre mí sugería algo más que unos ojos físicos. Nos habían

enseñado que, en determinadas circunstancias, la mirada interna del psíquico, la visión que se extiende, puede sentirse como una quemadura de sol en la piel. Me moví el brazalete, pero no alivió la sensación.

Cogí el alfiler de plata doblado y salí al exterior. Caminé a lo largo del piso del alojamiento, observando en silencio a la gente que dormía, descansaba o bebía en sus espacios con cortinas. Me dirigí a la cabecera de la escalera. No había señales de que Lightburn regresara.

Bajé.

La noche anterior, la de la caída del Gran Laberinto, me había preguntado si estaba imaginando la sensación de ser observada. En retrospectiva, había decidido que había sido el cabo suelto de un sueño con el que me había despertado, que se había intensificado hasta convertirse en un recuerdo aparentemente genuino por los acontecimientos traumáticos que habían seguido.

Pero esto era lo mismo. Era una sensación real, no una imaginación, y me convenció de que la noche anterior también había tenido una sensación real. Entonces, surgió la pregunta, ¿estaba la comuna a punto de correr la misma suerte que había corrido el Gran Laberinto? ¿O alguna fuerza, algún impulso psíquico, me había despertado entonces para descubrir la intrusión de la hermana Tharpe, en lugar de ser parte de esa invasión?

Me arriesgué. Allí, a mitad de la escalera superior de la comuna, volví a girar mi brazalete, permitiéndome ser más receptiva (más vulnerable) a la psique.

Casi de inmediato, volví a oír la risa de un niño. El sonido me heló, igual que lo había hecho en los desvanes del Gran Laberinto. Tragué saliva con fuerza. Bajé sigilosamente las escaleras, escuchando atentamente en busca de otro rastro.

En el rellano de abajo, un amplio espacio brillantemente iluminado por una vieja lámpara de araña, había un sofá enmohecido y dos grandes macetas de porcelana como bastones. Las tablas del suelo, las barandillas, las paredes y el techo habían sido pintados de un blanco apagado, al igual que el viejo espejo atornillado a la pared, con marco dorado y espejo y todo, por lo que no era más que la forma pintada y blanca en relieve de un espejo en la pared. A un lado había un par de puertas dobles cerradas. Al otro lado del rellano, había puertas que daban a los almacenes de pigmentos. De esas puertas colgaban cortinas sucias. Las huellas polvorientas y multicolores de un sinfín de pies entraban y salían de los umbrales, donde el polvo del pigmento había sido pisado en las tablas del suelo blanco.

Debajo de mí, las escaleras desgarradas descendían a más talleres de pigmentos en el piso de abajo.

Volví a oír la risa de un niño. Me giré. Vislumbré movimiento. La cortina que protegía uno de los accesos a los almacenes de pigmentos se agitó ligeramente.

Me dirigí hacia allí, con el alfiler preparado. Aparté la cortina y entré.

El aire era cercano y olía a minerales y polvos. Había mesas sucias en la habitación, apiladas con latas de pigmento, vasos para mezclar, frascos, botellas y platos de aceite transparente. Las cucharas, los pinceles y los cuchillos, todas las herramientas del oficio, estaban en macetas, manchadas. El suelo era un amasijo de colores pisoteados. No había nadie trabajando. Se habían dejado algunas lámparas encendidas, que desprendían un brillo nacarado debido al polvo que había en el aire.

Crucé a la sala contigua, que estaba amueblada de forma similar, aunque era un poco más pequeña. De nuevo, me pareció oír una risa. Percibí un movimiento.

Una tercera habitación se unió a las dos primeras y la atravesé. Un anciano estaba sentado en uno de los bancos, mezclando delicadamente un tono de rojo en una taza de cerámica.

-¿Hola?- preguntó, mirando hacia mí.

-Un niño- empecé. **-¿Ha entrado un niño aquí?**

Parecía desconcertado.

-No ha entrado nadie aquí- respondió.

Atravesé la habitación, pasé por delante de las bandejas de frascos tapados y entré en un almacén donde los aceites de mezcla y los medios de conservación se guardaban en grandes frascos de cristal sobre estantes de madera. Por el rabillo del ojo, vi una figura diminuta salir a toda prisa por la puerta del fondo.

Un niño. Una persona que no superaba mi estatura.

Me lancé tras la figura. La puerta, a través de una cortina, daba al rellano. No había nadie, pero las puertas dobles del fondo, que habían estado cerradas cuando yo estaba allí, se estaban cerrando.

Me acerqué a ellas y las abrí por completo. Me topé con un súbito estallido de ruido.

En esta sala, un salón desordenado y desordenado, había unas dos docenas de personas, todas ellas con instrumentos musicales. La música había sido una diversión popular en la comuna, y a muchos de los residentes les gustaba reunirse por la noche para tocar juntos mientras bebían o se hundían en sopores de lho, hierba de la sonrisa o piedras de la felicidad.

Por casualidad, en el mismo momento en que abrí la puerta, empezaron a tocar por primera vez esa noche, una estridente

floritura de sonido formada por violines, tambores, gaitas, sacabuches y otros instrumentos. Uno de los residentes manchados de pigmento tenía incluso un lirone, un violonchelo de dieciséis cuerdas.

La explosión de ruido me hizo dar un salto salvaje.

Se oyó un grito y todos los presentes dejaron de tocar y empezaron a reírse al verme. Debí de parecer muy cómica, para sonrojarme de esa manera.

-¡Mira!- gritó alguien. **-Es Padua. Padua ha vuelto.**

Varios se levantaron para darme la bienvenida, o para presentarme a los recién llegados que no conocía. No me apetecía en absoluto esta sociedad repentina, pero tenía que desempeñar mi papel.

Mientras me saludaban y me daban la bienvenida, miré la sala pasando por las caras que me rodeaban. Estaba abarrotada de muebles viejos, y muy amontonados con alfombras y viejos almohadones y cojines. Por todas partes había lámparas, espejos, botellas, platos de iokum y frutas confitadas, y pipas de shisha.

No había rastro alguno de un niño pequeño, ni siquiera encogido detrás de los muebles en los rincones más sombríos.

CAPÍTULO 19

Que es de la visión de Shadrake

Uno de los integrantes de la compañía musical era Constant Shadrake, el artista. Dejó su violín y se acercó a mí de inmediato, esbozando una sonrisa que se suponía paternal pero que apenas ocultaba sus inclinaciones viles.

-¡Padua! Querida Padua- dijo. Su voz era ronca y espesa, el efecto, creí, de obscura y lho combinados. **-Me alegro mucho de verte de nuevo con nosotros en nuestra alegre casa.**

Estaba de buen humor, aunque era ese el momento de la velada. Shadrake se volvía regularmente agrio y amargo a medida que la noche avanzaba y los intoxicantes se multiplicaban en su torrente sanguíneo.

-¡Quiero que poses para mí inmediatamente!- declaró.

-Acabo de llegar, señor- protesté.

-Esa cara suya me ha inspirado. Hace días que estoy desganado.

Insistió en que le siguiera a su estudio, aunque dudé que se hiciera algún trabajo. Se animó a otros miembros de la compañía a seguirle y a llevar su vino y sus instrumentos, para que la música le acompañara mientras pensaba en una composición.

Todo el tiempo, miré a mi alrededor en busca de señales del niño que había visto. La sensación de ojos sobre mí no desapareció. Me sentía atrapada. Quería tranquilidad y la oportunidad de investigar y

huir, pero en lugar de eso, estaba atrapada con un pintor lujurioso y su desconcertante séquito. Si quería conservar la máscara de Padua Prate, tenía que seguirle la corriente.

-¿Quién, querida, te ha comprado ropa tan lujosa?- me preguntó Shadrake mientras bajábamos la escalera. Acarició la solapa de mi abrigo, como si quisiera evaluar su calidad, pero fue poco más que una excusa para rozar su mano contra mi pecho.

-¿Alguien te ha mimado?- preguntó.

-Estaba posando- respondí. **-Esta es la ropa que me han dado.**

-¿Para quién estabas posando?- preguntó

-Un don nadie- respondí.

-Pero, ¿quién?- quiso saber. Era un tipo inconstante, que se ofendía con facilidad, pero su orgullo era igualmente fácil de enaltecer.

-Un hombre sin talento llamado Sym- respondí.

Sonrió. Este informe le complació enormemente. Comenzó a contar a la pandilla de bebedores y músicos que nos acompañaban cómo había enseñado al gran Sym todo sobre las sombras, las nubes y los paisajes marinos.

Shadrake era un hombre alto y huesudo, con un pelo tan oscuro que nunca se afeitaba limpiamente, ni siquiera con una cuchilla nueva. Puede que fuera guapo de joven, y evidentemente aún se consideraba así. La vida dura y las sustancias erosivas lo habían envejecido. Era corpulento donde debería haber sido delgado, huesudo donde debería haber tenido carne, lobuno y arrogante, sombrío e inyectado en sangre. Apestaba a bebida y a humo de lho. Sus manos estaban sucias de pintura. Sin embargo, actuaba como

si estuviera armado con el carisma más infalible. Se creía un ser irresistiblemente sexual.

Su séquito de modelos, matizadores, pintores, aprendices, jóvenes y, estoy segura, prostitutas de las calles locales, no le quitaban esa idea. Obedecían todas sus órdenes y se reían de todas sus bromas. Lo hacían por miedo a perder el favor, o a caer en el camino de su malhumorado temperamento si se transformaba. Lo mantenían feliz, para que él siguiera siendo feliz con ellos.

Entramos en su estudio. El lugar era el habitual desorden de obras a medio terminar, caballetes, soportes e inmensas cantidades de desorden. Shadrake nunca había sido el más ordenado de los hombres; parecía prosperar en condiciones de caos y desorden, pero las cosas habían empeorado. Había cosas por todas partes. Los objetos abarrotaban todas las superficies y estaban esparcidos por el suelo: ropa sucia, libros, parafernalia de pintura, tazas, accesorios, platos, basura, botellas e incluso algunos orinales que necesitaban ser vaciados. Las comidas a medio comer yacían podridas en los platos. Las prendas de vestir y los objetos diversos se amontonaban en las sillas.

Pero eso no era lo peor. El trabajo de Shadrake había evolucionado desde la última vez que lo vi. Las imágenes de sus cuadros eran, como mínimo, inquietantes. No se trataba simplemente de que su técnica hubiera disminuido (el trabajo era extremadamente desaliñado, casi infantil), sino que el contenido era materia de pesadillas escabrosas. Las formas diabólicas se acoplaban y retorcían. La violencia y el desmembramiento eran frecuentes. La anatomía grotesca tenía un gran protagonismo. Algunos de los símbolos y adornos grabados en las imágenes eran simplemente inquietantes.

Me sentí muy incómoda. Mi misión aquí había sido estudiar a Shadrake en busca de signos de corrupción, y había informado de que ninguno era evidente. Ciertos glifos y ornamentos (dispositivos

que en un principio le habían señalado como persona de interés) habían resultado ser bastante más inocentes y accidentales que los sigilos temidos por el secretario y el mentor Murlees.

Pero esto no era correcto. Esto era claramente el trabajo de un hombre con inclinaciones heréticas, ya sea deliberadas o accidentales. Experimenté un sentimiento de tremenda culpa por no haber desempeñado mejor esta misión. Lo había dejado sin hacer y, tras mi marcha, se había agravado.

Me preguntaba qué me parecían las imágenes. Sinceramente, me hicieron sentir mal. Dije algo intrascendente. Me obligué a mirar con más atención.

Recapacité. Había un trastorno, pero era evidente que Shadrake se había vuelto bastante disoluto, y su perspectiva se había transformado por un exceso de opiáceos. Aunque bastante sucia e incómoda, la obra (como el estado del propio estudio) era quizá el producto de un adicto alucinante. Constant Shadrake se había perdido en las fiebres de lho y obscura.

Alguien quitó la ropa de una silla, se sentó y empezó a tocar la tiorba. Otro golpeó una pandereta. El vino y el amasec se vertieron alegremente en los vasos que se repartieron. Shadrake exponía a todo el mundo su última filosofía de trabajo, mientras fumaba un cigarro de lho y aflojaba enérgicamente la pintura de una paleta con un pincel aceitado. Hablaba a través del cigarro que tenía entre los dientes.

Me paseé por la sala, mirando sus cuadros y bocetos, y hojeando algunos de sus cuadernos. Me sentía muy desgarrada. Mi principal preocupación tenía que ser protegerme a mí misma, y reparar los intereses del Gran Laberinto, para que los ordos se fortificaran y advirtieran de su agresor secreto. Pero si ésta era la disformidad en acción, si el Aniquilador Primordial estaba funcionando a través del medio de Constant Shadrake, sentí un gran impulso de tomar

alguna medida. Un servidor de la Inquisición no puede quedarse de brazos cruzados cuando algo así se pone en su conocimiento. Sería una negligencia hacerlo.

-¿Dónde está mi espejo?- gritó, momentáneamente molesto. **-¿Dónde está la maldita cosa?**

Sus ayudantes se apresuraron a buscarlo. Shadrake tenía una pequeña placa de cristal, un cristal muy antiguo que, según él, procedía de la vidriera emplomada de un oratorio de la Eclesiarquía. Lo había enmarcado en madera, para sujetarlo, y lo había entintado con una simple cuadrícula para poder, a ojo, seccionar y componer un tema.

Alguien lo encontró y se lo trajo, junto con un espejo de vino para calmar sus preocupaciones. Lo cogió y me miró a través de él, sosteniéndolo como si fuera una lupa.

-Siéntate- gritó. Siéntate contra el telón de fondo y deja que te mire. **-¡Qué bonita! Tan hermosa.**

Encendió otro cigarrillo y me estudió un poco más.

Incómoda ante tal escrutinio, levanté la vista y vi que Lightburn entraba en el estudio y miraba con el ceño fruncido. Por su aspecto, creí que era inminente un estallido. Esperaba que tuviera el sentido común de no complicar las cosas.

-¿Quién es éste?- preguntó una de las chicas al ver a Lightburn.

-Sí, ¿quién es?- preguntó Shadrake, girándose. Miró a Lightburn de forma especulativa a través de su espejo, y evidentemente no le impresionó el aspecto que presentaba. Veía que el enfrentamiento era casi inevitable. El Maldito era el único otro varón maduro de la sala, el único que estaba a la altura física de Shadrake. Lightburn no era tan alto, pero estaba mejor hecho. Shadrake, el rey de su

pequeño reino comunal, vería instantáneamente a otro macho como un rival, como un competidor por la atención y los encantos de su séquito adicto.

-¿Quién es?- volvió a preguntar Shadrake, con una fea mueca, bajando su espejo. Acentuó cada palabra. Se puso de pie con las piernas separadas, en una pose muy masculina que sugería que era el amo de todo, y que sus testículos eran demasiado grandes para permitir que sus piernas se acercaran más. Era una pantomima tan grande que podría haberme reído.

En cambio, dije: **-Este es Renner.**

Vi que Lightburn, con la cara desencajada como un cielo nublado, se estremecía ligeramente ante el uso público de un nombre que se resistía a decirme.

-¿Y quién es Renner?- preguntó Shadrake. **-Parece un tipo serio.**

-Renner está conmigo- dije.

-¿Cómo está contigo, querida Pad?- preguntó Shadrake con suspicacia.

Me levanté y me dirigí hacia Lightburn. La psicología requerida para sacar a Shadrake de su postura de confrontación era muy sencilla, ya que la naturaleza de la molestia era ridículamente básica. Sólo esperaba que la mente de Shadrake no estuviera ya demasiado aturdida para que funcionara.

-Renner posó conmigo por Sym- dije. **-Tampoco le gustó mucho Sym, así que le dije que le pondría dar una opinión aquí.**

-No es muy... estético- dijo Shadrake.

-Sí- asentí **-pero es un Maldito.**

Shadrake frunció el ceño.

-¿Qué diferencia hay?- preguntó.

Me volví hacia él y sonreí, como si fuera obvio.

-Creí que lo había explicado- dije. **-Sym está fuera de sí por tu rivalidad.**

-¿Lo está?- preguntó Shadrake, tratando de no parecer sorprendido.

-Tu reputación empieza a superar la suya en la ciudad- expliqué. **-Su trabajo está muy logrado, pero se considera demasiado seguro. No se enfrenta a la realidad como lo haces tú.**

-¿Es eso... lo que dicen?- preguntó Shadrake.

-Oh, sí- dije. **-Dicen que Shadrake tiene un ojo para la calle, señor. Los bajos fondos de la ciudad. Hablan de la cruda honestidad de su obra, de que pintará imágenes menos favorecedoras y así logrará una mayor verdad artística. Sólo a usted se le ocurriría utilizar mendigos, rameras y vagabundos.**

-Es cierto- dijo. **-Hay mucha más honestidad en mi trabajo. Desnudo mi alma-.** Se sintió halagado, como sabía que sería. En realidad, utilizaba a rameras y mendigos como modelos porque trabajaban por un vaso de amasec y un mendrugo de pan.

-Sym lo ha oído todo- continué. **-Se siente muy amenazado por ello. Decidió que pintaría temas como leprosos y penitentes... los parias de la calle, y así reviviría su reputación. Tiene la intención de pintar a los residentes más bajos de la alcantarilla, señor, aquellos que normalmente son invisibles. Así que eligió a un hombre a un Maldito. Este de aquí.**

Shadrake miró de nuevo al Maldito.

-Ese Sym se burla de mí- dijo. **-Él robaría mi verdad.**

El séquito medio borracho que nos rodeaba, que había estado escuchando el intercambio, siseó y abucheó.

Shadrake se sacó el cigarro de lho y exhaló una nube de humo.

-¿Me harás el honor, Maldito?- preguntó a Lightburn. **-¿Quieres posar para mí? Le enseñaré a ese Sim cómo se hace.**

Lightburn me miró. Estaba desconcertado.

-Enséñale tu marca- le dije.

-¿Qué?- Preguntó Lightburn.

-Muéstrale tu marca. Al maestro Shadrake le gustarán sus marcas-. Con la mirada, traté de implicar al Maldito para que me siguiera el juego.

Esperaba que se arremangara la manga o que diera la vuelta al cuello. Al parecer, comprendiendo la obra que estábamos representando, Lightburn dejó la bolsa que llevaba en el suelo y se quitó sin contemplaciones el abrigo y la camisa.

Sus brazos y la parte superior del cuerpo eran delgados y muy musculosos. Su piel era pálida. Los tatuajes le cubrían desde la cintura hasta la garganta, por delante y por detrás, y por cada brazo hasta la muñeca. Había miles de líneas escritas a mano, cada una una carga o una penitencia, una tarea o un deber. Eran las cosas que haría o realizaría para aliviar a los demás y para purificarse a sí mismo. Parecían continuar por debajo de la línea de su cintura.

Un Maldito suele tener tres o cuatro marcas en su piel, a veces una docena, dependiendo del peso de su carga. Nunca había visto a un hombre con tantas.

Me hizo preguntarme qué había hecho para necesitar tanta expiación.

Shadrake estaba impresionado.

-¿Tomará un vaso de vino, señor, o un cigarrillo?- preguntó a Lightburn.

-No quiero ninguna de las dos cosas- dijo Lightburn.

-Entonces, ¿se sentará aquí?- preguntó Shadrake, indicando a Lightburn que se acercara a la silla que yo había ocupado frente al mantel.

Lightburn se dirigió a la silla y se sentó. Shadrake dio órdenes a sus ayudantes, enviándoles a por carbón, papel, una tabla limpia, un caballete particular y más amasec. Mientras tanto, miraba a Lightburn a través de su espejo.

Me acerqué al Maldito.

-Siéntate aquí tranquilamente un rato- susurré. **-Manténgalo ocupado. En media hora, estará demasiado borracho para dibujar. Ya ha fumado demasiado esta noche.**

-¿Esto es una farsa?- preguntó.

-Sólo sigue el juego. Agradezco tu esfuerzo.

Di un paso atrás y lo miré. La marca en su piel estaba tan llena, las letras tan pequeñas, que eran difíciles de leer. Había que estar muy cerca de él para comprenderlas.

-¿Qué has hecho, Renner?- le pregunté.

No respondió.

Me quedé observando, pero poco a poco fui retrocediendo para dejar de ser el centro de atención. La música volvió a sonar. Shadrake empezó a dibujar.

Todavía podía sentir los ojos sobre mí. La sensación de la mirada de un psíquico no me había abandonado durante todo el encuentro. Me pregunté quién o qué estaría en la comuna con nosotros, o quién podría estar contemplando desde alguna otra parte con el ojo de su mente. Se dice que el Dios-Emperador nos observa a todos desde su elevada posición en el Trono Dorado de Terra, pero no creí que fuera él.

Este era un escrutinio más cercano.

Al cabo de una hora, se oyó un grito pidiendo más vino, y me ofrecí a ayudar a buscarlo, pensando que me daría la oportunidad de salir de la habitación y ver si había habido alguna señal de Judika. Lightburn miró al pintor, atrapado en su silla. Le hice un gesto con la cabeza, una señal para que se quedara quieto y lo soportara. Luego salí y subí las escaleras hasta el nivel de la residencia.

No había nadie. Todo el mundo estaba levantado por la noche, y abajo se emborrachaba o se alteraba.

En mi segundo recorrido por el recinto con cortinas bajo el tejado, oí la risa de un niño.

Seguí el sonido, empujando las cortinas, apartándolas, pasando por encima y entre las parcelas de colchones y las posesiones de los habitantes de la comuna, en lugar de rodearlas. Vislumbré una figura diminuta bajando las escaleras, apenas una silueta iluminada por la lámpara de araña de abajo. Parecía un diablillo o uno de los

otros personajillos, o como uno de los que aparecen en las viejas leyendas.

Corrí. Volví a oír las risas.

Levantándome la falda con una mano, maldiciendo a Laurael Raeside por su forma de vestir, bajé corriendo las escaleras. La cortina de la puerta del taller de pigmentos se balanceaba como si alguien la hubiera descorrido y dejado caer.

Levanté el alfiler de plata.

-¿Quién está ahí?- grité. **-Muéstrate. Si sólo eres un niño, no te haré daño.**

Desde abajo llegó el sonido de las risas y la música chillona, el sonido de las palmas.

Aparté la cortina y entré en el taller de pigmentos. Estaba tal y como la había visto antes.

-¿Hola?- llamé.

En una de las mesas, los frascos y botellas de cristal temblaban ligeramente, como si alguien hubiera pasado por delante y hubiera sacudido una vieja tabla del suelo bajo ellos.

-Muéstrate-. dije. Mis dedos se enroscaron alrededor del alfiler doblado.

Nadie respondió. Más risas y música flotaron por el suelo. Oí un tambor.

Me agaché y miré debajo de las mesas, pero los espacios debajo de ellas estaban llenos de tambores y cajas, y era imposible ver a través de ellos.

Volví a oír risas. Un regocijo ahogado de un niño.

Me levanté con elegancia.

-¿Dónde estás?- pregunté. Me acerqué al extremo de un banco hasta que pude ver claramente la puerta de la segunda sala de mezclas.

-¿Dónde estás?- repetí.

Otra risa.

Di un paso. Oí un ruido de madera y me giré.

Apareció una figura diminuta, saliendo de detrás de un banco para enfrentarse a mí. Tenía los ojos muy abiertos y muy brillantes, inocentes y asombrados, sin parpadear. Sonreía. Sólo era un poco más alta que mi rodilla.

Pero no era un niño.

Y no estaba solo. Una segunda figura, casi idéntica, apareció en el otro extremo del banco. Se dirigieron hacia mí desde direcciones opuestas, sonriendo.

Eran los títeres del escaparate del emporio de los Guardianes oscuros: el niño y la niña. Sus ojos me miraban con una intención vacía y vidriosa. Sus mejillas estaban sonrosadas. Sus bocas se abrían y cerraban como si quisieran hablar.

Ambos tenían pequeños cuchillos de juguete en sus manos.

No eran más que objetos. Yo lo sabía muy bien: eran cosas de madera, literalmente marionetas para una mente telequinética. Giré mi brazalete para desactivarlo para cortar sus hilos y romper el control.

No se cayeron al suelo. Se abalanzaron sobre mí.

CAPÍTULO 20

Una consideración de los juguetes

El muñeco llegó primero a mí. Con los pasos tambaleantes de un niño pequeño, corrió por el suelo y me atacó las piernas, lanzando su cuchillo de juguete de un lado a otro. Su voz sonaba como un chasquido. Su boca, debería decir, porque era sólo un juguete. Pero a pesar del evidente artificio de su cabeza sobredimensionada, la construcción de madera, la pintura blanca, las mejillas sonrosadas, el pelo lacado en negro y las ranuras junto a la boca, no pude evitar sentir que era un niño.

Incluso había una pequeña lengua de madera, pintada de rojo, que se movía sobre una bisagra cuando se abría la boca. Los ojos de vidrio giraban en sus órbitas para mirarme.

Creo que exclamé con asco cuando atacó. Era una cosa vil y antinatural, el producto de un sueño febril de un niño. Simplemente di una patada, y la punta de mi zapato alcanzó al muñeco en el pecho y lo envió volando por el taller de pigmentos. Al aterrizar, dio una voltereta, cayendo de cabeza, y acabó tumbado sobre sus hombros, con el cuerpo y las pequeñas piernas colgando sobre su cara. Vi los zapatos del pequeño en sus pies, unos perfectos zapatitos de cuero con pequeños cordones.

Se sacudió, rodó torpemente y luego se levantó. Tuvo que usar las manos para ponerse de pie. Era como un niño que aprende a ponerse de pie.

No tuve tiempo de observar todo el horror de la actuación. La muñeca de la niña también se acercó a mí. Se había movido más lentamente que el niño, porque se había visto obligada a levantar la

cola de su vestido de gala con una mano para liberar sus piernas. Podía comprenderla. Esquivé cuando el cuchillo de la pequeña dama me apuñaló. De nuevo, creo, lancé un grito involuntario de disgusto. Eran tan pequeños que era como luchar contra animales. Y los detalles eran tan alarmantes: los ojos sin pestañear, la sonrisa tallada. En la dama, tenía el moño de pelo real encima de su cabeza pintada. Tenía unos pendientes diminutos.

Retrocedí, moviéndome por la esquina del banco. El combate, tal como era, hacía temblar las tablas del suelo, y todos los frascos, pozos y vasos de los bancos de mezcla traqueteaban y tintineaban entre sí.

Golpear con las manos era poco práctico. La muñeca era un objetivo demasiado bajo para mi alfiler de plata. Además, ¿qué podía hacer un alfiler de plata contra un pecho de madera?

Sabía que me extendería demasiado y probablemente me desequilibraría si intentaba apuñalarla. El foco de su ataque eran mis espinillas y rodillas. Seguí saltando y esquivando hacia atrás. Ella lanzó una puñalada, pero fue apartada por los pliegues de mi falda.

Necesitaba un arma mejor. Me tambaleé hacia atrás y me golpeé contra el banco más cercano. El impacto derribó un par de botellas, y una de ellas rodó por el lateral y se estrelló contra el suelo, llenando el aire de una nube de polvo azul. Sin atreverme a apartar la vista de la punzante y llamativa muñeca a mis pies, busqué a tientas algo en el banco que tenía al lado. Mi mano volteó botellas, rompió frascos y desparramó tazas de pinceles y varillas para mezclar. Finalmente, encontré un pequeño frasco de cristal y se lo lancé a la muñeca.

El frasco rebotó en su cabeza con un chasquido de madera y la hizo retroceder unos pasos. El impacto le hizo girar ligeramente la cabeza y tuvo que enderezarla de nuevo para mirarme. Los ojos de

vidrio giraron en sus órbitas, primero, dando la vuelta para mirarme. Luego se quedaron fijos en mí mientras la cabeza giraba de nuevo para mirarme.

Cogí otro frasco y lo lancé. La muñeca se agachó y pasó por encima de su cabeza. El primer frasco no se había roto. Simplemente había caído y rodado por el suelo. El segundo, lanzado con más fuerza, se estrelló contra las patas del banco de enfrente y liberó una nube arenosa de pigmento amarillo.

Cogí un tercer frasco y lo lancé, y luego un cuarto, y luego un quinto, arrebatándolos y lanzándolos contra la muñeca para mantenerla a raya. Los frascos pasaron por delante de ella, hacia un lado o hacia el otro. Ella inclinó su cuerpo para evitarlos. Cada una de ellas explotó al caer, una pequeña granada de color seco que manchó el suelo y llenó el aire de un vivo humo. El tercer frasco le rozó el hombro. La cuarta le dio de lleno en el pecho y la hizo caer sentada. Esto me dio la oportunidad de dar otra patada, y la aproveché, impulsando la muñeca por toda la habitación con una fuerza considerable. La muñeca rebotó en un banco más alejado, rompiendo botellas y ollas de cerámica, y dio una vuelta de campana hasta perderse de vista.

El niño ya estaba de vuelta, caminando hacia mí. También le lancé un bote de tintura. El frasco de cristal, lleno de pigmento rojo brillante, le golpeó en la cara y se rompió, cubriendo su cabeza y sus hombros de polvo mineral rojo. Sacudió la cabeza (un gesto horriblemente humano) para librarse del polvo, pero éste le había manchado por completo la cara y arruinado el cuello y los hombros de su traje de terciopelo. Los párpados de madera chasquearon, quitando el polvo con un parpadeo. Los ojos de vidrio me miraron tan maníacamente como antes, con la mirada fija en un rostro carmesí.

Retrocedí y vi un palo de mahl tirado en el banco entre las bandejas de mezcla. Tenía casi un metro de largo, y la almohadilla acolchada

de un extremo permitía a un artista apoyarlo contra un cuadro, para utilizarlo como soporte, sin dañar el lienzo.

El muñeco se abalanzó de nuevo sobre mí, blandiendo su cuchillo de juguete. Le pinché con el palo, empujándolo hacia atrás con golpes del extremo acolchado. Cada vez, él volvía a tropezar conmigo, dando cuchilladas al palo con su cuchillo, así que a la tercera vez lo embestí con fuerza y lo derribé de espaldas.

Sentí un dolor agudo en el tríceps izquierdo y me giré para encontrar a la muñeca de pie en el banco de trabajo junto a mí. Me había apuñalado con su cuchillo de juguete. Grité y me aparté de ella de un tirón, y me siguió a lo largo del banco, caminando rápidamente de un escalón a otro, apartando de su camino botellas y ollas a patadas. El daño que le había hecho al patearla por la habitación eran sobre todo rozaduras y arañazos, pero también le había arrancado el moño de pelo humano, dejándole sólo una fijación de latón en la parte posterior de su pintada cabeza.

Parecía enfadada.

Había cometido un error al atacarme a un nivel superior. Bajé de golpe el alfiler de plata y clavé la cola de su vestido en el banco con tanta firmeza como si lo hubiera clavado allí. Detenida, se tensó el vestido y se giró para intentar arrancar el alfiler.

El muñeco de cara roja se agarró a mis piernas y se enredó en mis faldas. Lo golpeé, pero sentí otro agudo pinchazo en mi pantorrilla izquierda. Con las dos manos, impulsada por la rabia, balanceé el palo de mahl como un bate y lo mandé a volar a lo largo de la habitación.

La muñeca se arrancó los últimos centímetros de su vestido, que dejó clavado en el banco por el alfiler de plata, y se lanzó hacia mí. Saltó del banco con los brazos en alto.

Me enfrenté a ella con un puñetazo que conectó en el aire y la hizo caer a mi izquierda. Aterrizó en otro banco, rompiendo varias botellas.

Una vez apartadas los dos muñecos, tuve la oportunidad de huir. Un extraño sentimiento me hizo detenerme el tiempo suficiente para recuperar el alfiler de plata, pero al alcanzarlo, me di cuenta de que mi brazo izquierdo estaba entumecido.

Un momento después, mi pierna izquierda se congeló y dejó de sostenerme. Me caí, incapaz de mover el brazo izquierdo para evitar el desplome, y me golpeé el hombro y la mandíbula contra el borde del banco.

Me quedé tumbada en el suelo, con el brazo y la pierna inmóviles. Una parálisis se había instalado desde el cuero cabelludo hasta los dedos del pie en el lado izquierdo. Me había quedado ciega del ojo izquierdo y la boca de ese lado estaba floja.

Los cuchillos de juguete se habían envenenado. Esto era la muerte.

O algo mucho peor.

La negrura se filtró. Me quedé totalmente ciega. Entonces el mundo dejó de existir.

CAPÍTULO 21

Aprovechar

Me desperté lentamente, como si me estuviera descongelando de un hielo antiguo después de un millón de años.

Me dolía todo el cuerpo, especialmente el brazo y la pantorrilla izquierdos. La cabeza me palpitaba.

Permanecí tumbada. Estaba en un sofá en la esquina de una gran habitación con un techo alto. Me habían tapado con una manta. Todavía llevaba la ropa de Laurael Raeside, aunque ahora estaba muy desaliñada y marcada con muchas salpicaduras de polvo de pigmento.

Esto no era la comuna. Me habían llevado a otro edificio. El suelo era de metal, cubierto con una gran alfombra de tapiz. Las paredes eran de piedra. El techo era de yeso encalado. La habitación tenía grandes ventanas en dos lados, por las que entraba una pálida luz de día, aunque estaban cubiertas por cortinas de muselina blanca, por lo que no podía ver el exterior desde mi posición.

Esperé y escuché durante un rato. Podía oír los sonidos de una ciudad en el exterior, y estaba bastante segura de que era la Reina Mab. Estaba bastante arriba, porque el ruido de fondo de la calle venía de abajo, y oí varias campanas que repicaban a intervalos. Un repique notable provenía de mi izquierda. Era bajo y lento, y supe que se trataba de la torre del reloj de Santo Baal, debajo de la Puerta de la Industria, que tenía una nota distintiva y apagada y que siempre marcaba la hora con retraso.

Así que era justo después del amanecer, y yo estaba en un edificio alto en el sur de la ciudad, al este de la Puerta de la Industria, lo que significaba que probablemente estaba al este del comercio Faeronicus y de los basureros de la ribera. Varios edificios encajaban en ese distrito, entre ellos la Universidad de Chasopar en la Puerta de la Industria, la Escuela Orfeónica de Música, el Monasterio de Tarmos, el Ayuntamiento de la Honorable Fraternidad y la basílica y misión del Eclesiarca, ninguno de los cuales parecía un lugar probable.

Tentativamente, giré la cabeza para revisar el resto de la sala.

No estaba sola. En la esquina opuesta se habían colocado dos sillones de respaldo alto uno al lado del otro. Los muñecos estaban sentados en ellos, observándome. Estaban sentadas como los niños pequeños se sientan en las sillas de los adultos, con los pies sobre los asientos.

La muñeca estaba sentada en el de la izquierda, en silencio. Su vestido estaba roto. Tenía las manos en el regazo. Sujetaba su moño de pelo humano. Sus ojos de vidrio se habían inclinado hacia abajo para mirarla, como si estuviera perdida. De vez en cuando, giraba los ojos hacia arriba para mirarme, y luego volvía a bajar a su moño postizo.

El muñeco seguía con la cara manchada de rojo intenso. También me miraba a mí, con ojos de vidrio brillantes en un rostro rojo. Su boca de madera se abría y cerraba con fuerza. Mientras lo observaba, se retorció hasta el borde del asiento, se bajó al suelo, se acercó a una cómoda baja de madera que estaba apoyada en la pared junto a la puerta y se sirvió frutos secos del cuenco de barro que había encima. Llenó los bolsillos de su abrigo de terciopelo con ellas. Luego se dirigió a la silla, se subió a ella, se sentó y sacó las nueces, una por una. Mirándome fijamente, rompió cada cáscara con un apretón de su pequeño puño de madera y luego se echó los

granos rotos a la boca. Su boca hizo clac-clac-clac en sus ranuras de madera.

Los dos eran bastante escalofriantes. Era la intensidad de sus miradas, la fijeza de sus sonrisas, la nitidez de sus expresiones. Tenían los ojos brillantes y sonreían, pero esa no era la sensación que transmitían sus rostros.

La habitación era sencilla y ascética, y el mobiliario, aunque bueno, era muy puritano. Pensé, aunque parecía poco probable, que de los lugares en los que podía pensar, éste era el que más se parecía a la misión del Eclesiástico.

La puerta se abrió. Fingí dormir. Bajo mis párpados, vi entrar a Lupan. Tenía un aspecto atormentado y pálido. Llevaba una gran bolsa de cuero negro con hebillas. La dejó en el suelo, la abrió y sacó un pequeño estuche de metal en el que había una jeringa y varios frascos de cristal. Comenzó a preparar la jeringa, presumiblemente con una inyección de algún estimulante destinado a despertarme.

-No lo necesitarás- dije, incorporándome.

Se sobresaltó y me miró por un momento antes de volver a guardar la jeringa.

-Has causado muchos problemas- dijo. Su tono era amargo.

-¿De verdad? No recuerdo que fueras tú el que fue atacado en el maldito emporio. Cuando mi patrón se entere...

Lupan puso una expresión de dolor que indicaba que estaba cansado de jugar.

-Por favor- dijo. **-No finjamos. ¿Por qué no me dices tu verdadero nombre y empezamos el proceso?**

-¿Qué proceso?- pregunté.

-Tu vida ha terminado, chica- dijo. **-Lo mejor que puedas hacer para pasar tu vida después de la muerte depende de ti.**

-Bueno, estar sentada aquí escuchando tus acertijos no es algo que elegiría- dije. **-Si sabes tanto, maese Lupan, sabes que tengo amigos, y sabes lo terrible que será su castigo cuando te alcancen.**

Hice una pausa.

-Y sabes que te alcanzarán- añadí.

Por un momento puso cara de miedo. Se pasó la mano por la boca y miró por encima del hombro para comprobar que no había nadie escuchando. Sentí que eso incluía algo más que a cualquiera que pudiera estar a punto de seguirle en la habitación. Sentí que incluía a los muñecos.

Se agachó frente a mí. Parecía serio y asustado.

-Ayúdame, por el bien del Trono- siseó **-y te ayudaré... como pueda.**

Mantuve mis ojos fijos en los suyos para aumentar su incomodidad.

-¿Cómo podría ayudarle, señor?- pregunté.

Estaba agitado.

-Tengo problemas con los propietarios- confesó rápidamente, mirando de nuevo por encima del hombro. **-Con la familia. Dicen que me equivoqué al tratar con usted, lo que tal vez haya hecho. Me culpan de lo ocurrido. Dicen que deberían haberle**

dado el trabajo a alguien de más categoría, pero que no querían delatar el hecho de que sabían lo que eras.

Lo que yo era. Me fijé en su elección de palabras.

-Ahora estoy en problemas y podría ser degradado- continuó. **-O algo peor. El Joven Maestro está muy enfadado por cómo han salido las cosas.**

-¿Quién es el Joven Maestro?- pregunté.

-Por el Trono, Balthus de los Guardianes oscuros- respondió Lupan. **-Este acuerdo es muy valioso para él. Valioso para la familia. Me culpa por ponerlo en peligro.**

-¿Acuerdo?- pregunté.

Me miró con desprecio.

-¿Tienes idea- preguntó **-de cuánto tiempo lleva los Guardianes oscuros queriendo negociar con una pieza de mercancía como tú o una de tu clase?**

No le pregunté qué significaba eso. Supuse que se refería a un portador del gen paria. En su lugar, negué con la cabeza.

-Mucho tiempo, déjeme decirle, mucho tiempo-. Frunció el ceño. **-Pero nunca se atrevieron a cruzar a los Ocho, ni a ponerse en malos términos con el Rey, ni a interferir de ninguna manera en el programa. Pero ahora el programa ha desaparecido... se ha desordenado... Se sienten capaces de entrar y salvar los activos dispersos.**

-¿Salvar los activos?- pregunté.

Parecía molesto.

-No, no. Para recoger y salvaguardar los activos perdidos, y tal vez encontrar nuevos y productivos hogares para ellos.

-A cambio de una importante recompensa económica- añadí para él.

Frunció el ceño.

-¿Soy un activo, maese Lupan? ¿Soy una mercancía? Hasta ahora no me has descrito en términos que me gusten. De hecho, hasta ahora me han amenazado, atacado, drogado y secuestrado. Tú enviaste esas cosas tras de mí, sean lo que sean.

Miré a los muñecos.

Tuvimos poco tiempo para ser sutiles. Había una oportunidad...

-No me importa, maese Lupan- dije. **-Lo único que sé es que no tengo ni idea de por qué debería ayudarte.**

De nuevo, lanzó una mirada cautelosa por encima del hombro.

-Pronto vendrán- me susurró. **-Se supone que debo prepararte. Estoy en desgracia. Temo por mi trabajo y mi vida. Si puedes darme cualquier cosa, cualquier maldita cosa que pueda usar para demostrarle al Joven Amo que todavía soy valioso, entonces te ayudaré a cambio.**

-¿Cómo me ayudarás?- pregunté.

Se estaba desesperando.

-Como pueda. No puede ser a lo grande, pero sí de cualquier forma que pueda. Tan a menudo como pueda. Pero tienes que darme algo.

El hombre temía por su vida. Me di cuenta de ello por sus microexpresiones y su lenguaje corporal involuntario, y por las feromonas de terror que transpiraba. Uno puede actuar con miedo con cierta convicción, lo suficiente como para convencer a un observador casual, pero ese nivel de aprensión física no se puede fingir. Bueno, puede, pero sólo por el operativo o asesino de más alto nivel.

Estaba segura de que el miedo de Lupan era real. Podía aliviarlo. Eso me dio una pequeña medida de ventaja para explotar. Eso lo convertía, en el idioma de los Guardianes oscuros, en mi activo. Pero sabía que tenía que darle algo real, algo de valor. Si lo engañaba con algo artificial, podría darse cuenta de inmediato y mi oportunidad se esfumaría. Incluso si le engañaba durante un tiempo, podría descubrirlo más tarde, y las repercusiones para mí podrían ser peores. No tenía forma de saber el nivel y la minuciosidad de la inteligencia de los Guardianes oscuros sobre mí, o de los del Gran Laberinto. Había muchas posibilidades de que se dieran cuenta de cualquier mentira que dijera. Así que, para estar segura, no podía decir una mentira.

-Demuéstrame que puedes ayudarme- dije. **-Dígame dónde estoy.**

Le temblaban las manos. Podía oír los pasos que se acercaban por el pasillo exterior.

-La casa de la misión- siseó. **-La casa de la misión de la Eclesiarquía en la Plaza de los Fenicios.**

-¿Cuánto tiempo he estado inconsciente?

-Desde anoche- dijo. **-¡Ocho horas!**

-¿Cuántos pisos tenemos?

-¡Por el amor del Trono!- chilló. **-¡Seis!**

-¿Quién está a punto de entrar en la habitación, maese Lupan?

Su agitación era ahora extrema.

-El Joven Amo. ¡El Joven Amo y algunos agentes privados! Guardaespaldas.

-¿Qué viene a hacer aquí?

-Venderte. Venderte, por supuesto.

-¿A quién, maese Lupan?

Se llevó las manos a la cabeza con frustración y pánico.

-A su santidad el Pontífice Urba de la Reina Mab- chilló. **-¡Ahora, por favor! Por favor, dame algo a cambio.**

Le miré a los ojos.

-Me llamo Alizebeth Bequin- dije.

CAPÍTULO 22

Una operación en el nombre del Pontífice

La puerta se abrió y Balthus entró en la habitación. Lupan se levantó y se echó hacia atrás, con la cabeza inclinada y las manos juntas delante de él. Las muñecas, me di cuenta, también se deslizaron hacia delante de sus asientos, se dejaron caer sobre la alfombra y se pusieron en respetuosa atención.

Yo no me levanté.

Balthus iba vestido con un traje verde oscuro y una camisa de color violeta pálido. La camisa tenía un pequeño volante y sus puños de encaje se extendían más allá de las mangas de su chaqueta. Un intrincado broche de plata estaba prendido en su solapa izquierda. Su rostro era serio. Como en nuestro anterior encuentro, me miraba por debajo de la nariz. Entonces lo había drogado hasta dejarlo inconsciente, aunque no era mi intención directa. Sentí que estaba enfadado por ello y que deseaba poder imponerme algún castigo por atreverme a ofender a su persona de esa manera.

Mi valor le detuvo.

Entró en la sala flanqueado por cuatro agentes. Eran guardaespaldas, entrenados en protección personal. Tres eran hombres y uno era mujer. Llevaban abrigos negros similares de tela balística sobre guantes azules oscuros reforzados con malla de eslabones de plata. Eran discretos, pero se notaba que eran del más alto nivel profesional. Caminaban como bailarines, listos para reaccionar o moverse en un microsegundo. Sus rostros eran inexpresivos. Cada uno tenía un trazado de alambre de plata incrustado en su piel desde la sien derecha, bajando por el lado de

la cara y bajando por la garganta, una marca irregular como la representación de un rayo. Era la señal de una integración neural, un aumento para acelerar sus tiempos de reacción. No pude ver ningún arma evidente en ellos, pero los abrigos permitían ocultar armas de mano o incluso espadas cortas. En un recinto eclesiástico, supuse que serían espadas.

Más que su porte y su conducta, y los signos de su costoso aumento, supe que eran de la mejor calidad porque eso es lo que emplearía Balthus.

-¿Está lista?- preguntó a Lupan.

Lupan asintió.

-¿Por qué no le preguntas?- Sugerí. **-Puede oírte perfectamente.**

-Dígale que la última vez que hablé directamente con ella me costó dolor y molestias, varios sirvientes caros y otros daños diversos en las existencias y los accesorios- dijo Balthus a Lupan.

Lupan abrió la boca y se volvió hacia mí.

-Le he oído- dije. Volví a mirar a Balthus.

-¿Por qué no me cobráis?- pregunté.

Me miró por debajo de la nariz. Su labio se arrugó.

-Compensaré mis gastos y las molestias con el precio que vas a conseguir. Será suficiente.

Sonrió. Era la sonrisa más desagradable que creo haber visto nunca.

-Hora de moverse.

-Me temo que los Ocho no le agradecerán que desembolsé sus bienes tan libremente- comenté, sin saber en absoluto qué podían ser los Ocho.

Balthus se puso rígido. Era evidente que el nombre tenía peso.

-No me concierne- respondió, sin darle importancia.

-¿No es así?- pregunté. Me levanté y tiré la manta a un lado. **-¿Sabes lo que pienso?**

-No me interesa...

-Creo que el Rey te querrá muerto, Balthus- dije. **-Creo que el Rey querrá que te castiguen de la manera más cruel por interferir en el programa. Tú, y todos los que están contigo.**

Dije esto en beneficio de los guardaespaldas, aunque ninguno de ellos reaccionó.

-¡El programa ha desaparecido!- escupió Balthus. **-¡Está arruinado y quemado! Yo sólo estoy mostrando iniciativa y empresa, rescatando lo que puede ser salvado. El Rey lo entenderá.**

-Ya veremos- dije. **-Veremos si el emporio sigue funcionando dentro de un año o más. Sugiero que me dejes ir, Balthus. Déjame salir ahora. Iré a ver al Rey y le pediré clemencia en tu nombre. Le diré que me ayudaste. No mencionaré que intentaste venderme.**

Balthus puso una cara que sugería que había probado algo agrio. Miró a Lupan.

-Creí que habías dicho que podías convencerla de que cooperara- dijo. **-Dentro de una hora estarán listos para verla y todavía está sucia y desaliñada. Si ella le habla a su santidad de esta manera...**

-No lo hará- insistió Lupan. **-Ciertamente no lo hará.**

Me miró rápidamente. **-¿Lo harás?-** preguntó. **-Si piensan que eres problemática, o que no eres lo que decimos que eres, entonces las cosas irán aún peor para ti-.** Y para los Guardianes oscuros, quise responder, pero necesitaba mantener lo poco que había establecido en Lupan como aliado. Así que no dije nada y permanecí callada.

-La tendré preparada, señor- dijo Lupan al Joven Maestro. **-Está empezando a cooperar. Creo que simplemente te tiene miedo, pero ¿quién no lo tendría?**

Lupan soltó una pequeña risa nerviosa, a la que no se sumó Balthus.

-Creo que me entiendo con ella- añadió Lupan. **-Por ejemplo, he aprendido su nombre.**

Balthus levantó una ceja.

-¿Su nombre?

-Su verdadero nombre, señor.

-Tiene miles, uno por cada misión a la que la envía el programa. Está mintiendo.

-No lo creo, señor. El nombre era Bequin. Alizebeth Bequin.

Balthus pensó en esto. Luego respiró profundamente y se dirigió hacia la puerta.

-La quiero lista abajo en cuarenta y cinco minutos, Lupan- ordenó. **-No hay excusas.**

Balthus salió de la habitación, con sus guardaespaldas escoltándolo como lunas alrededor de un planeta madre. Lupan me miró.

-Debes tener cuidado con él- dijo.

-¿Por qué?- pregunté.

-Por mi bien- gritó.

Se agachó, abrió su bolsa negra y sacó unos guantes grises limpios, una túnica negra lisa y una túnica de lana marrón con capucha, como la que podría llevar un monje. Todo estaba perfectamente doblado.

-Ropa para ti. Traeré agua para que puedas lavarte.

-No me lavaré ni me cambiaré contigo en la habitación- dije.

-Esperaré fuera- me aseguró.

-Tampoco soportaré que esas cosas estén aquí- añadí, señalando a los muñecos, que se habían vuelto a sentar en el momento en que Balthus hizo su salida.

-Muy bien- dijo Lupan.

Se fue y volvió poco después con una palangana, un paño y una jarra de agua caliente. Los colocó en una mesa auxiliar. De la bolsa también sacó un peine, un cepillo y una lima de uñas, una botella de agua y algo de pan y queso envuelto en papel encerado.

-Pensé que tendrías hambre- dijo. La tenía, aunque no me había atrevido a admitirlo.

-Ponte presentable- dijo. **-Rápido, por favor-.** Se dirigió a la puerta y señaló con la cabeza a los muñecos.

Con lo que me pareció que era de mala gana, se deslizaron de nuevo de sus sillas y salieron tambaleándose de la habitación. La muñeca, que aún sostenía su moño de cabello humano, giró los ojos para mirarme al pasar.

Al cerrar la puerta, Lupan me miró y dijo: **-Rápido.**

En cuanto se cerró la puerta, empecé a comer y a beber agua de la botella. Se me ocurrió que la comida y la bebida podían llevar más drogas, pero corrí un riesgo calculado. El hambre y la sed empezaban a mermar mi rendimiento mental, y mi energía física estaba en un punto muy bajo después del sueño inducido por los productos químicos.

Mientras comía, con el pan en una mano y la botella en la otra, me paseaba por la habitación, mirando debajo y dentro de los pocos muebles que había. Dejé la comida y la bebida y comprobé las ventanas. Lupan no había mentido. Estaba a seis pisos de altura en la gran casa de la misión. Debajo de mí, muy abajo, había una plaza fenicia barrida por la lluvia. Los fieles se reunían para los oficios del mediodía en la poderosa Basílica de San Orfeo, a la que servía la casa de la misión. Otros fieles, peregrinos venidos de lejos y de fuera del mundo, hacían cola en las casetas situadas a lo largo de la plaza para comprar velas votivas y pasar por los santuarios, o visitar los famosos frescos donde se podía experimentar brevemente la magnitud y la gloria del Dios-Emperador.

Las ventanas estaban todas cerradas. Al asomarme, me sentí capaz de bajar por la cara de la casa de la misión, pero no era una opción. Para salir, tendría que romper una ventana, y eso haría que la gente

corriera. No bajaría por la fachada del edificio a plena luz del día sin que me detuvieran.

Suspiré y comí más pan y queso.

Consideré por qué la Eclesiarquía se había metido en mis asuntos. Si mi valor era simplemente el de un blanco, la Iglesia no debería tener ninguna dificultad real para adquirir uno por otros medios. Los parias son raros, pero no imposibles de encontrar. Los eclesiásticos no tenían ninguna razón para robar uno a los ordos.

Era posible que ni los Ordos ni la Iglesia supieran con quién estaban tratando. Por su propia naturaleza, el propósito y el negocio del Gran Laberinto era un secreto. Era concebible que ninguna de las partes se diera cuenta de que la Santa Inquisición estaba involucrada. Tal vez creían que el Gran Laberinto formaba parte de una operación más oscura, menos legal, menos sana.

Pero había demasiados misterios. Si Balthus y la Iglesia sospechaban que el Gran Laberinto formaba parte de una operación ilegal, ¿por qué se involucraban en ella? ¿Había corrupción con la Eclesiarquía en la Reina Mab? No era algo inédito en la historia del Imperio, pero era un asunto serio. Si descubrían que estaban revelando sus inclinaciones a un agente de la Inquisición...

Otras cosas me molestaban mucho. Las palabras y los términos que habían utilizado, como el Rey, el programa, "los Ocho". Lupan había reconocido indiscretamente que los Guardianes oscuros conocían a los Cognitae, y que dicha sociedad estaba implicada en la caída del Gran Laberinto.

Mi mejor conjetura era que había sido arrastrada por las consecuencias de alguna operación importante del Ordo en la que el Gran Laberinto había participado, y de la que el secretario y la madre Mordaunt no habían dado cuenta a ninguno de nosotros. Sin ellos, no había ninguna fuente de datos para completar los detalles,

pero parecía probable que el Gran Laberinto hubiera participado de alguna forma disfrazada, de modo que otros percibieran al Gran Laberinto como algo que no era. Me parecía que el secretario había estado empleando alguna estrategia en la que el Gran Laberinto y sus candidatos estaban desempeñando los papeles de una sociedad secreta clandestina, tal vez incluso herética, con el fin de atraer y destruir a una verdadera.

Si tenía suerte, y me llevaban al Pontífice Urba, esperaba poder emitir un juicio sobre él y, si lo consideraba verdadero, hacerle gestiones mediante las cuales se podría contactar directamente con la Inquisición y poner fin a todo este lamentable asunto.

Si era cierto.

Por supuesto, habría sido una tonta si no hubiera considerado otras posibles interpretaciones de los acontecimientos recientes, por muy desagradables que fueran, y no era una tonta.

Pero algunas de esas nociones eran tan oscuras que me angustiaban, porque para que fueran la versión auténtica de las cosas, tendría que volver a entender casi todo lo que me habían enseñado.

CAPÍTULO 23

La basílica de San Orfeo

Lupan me llevó abajo.

Me había lavado y vestido con la ropa que me había dado. Los guantes me quedaban bien y el vestido era adecuado. La túnica me hacía sentir como un monje o un novicio, y Lupan insistió en que me pusiera la capucha. La lana marrón era áspera y rugosa. Era bueno al menos estar fuera de las confinadas y ahora bastante sucias prendas de Laurael Raeside. Sentí que también la había dejado de lado.

Me sacó de la habitación a lo largo de un pasillo considerable con el techo pintado, candelabros dorados y el suelo revestido de piedra. El pasillo tenía puertas a ambos lados, todas ellas cerradas. No había nadie más, y el aire fresco olía ligeramente a incienso. A lo lejos, podía oír el tañido de las campanas de las altas torres, llamando a los fieles al culto.

Había considerado la posibilidad de dejar inconsciente a Lupan cuando volviera a recogerme, pero trajo consigo a uno de los guardaespaldas, uno de los hombres. No quería emprender ese tipo de lucha.

Al final del pasillo, una gran escalera circular nos hizo bajar dos pisos hasta un vestíbulo donde nos esperaba Balthus. Con él estaban los otros tres guardaespaldas, y dos confesores con túnica del Adeptus Ministorum.

Uno de ellos, cuyo nombre supe que era Hodi, me miró de arriba abajo y me bajó la capucha para analizarme.

-¿Esto es lo que ha estado haciendo tu Rey?- preguntó, dudoso. Era un hombre canoso y poco atractivo, con la cara manchada y una dentadura pobre. Sus ropas eran de un blanco impoluto y estaban decoradas con hilos de oro y estolas de raso escarlata.

-No es mi rey, padre- respondió Balthus.

Hodi le lanzó una mirada y luego volvió a considerar mi caso.

-Es más, de lo que parece- continuó Balthus. **-El programa ha sido perfeccionado durante mucho tiempo. Saben lo que hacen. Esta es una oportunidad muy rara para...**

Hodi volvió a mirar a Balthus.

-Siempre vendiendo, hijo mío. Siempre estás vendiendo. Deshazte del hábito aquí. Esta es una casa de lo divino. El dinero no tiene ninguna función aquí. Ahora estamos por el trabajo más ilustre. Encontraremos un destino para esta niña que el Rey, con todo su cacareado intelecto, no podría ni siquiera imaginar.

Hizo una pausa.

-No pongas esa cara de asombro, Balthus. Serás ampliamente recompensado, según nuestro acuerdo. Simplemente me duele tratar con almas como tú que no ven la recompensa en este esfuerzo por su propio bien, más allá de los placeres mortales.

Balthus asintió. Es evidente que le resultaba difícil parecer humilde.

-¿Serás capaz de conseguir otros para nosotros?- preguntó el otro confesor.

-Creo que sí- dijo Balthus. **-Estamos investigando.**

-Tal vez sepa dónde se puede encontrar otro- preguntó el otro confesor, mirándome.

-No lo sé- dije con franqueza.

Balthus puso cara de circunstancias. Los confesores se miraron entre sí y sonrieron.

-¿Está esposada?- preguntó Hodi. **-¿Controlada?**

-Tiene un brazalete limitador- dijo Balthus.

Hodi alargó la mano, me cogió la muñeca y la levantó para dejar al descubierto el brazalete. Estaba ajustado en activo. Lo examinó y luego me soltó la muñeca.

-No reajustes esto- me dijo directamente. **-Tu nulidad no será apreciada por los reunidos hoy en la sala de bronce. ¿Me entiendes?**

Asentí con la cabeza.

Hodi miró a su colega confesor.

-La acompañaré- dijo. **-Puedes traer a los demás después de nosotros.**

Se giró para llevarme lejos.

-La mantendré vigilada hasta que nuestro asunto haya concluido. exclamó Balthus, dando un paso adelante.

Hodi se volvió y le dirigió una mirada despectiva.

-¿Acusas a la Iglesia de intentar estafarte?- preguntó. **-¿Cree que le engañamos?**

-Ella sigue siendo mi mercancía hasta que el trato esté hecho- dijo Balthus.

-Ella no es una mercancía, Balthus- dijo Hodi. **-Ella es la posibilidad de salvación de aquello que nos persigue a todos. Ten en cuenta, hijo mío, que hemos tolerado tu participación porque estás en condiciones de ayudarnos, pero tienes suerte de que se te haya permitido llegar hasta aquí".**

Balthus parecía convenientemente calmado. Estoy segura de haber visto un pequeño parpadeo de satisfacción en el rostro de Lupan.

El confesor Hodi me tomó del brazo y me condujo hacia un enorme conjunto de puertas doradas, ricamente incrustadas con tallas en bajorrelieve que mostraban la gloria y la magnitud del Dios-Emperador. Al verle acercarse, los asistentes nos abrieron las puertas. Los asistentes eran guardianes del personal del recinto, doctores y clérigos menores que cuidaban el santuario y lo protegían de los ladrones. Llevaban túnicas de color gris pálido y máscaras pintadas con imágenes de santos.

Las puertas se abrían a una gran cámara de mármol, y dejaban salir el sonido, el bullicio y la luz hacia nosotros. La cámara era en realidad un puente cerrado que unía la casa de la misión con la poderosa basílica. Desde el nivel de la calle, varios pisos más abajo, subían escalones que permitían el acceso del público, y el paso de peatones estaba revestido de altas columnas, cada una de ellas con la imagen de un santo o una virtud. La luz del día entraba por ambos lados a través de los espacios altos. Se oía un gran pero distante silbido de voces. Atravesamos el espacio, entre los grupos de fieles y peregrinos.

Sentí aprensión. La Basílica de San Orfeo era una de las estructuras más grandes e importantes de la Reina Mab, el foco de la Fe Imperial en este rincón del mundo, y un destacado santuario. Hacía muchos años que no estaba allí y había olvidado su majestuosidad.

Estábamos cruzando hacia el que era uno de sus muchos portales. La vista desde el puente me mostraba otros puentes a ambos lados que cruzaban hacia otros portales. La gran masa de la basílica se alzaba sobre nosotros como un acantilado, y nosotros nos encontrábamos a su sombra.

En el interior, había una mayor sensación de espacio, oscuridad y silencio. Las voces de los peregrinos que nos rodeaban se apagaron respetuosamente. Mi mente se tambaleó ante el grosor de las paredes que atravesamos, la altura del techo. Había una penumbra sepulcral, atravesada por las pequeñas luces de los candelabros colgantes. El espacio acogía nuestras voces y las devolvía en forma de mansos ecos.

No era más que una cámara de entrada, donde los peregrinos podían lavarse las manos y los pies en pilas de piedra con agua fresca, y preparar sus mentes para la contemplación. Hodi no se detuvo aquí, sino que me hizo avanzar. Nos acercamos a la puerta que daba a la entrada del puente, que era la boca bostezante de un vasto rostro en bajorrelieve que formaba la pared. Los ojos sin vista miraban hacia arriba en señal de súplica. El rostro parecía aullar un poco, pero un poco más como si estuviera con la boca abierta en un rapto metafísico. La pared y el rostro eran de cobre batido y, en la penumbra fustigante, no vi cuál era su forma hasta que estuvimos cerca de ellos, y sólo entonces me di cuenta de que estaba a punto de ser devorada.

Dentro de la boca de la puerta, llegamos a un banco de escaleras móviles, cuatro de ellas, una al lado de la otra, cada una lo suficientemente ancha como para que cupieran tres personas de pie en un escalón. Tomamos la de la izquierda. Los intrincados y antiguos peldaños eran de oro y latón, y los pasamanos móviles estaban revestidos de marfil segmentado. Las manos aprehensivas de los fieles habían pulido el hueso hasta dejarlo sin brillo.

Subimos a la escalera y nos dejamos llevar por ella. Nos pusimos uno al lado del otro mientras la escalera nos llevaba solemnemente al interior de la basílica.

¿Has estado allí? ¿En San Orfeo? Sé que muchos lo han visitado. Miles de peregrinos lo visitan, cada año. Sé que hay grandes edificios en otras ciudades y en otros mundos, pero es el primer gran edificio imperial que vi, y se ha quedado en mi mente como tal. La escala es abrumadora. En la parte principal de la estructura, bajo la cúpula, hay una extensión de suelo como la plaza de una ciudad, en la que las multitudes de peregrinos y fieles se reúnen como patrones de líquenes. La mitad de esa superficie está dedicada a filas de bancos, miles de filas, donde los fieles pueden sentarse a rezar y observar el altar mayor. La cúpula es tan vasta y tan alta que bajo el vértice se forma un microclima de nubes. En todos los lados de la parte principal, los portales con pilares admiten a la gente de la calle, y bancos de escaleras móviles como el que estábamos pisando los bajan desde los edificios contiguos. Cada banco de escaleras emerge de otra boca abierta como el orificio por el que habíamos entrado, pero estas bocas pertenecen a rostros más grandes y brillantes con láminas de oro y con enormes tocados de rayos de sol. Las paredes de la basílica están compuestas por esos rostros gigantescos: los humanos atónitos y etéreos de cuyas bocas salen las escaleras, y, alternando entre ellos, los sublimes rostros de vistosos, los aspectos de los Adeptus Astartes.

El ruido es el vasto silencio de un vacío colmado, un espacio abierto donde las voces se atenúan por la distancia. Miles de personas hablan abajo, y los coros cantan, y los peregrinos rezan, pero el ruido se reduce a una estática de fondo por la inmensidad, y se mantiene dentro de un velo de eco. Hay una luz nebulosa y celestial, como lámparas doradas encendidas en un día vaporoso.

El espacio principal abovedado rodea el extremo del altar, que es un gigantesco cañón de tubos de órgano empinados y puestos de coro que descienden en un dramático desfiladero hasta la plataforma alta

y los tronos de los exaltados. Está mirando por un barranco escarpado e impenetrable hacia el sol naciente, un desfiladero oscuro de tubos y afilados acantilados con pilares que se enfrentan a la luz monumental del día.

-Me han dicho que te llamas Alizebeth- dijo el confesor mientras descendíamos.

-Sí, señor- respondí.

-Te pido que cooperes, Alizebeth- dijo. **-Responde a sus preguntas. Sé cortés. Sus modales pueden ser extraños.**

Sentí que trataba de ser amable, de prepararme para lo que podría ser una situación difícil.

-Cuando dice "extraño", señor...

-Me refiero a que el peso de la fe pesa sobre hombres como él. Su mente está a menudo en otra parte, envuelta en las simetrías invisibles de la devoción. Puede encontrarlo distante.

Asentí con la cabeza.

-Puede haber pruebas. Para eso iremos a la sala de bronce. Él querrá que te pongas a prueba, y los mediadores querrán ver cómo te pone a prueba.

-¿Mediadores?

-No te preocupes por eso- dijo.

-Deseo complacer y servir al santo padre como mi emperador- dije. **-Puedo saberlo mejor si entiendo lo que necesita que haga.**

Me miró, sorprendido.

-Me instaste a cooperar- dije.

Se encogió de hombros y asintió.

-Los mediadores representan los intereses de una parte que colabora con la diócesis de Sancour. Estarán presentes, pero usted no los verá.

-¿Por qué quieren permanecer en el anonimato?

-Sí, y porque no son...- Se detuvo, se lo pensó mejor y dijo: **-Sí, que esa sea la razón.**

Estaba seguro de que iba a decir: **-Porque no son fáciles de ver.**

La escalera nos llevó finalmente a la planta descubierta de la basílica y bajamos. Los guardianes con máscaras de santo se inclinaban al paso del confesor. Los peregrinos estaban tumbados boca abajo en el suelo de baldosas, con los brazos abiertos y la frente apoyada en la fría piedra. Los cuernos sonaban en una esquina del lugar y una voz hueca retumbaba en otra. Me pareció que se celebraban simultáneamente varios servicios y ceremonias bajo el mismo techo. Levanté la vista hacia los rostros bostezantes que nos rodeaban, dorados como ángeles, inmensos como el cielo, las escaleras se deslizaban desde sus labios como las lenguas de los lagartos.

Hodi me llevó a los bancos. Fue un paseo bastante largo. No sólo el lugar era tan grande que se celebraban múltiples servicios, sino que coexistían muchas funciones, como en una comarca o mercado. Aquí, un grupo de peregrinos permanecía en oración alrededor de una placa de piedra en el suelo que conmemoraba a alguna persona perdida de importancia. Allí, un guardián guiaba a un grupo en una visita guiada por los frescos. Aquí, una hilera de madres lleva a sus hijos a una pila bautismal para bautizarlos. Allí, un leproso pedía limosna. Aquí, los coristas con túnicas blancas corrían para alcanzar

a su predicador. Allí, un hombre desnudo se subía a un bloque de piedra para demostrar su devoción.

Frente a nosotros, los peregrinos se introducían en las cámaras del santuario bajo las escaleras. Detrás de nosotros, en una sección de los bancos, un predicador dirigía un servicio de liberación para un grupo de guardias imperiales. Iban vestidos de rojo, con capuchas negras en sus gorras para mostrar respeto por los muertos a los que honraban. A nuestra derecha, un diácono en un pequeño podio de madera recitaba una lección para una multitud reunida. A nuestra izquierda, un grupo de niños de la escuela progenium de la misión se sentaba en el suelo alrededor de su maestro mientras éste les instruía en las ceremonias.

Esta última visión me entristeció, pues me recordaba demasiado a otra escuela.

Hodi me indicó que me sentara en un banco vacío. Me senté. Dos filas más adelante, una mujer sollozaba y abrazaba a un niño envuelto en pañales. Una fila más atrás, un anciano estaba sentado mirando una medalla desgastada que mostraba al Dios-Emperador de la Humanidad.

-Espera aquí- dijo Hodi, y se alejó en dirección al altar. En menos de un minuto, no era más que una mota entre mota, empequeñecida por los ángeles dorados que sostenían la plataforma del oratorio, que a su vez eran empequeñecidos por los troncos negros y pulidos de los tubos del órgano.

Esperé, obedientemente. Se me ocurrió correr, pero era un espacio abierto muy grande, y había demasiados enemigos potenciales camuflados entre los miles de personas bulliciosas que me rodeaban. Así que esperé. Un anciano, con la cara, el cuello y la parte superior de la columna vertebral nudosos por la parálisis por desplazamiento, se acercó y se sentó al final de mi banco. Se inclinó hacia delante, apoyando los codos en el banco de enfrente, y

empezó a rezar. Por su propia reparación mortal, imaginé. Sentí que el asiento de madera debajo de mí vibraba con los temblores de su cuerpo neuralmente devastado. Una chica ocupó un lugar tres filas por delante de mí. Estaba sentada mirando el altar mayor, con la cabeza a un lado en contemplación. Sin mirar, mortificó la carne de su antebrazo izquierdo con espinas de hierro atadas alrededor de su mano derecha. Los drones de oración zumbaban alrededor de los bancos, haciendo parpadear citas evangélicas en sus chispeantes pantallas marrones. Uno de ellos era un gran modelo formado por dos querubines mecánicos dorados que sostenían una pantalla con marco dorado entre ellos, como una versión aérea de algún espejo ornamentado sobre el manto. Los resplandecientes querubines mecánicos se turnaban para chillar **-¡Miren! Miren!-** mientras hacían girar la pantalla de peregrino en peregrino. Me recordaban demasiado a los espantosos muñecos de Balthus.

Miré hacia otro lado. El confesor estaba tardando mucho. Empecé a preguntarme si Hodi simpatizaba más con mi causa de lo que había apreciado al principio. ¿Estaba retrasando deliberadamente su regreso? ¿Tenía que huir mientras él no estaba? ¿Volvería y se consternaría al encontrarme todavía aquí?

Miré a mi alrededor. Un hombre se había sentado en los bancos del otro lado del pasillo, casi a mi altura. Era de complexión grande y poderosa, y vestía de negro. No era un hombre joven: su cuero cabelludo era calvo y su rostro rugoso mostraba las señales de viejas cicatrices, pero su porte era noble y su conducta seria. Había en él un poder. Me imaginé que era un veterano oficial de la guardia de alto rango, un general. Tenía ese aire. Su largo y pesado abrigo era negro, pero estaba atravesado por hilos verdes y tenía un elegante ribete dorado. Se sentaba con rigidez, como si estuviera de alguna manera lisiado, o su cuerpo tuviera un corsé quirúrgico.

Cuando le miré, él me miró a mí. Fue algo muy extraño. Reaccionó, pero no reaccionó. Su expresión no cambió en absoluto para mostrar sorpresa o interés o desprecio o cualquier otra cosa. Pero

sus ojos me mostraron algo. Estaba asombrado por mí. Era un reconocimiento, y había un dolor genuino en ese reconocimiento. Se quedó muy sorprendido al verme.

No creía que fuera algo habitual. No era la mirada, digamos, de un hombre mayor y lascivo que puede espiar a una joven que le atrae y la contempla. Era la mirada de un hombre que se reencuentra, inesperadamente, con un hermano perdido hace tiempo, o la de un padre que ve a un hijo que creía muerto. Era la mirada de una persona que recuerda a un ser querido perdido hace tiempo.

Me miró fijamente. No podía evitarlo. Fui a apartar la mirada, porque me resultaba incómodo, y en el mismo momento él consiguió apartar su mirada, dándose cuenta de que estaba mirando. No se levantó y ni se acercó a mí, ni se fue. Era consciente de que seguía mirándole.

Imaginé escenarios. Si era un veterano general de la Guardia del Emperador, tal vez yo le recordaba a la chica que había dejado atrás, o a una esposa muerta hace tiempo, o a una soldado favorita perdida en la línea.

+Alizebeth.+

Oí pronunciar mi nombre, pero no lo escuché con mis oídos. El suave susurro de un psíquico me había hablado. Miré a mi alrededor, alarmada.

El hombre volvía a mirarme fijamente. ¿Era él? Me pregunté si debía cambiar de posición el brazalete, pero me habían dicho que no lo hiciera. Me miraba con tanta intensidad. Tenía una mano apoyada en el respaldo del banco de enfrente, como si estuviera a punto de ponerse en pie y acercarse a mí.

Pero dudó. Había visto algo.

-Me costó un poco de trabajo encontrarte.

Me giré al oír la voz, y encontré a Lightburn tomando asiento en el banco de al lado. El Maldito mantenía la mirada al frente, como si fuera un peregrino más que se sentaba por casualidad a mi lado.

-¿Cómo me has encontrado?- le pregunté.

-No fue nada fácil- respondió.

-Pero, ¿cómo?

-No me vas a creer. El cabrito de Shadrake.

-¿Shadrake?

Lightburn se arriesgó a lanzarme una mirada, e imitó la forma en que el desdichado artista levantaba su espejo para ver a través de él.

-No sé cómo, pero te ha visto. Miró a través de ese espejo y me dijo que te encontraríamos en la basílica.

-Temía que supusieras que te había dado esquinazo- dije.

-Al principio lo hice- admitió. **-Pero luego vimos el desorden en la sala de pintura de arriba, y encontré esto clavando un trozo de tela en una mesa.**

Abrió la mano en el asiento de al lado para mostrarme el alfiler de plata doblado de la telequinética. Extendí la mano izquierda bajo la línea del respaldo del banco y me lo pasó.

-Vi eso y supe que te habían secuestrado o algo así- dijo, todavía mirando al frente como si estuviera hablando consigo mismo. **-**

Entonces Shadrake dijo que podía ayudarnos a encontrarte de nuevo.

-Renner, has dicho "nosotros", y antes has dicho "nos". ¿A quién te refieres?

-Tu amigo, apareció- dijo Lightburn.

-¿Judika?

-Uh huh- dijo, asintiendo. **-Alrededor de una hora, tal vez dos, después de que descubrimos que te habías ido, ella aparece.**

-¿Está aquí?

-Sí, pero no aquí abajo. Entré aquí, dio vueltas alrededor de los paseos superiores para ver si podía verte. Hemos venido a sacarte de aquí.

-No será tan fácil- dije. **-Hay un psíquico cerca.**

-¿Un demonio como esos? ¿En una iglesia? - preguntó Lightburn, horrorizado.

-Y además, hay otros enemigos alrededor- dije **-que no se ven entre la multitud. Temo que se revelen y te maten si intentas sacarme de aquí.**

-Pueden intentarlo- respondió.

-Renner, nos superan en número y estamos expuestos- dije. **-No lo intentes.**

-¿Entonces qué? ¿Sólo te sientas aquí? ¿Quién te ha traído aquí? ¿Qué quieren de ti?

-No sé ni la mitad de quién me ha traído aquí, y no sé en absoluto lo que quieren de mí- dije. **-Pero me han traído aquí personas poderosas. Hombres de la Iglesia, Renner. Su alcance, poder e influencia son poderosos, y estamos justo en el corazón de su mundo. Ve y encuentra a Judika. Dile que debo ser llevada al Pontífice. No creo que me maten. Tal vez pueda usar la autoridad de su escarapela para acercarse a la oficina del Pontífice a través de un canal oficial.**

-¿El qué de su qué?

-Sólo ve y díselo- dije, susurrando con urgencia. **-Señor Lightburn, creo que hay formas más efectivas y minuciosas de sacarme de este apuro que huir de esta sede o iniciar una pelea.**

-No lo creo- respondió.

-¡Entonces mira a tu izquierda!- siseé, sin mirar en absoluto.

Lo hizo y le oí murmurar un juramento en voz baja. Balthus, junto con Lupan, el otro confesor, y los cuatro guardaespaldas, acababan de aparecer. Se detuvieron en el piso descubierto, a pocos metros del final de las filas de bancos.

-Márchate- le grité. **-Vete. Balthus te reconocerá y te matará.**

-No lo hará.

-Hará que sus guardaespaldas lo hagan. Lo has agraviado mucho.

Lightburn se levantó la capucha de su abrigo negro. Me miró de reojo.

-Está bien- dijo. Tenía al menos el suficiente sentido común como para saber que enredarse con cuatro guardaespaldas profesionales en un espacio muy público era una idea terrible, incluso para un hombre que está tan maldito que no tiene casi nada que perder. **-Muy bien, iré a contarle esto a Sowl. Pero no hagas ninguna tontería. Vendremos a por ti.**

-Tu devoción es muy reconfortante, Renner- dije.

Él frunció el ceño. No lo vio así.

-Si te mueres antes de que te lleve a la mujer, esa es una carga que nunca podré rascar de mi piel- dijo.

Se levantó, se dirigió en dirección al altar mayor y se deslizó junto a mí para salir del banco del extremo opuesto a la zona de Balthus y los suyos. En ese momento, Lupan me vio y me señaló a Balthus. Ninguno de los dos pareció darse cuenta de la figura encapuchada que abandonaba mi fila.

Me giré rápidamente para ver a Lightburn alejarse, pero el Maldito ya se había perdido entre la multitud de peregrinos. Me di cuenta también de que el hombre misterioso, el veterano general que tanto me había impresionado, también había desaparecido.

Volví a mirar al frente y vi que Hodi volvía por fin a través del espacio abierto del suelo de la basílica hacia mí. Al acercarse a las filas de bancos, extendió la mano y me hizo una seña.

Me levanté. Metí el alfiler de plata doblado en el bolsillo.

CAPÍTULO 24

Que tiene que ver con su Santidad y la sala de lectura de bronce

Crucé para reunirme con Hodi, que me esperaba. No me sentía con valor. Una vez que lo alcancé, se puso a mi lado y caminamos por la enorme extensión del terreno abierto hacia el altar mayor. Los zánganos de la oración pasaron zumbando junto a nosotros. Un hombre con una bandeja de madera anunciaba los precios de las bendiciones en pergamino que vendía. Una breve ráfaga de gotas de lluvia cayó sobre nosotros, procedentes del microclima del vértice de la cúpula. La salpicadura de las gotas de lluvia me hizo mirar al suelo. Era un mosaico, un mosaico enorme, formado por trillones de fragmentos de azulejos. Había oído que sólo si se subía a la cúpula hasta la cima y se miraba a través de las claraboyas de la cima, se podía percibir la imagen del mosaico en su totalidad y entender lo que representaba. Esto me pareció una metáfora adecuada de mi vida.

Una voz amplificada retumbaba en dirección al altar mayor y a la plataforma del oratorio. La voz había estado resonando durante todo el tiempo, pero sólo ahora me acercaba lo suficiente para que se convirtiera en el sonido dominante.

Me di cuenta de que era la voz del Pontífice. Era su discurso y su bendición diarios, pronunciados desde el trono superior, a través de vastos sistemas de vox augmáticos, cuyas bocinas florecían como flores de marfil desde las bocas de gigantescas estatuas de ángeles gritones alrededor de los escalones del oratorio. Al acercarse al altar mayor, el volumen se volvía doloroso. Una densa multitud de peregrinos, de cientos de personas, se había reunido para ponerse de pie o arrodillarse en los escalones y escuchar. Muchos sostenían en alto velas votivas, o pergaminos bendecidos, o medallas del

Dios-Emperador, como si pudieran empaparse de alguna bendición que la voz del Pontífice otorgaba al aire.

Los guardias del recinto, con sus máscaras pintadas y beatíficas, separaron a la multitud para dejar pasar a Hodi, y yo le seguí en su estela. Subimos las escaleras hasta la plataforma inferior del oratorio, justo debajo del primer grupo de altavoces. El ruido era inmenso. La voz estaba tan distorsionada por el volumen y el eco que ya no podía distinguirla. Era sólo un ruido. Los peregrinos cubrían los escalones, muchos con lágrimas en los ojos, aunque no pude saber si esto era un signo de arrebato religioso o de daño auditivo.

Detrás de los primeros altavoces había otros, enormes cuernos, conos y campanas cromadas, que salían de las bocas y los ojos de las vastas estatuas y tallas que cubrían las paredes a ambos lados. Todas estaban doradas. Un gran número de zánganos de oración revoloteaban y zumbaban en esta zona, agitándose cuando las ondas sonoras pulsaban el aire, rodeando las bocinas como abejas o colibríes alrededor de las flores tropicales.

Ahora avanzábamos por la plataforma inferior y bajábamos por la garganta del barranco monolítico que conducía al altar. Columnas verticales de tubos de órgano de color negro y bronce se alineaban a ambos lados de nosotros, elevándose unos doscientos o trescientos metros hacia el techo. A varios niveles, como estantes, colgaban balcones de madera donde se sentaban los coristas, esperando para cantar. Los palcos de madera estaban brillantemente decorados con pintura de colores y pan de oro. Algunos se apoyaban en las cabezas u hombros de estatuas de cariátides.

Estaba segura de que, por mucho que me asaltara el ruido de la dirección amplificada, me gustaría aún menos estar avanzando por aquel cañón cuando el órgano comenzara a sonar.

Llegamos a la segunda subida a la siguiente plataforma. Aquí se agrupaban más peregrinos, pero eran de una clase más alta: familias más ricas, nobles, comerciantes, gente que podía permitirse pagar un estipendio más alto y ser así recompensada con un puesto más cercano al Pontífice. Estas personas, vestidas con extraordinarias galas, iban escoltadas por inmaculados sirvientes y altivos esclavos. Algunos iban sentados en carros de paseo dorados o en carros de transporte adornados. Algunos grupos familiares llevaban enormes cuadros al óleo del familiar fallecido que venían a bendecir.

Delante de nosotros se alzaban los altos tronos en sus plataformas, con el gran altar delante. Un magnífico truco de arquitectura hizo que duras columnas de luz solar se derramaran a través de la penumbra del cañón desde el presbiterio para iluminar el altar dorado.

El "alto trono" era una denominación errónea, un retroceso a tiempos pasados. Originalmente había sido el lugar donde se sentaban los ancianos y los altos eclesiásticos en audiencia ante la congregación. Ahora era otro vasto acantilado mecanizado de metal remachado, otro enorme y aullante rostro en bajorrelieve. Éste, el más grande de todos en la basílica, era de oro y, por la radiante corona que llevaba, se suponía que era el Dios-Emperador. El Pontífice, en su trono, se sentaba en la boca abierta del rostro de cien metros de altura, hablando al banco de emisoras de voz con cables que tenía delante.

La piel de la cara gigante, cuando me acerqué lo suficiente para verla, era como el casco de un barco oceánico: metal golpeado en paneles y asegurado por remaches que no podían verse desde la distancia. Sin embargo, era impresionante.

Nos detuvimos un momento y nos quedamos mirando al Pontífice mientras pronunciaba su discurso. Tan cerca de los altos tronos, sólo se permitía la entrada a los miembros de la Eclesiarquía, o a

los visitantes conducidos por ellos. Incluso los buenos y los grandes de la sociedad, de las zonas acomodadas de la Reina Mab, de Sancour y del Imperio más allá de ambos, no se acercaban tanto sin permiso.

El Pontífice Urba estaba sentado en un balcón hecho de un gigantesco arco inferior y barbilla. Los aparatos de vox, un amasijo de ellos sobre muchas varillas y soportes, se extendían hacia arriba desde detrás de los enormes dientes de metal a sus pies. Estaba en un gran trono, reclinado, con las manos en los anchos brazos del asiento y la cabeza apoyada en el respaldo. Tenía la cabeza hundida en los hombros, como si estuviera cansado. Era un hombre grande, debilitado por una vida de armazones de ascensores y apoyos de augurios, no acostumbrado al esfuerzo de su propia musculatura. Iba envuelto en seda púrpura, incluyendo una enorme casulla ribeteada en oro sobre sus vestiduras. Llevaba una alta mitra dorada. Las palabras, demasiado fuertes para ser algo más que un trueno para mí, salieron de él. Sentí que así sería oír hablar al Dios-Emperador. No era una aproximación ni un sucedáneo. Si el Señor del Imperio pronunciara una palabra, sería más que un sonido, más que un ruido. Nos heriría y nos desharía.

Hodi me tocó la manga para indicarme que debíamos continuar. Había demasiado ruido para que yo pudiera oír alguna palabra suya. Me condujo a través del pavimento dorado bajo el vasto rostro de los altos tronos hacia una fila de puertas de receso a la derecha. Cuando empezamos a caminar, el discurso del Pontífice llegó por fin a su fin. Las trompetas sonaron en relés ásperos y estridentes. Levanté la vista y vi que el trono del Pontífice se retiraba hacia la garganta de la enorme cabeza, retraída por vastos pistones mecánicos. Mientras desaparecía, la mandíbula se levantó lentamente y la boca se cerró.

Entramos en el interior, al aire libre. Cuando atravesamos la puerta, los grandes tubos del órgano comenzaron a sonar, llenando el cañón del altar mayor con un terrible canto fúnebre.

Entramos en una antesala forrada de oro. Era como estar dentro de un joyero. El suelo era de terciopelo carmesí. Nos esperaban dos docenas de eclesiásticos: diáconos, predicadores y otros ancianos exaltados. Llevaban túnicas blancas con capuchas rojas o negras, o incluso doradas. Al verme, todos se pusieron los capirotes, los altos sombreros cónicos de la penitencia. Los capirotes eran tan altos que hacían que los sacerdotes reunidos parecieran inhumanos en su forma. Sus ojos me miraban a través de las rendijas de la tela de los capirotes.

Hodi se puso uno de los suyos. Me guió, y los sacerdotes con sus capirotes cónicos formaron una procesión detrás de nosotros, de dos en dos.

Sinceramente, en ese momento creí que no volvería de las entrañas de la basílica.

Desde la antesala, salimos a una escalera que descendía en la oscuridad. La escalera era antigua, quizá parte de una iglesia más antigua sobre la que se había levantado la basílica moderna, y me pareció que había sido hecha de hueso. Estaba tallada en alguna sustancia dura y blanca, amarillenta por la edad y desgastada por el uso. La escalera estaba iluminada por cien mil velas, que se pegaban con su propia cera goteante por las barandillas de cada lado. Evidentemente, se encendían velas nuevas y se aplastaban en la cera caliente cada vez que se apagaba una. Dos hombres encogidos, más parecidos a monos enfermizos que a seres humanos, se encogían en lo alto de los escalones, custodiando cestas de velas frescas, recortándoles mechas y velas. Era su deber mantener la vieja escalera iluminada.

Era una escalera larga. La oscuridad en torno al dorado resplandor de las velas se hacía más negra, y el aire más frío, un frío subterráneo que sólo podía significar que estábamos propiamente bajo tierra. Los sonidos apocalípticos del gran órgano de la basílica se fueron amortiguando cada vez más en lo alto.

Un mendigo, con un traje marrón lamentablemente raído, nos esperaba al pie de la escalera. Me alegré de verle. Me alegré de ver a cualquiera cuyo rostro no estuviera encapuchado en un diabólico cono de tela blanca. El descenso había sido como si bajáramos por el mismísimo vacío en una escalera iluminada en la negrura de los golfos interestelares.

El mendigo se inclinó, sacó una gran llave de latón de su cuello y la introdujo en una ranura que, según comprendí, no era un resquicio en la roca del suelo, sino un ojo de la cerradura en una placa de hierro oxidada. La llave giró y una escotilla se abrió en la oscuridad. Se abrió como el mecanismo de un juguete mecánico, dividiéndose en cuatro partes, cada una de las cuales se retiraba a una esquina del agujero.

Una cálida luz anaranjada brillaba desde el interior.

La sala en la que entramos sólo podía ser la sala de bronce que había mencionado Hodi. Era una larga cripta de capilla con techo abovedado, enteramente revestida de latón. Todas las superficies estaban decoradas con grabados y bajorrelieves. De los apliques de las paredes colgaban globos luminosos. La habitación era una sala de lectura, una especie de biblioteca. Estaba repleta de estanterías en las que había libros antiguos y planchas de datos encerrados tras puertas de jaula de latón. En el centro abierto de la sala había muchas mesas de estudio y atriles de lectura, todos de latón o cobre batido. Detrás de nosotros, a la izquierda de la entrada, había una enorme chimenea de cobre, completamente vacía, que parecía incongruente. En el extremo más alejado de la capilla había un altar extrañamente maltrecho y desfigurado, tal vez una distinguida reliquia antigua que había sido llevada en las cruzadas y finalmente colocada aquí para su veneración. A la derecha, junto a una puerta que parecía dar paso a un anexo o capilla lateral, había una hilera de puertas de madera enrejadas a modo de confesionarios empotrados en la pared.

Miré a mi alrededor.

-Cobre y latón- dije en voz alta.

Hodi me miró.

-Esta es la sala de lectura privada. La sala de latón. El cobre y el latón son mucho más inertes que la plata, el oro o el hierro...

Su voz se apagó. Una vez más, parecía pensar que era mejor contarme las cosas, aunque era más difícil estar segura con su rostro enmascarado.

Hubo un ruido repentino: un chirrido de engranajes, un siseo de pistones y un chirrido de metal sobre metal. Lo que había creído que era la gran chimenea se estaba abriendo por detrás. Era un mecanismo, un zócalo mecanizado. El enorme trono que portaba al Pontífice descendía desde arriba sobre su elaborada ingeniería, y el zócalo se abría para recibirlo. Se encajó en su lugar con un ruido de lenguas metálicas de localización y siseos de liberación neumática, y el final de la sala de lectura se convirtió en una gran sala de tronos, con el Pontífice Urba sentado en una silla que había sido transportada desde la basílica en lo alto por un intrincado mecanismo.

Todos los sacerdotes hicieron una genuflexión. Hodi me tomó de la muñeca y me llevó hacia el trono. El vapor aún goteaba de las juntas donde el trono se había conectado al zócalo de latón.

De cerca, vi que el Pontífice era un hombre enfermo. Era viejo y ridículamente obeso. Dudo que pueda caminar sin ayuda. Su capa y casulla, ambas de seda púrpura, rodeaban su cuerpo hinchado como un saco. Tenía la cabeza caída y la boca floja. Sus ojos no parecían poder enfocar. Vi que su mitra de oro había sido atada con alambre a su cuero cabelludo para evitar que se cayera con los movimientos de su cabeza.

-Su Santidad- comenzó Hodi.

Los labios del Pontífice temblaban. Apestaba a aceites de unción. **-Circunstancia abrumadora-** dijo con una voz quebradiza que parecía brotar de él de forma irregular **-ese es un lugar oscuro y contiene dos estrellas, una de las cuales es una estrella y la otra son dos pájaros.**

-Hemos traído el bien para que lo veas- dijo Hodi.

-Soles muertos- respondió el Pontífice, poniendo los ojos en blanco, desenfocados. **-Puedo olerlos.**

-Ella está aquí, padre.

El Pontífice gorjeó, y la saliva brotó en la comisura de su boca.

-Tienen branquias y patas palmeadas, pero tocan una alegre giga- respondió el Pontífice. Se sacudió un poco y se rió para sí mismo. **-Una alegre giga.**

Su rostro se volvió grave. Sus ojos se pusieron en blanco y miraron algo detrás de nosotros que no estaba allí.

-En la oscuridad- susurró. **-Ahí fuera. Aquí.**

Miró a Hodi.

-He visto cómo es la oscuridad cuando la luz está encendida- dijo. Levantó la mano izquierda y agarró la de Hodi con ella.

-No dejes que sepan que he sido yo, Kleman- siseó. **-Tienen notas. Silban. Silban. Como las calderas. ¡Cuandoooo! Cuando el sol se pone, hacen cabriolas. Creen que no puedo verlos, pero yo sí.**

-Sí, su santidad- dijo Hodi.

-¡Cuandoooo!

-¿Te llamas Kleman?- pregunté.

Hodi me miró.

-No- dijo.

Mi voz había llamado la atención del Pontífice por fin. Su cabeza se tambaleó mientras intentaba enderezarla y centrarse en mí.

-¿Por qué es más alta que un ratón?- preguntó bruscamente, desconcertado.

-Es... es la voluntad del Emperador- dijo Hodi.

El Pontífice asintió.

-Entonces... bien- dijo, satisfecho. **-Bien. ¿Puede no ser nada o pasar a la nada? ¿Hace una ondulación cuando cae en el estanque? Yo... recuerdo algo más, pero no recuerdo qué.**

-Hemos hecho algunos exámenes preliminares- dijo Hodi. **-Creemos que es un alma negra. Un carnate genético, tal vez manipulado, pero no artificial. No es una simulación. El Rey conoce su negocio.**

-Rey ping ping ding- dijo el Pontífice. Estaba babeando su casulla de seda.

-Podemos empezar el ensayo, si quieres- sugirió Hodi.

-Gusanos rosados en un corazón que trata de no latir porque se podría entender lo que emite- dijo el Pontífice, palmeando

espasmódicamente sus manos contra los brazos de su trono. Cada palabra suponía un enorme esfuerzo para decirla, porque parecía estar intentando cantar al mismo tiempo.

-Confesor, los mediadores- tosió uno de los sacerdotes.

Miramos a nuestro alrededor. Las lámparas se habían encendido detrás de las puertas de madera enrejadas del otro lado de la sala, y tres figuras habían entrado en los palcos, presumiblemente desde cualquier habitación contigua al otro lado de la pared. Eran siluetas, formas humanoides que nos miraban pero que no podíamos ver del todo.

Estaba bastante segura de que no eran humanos. A menos que las lámparas provocaran algún truco de luces y sombras, eran simplemente demasiado grandes.

Uno de ellos habló. La voz, tan profunda y fría como el fondo del océano, salió a través de los altavoces integrados en las puertas de enrejadas.

-El descontento está expresado- dijo. **-Habéis comenzado el consistorio sin nosotros.**

-Ding dong- espetó el Pontífice. **-Tonto dilly dilly...**

Se estaba agitando. Sus manos se agitaban y su cabeza se tambaleaba furiosamente. Sus ojos no parecían poder enfocar nada. Un olor repentino y repugnante me hizo pensar que podría haberse ensuciado. Dos de los sacerdotes se adelantaron para inyectarle algo en el cuello.

-No hemos empezado- dijo Hodi, volviéndose hacia las puertas de enrejadas. **-Simplemente nos hemos reunido. El Pontífice acaba de llegar y lo estábamos acomodando. No se ha llevado a cabo ningún asunto, ni se llevaría a cabo, sin su presencia.**

-Esta pequeña hembra inmadura es la que se nos ha convocado para examinar- preguntó otro, con una voz aún más grave que la del primero, si es que eso es posible.

-Merece su atención- respondió Hodi.

-No- respondió el primero. **-No es un alma negra. Nuestras lecturas nos lo dicen, aunque sea limitada. Apenas es un blanco, incluso. Tu proveedor te ha engañado.**

-Debería ser ejecutado- dijo el segundo.

-Creo que al menos es conveniente una prueba- dijo Hodi.

-Nos hacéis perder el tiempo y abusáis de nuestra paciencia- dijo la tercera figura tras las puertas enrejadas.

-¡Leche!- gritó de repente el Pontífice. **-¡Mil cientos de ojos plateados, todos abatidos! Una palabra que significa palabra.**

-¿Debe estar aquí?- gruñó una de las sombras. **-Es una molestia. Su mente está confundida. Pone a prueba nuestra tolerancia para...**

-Puede ver- respondió Hodi, cortando la voz profunda. **-Su mente está libre porque se le ha permitido ver, y su vista es lo único que nos guía. Si estuviera loco, o depravado, no le tendríamos ninguna reverencia, ni siquiera dentro de las estructuras arcanas de la Eclesiarquía. No lo toleramos porque una vez fue nuestro noble señor. Lo adoramos porque todavía lo es. Él puede ver lo que nosotros no podemos. Es el más grande de nosotros, y deberíais avergonzaros de no apreciar su valor. Tu maestro seguramente lo habría hecho. Habría acuñado para él una palabra propia, para honrarlo.**

-No presumas- dijo una de las sombras.

-No insultes- respondió Hodi. **-Estás aquí con nuestro permiso. Estás aquí bajo nuestras condiciones. Sólo mediáis. A veces os olvidáis de vosotros mismos.**

-Entonces, ponla a prueba- dijo la primera sombra. **-Ponedla a prueba si queréis. Demuestra que estamos equivocados. Pero ella es una mentirosa y una farsante. Eso ya lo sabemos.**

-¿De verdad?- preguntó Hodi.

-Ella dijo que su nombre era Alizebeth Bequin- dijo la primera sombra. **-Alizebeth Bequin era una paria intocable que servía al personal del inquisidor Gregor Eisenhorn. Nació en Buenaventura hacia 210 y murió en Durero en 386, hace más de cien años.**

CAPÍTULO 25

Que se refiere a las declaraciones

Hubo una pausa. Hodi se aclaró la garganta y dijo: **-Eso es irrelevante. ¿Cuántos millones de individuos con ese nombre hay en el Imperio?**

-¿Cuántos dicen ser intocables?- preguntó la sombra.

-Nosotros realizaremos la prueba- contestó Hodi. Los eclesiásticos que nos rodeaban comenzaron inmediatamente a preparar la sala. Movieron los atriles y guardaron los libros. Vi que Hodi cogía a un predicador por la manga cuando pasaba y le decía: **-Ve a buscar a Balthus. Llévalo al pie de la escalera. Pregúntale qué tiene que decir sobre esta información. Pregúntale por la procedencia. Explícale que la Iglesia no verá con buenos ojos que haya utilizado la excepcional reputación de su emporio para engañarnos.**

El predicador asintió y se apresuró a salir. Hodi me miró.

-¿Tiene algún comentario que hacer?

-Sólo que sé mi propio nombre- respondí.

Detrás de nosotros, el Pontífice se estaba agitando. Le oí tartamudear. **-¡Pasos! ¡Pasos! ¡Uno tras otro! ¡Cada uno un siglo después del anterior! ¡Un lento caminar! Un lento paseo hacia un lugar oscuro.**

-Quiere hablar con ella- dijo uno de los eclesiásticos a Hodi. El confesor me llevó de vuelta al trono del Pontífice. El Pontífice

parpadeaba frenéticamente y tragaba con fuerza, como si le hubiera deslumbrado una luz brillante. Su cabeza se inclinó, agrupando los pliegues sueltos de sus gordas mejillas, y me miró. Por primera vez, pareció concentrarse. Por primera vez pareció verme bien.

-Daesumnor- murmuró con tristeza. **-Daesumnor-.** Dejó escapar un pequeño y frágil gemido, un sonido melancólico. **-Alizebeth.**

-¿Su santidad?

-Estás condenada a... caminar por lugares oscuros. Una larga caminata. Lo sienten por eso.

-¿Hacia dónde caminaré?

No dio señales de haberme escuchado. Sus ojos se pusieron en blanco.

-Creen que es un eco, sólo el eco de un viejo espíritu vengativo, pero no lo es. Está aquí. Ya lo verás. Es para siempre. Ha persistido. Es tan antiguo como todo lo que puede ser humano, tan antiguo como el viejo de la silla de oro.

Miré a Hodi. Sus ojos, en las rendijas de su máscara, revelaban preocupación.

-He visto tu alma- susurró el Pontífice, que volvía a babear, con los ojos brillantes. **-No es un alma negra. Es mejor y más brillante. Es brillante. La he visto. Mira. Mira, ahí está.**

Tanto Hodi como yo nos volvimos para mirar hacia donde él señalaba, y luego nos sentimos tontos.

-Lo estamos gravando- me dijo Hodi.

-¡No!- protestó el Pontífice. **-Tengo una lista de cosas que decirle. Muy importantes. Muy, muy, muy ferry cherry. ¡Ooh! Díselo. ¡Dile esto! Dile que Daesumnor se esconde detrás de los cuadros, pero que eso es sólo una distracción.**

-Yo no...- empecé.

-Él lo sabrá. Háblale del crujido del Ocho. Háblale de eso. Dile que así se sabe dónde están dentro. Y dile... ¡Oooh, esto también es importante! Dile que los graels no importan. Lo que importa es quién comanda a los graels.

-Déjalo, se está cansando- dijo Hodi.

-¿Quién es el que comanda los graeles?- pregunté. Tuve la abrumadora sensación de que detrás de su locura se escondía una terrible verdad. Acababa de utilizar una palabra que yo había oído en circunstancias muy difíciles la noche en que cayó el Gran Laberinto: grael. Intenté sacarle claridad utilizando parte del vocabulario que había escuchado en las últimas horas.

-¿Debe el Rey darles órdenes?- pregunté. **-¿O los Ocho?**

Sacudió la cabeza con tanta fuerza que la saliva voló y sus mejillas se tambalearon. **-Los Ocho son los Ocho y quién sabe lo que comieron. Sólo cumplen las órdenes del Rey. Si el Rey les manda, no sé qué haremos nosotros.**

-Vete- dijo Hodi, arrastrándome hacia atrás. **-Se pondrá enfermo.**

-Quiero...

-La prueba debe comenzar- me espetó Hodi. **-No seas irritante.**

-¿Quién es él? Llamé al Pontífice mientras me llevaban. ¿Quién es el que se supone que tengo que decir esto?

Retorciéndose en su trono, sin mirarme ya, el Pontífice soltó un largo y sibilante gorgoteo, como una liberación de vapor bajo presión. Sonaba como una palabra. Sonó como: **-¡Espina!**

Hodi me condujo al centro de la sala, que había sido despejada por los eclesiásticos. Un único atril de latón permanecía en su posición, frente al viejo y maltrecho altar a lo largo de la cámara de la biblioteca. Curiosamente, me recordaba a la galería de tiro en el ejercicio del Gran Laberinto.

-Póngase aquí- dijo. Me situé en el atril, de espaldas al trono del Pontífice. Las extrañas puertas enrejadas y las sombras detrás de ellas estaban a mi izquierda. Los eclesiásticos formaban un semicírculo detrás de mí. No estaba segura de lo que esperaban que hiciera. Me hicieron esperar mientras ellos se dedicaban a hacer cosas. Algunos tenían pizarras de datos y tomaban notas, otros habían sacado instrumentos de medición y cogitadores de diseño manual que hacían tic-tac. Para mi creciente consternación, los sirvientes de la basílica entraron en la sala de bronce llevando largos escudos de metal. Los escudos eran altos y oblongos, como los pabellones o los escudos antidisturbios que a veces llevaba la guardia de la ciudad o el Arbites Magistratum. Pero éstos eran de cobre, y habían sido recubiertos en su parte posterior con lo que parecía una tela balística. Los sirvientes colocaron los escudos sobre soportes metálicos en el suelo en forma de arco frente a los eclesiásticos, con los frentes de los escudos mirando hacia mí.

-¿Qué es eso?- le pregunté a Hodi. No respondió.

Se seleccionaron varios libros de lectura y breviarios de las estanterías que nos rodeaban, y se abrieron las puertas enjauladas para poder acceder a ellos. Hodi colocó cada obra por orden en el atril ante mí, me indicó un pasaje y me dijo que lo leyera.

Hice lo que me dijo.

Detrás de mí, tras los escudos, los eclesiásticos con sus ridículos sombreros cónicos murmuraban y dialogaban, haciendo marcas en sus pizarras de datos y mediciones con sus instrumentos. Oí murmullos sobre la temperatura ambiente, la presión atmosférica y otros aspectos casi meteorológicos. Detrás de ellos, el Pontífice Urba estaba sentado en su trono, maullando como un niño inquieto y jugueteando con sus manos.

A mi derecha, las sombras acechaban tras las puertas enrejadas.

Hodi me detuvo a las pocas líneas de cada pasaje, retiró el breviario y lo sustituyó por otro. Después de quizás veinte minutos de esto, pareció satisfecho, e hizo que los sirvientes guardaran los libros en los estantes enjaulados. El confesor fue a dialogar con los eclesiásticos detrás de los escudos.

En su mayor parte, no había entendido realmente lo que había estado leyendo. Conocía algunos fragmentos de la liturgia, alguna vez la letra de un cántico famoso. Por lo demás, parecían ser oscuras composiciones de la divinidad. Con dos de las piezas, ni siquiera reconocí el idioma, sino que me limité a pronunciarlas fonéticamente.

El confesor Hodi volvió a mi lado. Me cogió la barbilla con la mano y me giró la cabeza para poder mirarme a los ojos. Luego me abrió la boca para poder mirar dentro.

Me soltó.

-¿Terminó?- le pregunté.

-¿Alguna molestia?- me preguntó.

-Bueno, el hecho de que me hayas tirado de la cara no ha sido agradable- respondí.

-¿Dolores de cabeza? ¿Aumento de la ansiedad? ¿Indigestión? ¿Dolor en las articulaciones? ¿Golpes de calor? ¿Estrés?

-¿Estrés?- le pregunté con rotundidad. **-¿Por qué, en nombre de Terra, iba a tener estrés?**

-Es demasiado obstinada- comentó una de las sombras de la pantalla. Su voz era tan profunda y sin vida como la muerte, pero para entonces ya no tenía miedo.

-Me importa un bledo tu opinión- dije, mirando directamente a los paneles de la pantalla. **-Te escondes en las sombras. No se puede confiar en ti.**

-No quieres vernos- dijo la segunda sombra.

-Quizá sí- respondí.

-¡Cállate!- me espetó Hodi. **-Los mediadores son... No los provoques. No lo hagas. Conoce tu lugar.**

Me encogí de hombros. Hodi hizo un gesto y un dron de oración se colocó frente a nosotros. Al igual que el que había visto en la basílica, estaba formado por dos querubines mecánicos que sostenían una pantalla con marco dorado entre ellos. También eran de cobre y latón. Murmuraban y tintineaban como insectos agravados mientras se cernían ante mí, sosteniendo el biombo a la altura de los ojos. Sus diminutas alas ronroneaban como turboventiladores en miniatura.

En la pantalla apareció una parte del texto. No estaba escrito en un idioma que yo conociera, pero utilizaba caracteres que reconocía. La pantalla parpadeaba ligeramente, como si la unidad de proyección estuviera defectuosa o fuera lenta.

-Lee esto, por favor- dijo Hodi. Esta vez dio un paso atrás.

Empecé a leerlo en voz alta. Era pesado y difícil. Resulta complejo pronunciar las palabras fonéticamente y no sé si lo estoy haciendo bien. Sentía como si tuviera que masticar las palabras de mi boca. Estaba bastante segura de que, fuera cual fuera la prosa, era estilísticamente florida y demasiado compleja. Parecía tan cargada, como si el significado y la importancia hubieran sido forzados hasta el punto de ruptura.

Seguí leyendo, luchando con ello, durante tres minutos. Entonces oí un ruido detrás de mí. Me detuve y me giré a tiempo para ver a uno de los eclesiásticos encapuchados saliendo a toda prisa de la sala, con la mano sujeta a la boca. Le oímos fuera, con arcadas y vómitos, y el líquido salpicaba el umbral de la puerta.

Fruncí el ceño. Otro de los eclesiásticos se había visto obligado, en algún momento de mi lectura, a sentarse en el suelo detrás de los escudos. Respiraba con dificultad, con las manos en el pecho, como si sufriera palpitaciones. Al menos otros dos estaban apoyados con las manos en la parte superior de los escudos, tratando también de recuperar el aliento.

-¿Qué está pasando?- pregunté.

Hodi me miró. Pude ver una ligera mancha oscura en su máscara donde tenía la boca, como si la humedad de su propia respiración dificultosa la hubiera humedecido.

-¿Te encuentras bien?- preguntó con la voz ronca.

-Sí, perfectamente- respondí. **-¿Qué acaba de ocurrir?**

Me ignoró y se dirigió a sus colegas.

-Reanude la lectura- ordenó. Uno de los eclesiásticos empezó a hablar de "microcambios" y otro de un "descenso de la temperatura a escala cuatro". Otro se llevó la mano a su capirote. Había una

mancha brillante en la tela blanca de su máscara. Había sufrido una hemorragia nasal.

-No lo entiendo- dije, pero nadie me escuchaba. Entonces me di cuenta de algo. Bajé del atril y caminé a lo largo de la cripta hasta el viejo y maltrecho altar. El zángano de la oración, con su zumbido de alas, me siguió obedientemente.

Hodi se volvió y me vio caminar hacia el altar. Me llamó para que volviera, pero le ignoré.

Me arrodillé y miré la vieja reliquia. Antes había sido una pieza muy fina, un retablo de gran valor, bellamente decorado y con incrustaciones. Pero la edad la había maltratado. Estaba maltratada y abollada y rayada, como si la hubieran golpeado con mazos y picos. La superficie estaba surcada y desgarrada, y su propia forma se había deformado. También estaba descolorida y con parches de óxido.

Lo que había notado desde el atril era una gran mancha de verdín en el lado derecho del altar. Estaba segura de que no había estado allí antes. Me pregunté cómo podía haberse formado tan rápidamente. Cerca de allí, me di cuenta de cómo se habían formado lo que parecían cristales de hielo a lo largo de la superficie superior del retablo.

-Explica esto-. grité.

-Vuelve aquí-. respondió Hodi.

Alcancé el borde de la pantalla del dron de oración y lo incliné hacia mí. Las alas de los querubines batieron ruidosamente mientras ajustaban su vuelo.

Empecé a leer de nuevo, lentamente, una sílaba cada vez.

Mientras observaba, con cada sílaba, la mancha de verdín se hacía más grande. En un momento dado, me detuve bruscamente, y luego volví a empezar de repente, y el crecimiento siguió el ritmo de mi lectura.

Me detuve. Me levanté. Volví a caminar hacia Hodi, con el zumbido de la oración burbujeando perezosamente detrás de mí. Todos los eclesiásticos me miraban.

-¿Qué me obligan a hacer?- pregunté. **-¿Qué está pasando aquí?**

-Haz lo que te ordenamos- respondió el confesor.

-¿Qué palabras son estas?- pregunté, señalando el zumbido de la oración. **-¿De qué son?**

-Son nuestras palabras- dijo una de las sombras detrás de la pantalla.

-Son palabras que escribió nuestro señor- dijo otra.

-¿Quién es tu señor?- pregunté.

-No quieras saber su nombre- dijo la tercera.

-Entonces, ¿cuál es su libro?- pregunté.

-Es un libro- dijo el primero.

-En muchos volúmenes- dijo el segundo.

-Empezó, pero nunca terminó- dijo el tercero.

-Ocupa tu lugar aquí-. me espetó Hodi, señalando el atril.

Me acerqué a él de mala gana. Volvió a traer el zumbido de la oración y lo colocó frente a mí.

-Continuaremos y utilizaremos una de las palabras- dijo.

-De acuerdo- dijo la primera sombra. **-A pesar de su actitud, nos interesa la intervención de la hembra.**

Hodi me miró. En sus ojos, detrás de la capucha de tela, pude ver tensión.

-Una palabra- dijo. **-Concéntrese y dígala claramente.**

Tocó la pantalla flotante y apareció una palabra. La pantalla parpadeó, como si tuviera dificultades para mantener la resolución.

La miré.

Pronuncié la palabra.

CAPÍTULO 26

La palabra, y después

No sé ni entiendo cuál era la palabra. En el momento en que la pronuncié, pareció liberarse de mí con alguna fuerza, y desapareció de mi memoria.

Entonces ocurrió algo que no puedo explicar. El antiguo altar situado en el extremo de la sala de bronce saltó por los aires. Saltó en el aire y se dobló al hacerlo, y se hizo pedazos de una manera explosiva, como si hubiera sido golpeado por algún peso inmenso, que lo hubiera roto y esparcido sus fragmentos de metal retorcido en todas las direcciones, o como si se hubiera colocado una granada en su interior y se hubiera detonado. Los trozos de metralla de latón rebotaban en las paredes, el techo y las estanterías enjauladas, y llovían al suelo a nuestro alrededor, tintineando como monedas cayendo.

Me di cuenta de que me había caído. Me levanté con las manos y las rodillas. Sentí un zumbido en los oídos. El atril se había volcado. Vi el dron de oración tirado en el suelo a unos metros de distancia, destrozado, con chispas saliendo de su carcasa rota, su pantalla agrietada y apagada.

Me di la vuelta. Me llevé la mano a la boca y encontré una gota de sangre. Me había partido ligeramente el labio inferior.

Los eclesiásticos estaban confundidos. Algunos habían caído también, al igual que al menos tres de los escudos. Muchos se balanceaban como si estuvieran conmocionados. Todos sus instrumentos de mano se habían estropeado y fallado.

-Ahora explícate tú- le dije a Hodi.

-Te llevaremos a un centro de detención- dijo, luchando por mantener la compostura.

-No- respondí. **-Lo vas a explicar tú. Lo harás ahora.**

-No le corresponde a usted...- empezó a declarar.

-No me hagas repetir la palabra- dije.

En realidad, no recordaba la palabra para volver a decirla, pero él no lo sabía.

-¡Contrólala!- exigió una de las sombras.

-La hembra ha realizado y sobrevivido a la primera prueba de Enuncia mejor que cualquier espécimen anterior- dijo la segunda. **-Se le dará prioridad para su desarrollo por parte del anfitrión.**

-Es de nuestra propiedad- les espetó Hodi. **-No sois nuestros dueños y tampoco nos dais órdenes. Sois nuestros socios en esta empresa, pero no os quedáis con lo que tanto nos ha costado conseguir.**

-Controladla, o la controlaremos nosotros- dijo la sombra. **-Y tomaremos lo que queramos, si es necesario para la causa.**

Hodi me miró y se quitó el capirote. Tenía la cara enrojecida y el pelo lacio por el sudor.

-Por el bien del Trono, coopera conmigo- dijo **-¡o te llevarán a ti y no quieres eso!**

El Pontífice Urba soltó de repente un lamento desgarrador. Miramos hacia él y vimos que estaba desplomado en su trono, afligido por los temblores. Algún ataque le había sobrevenido. Miraba al techo y había echado la cabeza hacia atrás contra el respaldo del trono, lo que había desplazado la mitra de oro a pesar de los cables que la mantenían en su sitio. El Pontífice parecía estar sangrando por la boca.

-¿Qué pasa?- preguntó Hodi.

-¿Tal vez una frase posterior?- sugirió uno de los eclesiásticos. **-¿Un eco de la enunciación?**

-¡Traigan a los médicos!- ladró Hodi. **-¡Traigan un médico de inmediato! Y aseguren la habitación.**

El pobre Pontífice seguía llorando, golpeando y sangrando. Un destacamento de guardianes de la iglesia se apresuró a entrar desde la antesala. Llevaban las túnicas y las máscaras de santo pintadas de los que mantenían el recinto de la basílica, pero sus túnicas eran azules y llevaban armaduras de ceramita segmentada y latón. Llevaban bastones de fuerza y tenían cutros atados a la cadera en vainas de cobre.

Pensé, ¿desde cuándo los sirvientes masculinos de la Eclesiarquía van armados?

-Cuidadla- les dijo Hodi, señalándome. Un trío de médicos, medicae en albos rojos, también había entrado corriendo en la sala de lectura para atender al Pontífice.

Una de las sombras que se encontraban detrás de las puertas enrejadas insistió en que Hodi diera cuenta de la situación. La voz era como un yunque raspando la piedra.

Hodi se volvió y miró a las sombras.

-¡Retírense!- declaró. **-Retírense, y rápido. Vayan a las celdas inferiores y prepárense para abandonar el recinto por completo si es necesario.**

-El descontento está expresado- dijo la primera sombra. **-Pretendes excluirnos del consistorio y quedarte con la hembra para tu propio uso...**

-¡Que te lleve la disformidad, Scarpac!- gruñó Hodi. **-¡Trabaja con nosotros como prometiste! Todavía no sabemos qué es esto. Retírate hasta que hayamos asegurado la zona.**

Las enormes sombras se asomaron por un momento a las pantallas retroiluminadas, y luego se desvanecieron en cualquier cámara que se encontrara detrás de las puertas enrejadas.

El Pontífice no estaba mejor. La sangre le salía entre los dientes en cantidades considerables.

Fue entonces cuando vi la llave. Era una pequeña llave de latón, una de las que aseguraban las puertas enjauladas que protegían las estanterías de tomos antiguos. Un eclesiástico la había dejado en la cerradura al ir a buscar o sustituir uno de los breviarios que yo había leído.

Vi cómo se retorcía en la cerradura. Se retorcía, luego salía de la cerradura por sí solo y volaba hacia el suelo. Un momento después, las puertas de la jaula de la estantería se abrieron solas.

-¿Confesor?- llamé. Los guardias armados me miraron, y ninguno de ellos lo había visto. Estaban demasiado agitados por los gritos y el alboroto de los eclesiásticos y los médicos reunidos en torno al Pontífice enfermo.

Sentí que el suelo temblaba ligeramente.

-¿Confesor?- Volví a llamar. **-¡Hodi!**

Se volvió para mirarme, enfadado y preocupado.

-¿Qué?- espetó.

-Mira- dije.

El suelo volvió a temblar. La mejor manera de describirlo es como si una pisada gigante hubiera agitado la habitación. Señalé los estantes. Con un agudo chasquido metálico, varios de los cierres de las puertas fallaron, y las puertas enjauladas se abrieron por su propio peso.

-Oh, santa luz...- murmuró Hodi, con los ojos muy abiertos. Uno a uno, los eclesiásticos dejaron de parlotear y se volvieron para ver lo que sucedía. La sala se volvió cada vez más silenciosa hasta que el único sonido fue el gemido del Pontífice.

El suelo tembló por tercera vez. Otra cerradura se rompió como un disparo de pistola. Dos libros se cayeron de un estante alto y se estrellaron contra el suelo de latón.

Nuestras respiraciones se convirtieron de repente en humo en nuestros labios y fosas nasales. La temperatura del aire en la habitación cayó en picado. Se empezó a formar escarcha en las superficies metálicas.

Hodi se agachó y pasó el dedo por la escarcha.

-Hielo demoníaco- murmuró. **-Tenemos que salir de la habitación. Tenemos que salir de la habitación ahora.**

Se levantó.

-Guardias, llévenla al búnker anecoico más cercano- dijo. **-Médicos, llevemos a su Santidad a...**

No llegó más lejos. Un viento gritó de la nada, atravesando una cámara cuyas puertas estaban cerradas. Era una ráfaga caliente, como el aliento de un horno, pues nos erizaba la piel, pero no derretía el hielo ni disipaba el vapor que brotaba al exhalar.

Más puertas de los estantes se abrieron y los libros empezaron a salir volando. Salieron disparados como si unas manos invisibles estuvieran rastrillando cada uno de los estantes, lanzándolos en cascada para que se desparramaran, abriéndose las tapas, volando las páginas y rompiéndose las cubiertas de los libros. Los libros rotos y las páginas sueltas cubrían al suelo, y el papel rasgado ondeaba en el aire como la nieve. Algunos de los trozos de papel que se encontraban en el aire empezaron a brillar y luego a arder.

Una luz entró en la habitación. Subió por el suelo, como si la cubierta de cobre batido fuera una piscina dorada y la luz fuera una bestia submarina que rompía la superficie plana y emergía en el aire. Era una luz terrible y sanguinolenta, una cosa de malicia. Hacía una forma vagamente humanoide de la luz sangrienta del atardecer que la componía, y esa forma se retorcía y crepitaba internamente, como si estuviera hecha de insectos eléctricos o perlas radiactivas.

Era la forma mental que había atravesado el Gran Laberinto.

Era la entidad demoníaca Grael Magent.

CAPÍTULO 27

En el que hay un grado de pandemónium

Dos de los guardias con rostro de santo empezaron a empujarme hacia la puerta. Los otros guardianes se volvieron hacia la luz y formaron un anillo protector alrededor de nosotros. El viento feroz y caliente nos daba en la cara, agitando el pelo y las túnicas. Algunos de los eclesiásticos se adelantaron para enfrentarse a la luz sanguinolenta. Uno de ellos levantó el icono de latón que sostenía, un incensario con imágenes de los primarcas.

-Abjuro de ti, espíritu inmundo-. le oí gritar. **-Renuncio a ti y te devuelvo al inmaterium del que surgiste.**

La forma mental crujió. El desafiante eclesiástico comenzó a abandonar el suelo. Su alba se agitó alrededor de sus tobillos flotantes. Gritó. Dejó atrás una zapatilla. Sus pies se movieron.

Se elevó lentamente, como si la sala de lectura se llenara rápidamente de agua y la superficie ascendente lo llevara, flotando, hacia el techo. Dejó caer el icono, que cayó al suelo y se rompió, y empezó a arañar el aire que le rodeaba, como si tratara de luchar o zafarse del agarre telequinético que le tenía atrapado.

No sirvió de nada. Vertical, continuó ascendiendo hasta que empezó a acercarse al ornamentado techo de latón. Intentó agachar la cabeza, agacharse, pero su columna estaba rígida. Gritando de nuevo, empezó a golpear con los puños el techo que se acercaba. Luego presionó las manos contra el metal para detener su ascenso.

Pero seguía siendo inútil. Se elevó tan lenta e inexorablemente como si estuviera en la plataforma de un ascensor. Su cabeza chocó

contra el techo y se vio obligado a apartarla contra su hombro mientras seguía subiendo. Tenía las manos extendidas contra el techo y los brazos doblados. Parecía un levantador de pesas que intentara cargar todo el techo, salvo que sus pies remaban como los de un nadador. El techo empezó a presionarle los hombros. Su cabeza se vio obligada a inclinarse hacia delante, de modo que la barbilla quedó sobre el pecho. Sus manos se deslizaban y se escabullían. Parecía, a mis ojos horrorizados, el semidiós primordial Atlas cargando un mundo sobre sus hombros.

Entonces se oyó un chasquido, una oleada de chasquidos, disparos de pistola afilados que oímos por encima del rugido del viento. Las manos del eclesiástico se debilitaron y sus brazos cayeron flojos a los lados. Sus pies bailaron durante un segundo, como los de un hombre colgado de una plataforma de hierro negro en la Soga Ardiente. Siguió ascendiendo, lenta e implacablemente. Los hombros, presionados contra el techo, se dislocaron y abultaron bajo el alba, y la cabeza del hombre colgaba demasiado abajo del pecho, en un ángulo imposible. La sangre empezó a brotar por debajo de los faldones de su alba.

La devoción y el coraje de los eclesiásticos eran humildes. A pesar de esta demostración de horror, varios más, incluido Hodi, se adelantaron para enfrentarse a la luz vagamente humanoide, todos pronunciando juramentos de destierro y liberación a la vez, todos blandiendo iconos y amuletos.

La cosa con forma pensamiento, Grael Magent, se estremeció ante su ataque y arremetió. Dos de los eclesiásticos salieron volando hacia la derecha, agitando los miembros y agitando las túnicas. Se cayeron del techo y se estrellaron contra el suelo, donde fueron arrastrados por una fuerza invisible casi hasta el montón destrozado del altar. Parecían hombres arrastrados por una riada.

Otros tres, uno de ellos Hodi, fueron lanzados hacia la izquierda. Uno de ellos aterrizó sobre un atril de cobre con suficiente fuerza

como para romperse la espalda. La luz sanguinolenta comenzó a avanzar, hirviendo como el corazón furioso de un horno radiactivo.

La Iglesia no podía protegerme. No tenía intención de quedarme allí y convertirme en otro objetivo. Al menos, las tumultuosas circunstancias me permitían cierta confusión para intentar escapar.

Saqué el alfiler de plata doblado de mi bolsillo y lo clavé en la mano de uno de los guardias que me arrastraba. Sus hermanos, en su firme anillo defensivo, ya estaban abatidos por el viento cuando la forma mental se les echó encima.

El guardián gritó de dolor y soltó su agarre. Agarré su maza de energía mientras se tambaleaba, se lo quité de encima y lo golpeé de costado con él, haciéndolo caer al suelo. El otro seguía tirando de mí. Hice girar el mazo de energía con una sola mano para facilitar su agarre, activé el mazo de energía y le clavé el extremo del arma cargada en la cara.

Su cabeza se echó hacia atrás y la máscara de santo pintada, partida en dos, salió volando. Mientras caía, me di la vuelta y corrí hacia la puerta.

No sabía a dónde iba, excepto a la salida de la habitación, y tal vez de vuelta hacia las escaleras iluminadas por las velas. Tampoco sabía hasta dónde llegaría, salvo que confiaba en que todo el recinto se convertiría pronto en un estado de pandemónium que me permitiría llegar muy lejos.

Por un segundo, me detuvo un rugido. Los depredadores pueden hacer eso, creo, los carnodontes y otros grandes cazadores de emboscadas. Pueden emitir un rugido de tal fuerza y tono que literalmente aturde a su presa con el miedo.

Esa era la cualidad del sonido que escuché, pero no estaba dirigido especialmente a mí. Era una declaración de intenciones, una

advertencia de que no se iba a contener.

Era el bramido de un guerrero furioso que entraba en combate.

Todavía no me creo lo que vi ocurrir a continuación. En mi memoria, tiene la calidad de una vívida pesadilla. Lo que lo hizo más extraordinario fue que lo extraordinario ya estaba en marcha en esa cámara de bronce. Se estaba desarrollando un acontecimiento totalmente antinatural, el tipo de cosa excepcional que un ciudadano del Imperio sólo puede presenciar una vez en su vida, si tiene mala suerte. A ello se sumaba ahora una segunda cosa extraordinaria, más de lo que la mente sana podía siquiera empezar a aceptar.

Dos de las tres sombras, los misteriosos mediadores, habían regresado. Habían regresado con mucha prisa para enfrentarse a la forma mental. Entraron a la luz a través de las puertas enrejadas que las habían ocultado, astillando la madera, destrozando la pantalla, demoliendo por completo la estructura de las cajas del confesionario en su urgencia por salir. Eran enormes, más grandes de lo que sugerían sus siluetas. Pero, a pesar de su tamaño, se movían con una velocidad bastante anormal. Era la aceleración del sprint que se ve en algunos animales salvajes y que te recuerda que no están hechos como nosotros, que los mecanismos de sus esqueletos y las fijaciones de sus músculos son diferentes y, por lo tanto, capaces de cosas que un cuerpo humano no puede hacer. Como cuando se ve a un gato saltar dos metros de pie sobre una estantería, o a una mascota simiesca subir a toda velocidad por la ladera de un edificio.

O a un perro pastor salir de las tinieblas de un callejón y llevarse por delante a un guerrero fanático.

No sabía qué eran esas dos cosas. No podía darles sentido. Entonces me di cuenta de que debía saberlo, porque había visto sus formas en innumerables libros de imágenes y entradas de datos, y había visto sus imágenes en estatuas y estandartes, en vidrieras, y

grabadas en las mismas paredes de la basílica de arriba, entre los rostros con las coronas de rayos de sol.

Eran del Adeptus Astartes.

Eran marines espaciales.

Uno llevaba casco, el otro no. La envergadura de sus hombreras era la de una enorme puerta arqueada, e igual de alta. Sus pies y botas eran como los troncos de los árboles maduros. El que llevaba el yelmo, portaba un arma enorme en sus manos. Era de forma contundente, su forma metálica estaba desgastada. Era absurdamente grande, de modo que cualquier humano que la empuñara parecería un niño. Era, supuse, uno de los bólteres sagrados del Adeptus Astartes.

El que no tenía yelmo tenía una hoja que parecía una pesada espada corta, pero que era tan larga como mi pierna y tan ancha como mi muslo.

El del yelmo atravesó las rejillas del confesionario con una velocidad inhumana, corrió dos o tres zancadas por el suelo de la cámara hacia la forma mental, se detuvo en seco y levantó su arma para disparar desde la cadera.

El otro le siguió, rompiendo una sección de la rejilla de su marco. Cuando aterrizó en el suelo de la cámara, se preparó como un gran simio, con las rodillas dobladas y la espalda inclinada para echar la cabeza hacia delante. Tenía los brazos pegados a los costados y la espada sujeta con las dos manos entre las rodillas. La postura hacía que sus enormes hombros blindados se abultaran agresivamente. Su barbilla sobresalía hacia delante y sus ojos ardían. Era una postura de amenaza, un desafío. Abrió la boca de par en par y rugió contra la forma mental, un ruido espantoso tanto por su volumen como por su tono.

Iban vestidos con una armadura carmesí, con bordes de bronce de fuego, y emblemas negros en los vastos escudos de los hombros. El que no llevaba casco tenía la carne como una corteza de pan agrietada y unos dientes de color gris pizarra con forma de clavos de hierro que le llenaban la boca y sobresalían por encima de sus labios pelados mientras se enfurecía, salpicados de saliva.

Yo no sabía estas cosas, pero sabía con certeza que ya no luchaban en nombre del Emperador, ni lo habían hecho en mucho tiempo. Mi suposición inicial había sido errónea. Estos no eran Marines Espaciales en absoluto. Eran Marines Traidores.

Ahora quería estar en ese lugar aún menos. Me recordé a mí misma. Recordé a mis pies que recibían órdenes de mí, y corrí. Huí.

Detrás de mí, el marine traidor con casco comenzó a disparar. Su bólter retumbó en la caja metálica de la sala de lectura, el ruido y la conmoción me golpearon por detrás mientras corría hacia la puerta.

Los abrasadores proyectiles atravesaron la luz inyectada en sangre y destruyeron los estantes de latón y el revestimiento de cobre de la pared posterior. El impacto de cada disparo fue como el estallido de una pequeña bomba.

La forma mental devolvió el golpe, lanzando una cuchilla de fuerza telequinética contra el marine traidor. El marine traidor retrocedió dos o tres pasos, como si estuviera luchando contra una explosión de fuerza gigantesca, y sus inmensos pies rastrillaron y sacaron chispas del suelo de cobre.

El otro, el que no llevaba el casco, se levantó de su postura simiesca de desafío feroz y atacó. Avanzó con otra ráfaga inhumana de aceleración física, un sprint animal, justo hacia la luz sanguinolenta, su espada volviendo sobre su hombro derecho en un movimiento a dos manos.

Creo que la espada puede estar maldita, o bendecida, o dotada de algún poder. No entiendo esas cosas. Estas tecnologías son antiguas y arcanas. Ciertamente, su arma era una cosa singular. La fuerza física del golpe (que, por cierto, habría atravesado y derribado una de las columnas de piedra de la basílica, en mi opinión) era totalmente irrelevante. Fue, estoy segura, la interacción de materiales, el choque de energías, la mezcla de propiedades de la disformidad que no coexisten cómodamente en el mismo plano del universo. La esencia espectral de la forma mental y la energía fétida que humea del filo de la espada eran materiales en conflicto total e irreconciliable.

El universo gritó mientras se desgarraba. No es un sonido que la mente humana se sienta cómoda escuchando. Yo he oído su sonido muy pocas veces en mi vida, y una sola vez habría sido demasiado. El universo chilló. Chilló con dolor inarticulado mientras su tejido se desgarraba. La espada y la forma mental intentaron ocupar el mismo espacio y, por alguna función esotérica, la realidad no lo soportó, como con alguna sustancia y alguna antisustancia reactiva.

Mientras corría por la puerta, con los hombros caídos contra el viento y las ráfagas de presión que venían de detrás de mí, miré hacia atrás a tiempo para ver cómo el marine traidor salía despedido por el impacto, y cómo la forma mental perdía su coherencia y se desparramaba por la habitación como una brillante y salvaje tormenta de luz. La forma mental trató de resolverse, y su forma irregular escupió color y calor. Su luz sanguinolenta se había manchado y oscurecido como si estuviera herida, o enfadada. El marine traidor volvió a encontrar su equilibrio y reanudó su ataque, clavando la desdichada espada en la luz infernal una vez más.

El marine traidor se giró brevemente y gritó algo a su compañero con yelmo. Su compañero miró a su alrededor, me vio en la puerta y se volvió para perseguirme. Dos de los guardias se interpusieron en su camino, más por accidente que por intención. Sin romper el paso, golpeó el dorso de su puño izquierdo hacia arriba y mandó a uno a

volar, con el cuello roto y el cráneo pulverizado. La inmensa arma bólter de su puño derecho derribó al otro, que yacía destrozado y ensangrentado por el único golpe, como si hubiera sido atropellado por un transporte de carga.

El guerrero con casco estaba casi en la puerta. Su relación entre tamaño y velocidad desafiaba la razón y el sentido común.

Estaba fuera, más allá de la vieja trampilla oxidada. No había rastro del mendigo. Delante de mí, en la oscuridad y el frío, estaba la gran escalera, cuyos peldaños de hueso iluminados por velas se extendían luminosamente hacia arriba y lejos de mí, hacia alguna noción de seguridad.

Subí las escaleras a la carrera, de dos en dos, incluso de tres en tres. Los miles de velas pegadas y encajadas en las barandillas a ambos lados de mí parpadeaban como luciérnagas, y la brisa de mi vuelo hizo que algunas se apagaran y dejaran caer hilos grises de humo de sus últimas brasas. Seguí corriendo. No me detendría a menos que algo me lo impidiera.

Sin embargo, la escalera parecía aún más larga de lo que había sido al bajar. La cima estaba todavía muy lejos, un camino iluminado por velas que se extendía hacia la oscuridad cavernosa.

Y algo estaba detrás de mí. Algo iba a detenerme.

El marine traidor salió de la sala de lectura a la oscuridad al pie de la escalera, me vio y se lanzó a subir los escalones tras de mí. Aceleró. Subió como un simio, casi golpeando con las manos y los pies, con las piernas y los brazos lanzando su masa corporal hacia delante en un galope que hizo temblar la escalera y estremecer todas las velas. Avanzaba seis, ocho o diez escalones a la vez. Se había sujetado el bólter a la espalda. Eso me consoló, pues indicaba que no pretendía simplemente dispararme o matarme, cosa que podría haber hecho fácilmente sin necesidad de perseguirme.

Me quería viva.

Cuanto más pensaba en esto, menos me parecía un consuelo.

No podía correr más que él. Estaba en forma y motivada por el miedo y la autoconservación, pero aun así sólo estaba, en el mejor de los casos, a dos tercios de la escalera. El marine traidor se acercaba rápidamente.

Perdí el equilibrio una vez y bajé con una mano, me recuperé y volví a caer. Caí sobre los bordes de la escalera, magullándome las manos y los brazos, pero volví a ponerme en pie de un salto y seguí corriendo.

Era inútil.

Estaba a pocos metros detrás de mí. La escalera de huesos temblaba bajo su peso como si la tierra se estremeciera. Creo que en ese momento grité, aunque fue más una expresión furiosa de impotencia y frustración que un grito de miedo mortal. Lancé el mazo de energía detrás de mí, y éste rebotó ineficazmente en su hombro. Con los puños apretados y los brazos agitados, seguí corriendo, subiendo tres escaleras a cada paso.

Había un hombre delante de mí. Estaba de pie en las escaleras de hueso en mi camino mirando hacia abajo, enmarcado por las líneas de velas que retrocedían. Su rostro escarpado tenía cicatrices. Iba vestido de negro, pero su largo y pesado abrigo estaba atravesado por hilos verdes y tenía un elegante ribete dorado.

Llevaba una gran y vieja espada en la mano.

Era el hombre misterioso de los bancos, el que yo había tomado por un veterano oficial de la Guardia.

Me miró directamente a los ojos mientras corría hacia él, aparentemente ajeno al monstruoso horror carmesí que me pisaba los talones.

Su rostro era inexpresivo.

Sus ojos encontraron los míos y dijo: **-Agáchate.**

CAPÍTULO 28

Cerca de la muerte

No era una orden, ni siquiera un consejo. Se convirtió instantáneamente en lo que estaba haciendo. De alguna manera que no podía explicar, había impuesto su voluntad sobre mí con esas palabras. Inmediatamente caí de bruces en las escaleras a sus pies con la misma seguridad que si hubiera tropezado. Recuerdo haber visto sus botas negras a tres o cuatro escalones de mí. Las botas estaban sujetas a unas pesadas monturas negras que apuntalaban las piernas del hombre bajo su abrigo.

Sin embargo, no estaba limitado en su movimiento.

Aterricé a sus pies, pero rodé a un lado casi de inmediato para no ser pisoteada por el marine traidor que tenía detrás. Rodé rápidamente, golpeando la espalda, los codos y la parte posterior de mi cráneo contra las barandillas de madera y hueso. La cera caliente que caía sobre mí provenía de los cientos de velas que se movían.

Mientras rodaba, vi al hombre salir de la escalera con un gran e intrépido salto. Se libró de mí por completo, saltando desde las escaleras hacia la cara del monstruo que se acercaba, para encontrarse con él de frente. Estaba en el aire por encima de mí, con su espada atravesando la oscuridad en un golpe de una sola mano mientras saltaba, dirigiéndose al inevitable impacto.

El impacto se produjo. Desde su salto en el aire, el hombre que descendía, grande para los estándares humanos, se encontró con el gigante que ascendía. Estaba casi debajo de ellos cuando se enfrentaron. El impacto mutuo los detuvo a ambos, y los apartó el

uno del otro. Sólo la vieja y ancha espada en los puños del hombre se negó a rebotar. Simplemente terminó su arco.

El hombre cayó de espaldas sobre las escaleras, casi aplastándome bajo su masa de hierro. Los peldaños de hueso de la escalera crujieron bajo su impacto y le oí gruñir de dolor. Se agitó, con la espada en la mano, para volver a ponerse en pie.

El marine traidor salió despedido hacia atrás por la escalera. No cayó muy lejos. A decir verdad, creo que se sorprendió de que un hombre, aunque fuera grande, hubiera sido capaz de frenarle en seco. El marine traidor cayó torpemente, golpeando la barandilla y medio deslizándose por ella, haciendo que las velas y los fragmentos de cera explotaran por debajo de su cuerpo blindado. Algunas velas seguían encendidas. Limpió cuatro o cinco metros de barandilla de las velas que se habían quedado prendidas para siempre.

Pero era un Adeptus Astartes. Recuperó el equilibrio. Detuvo su media caída, su medio deslizamiento. Volvió a saltar hacia delante, acercándose a nosotros.

Luego se detuvo. De repente se dio cuenta de algo.

Había un corte en su armadura. Empezaba en la base del cuello y atravesaba el pecho hasta salir por debajo del brazo derecho. Era sólo una pequeña grieta, una fisura apenas perceptible. Pero atravesaba su armadura. Cuando se movía, podíamos ver los dos bordes de la hendidura moviéndose uno contra el otro, como si fueran segmentos articulados independientemente. Podíamos ver los labios brillantes del metal y la ceramita cortada.

Entonces llegó la sangre. Salió a chorros de la hendidura, grandes chorros de sangre negra que apestaban en la fría oscuridad.

El marine traidor rugió de dolor o de indignación, y retrocedió un par de pasos, con su enorme mano izquierda sujeta a la delgada pero asombrosa hendidura. La sangre brotó entre sus dedos y corrió por el vientre y los flancos de su armadura.

De nuevo en pie, el hombre adoptó una posición de firmes, con la espada preparada en una empuñadura a dos manos. Tenía los hombros encorvados. Me miró de nuevo.

-Sal- dijo.

Una vez más, no tuve elección. Su voluntad me obligaba. Me levanté de un salto y empecé a subir las escaleras de nuevo, a pesar de que las piernas me ardían, los pulmones se esforzaban y el corazón se me salía del pecho.

Corrí. Corrí y lo dejé para enfrentarme al marine traidor. Corrí porque él me había hecho correr. Pero él no me había ordenado que no mirara atrás, así que mientras corría, lo hice.

Vi al marine traidor rugir. Vi cómo la sangre negra cesaba su atroz chorro y chorreo cuando la biología transformada del Adeptus Astartes reparaba, coagulaba la hemorragia y cerraba la herida. Vi al marine traidor desenganchar su bólter y levantarlo para apuntar al hombre de la espada.

Disparó una vez, y la espada barrió para apartar la bala del bólter. El proyectil explotó en la oscuridad en el lado derecho de la escalera.

El bólter volvió a disparar. Otro tajo de la espada, y la siguiente ronda se alejó para explotar en la oscuridad a la izquierda.

El marine traidor se dispuso a disparar de nuevo. Sea cual sea el medio por el que el hombre desviaba los disparos, era un truco asombroso, pero no era uno que pudiera seguir repitiendo durante todo un cargador de proyectiles. Independientemente de sus

mejoras, fortalezas y dones, el hombre era humano, y estaba limitado por su humanidad en formas que el marine traidor simplemente no tenía. El hombre se enfrentaba al apogeo de la tecnología marcial, una forma de lucha desarrollada y perfeccionada hace diez mil años y nunca mejorada. El marine traidor era un ser sobrehumano con armas y armaduras más allá de lo que un hombre podría esperar.

El marine traidor hizo su tercer disparo. El hombre gritó. Esta vez, utilizó su voluntad sobre su enemigo en lugar de sobre mí.

Gritó: **-¡Detente!**

No retuvo al marine traidor durante mucho tiempo (probablemente no más de un segundo o dos), pero hizo que el monstruo dudara antes de disparar de nuevo.

En la pequeña ventana de oportunidad que había construido para sí mismo, el hombre saltó hacia adelante, bajó la vieja espada en un despiadado golpe a dos manos, y partió la cabeza del marine traidor en dos.

El hombre sacó la espada de un tirón. La sangre y el tejido orgánico salieron disparados con ella. El marine traidor se mantuvo en pie durante unos instantes. Su yelmo seguía sobre sus hombros, pero las dos mitades, seccionadas hasta el nivel de la barbilla y el sello del cuello, golpeaban y se hacían chocar entre sí como dos partes de una cáscara de nuez.

El marine traidor cayó de espaldas y se desplomó por la escalera en una serie de pesados y resonantes impactos, cayendo como un robusto mueble. Finalmente, a unos seis metros del lugar donde había sido asesinado, el cuerpo del marine traidor se posó en la escalera, de espaldas, con la cabeza hacia el pie de la escalera. La sangre negra brotaba de sus heridas y corría por los amarillentos peldaños de hueso de la escalera como un manantial de turba del

bosque, o como el aceite de una lata volcada, cayendo en cascada de un peldaño a otro como una catarata.

De espaldas a mí, el hombre bajó la espada y luego se desplomó, con una mano en la barandilla para apoyarse, como si estuviera completamente agotado.

No me detuve. No retrocedí. Seguí corriendo. Él me lo había pedido y, sin poder discutirlo, eso fue lo que hice.

Le dejé atrás en la oscuridad de las velas y me dirigí a la superficie.

CAPÍTULO 29

Que se refiere a una huida de peligros inminentes

Los cutros que llevaban los guardianes enmascarados de santos de la basílica eran espadas anchas y de doble filo, de la longitud del fémur de un hombre adulto. Los guardianes los habían desenfundado de sus vainas de cobre, preparados. Cuando salí por el pasillo bajo los altos tronos, los guardias armados se extendían por el recinto y el espacio alrededor del gran altar para establecer un cordón.

Los disturbios en el subsuelo habían sido suficientes para hacer saltar las alarmas. Las campanas sonaban, algunas de ellas con furia, y se emitían emisiones públicas confusas a través de la vasta y distorsionada red de altavoces. En el cañón de la comitiva del altar, pude ver un gran alboroto que se movía entre la inmensa multitud reunida de fieles y peregrinos mientras se les instaba a abandonar el edificio.

Más cerca, cientos de clérigos, escribas, rectores y otros asistentes menores de la basílica se apresuraban a salir bajo los altos tronos. Había un parloteo de voces, de preguntas, y un claro nivel de agitación. Salía humo de las bocas y los ojos de algunos de los grandes rostros esculpidos sobre nosotros, y había un inconfundible olor a psicomagia en el aire. Al menos, me pareció inconfundible. No podía creer que el hedor de la energía psicomágica no fuera inmediatamente detectable para todos.

Mi pulso estaba acelerado. Estaba sin aliento por el esfuerzo realizado y aturdida por las circunstancias que había vivido. Salí del receso, pasé rozando a algunos de los guardias que se reunían y traté de reducir la velocidad.

La voluntad del hombre me estaba abandonando ahora. Volvía a ser yo misma. La compulsión que había sembrado en mí para correr, y seguir corriendo, estaba desapareciendo, pero dejaba un residuo, una impresión suya en mi mente. Seguía viéndolo. De la manera más vívida, seguía viendo las asombrosas hazañas que había realizado: hazañas inhumanas. ¿Cómo puede un hombre enfrentarse a una de esas bestias? No sólo en términos de enfrentar su fuerza contra una, totalmente superada, sino en términos de su determinación. ¿Cómo puede un hombre superar el terror de enfrentarse a uno de los Marines Traidores en pleno grito y permanecer plantado en su camino, por no hablar de dar un golpe?

¿Y cómo puede un hombre blandir una espada, cualquier espada, para abatirla? ¿Para apartar la furia impía de las balas de bólter?

Más allá del terror inmediato del momento, me invadió un terror mayor, más existencial. ¿Qué era él? ¿Qué clase de criatura había sido para poder empezar a hacer esas cosas?

La oportunidad para esta reflexión fue fugaz. Varios de los guardias me agarraron e intentaron detenerme. No sé si era simplemente que no iba vestida con los ropajes oficiales de la Eclesiarquía, como otros de los alrededores, o si mi agitación y deseo de huir habían sido muy evidentes, o incluso si habían sido alertados para buscarme. Varios se cerraron a mi alrededor, arreándome con sus bastones de fuerza, o enfundando sus *cutros* para poder agarrarme de los brazos.

No muy lejos, debajo de los palcos del coro, pude ver cómo los grupos de fieles nobles y aristocráticos eran escoltados por los guardias. A los ricos y honrados los trataban con bastante menos rudeza que a mí.

Me alejé.

Sujétala", ordenó uno de los guardias. La voz ronca salió de detrás de una plácida cara pintada con una sonrisa beatífica.

No podía enfrentarme a todos ellos, pero no iba a quedarme quieta. Por lo menos, no tenía ganas de ver lo que podría seguirme desde las profundidades.

Grité: **-¡Oh, ayuda! Ayúdenme, se lo ruego-** con una voz muy tímida y ejercitada.

-El archienemigo ha llegado-. exclamé, dejando que las lágrimas brotaran de mis ojos. **-Ha surgido de la tierra bajo nuestros pies, como el mismísimo demonio del pozo, y viene aquí a devorarnos a todos. Corred, os lo ruego. Por sus almas, corran.**

Mi actuación fue suficiente. Se apartaron de mí, sólo por un segundo, sin saber si estaba delirando o no. Otras personas de los alrededores miraron a su alrededor, alarmadas por el contenido de mi exclamación. Algunos de los nobles ricos reaccionaron alarmados. Había provocado un pequeño revuelo de confusión a mi alrededor.

No esperaban que me moviera, entonces, con gran propósito. Con las lágrimas forzadas aún húmedas en mi rostro, me giré y le arrebaté el mazo de energía a uno de los guardias, y lo utilicé como palanca para apartar su agarre de mi brazo. A continuación, lo golpeé con el mazo de energía en los nudillos de otro, liberándome así del segundo mejor agarre que tenía. Un tercero se abalanzó, con el *cutro* desenfundado. Le golpeé con firmeza en los antebrazos, y el *cutro* voló por los aires mientras ladraba de dolor. Agarré la espada que giraba por la empuñadura mientras volvía a caer.

Empecé a correr. Con el mazo de energía en una mano y el *cutro* en la otra, esquivé a dos de los guardias, vi un hueco y empecé a correr. Mis piernas estaban cansadas de la persecución por la escalera de huesos, pero no me entretuve. Los guardianes,

consternados, me persiguieron con gran algarabía. Dos veces le había dado la vuelta a la tortilla, una vez en la sala de bronce y otra arriba. Los guardianes eran, esencialmente, guardias ceremoniales. Su entrenamiento de combate no era riguroso ni preciso, pero eran soldados y estaban armados. Ahora que se me identificaba claramente como una persona hostil, en lugar de una persona a la que detener, se mostrarían mucho más firmes.

Retrocedí y me lancé a lo largo de la comitiva del altar mayor, dispersando a un grupo de nobles. Me abrí paso a través de un grupo de coristas, que estaban demasiado confundidos para salir de mi camino. Los guardias que me perseguían corrieron tras de mí, y uno de ellos chocó con dos de los coristas. Dos guardias más se acercan a mí. Esquivé a uno de ellos y el otro se abalanzó sobre mí. Lanzó su maza de energía, que estaba activo, y logré apartarlo con mi *cutro* prestado. Lo esquivé y le golpeé con mi maza de energía.

Cayó pesada y torpemente, y su máscara de santo se deslizó por el suelo pulido sobre su nariz. Salté por encima de él y me desvié a la izquierda hacia uno de los grandes afloramientos de tubos de órgano que se alzaban como negros árboles de kolus contra la ladera del barranco sagrado. Más guardianes se abalanzaron sobre mí, algunos con una intención significativa. Esquivé a uno de ellos, pero me vi obligada a abordar al segundo. Me amenazó con su *cutro* desenfundado de una manera que sugería que pretendía absolver a su sagrada orden de cualquier acusación de incompetencia destripándome con destreza.

Bloqueé, giré y repetí, rechazando su afilada hoja con la mía tres veces. Él contraatacó con un golpe flojo de su maza de energía, que esquivé. Luego me obligó a retroceder con otros dos duros golpes de espada que esquivé a duras penas.

No había soportado años de entrenamiento implacable del Mentor Saur en la instrucción para ser humillada en un combate de espadas. El hombre era fuerte y decidido, pero, aunque su alcance y

su poder eran mayores que los míos, era demasiado confiado. La máscara de santo pintada también restringía su visión periférica.

Hice una finta hacia un lado, y luego giré cuando él extendió demasiado una estocada que pasó por mi hombro izquierdo. Bloqueé su espada con mi maza de energía, le pisé un tobillo, rompiéndolo, y rastrillé mi *cutro* a lo largo de su antebrazo interno, haciendo que la sangre salpicara. Cayó. Salté por encima de él y seguí adelante.

La basílica era todo un hervidero. Todavía no había bajado la comitiva del altar mayor, y el lugar se estaba llenando de guardias armados. Las instrucciones ensordecedoras seguían retumbando, casi ininteligibles, desde los altavoces de arriba, y resonaban alrededor de la vasta cúpula. Tenía el amplio espacio del suelo a mi favor, lo que me permitía esquivar, virar y evitar, pero no era una ventaja suficiente.

Directamente, el destino me proporcionó otra. Algo se rompió en las profundidades del suelo e hizo temblar toda la basílica. El suelo tembló. Hubo un golpe profundo y subterráneo. Las grandes vidrieras se estremecieron, los bosques de tubos de órgano temblaron y traquetearon, y muchos objetos pequeños, como himnarios, medallas votivas y salterios, llovieron desde los alféizares de los palcos de las galerías o cayeron desde las repisas de lectura de los bancos. Las páginas sueltas caían como hojas muertas. Un grito, el grito de una gran masa de gente que pasaba de la alarma al miedo manifiesto, se elevó como una nube de humo en el espacio de la cúpula. La multitud de peregrinos, que aún eran muchos miles, en el cuerpo de la iglesia, comenzó a huir con mayor prisa y menor cuidado. El pánico se extendió por el lugar, tan rápido y feroz como el fuego en los matorrales secos.

Sin demora, le siguió el fuego verdadero. Una brillante ráfaga de fuego, furiosa como las llamas de promethium encendido, surgió de la sala de descanso bajo los altos tronos. La fuerza de esta

avalancha derribó a los que estaban cerca y provocó la huida frenética de otros. Algunos corrieron con la ropa o las vestimentas en llamas. Las llamas volvieron a arder, prendiendo las finas cortinas y las láminas bordadas que vestían las paredes y las puertas bajo los altos tronos. Los banderines se incendiaron y las chispas de las telas ardientes volaron por el aire. Algunos asientos de madera y puestos de oración también se incendiaron y comenzaron a arder.

Más llamas, procedentes de alguna fuente subterránea, salieron al aire libre en el circuito principal de la iglesia, forzadas a salir por las rejillas de ventilación y los sótanos por una presión considerable. Una larga hilera de estandartes, antiguos estandartes que habían portado los mejores regimientos de la Guardia de Sancour durante la guerra, se incendió y ardió en una masa asfixiante de llamas anaranjadas y humo negro.

Volví a oler la psicomagia. Vi trazos de fuego de disformidad que recorrían la parte superior de la gran cúpula como un relámpago, chisporroteando alrededor de las barandillas metálicas y las tapas de los postes de las banderas. Hizo que la microatmósfera de la inmensa cúpula se agriara y ennegreciera como el cielo en un día en el que el otoño cede paso al invierno. Aunque no podía ver a la forma mental, sabía (sentía) que Grael Magent había subido desde abajo. Había luchado para librarse de la sala de lectura de bronce y de las depredaciones de los marines traidores que se alzaban contra él, y había subido desde el inframundo a la luz del día, tal y como había hecho primero el progenitor del mito de Orphaeus.

La luz cambió en el amplio interior del enorme edificio. Se cuajó y oscureció, no por el efecto de la vaporización, el humo o el polvo, sino por la contaminación del aire. Aunque la luz del día brillaba más allá de las enormes ventanas de la cúpula con suficiente claridad, la noche caía dentro del edificio. La oscuridad nos rodeaba, espesa y con olor a fuego, a cenizas. El pánico puro se apoderó de la congregación que huía.

Miré hacia arriba. Vientos que no deberían existir dentro de un edificio tiraron de mis ropas. En la oscuridad de la copa invertida de la cúpula, vi estrellas que brillaban en un cielo que no debería haber podido ver, un cielo que no podía ser.

Los guardianes, cuyas expresiones benignas de sus máscaras de santos les hacían parecer simplones ante el tumulto, ya no estaban tan empeñados en perseguirme. Bajé los escalones y salí de la comitiva hacia el piso principal de la basílica.

Los zánganos de la oración zumbaban de un lado a otro, perdidos y confusos, sosteniendo pantallas de anuncios que nadie quería leer. El amplio espacio estaba plagado de objetos que la congregación había dejado caer en su prisa por marcharse: pergaminos de oración, láminas de datos, botones, velas, amuletos, flores, pequeños volúmenes de alabanza y órdenes de servicio. Alguien había perdido un zapato. También vi un cuenco de mendicidad volcado y un maza de energía, lo que sugería que algún inválido que buscaba la caridad en el altar había recuperado milagrosamente la vitalidad de sus miembros gracias a la eficacia del miedo y la alarma.

Llegué a los grandes bancos. Estaban casi vacíos, aparte de más objetos desechados. Mi intención era dirigirme hacia las puertas de la calle, en la parte trasera del espacio principal. Estaban atestadas de gente que intentaba salir, pero pensé que cuando llegara a ellas ya se habrían despejado.

Al final de uno de los bancos, vi un cochecito de bebé. Era muy bonito, con una carrocería lacada en negro, ruedas de alambre y una capota de lona. En su pánico por salir, alguien había abandonado a su hijo. Podía oír sus lamentos en el cochecito. Dudé. ¿Podría dejarle allí, solo y desamparado? La visión de un niño abandonado despertó en mí sentimientos que no sabía que estuvieran tan arraigados en mi corazón.

Seguí caminando, a paso ligero, decidida a que apenas podía asegurar mi propio destino, y mucho menos que se me confiara el de un niño inocente, pero la voz de los lamentos me tenía atrapada. Me detuve y me volví.

Fue un error.

El cochecito de bebé estaba vacío. Los lamentos venían de otra parte, de lo alto. Escuché con atención: Pude oír que no era un bebé.

Me había dado la vuelta. Había perdido un tiempo que no tenía.

Uno de los hombres de Balthus se acercaba a mí. Era uno de los guardaespaldas profesionales que Balthus había contratado. El hombre me había visto y se acercaba. Sólo podía suponer que, cuando la conmoción había descendido, Balthus había enviado a su gente para recuperar el único activo que tenía: yo.

Se quitó el abrigo negro y pude ver la protección plateada que llevaba sobre el chaleco azul. Sacó una espada de la vaina que llevaba bajo el brazo izquierdo. Era una hoja fina, no mucho más larga que mi *cutro*, pero de un solo filo y con una ligera curva y gancho. La *segrule*, una variante más pequeña del *salinter*, era un arma de asesino. Tenía un protector de nudillos de plata curvado alrededor de la empuñadura.

¿Me quería muerta, me pregunté? Seguramente no. Tenía instrucciones precisas de Balthus me veía como una propiedad, una mercancía. Habría ordenado que me recuperaran viva.

Me pregunté, por otra parte, hasta dónde llegaría el guardaespaldas para evitar que escapara: ¿un corte en el tendón o en el talón? ¿La extirpación de un miembro?

El guardaespaldas avanzó hacia mí, ganando velocidad, con su espada girada en un asidero llamado "descanso rápido", que la llevaba hacia fuera y a un lado. Me preparé para bloquear con ambas armas. Estaba segura desde el principio de que aquel hombre me superaba tanto en técnica como en práctica.

Se acercó, tentándome a dar el primer golpe. Yo seguía retrocediendo. Finalmente, cuando lo tenía casi encima, me flexioné y le clavé el *cutro*.

Retrocedió con una velocidad asombrosa y volvió a atacarme antes de que me diera cuenta. Volví a clavarle el *cutro*, y giré el mazo de energía para seguirlo. Se alejó bailando de ambos, mostrando más de esa agilidad antinatural. Luego volvió a esquivar.

Volví a golpear y a clavar, pero él evitó ambos golpes. Su *segrule* seguía en reposo. Ni siquiera se había comprometido con su arma. Estaba jugando conmigo. Estaba tan seguro de sí mismo, que dirigía con su cuerpo, sin protección. Pensé en los trazos de hilo de plata en la carne de su cara y garganta, e imaginé la aceleración neuronal que representaba tal incrustación. Era rápido porque estaba ingeniosamente aumentado. Era confiado porque era inhumanamente rápido.

Me rodeó, obligándome a dar la vuelta. Ahora estaba de espaldas al altar. De nuevo, se inclinó hacia mí, sólo un hombro de ventaja para alterar su equilibrio y hacerme reaccionar.

Así que reaccioné. Hice girar el mazo de energía, y lo hice de forma torpe y sin gracia. Luego le clavé el *cutro* como seguimiento, como había hecho cada vez antes. Pero cuando volvió a salirse de mi alcance, presioné con sorprendente convicción en lugar de romper, y volví a golpear con el mazo de energía, esta vez con un trabajo mucho más limpio y fino. El mazo de energía rozó su brazo izquierdo, no lo suficientemente cerca como para hacerle daño, pero sí lo suficiente como para hacerle reconsiderar el juego que estaba

jugando. Inmediatamente, se vio obligado a salirse de la limpia estocada que le hice con mi *cutro*.

De repente, ya no le divertía todo aquello. Vi que su agarre se endurecía. No esperé. Volví a arremeter contra él, un ataque de tres formas: un golpe cruzado con el mazo de energía, una puñalada con la hoja, y luego un golpe y arrastre con el mazo de energía. Su acción, que había comenzado, estoy segura, como un elegante impulso con la *segrule* que debía herirme y cortarme las alas de un solo golpe, sólo para enfatizar su dominio del combate con espada, se convirtió en un apresurado traqueteo de paradas mientras me esquivaba. Su *segrule* crepitó contra mi mazo de energía, y luego sacó destellos de chispas de mi *cutro*.

Se molestó. Cambió de mano (otra señal inequívoca de que un espadachín se está divirtiendo) y me lanzó tres golpes. Bloqueé los dos primeros con la espada y el mazo de energía, y luego esquivé el tercero. Ya no seguía la pauta de golpear y rodear. No había descanso ni consideración entre cada intercambio. Golpeó cuatro veces más, acercándose a mí para separar mi defensa. Paré el primero con mi *cutro,* esquivé el segundo, volví a parar para rechazar el tercero y retrocedí sin elegancia para evitar el cuarto. Casi me he superado a mí misma. El mentor Saur siempre nos enseñaba que los combates con espada se ganaban o perdían con el juego de piernas, y era demasiado fácil dar un paso en falso cuando se reaccionaba instintivamente. Mi salto hacia atrás me había salvado de un golpe, pero había dejado mis pies en una posición inadecuada para evitar el siguiente. El mentor Saur nos había recordado siempre que la esgrima era como el regicidio. Había que leer los movimientos que había por delante, más allá de la acción actual. No era el ataque actual del adversario lo que nos mataría, sino nuestra incapacidad para responder al siguiente.

Mis pies no me movían lo suficiente. Me había agrupado en la colocación y acabé con mi peso en la pierna equivocada. Cuando el guardaespaldas deslizó la *segrule* para aprovechar este error, no

tuve otra opción. Cambié mi guardia izquierda hacia arriba, y golpeé su hoja con el mazo de energía.

Me salvó, pero me vi obligada a sacrificar el mazo de energía. Para efectuar el bloqueo, me había visto obligada a agarrar el mazo de energía con más peligro, y la parada me lo había arrancado de la mano.

Cayó con estrépito sobre las losas.

Inmediatamente, cambié a una guardia lateral, dirigiendo con mi *cutro*. Reducido a un solo arma, me vi superada sin lugar a dudas.

Él lo vio y realizó un ataque de estampida, que yo defendí. Se cruzó y luego me arrancó la manga de la túnica con un pase, aunque me evadí lo suficiente como para evitar el daño real. Me puse en la retaguardia, con la mano vacía en la parte baja de la espalda, con la columna vertebral arqueada hacia atrás para despejar su hoja de guadaña. Inmediatamente me abalancé sobre él, esperando aprovechar la exposición de su extensión, pero fue demasiado rápido. Sus nervios potenciados se encendieron y lo hicieron girar en una pirueta imposible, una rotación que lo sacó de la trayectoria de mi *cutro* y volvió al ataque. Bloqueé, volví a bloquear, paré y me encontré embistiendo el extremo de uno de los bancos.

Sin previo aviso, se separó. Parpadeé, tratando de entender a dónde había ido. De repente, el guardaespaldas estaba luchando con otra persona, un hombre que había atacado de la nada mientras nos enfrentábamos, y cuya aparición había obligado al guardaespaldas a separarse y defenderse.

No sabía quién era este nuevo hombre. Nunca lo había visto antes. Agradecí el respiro que me había dado, pero empezaba a parecerme muy desconcertante que unos desconocidos siguieran intercediendo por mí.

El hombre era grande y muy musculoso. Llevaba un pesado chaleco de color marrón. Llevaba la cabeza afeitada, excepto por una perilla canosa. Tenía viejas cicatrices en el cuero cabelludo y en la cara, ecos de una vida pasada en la guerra. Su expresión era curiosamente de ojos muertos. Me pareció que no le movía nada más que la necesidad de ganar su combate. Era el cansancio del viejo guerrero, endurecido por toda la sangre y el esfuerzo, que reconoce que debe luchar de nuevo para prevalecer. No había hambre en él, ni alegría de la batalla, ni satisfacción por la habilidad en las armas. Alejar a este guardaespaldas de mí era una tarea, una necesidad, y él era sumamente hábil en ello.

Carecía de la velocidad del guardaespaldas. Sus vías neurales no fueron mejoradas de ninguna manera. Lo que tenía era una verdadera y práctica brillantez con la espada, un talento natural que había sido perfeccionado a lo largo de una larga vida en el combate real y no en la sala de ejercicios de un maestro de la espada.

Empuñaba una espada pesada y recta, y llevaba una gauche principal para ahuyentar los contragolpes mucho más rápidos del guardaespaldas.

Empecé a retroceder. Era una oportunidad para correr.

El recién llegado me vio apartarse.

-¡No te atrevas!- me gritó, gruñendo por el esfuerzo de un golpe negociado. **-Siéntate. Espera. No vayas a ninguna parte.**

No estaba especialmente dispuesta a obedecer esta orden. Al darla, había quitado el ojo al guardaespaldas. El hombre de Balthus se abrió paso y le hizo un corte en las costillas a su oponente, a la izquierda. La sangre brotó del corte. Si no se hubiera girado, la *segrule* le habría atravesado el corazón.

Esto molestó enormemente a mi protector. Llamó al guardaespaldas con unas palabras que prefiero no repetir en este disco. Creo que, en ese momento, el guardaespaldas se dio cuenta de que había cometido el más terrible error al enfurecer al recién llegado. Había despertado algo, algo que era mejor dejar dormido. Había lanzado el dolor a la mezcla, y el dolor era un estímulo. El viejo veterano cansado del mundo, tenaz y decidido, se vio repentinamente sacado de su profesionalismo a fuego lento por el aguijón de una herida. Perdió la compostura y se agravó ante el ágil y mejorado asesino que bailaba a su alrededor.

Clavó la gauche principal en el pecho del guardaespaldas, justo debajo del esternón, y lo levantó del suelo sobre ella, como un pez en un anzuelo. El guardaespaldas abrió y cerró la boca rápidamente, totalmente sorprendido. Sus ojos se abrieron de par en par. Dejó caer su espada. Todavía sosteniendo a su víctima del suelo sobre su cuchillo, el recién llegado le cortó el cuello con un solo golpe cruzado de su espada.

Luego dejó que el cuerpo cayera de su cuchillo. La sangre brotó del muñón y borboteó de la herida de la tripa, formando rápidamente un estanque gigantesco en el suelo alrededor de los pies de mi protector. La cabeza del guardaespaldas yacía sobre una mejilla a una distancia sorprendente en un pequeño charco propio.

Mi protector me miró.

-Tienes que venir conmigo, jovencita- dijo.

-¿Ahora sí?-. Respondí.

-Trono- murmuró. **-Cuando pones esa cara, ese movimiento de labios, eres igual que ella.**

-¿Quién eres tú?- pregunté.

-Mi nombre es...- se detuvo. **-¿Qué importa mi nombre? Tienes que venir conmigo.**

-Me has salvado de ese asesino a sueldo, lo cual te agradezco- respondí **-pero no veo el incentivo para hacer lo que dices. Acabas de demostrar que estás dispuesto a decapitar a una persona.**

-Por el bien del Trono- dijo, secándose el corte en el costado. **-Cállate y ven conmigo.**

-No tengo ni idea de quién eres- dije.

-Soy Nayl- dijo. **-Nayl. Soy tu amigo ahora mismo, si dejas de menospreciarme.**

-Tengo otros amigos, señor Nayl- dije.

-Aquí no los tienes- dijo. **-¿Cuál era ese acento? ¿Tuva? ¿Loki?**

-También tengo otros enemigos- añadí.

-Aquí no...- empezó a decir, pero vio mi mirada. Suspiró, volvió a maldecir terriblemente y se volvió. Habían aparecido dos de los otros guardaespaldas, la mujer y otro de los hombres, y venían hacia él con las espadas desenvainadas.

-¡Malditos sean todos!- gritó el hombre llamado Nayl, y se enfrentó a ambos. De repente estaba muy ocupado. Me preguntaba si debía ayudarle.

-¡Beta!- sonó una voz. Me giré y vi a Lightburn al fondo de los bancos. Me hizo un gesto para que me uniera a ella con urgencia. Me pareció que tenía muchas más razones para confiar en Lightburn que en el misterioso señor Nayl. Corrí hacia el Maldito, y

oí a Nayl gritar con furia cuando se dio cuenta de que lo dejaba para luchar con los hombres de Balthus.

Lightburn me agarró del brazo y corrimos hacia la parte trasera de la basílica. La oscuridad llenaba la cúpula, y las estrellas que asomaban no eran estrellas que yo reconociera, ni que quisiera visitar. Estaban descoloridas e inyectadas en sangre, como si procedieran de algún tramo enfermo del espacio. El olor a psicomagia seguía siendo fuerte.

-¿Dónde está Judika?- pregunté.

-En otro lugar- respondió.

-Esa respuesta no es suficiente, Maldito-. Dije.

-Estaba arriba, en los paseos superiores- respondió Lightburn, mirando a un lado y a otro en busca de señales de persecución **-pero le he perdido la pista. Dijo que estaba proporcionando una distracción.**

-Esta no es su distracción- le espeté.

-De hecho, no me lo imaginaba así- aceptó. Miró la monstruosa agitación del espacio sobre nosotros con repulsión. **-No la he visto desde la última vez que nos separamos-** continuó. **-No sé qué ha sido de ti en esta locura.**

Me miró.

-¿Qué ha sucedido aquí?- me preguntó sin rodeos. **-¿Qué has visto? ¿Qué se ha hecho?**

-No puedo decirlo- respondí. Ahora no. **-Tal vez cuando salgamos de aquí y tenga tiempo de reflexionar sobre todo lo que he visto y darle sentido.**

Le devolví la mirada. Había una mirada en sus ojos encapuchados y ansiosos que me hizo sentir que era la única persona en todo el Imperio del Emperador que realmente se preocupaba por mí por mí misma y no como una baratija o mercancía deseada.

-Hoy he visto cosas, Renner- dije, con una emoción que me sorprendió. Se me quebró la voz. **-He visto cosas que nunca pensé ver, y otras que ninguna persona debería ver nunca. Me he desconcertado.**

-Creo que estás en estado de shock- aventuró.

-Supongo que lo estoy- respondí. **-Ahora, dígame, por favor, ¿usted y Jude han ideado algún tipo de plan para esta fuga o es totalmente una improvisación?**

-Hay un plan- dijo. **-De algún tipo-** añadió con menos confianza. **-Tu amigo Judika lo ha ideado, pero no sin la ayuda de ese inútil de Shadrake. Para ser un hombre tan desagradable, tiene su talento.**

-¿Fue Judika a los ancianos de la iglesia, como te dije?- pregunté.

-¡No le he visto!- repitió. **-No la he visto para transmitir tu sugerencia.**

Tenía razón. Ya me lo había dicho. Mi mente estaba en un estado de confusión.

-Iremos hacia el oeste- dijo **-cogiéndome de la mano y corriendo conmigo a lo largo de una columnata dorada bajo uno de los grandes teatros de coro. Hay dos salidas a la calle, donde la multitud puede ser más fácilmente, y, si no, un pasaje lateral detrás de la cripta de Santa Eilona.**

-¿Cómo sabes esos detalles?- pregunté.

-Conozco el lugar- gruñó.

-¿Cómo?

-Trabajé aquí una vez- dijo. Fue una confesión extraña y reticente de la que pareció arrepentirse en cuanto la soltó. No tuve tiempo de aprovecharla y preguntarle más.

Abandonó la columnata y bajó corriendo un pozo de escaleras de piedra que permitía al público y a los fieles acceder a las criptas inferiores. Los rezagados y los enfermos se demoraban aquí, dificultando su salida de la basílica. Cojean y arrastran los pies, físicamente inestables o en estado de consternación. Algunos gritaban ante la escena que les rodeaba y se reprendían a sí mismos.

Nos abrimos paso, y Lightburn empujó a algunos de los malintencionados fuera de nuestro camino. Los escalones estaban salpicados de guirnaldas de flores desechadas, alfombras de oración, monedas votivas y órdenes de servicio agitadas. Algunos de los civiles que pasamos a hombros nos insultaron y nos golpearon con sus manos o con los objetos que llevaban.

Cerca del pie de la escalera, donde el pozo se abría a un amplio rellano con banderas y las paredes estaban colgadas con placas de cobre grabadas de santos y hechos, todas ellas engalanadas como cestas colgantes con ofrendas publicadas o flores y cintas, aparecieron dos de los guardianes enmascarados del templo, nos vieron y se abrieron paso entre la multitud para alcanzarnos.

Preparé mi *cutro*. Lightburn no rompió el paso ni trató de hacernos retroceder. Bajó los escalones para encontrarse con ellos, apartando a la gente de su camino, y empezó a reñirles en un idioma que yo no entendía.

En lugar de atacar, retrocedieron ante él y se marcharon en la dirección por la que habían venido.

Él miró hacia atrás, me agarró de nuevo de la mano y tiró de mí hacia adelante.

-¿Qué ha sido eso?- le pregunté.

-Les dije que la que buscan se dirigía al coro norte.

-¿De qué manera se lo dijiste?- Le pregunté.

-¡No importa!- ladró.

Tuve que pensar que no, pero supuse que les había hablado, con fluidez, en omnes, el idioma o dialecto del templo, una lengua comercial privada que los miembros de la iglesia utilizan para ocultar al público los asuntos de su cargo. Lo hablaba bien, y con la autoridad del uso. Me pareció que el hombre Maldito había sido guardián una vez.

Aparecieron otras tres máscaras pintadas y les ordenó que se alejaran también, señalando y haciendo una demostración enfática. Estábamos casi en la boca del pórtico de piedra en el extremo oeste del gran edificio. Según mi memoria, la calle del frontón estaba más allá.

-Tiene un coche esperando- gruñó Lightburn.

-¿Un coche?

-Un coche que le ha proporcionado un amigo- dijo.

-¿Te refieres a Shadrake?

-Sí, sí. A él.

-¿Y qué amigos tiene?- pregunté.

-Un como-se-llame... mecenas- respondió. **-Alguien a quien le gustan esos malditos cuadros que hace. Ha pedido favores y viejas deudas para ayudarnos.**

-¿Por qué?- pregunté.

-Creo que le gustas- dijo Lightburn. Dudó. **-Creo que yo también le gusto-** añadió con cierta reticencia.

El porche estaba delante de nosotros. Seguimos corriendo, a toda velocidad, viendo la luz del día más allá del arco, con el estruendo de los truenos demoníacos detrás de nosotros.

Una figura se asomaba a contraluz, avanzando a nuestro encuentro. Era una silueta, pero lo reconocí enseguida. Era el hombre de las escaleras, el hombre medio cojo con la espada que había realizado tales hazañas en la escalera de hueso.

Nos detuvimos delante del porche, frente a él. Tenía la espada desenvainada y nos miraba con desprecio, como si su paciencia se hubiera agotado y hubiera gastado más fuerzas de las necesarias para localizarme e impedir mi huida.

- Gauntlet desea Thorn- le oí murmurar en un canal de vox **-desviado por el camino sagrado.**

Dio un paso adelante, sin dejar de mirarme. Intuí que Lightburn estaba dispuesto a atacar, pensando que era un hombre. Sabía lo inútil que sería un ataque así, y lo rápido que el Maldito se arrepentiría y moriría. No había tiempo para advertirle. Le pedí a Renner que no actuara.

Entonces pensé en la fuerza de voluntad, y supe que muy probablemente el hombre estaba a punto de desatar de nuevo su

innegable voluntad sobre mí, y obligarme a hacer lo que él dijera.

Su boca comenzó a abrirse, formando una orden.

Giré el brazalete para desactivarlo.

Las palabras fallaron en la boca del hombre. Quedó mudo por un instante, su poderosa mente se quedó en blanco y se tambaleó sorprendido.

En ese momento, Lightburn sacó su enorme revólver y disparó, sin vacilar, la bala de grueso calibre en la recámara central de su tambor.

El disparo resonó en el compartimento techado del porche, tan fuerte como el día del juicio final. El disparo dio de lleno en el centro de la masa del hombre grande y lo hizo caer. Se tambaleó hacia atrás durante varios metros y aterrizó con fuerza, de espaldas.

El Maldito y yo saltamos por encima de su cuerpo y corrimos hacia la luz del día.

La tercera sección de la historia, que se llama

FEVERFUGUE

CAPÍTULO 30

Más allá de las aguas residuales

La luz del día era feroz. Un sol fuerte y anodino quemaba la calle en un cielo blanco. La luz me hizo entrecerrar los ojos.

El cielo no estaba vacío. Enormes columnas de humo marrón y sucio salían de la inmensa basílica que teníamos detrás, manchando el cielo y creando un pesado manto de niebla en la parte sur de la Reina Mab. Allí donde el viento del estuario llegaba desde las marismas y lo agitaba, el humo se retorcía como un exudado y parecía, de vez en cuando, formar rostros aterradores que miraban fijamente a la ciudad.

La calle, una amplia vía pública, y las adyacentes, eran toda una confusión. Los ciudadanos que salían en pánico del gran edificio de la Eclesiarquía se habían mezclado con las multitudes que se reunían para presenciar el espectáculo. Había un gran ruido, y un gran miedo. La gente gritaba, las campanas sonaban y los oficiales de la guardia estaban atrapados en la marea humana, indefensos como la madera a la deriva.

Buscamos a Judika a nuestro alrededor, pero no había ni rastro de él, ni esperanza alguna (así lo imaginé) de lograr tal objetivo. El Maldito me mantuvo en movimiento hacia algún destino que tenía en mente, y nuestro camino se hizo más libre por el hecho de que mi aura vacía hacía que la gente se alejara de nosotros sin saber por qué.

A Lightburn no parecía molestarle. El Maldito tenía una capacidad admirable para tomarse todo con calma.

A nuestro alrededor, la gente parloteaba como locos.

Había un pequeño patio en el lado sur de la calle del Frontón, donde los vehículos podían detenerse para hacer entregas en las casas de beneficencia. Había varios carruajes, la mayoría de ellos de carga, pero uno de ellos era un hermoso landó con un conductor de servicio.

Cuando nos acercamos, la puerta lateral del carruaje pintado se abrió y vi a Lucrea. Nos hizo señas frenéticas con sus manos manchadas de tinte.

-¡Padua! ¡Padua! Venid- gritó.

Corrimos hacia el vehículo. Active el brazalete. No quería que mi presencia alarmara a Lucrea. Estaba muy nerviosa.

Constant Shadrake, sin afeitar y con aspecto de lobo, estaba en el carruaje con ella.

-¡Ahí está mi chica!- exclamó, sacándose un cigarrillo de la boca para hablar.

-¿Dónde está Judika?- le pregunté.

-¿Quién?- respondió, con el ceño fruncido.

-El chico guapo- regañó Lucrea. **-El amigo de Padua.**

-Oh, él- dijo Shadrake, sin darle importancia. **-Se fue. Ahora, queridos, hay demasiado alboroto aquí. Debemos irnos.**

-Debemos esperarle- dije.

Shadrake me miró.

-Vinimos aquí por ti, querida- dijo. **-No es seguro estar aquí. Es hora de irse. Querida, después de tanto esfuerzo por rescatarte, no te perderemos de nuevo.**

Miré a Lightburn.

-Dice que me encontraste con tu espejo- le dije a Shadrake. **-Fue muy inteligente por tu parte.**

Se encogió de hombros con un cohibido **-no fue nada.**

Le tendí la mano. Shadrake parecía un poco molesto.

-Tu espejo- le dije.

Me la entregó fuera del carruaje con un gesto de admiración.

La cogí. Creo que era la primera vez que la sostenía. Me sorprendió su peso. Lo levanté y miré hacia la basílica.

Era una sensación de desequilibrio. La luz parecía retorcerse dentro del viejo espejo, haciendo que mi estómago se revolviera. Veía el mundo, pero distorsionado. Los ángulos se flexionaban y las líneas se doblaban. Las dimensiones y las proporciones no eran fiables, ni tampoco los colores. Todo estaba teñido de un tinte antinatural, y la propia luz del sol estaba manchada. Vi radiaciones y auras extrañas, sobre todo en el humo que salía del monumento afectado, que, a través del espejo, resultaba especialmente inquietante de contemplar.

La visión me hizo sentirme mareada, pero insistí en él. Estaba segura de que el espejo, objeto curioso donde los haya, era capaz de imaginar e interpretar de algún modo las sombras, las ondulaciones y las corrientes del empíreo, que rueda como un océano justo fuera de nuestro universo mortal, o eso nos enseñaba siempre el secretario. Shadrake me habría percibido, porque, como

paria, habría sido una mancha firme e inflexible en ese mar fluctuante.

Judika seguramente también lo sería.

Le vi antes de darme cuenta. Me distrajo un destello de luz que me recordó la horrible luminosidad sanguinolenta de Grael Magent. Cuando me giré para mirarlo, se desvaneció, pero mi cambio de ángulo reveló una forma pequeña pero muy sólida.

Judika estaba en el otro lado de la calle, junto a una de las entradas de la basílica. Estaba apoyado contra la pared, a la sombra de la puerta, acurrucado como si estuviera herido. La gente que huía del templo pasaba corriendo junto a él sin dedicarle una segunda mirada.

Le devolví el espejo a Shadrake y me puse en marcha de inmediato, esquivando y zigzagueando por la calle atestada.

-¡Eh!- gritó Shadrake tras de mí. Lightburn, con un suspiro, salió a mi lado. Había visto hacia dónde miraba yo, y también había visto a Judika.

Tardamos un rato en llegar hasta Judika. Cuando por fin nos acercamos a él, al principio no pareció reconocerme. Estaba temblando, como si tuviera mucho frío, y su piel estaba manchada y pálida. El sudor la cubría y empapaba su ropa. Se agarraba con los brazos alrededor del torso, como si tuviera las costillas rotas o se hubiera hecho una herida en el costado.

-¿Judika?

Tuve que decir su nombre tres veces antes de que me mirara.

-¿Beta?

-Nos vamos ahora, Jude. Shadrake está esperando. Podemos irnos.

Asintió con la cabeza, todavía temblando. El movimiento de cabeza le provocó una tos, y durante un momento sufrió un doloroso ataque de tos. Le sujete para se apoyará.

-¿Qué te ha pasado?- le pregunté.

Volvió a toser. La tos era áspera y seca. Sonaba doloroso.

-Entré a buscarte- dijo. Cada palabra era un esfuerzo. **-Se desató un horror. Corrí, pero ha dejado su marca en mí.**

-¿Dónde?

Sacudió la cabeza y volvió a toser.

-A través de mi espíritu- dijo. **-Creo que me recuperaré, pero por ahora estoy agotado.**

-Ayúdame a llevarlo al carruaje- le dije al Maldito. Lightburn asintió.

Llevamos a Judika a cuestas hasta el carruaje. Shadrake parecía casi decepcionado al verlo. Entramos en el compartimento (Judika, Shadrake, Lucrea, Lightburn y yo) y Shadrake ordenó al sirviente que se pusiera en marcha. El carruaje, con el traqueteo de la planta motriz, salió del patio y comenzó a arrastrarse entre el tráfico hacia el sur por la calle del Frontón. Muchas personas huían por allí, a pie o en vehículos. Shadrake tiró de la cuerda que gobernaba el claxon de nuestro vehículo en un intento de abrirnos paso.

Ayudé a Judika a acomodarse en un asiento de la esquina contra el marco de una de las ventanas. El carruaje estaba bien decorado, con una rica tapicería de terciopelo rojo y flecos dorados. El techo

del compartimento había sido pintado para mostrar un cielo en trampantojo de nubes y querubines juguetones. Había apliques de lámparas de gas vermeil en la pared.

Era un buen carruaje.

-¿De quién es ese escudo?- pregunté señalando la puerta.

Tardó más de una hora en despejar el bullicio del barrio de la basílica y adentrarse en los distritos del este de la Puerta de la Industria. En las calles más sombrías y menos concurridas, el carruaje pudo avanzar mejor por los adoquines.

Los conos de humo de la basílica se elevaban como una sombría presagia a nuestras espaldas, oscureciendo incluso las montañas del oeste.

Casas de madera (Woadhouses en el original nt), que era el nombre por el que se conocía a este distrito, había sido originalmente la tierra por encima de los pantanos donde los primeros colonos habían talado la madera y levantado las primeras aldeas que habían creado en la Reina Mab. No era un barrio salubre. Los habitáculos ya no eran de madera, sino que eran lúgubres y abultados, y habían sido dejados sin mejorar y en decadencia. Los daños causados por el agua manchaban las paredes de hormigón armado y las tejas de yeso. Las tejas estaban parcheadas e incompletas. Las aceras y los terrenos baldíos estaban cubiertos de maleza y repletos de residuos oxidados. Sabía que estaba más cerca que en muchos años de los pantanos en los que nací, pero si esta proximidad me servía de algo, tenía pocas ganas de seguir explorando.

La gente había salido de sus casas a lo largo de las calles de las Casas de madera para observar el humo distante y la conmoción.

Eran pobres y rudos, y miraban con recelo el paso de nuestro carruaje.

Pasamos por zonas industriales desamparadas, muchas de las cuales estaban embargadas y abandonadas. Los locales comerciales estaban cerrados y tapiados, y los almacenes parecían vacíos y olvidados. Empezamos a ver los espejos planos y grises de las Aguas Residuales, la vasta red de embalses de desbordamiento que rodeaban las Casas de madera, que almacenaban el agua de las marismas como reserva para la ciudad. Eran como pequeños mares, o lagos contenidos por diques en tierras bajas. Eran lúgubres en la luz plana, sus superficies temblaban por los vientos. Unos cuantos habitáculos, cobertizos y pilones marcaban los bordes de los lechos de roca. Nuestra carretera atravesaba el paisaje por un terraplén. Esta parte humilde y húmeda de Queen Loca se sentía carcomida y estancada, como si el ministerio de agua, que socava el suelo anegado, le quitara lentamente la vida.

Al anochecer, nos dirigimos por un camino asfaltado que rodeaba el borde del estanque más oscuro y misterioso de Aguas Residuales, un vasto pozo de agua limosa, hacia una sombría y negra cadena de árboles. Esto, según me dijo Shadrake, era la última parte que quedaba del bosque original que había existido antes del ascenso de la Reina Mab.

Durante el largo y cada vez más deprimente viaje, nos habíamos sentado en silencio en el traqueteante carruaje. Yo estaba demasiado aturdida y agotada por los acontecimientos del día como para formular preguntas adecuadas sobre nuestro destino o propósito, y Shadrake se mostró evasivo. Abrió varias botellas de amasec y encendió numerosos cigarrillos, con la parlanchina y risueña Lucrea como compañera de juergas. Me dijo que el blasón era el escudo de su familia patrona, y que le habían prestado el vehículo como un favor, y que nos dirigíamos a su finca como un lugar para pasar desapercibidos, fuera del camino. Cuando le pregunté por qué eran tan serviciales, me dijo que le debían una o

dos contraprestaciones, y que les había prometido un cuadro mío. Confiaban en su criterio sobre la calidad de los modelos. Su nombre, dijo Shadrake, era Quatorze. Eran de la vieja guardia. Me gustarían.

No había oído hablar de ellos.

Se negó a ser atraído más, y actuó como si todo fuera una emocionante sorpresa por venir. Bebió. Lucrea se reía y tocaba la viola para acompañar algunas canciones tontas. Lightburn se sentó en un silencio de mala gana, y aceptó unos cuantos tragos de la botella de amasec.

Judika estaba sentado junto a la ventana, acurrucado bajo un abrigo, temblando aún y mirando el agua negra y sombría que se deslizaba fuera.

De vez en cuando tosía. Se notaba que estaba enfermo. Era una tos seca y cada ladrido iba acompañado de un crujido como la estática de la voz.

Shadrake intentó cambiar de tema preguntándome qué había pasado en la basílica. Yo ofrecí poco. Me senté, agotada, y dejé que el balanceo del carruaje me adormeciera.

Cuando me desperté, el carruaje había encendido sus luces y se movía por un largo camino de barro negro bajo un túnel de árboles centenarios. Los árboles parecían estar cubiertos de sombras más que de hojas. En un claro más adelante, también cubierto por árboles oscuros y venerables, había una casa, un montón de piedra de tamaño considerable.

-Ajá- dijo Shadrake, ya ebrio como un señor. **- Aquí estamos. Feverfugue.**

CAPÍTULO 31

Que se refiere a la casa de los Quatorze

La casa se llamaba Feverfugue. Esto me lo dijeron, no me lo enseñaron. No había rastro de una placa con el nombre en el portón de hierro negro ni en las desconchadas puertas delanteras.

Era un lugar de cierta envergadura, con varias alas. La parte principal estaba construida con una piedra azul-grisácea que no era propia de la prefectura de Hércules. La piedra parecía húmeda, como si el clima la hubiera cubierto de baba. O eso, o que brillara naturalmente como una piel de serpiente. El tejado era de dos aguas y estaba compuesto por tejas negras que parecían las escamas de un reptil mayor. No estaba en buen estado. El musgo cubría algunos tramos del tejado y colgaba de algunos de los canalones. Las ventanas eran poco luminosas y apagadas en marcos que se habían podrido con el aire del pantano. Por todos lados, el césped estaba cubierto de maleza, y los árboles se imponían, bloqueando la luz con sus formas negras, dibujándose a medio camino en el aspecto de la casa como un abanico sobre un rostro recatado. Feverfugue había sido construida en el antiguo bosque, pero éste ya había empezado a reclamarla.

Cuando llegamos, en un atardecer que se deslizaba alrededor de las pequeñas luces de nuestro carruaje como una niebla, parecía que sólo vivía una persona en todo el lugar. Shadrake había hablado de los Quatorze como un "ellos", como una "familia", como "patrones", pero rápidamente se reveló que simplemente se había referido a su pasado. Eran "ellos" en la medida en que eran sangre antigua, un linaje noble, pero "ellos" eran simplemente Alace Quatorze, la última del linaje.Tenía sirvientes y criados para atenderla, y llevar la casa de Feverfugue, pero era un ser solitario.

Había sido hermosa, y lo seguía siendo, supongo, pero era muy vieja. Los tratamientos de rejuvenecimiento la habían conservado. Era como una antigüedad sin precio: en perfecto estado, pero rara y delicada.

Sus sirvientes, todos vestidos con una librea tan azul-gris como las piedras de piel de serpiente del lugar, nos llevaron desde el carruaje a un salón iluminado con muchas velas y candelabros. La penumbra se tornaba dorada, aunque había una cualidad en la luz de los pantanos, al anochecer, que hacía que todo pareciera lavado o diluido por el exceso de agua de la región.

El personal era adusto y poco hablador. No teníamos equipaje. Nos llevaron a una sala de estar donde se había encendido a regañadientes un pequeño y escaso fuego en una vasta y ornamentada rejilla. Nos iluminaron con más velas. Ayudaron a Judika a sentarse en un sillón, y los sirvientes fueron, por orden de Shadrake, a buscar comida y algo de beber.

Aunque magnífica, la habitación olía a humedad y a alquitrán de hulla. Al igual que el vestíbulo que habíamos atravesado, el lugar se encontraba en un estado de elegante decadencia. Las alfombras y moquetas estaban descoloridas y desgastadas, y había manchas de agua que atravesaban las tablas del suelo antes pulidas. En las paredes y en el techo se veían manchas oscuras bajo el pálido yeso, como las sombras de bestias submarinas que pasan cerca de la superficie. Todos los muebles, aunque de buena calidad, estaban viejos y raídos, con cada junta y hendidura que necesitaba ser pegada y golpeada.

Estaba preocupada por Judika. Su tos empeoraba y no mostraba signos de mejora. Empecé a darme cuenta de que la cualidad rasposa de su tos recurrente me recordaba a la misma molestia en la garganta del secretario. Me pareció extraño. La tos del secretario había sido una afectación. La de Judika era el resultado de una

enfermedad o lesión. Quise examinarle, pero no lo permitió. Evidentemente, sufría algún dolor en el torso.

Lightburn se paseaba. Lucrea se sentó en un sofá y dormitó. Shadrake terminó su última botella de amasec y se puso a hablar sin sentido mientras esperaba que le trajeran nuevas provisiones.

Los sirvientes estaban tardando mucho. Me acerqué a la puerta y volví a mirar hacia el vestíbulo. Aunque me alegraba estar libre de las garras de Balthus, de la Eclesiarquía y de quien fuera, no me sentía cómoda en este retiro. Olía mal.

Lucrea apareció a mi lado, bostezando y frotándose los ojos.

-¿Hay comida ya, Pad?- preguntó.

-No- respondí. **-¿Has estado aquí antes?**

Negó con la cabeza.

-Sólo Shadrake viene aquí- dijo. **-Es un honor para nosotros.**

-No sé quiénes son los Quatorze- dije. **-Creía que conocía todas las familias y linajes de la Reina Mab.**

-¡Padua!- exclamó con una carcajada. **-¿Cómo es posible que las conozcas todas? Nadie podría conocerlas todas.**

Me corregí a mí misma. Un desliz desprevenido.

-Quiero decir- dije **-que no he oído hablar de ellos nunca, ni siquiera de Shadrake.**

-Los conoce desde hace mucho tiempo- respondió Lucrea. **-Les gusta su trabajo. Su ojo.**

O lo que su espejo muestra su ojo, pensé.

-Veo que no lo aprecian lo suficiente como para colgar su obra- dije.

Ella negó con la cabeza.

-Tienen una sala especial para eso- me dijo. **-Lo dijo Shadrake.**

Miré el escudo de la familia. El motivo del escudo aparecía también en la sala, en varios escudos de yeso y en un tallado heráldico hecho de yeso.

-No conozco las armas- dije. **-Tampoco parece que se relacionen con otras armas de la ciudad. Normalmente, un escudo muestra elementos de otro, para revelar cómo las dinastías se han mezclado por matrimonio y acuerdo.**

Olfateó y miró ella misma el escudo más cercano.

-No lo sé- dijo **-y no pareció importarle.**

Luego, como una idea tardía, añadió: **-Pero sí sé que ha sido repintado.**

-¿El escudo?

-Todo. Se nota por el color y la intensidad de los azules y rojos que se han aplicado después. Se hizo hace tiempo, años supongo, pero el diseño no es tan antiguo como el resto de la decoración.

-¿Alguien ha rehecho el escudo?- pregunté.

Asintió con la cabeza.

-¿Y estás segura de ello?

Sonrió. Por supuesto que lo estaba. Había pasado muchos de sus pocos años en las tiendas de pigmentos de la comuna de la calle Lycans. Era lo único que había estudiado y trabajado. Sus dedos manchados daban fe de sus conocimientos. Sabía lo que era la pintura: cómo se mezclaba, cómo se secaba, cómo se gastaba y cómo envejecía.

Volvimos a la habitación. Lucrea se acercó a la rejilla para calentarse. Lightburn se acercó a mí y siseó: **-Tengo una sensación desagradable de este lugar. Creo que, en cuanto amanezca, deberíamos irnos.**

-Yo también lo creo- respondí. **-A Shadrake no le gustará. Y debemos encontrar la manera de llevar a Judika.**

Asintió con la cabeza. Todavía tenía la carga de entregarme sana y salva a la madre Mordaunt, dondequiera que estuviera, y, aunque ese plan se había desbaratado de mala manera, tenía la intención de completarlo.

Los sirvientes volvieron de repente con bandejas de plata con comida y bebida. Con ellos llegó Alace Quatorze.

Era la primera vez que la veíamos.

Era de estatura media para una mujer, y tenía una complexión delgada, que la hacía parecer más alta. Su pelo negro, demasiado negro para su edad física, era muy corto, como el de un niño. Era evidentemente antigua, pero no había ni una línea en su piel blanca. Sus ojos eran grandes y oscuros, como los de un gato. Como ya he dicho, era muy hermosa, pero no lo era como suele serlo una mujer. Era hermosa como lo es una estrella, como un carnodonte, como un océano en una tormenta.

Llevaba un vestido blanco, largo y recto, muy elegante, y parecía que se dirigía a un gran baile de sociedad cuando llegamos y la obligamos a cambiar sus planes.

-Constant- dijo. Su voz era como la brisa del bosque.

-Querida- respondió, inclinándose y adulando.

-Has traído amigos- dijo ella.

-Con tu permiso- dijo él. **-Como ya he explicado, hubo algunas dificultades. Su ayuda ha sido muy apreciada. El uso de su carruaje, y permitirnos ser invitados aquí...**

-Tenemos muy pocos visitantes en Feverfugue- dijo ella. **-El clima no les gusta a muchos. Lo encuentran lúgubre. Pero puede ser un buen lugar para esconderse, aquí abajo, más allá de Aguas Residuales.**

Miró a Lucrea, que estaba a la sombra de Shadrake con la cabeza humildemente inclinada.

-¿Es ésta la chica?- preguntó Alace Quatorze.

-No, no- se rió Shadrake. Señaló hacia mí. **-Es ella. Padua.**

Alace Quatorze se volvió y me miró con sus extraordinarios ojos.

-Por supuesto- dijo. **-Debería haberla visto. Es muy bonita. Hola, Padua.**

-Madame- respondí.

Se acercó a mí.

-Constant me ha hablado mucho de ti- dijo **-y ya veo por qué. Le pareces un tema excelente e inspirador para su trabajo. Tiene una gran habilidad, pero sólo los mejores modelos sacan lo mejor de su mano y de su ojo.**

No supe qué decir.

Me dice que eres una paria- dijo.

Empecé a ponerme nerviosa.

Rápidamente levantó una mano tranquilizadora.

-No hay que alarmarse- dijo. **-Sé que es un secreto, pero Shadrake tiene buen ojo para esas cosas.**

-Un espejo, más bien- dije.

-Un espejo- dijo Alace Quatorze. **-Uno que le regalé hace años, cuando era un artista en ciernes cuyo potencial fue reconocido por mí y sólo por mí.**

-¿También lo viste a través del espejo?- pregunté, quizá con sorna. Se rió, como si fuera una sugerencia totalmente legítima.

-Sí, lo vi. Lo vi- admitió. **-Lo vi a través de él y supe que podía hacer más bien que yo. Desde entonces ha pintado para mi deleite. Tengo varias obras suyas, todas por encargo. Deberías verlas.**

-Me gustaría- mentí.

-Pero de tu estado- dijo ella, más seria e interesada de nuevo. **-Me imagino que estás limitada.**

-Lo estoy.

-¿Cómo? ¿Un brazalete? ¿Un collar? ¿Un implante?

-Un brazalete- dije. Dudé y levanté la muñeca para mostrársela.

Ella asintió, fascinada.

-Sabes mucho sobre... mi especie- dije.

-He hecho un estudio- dijo. **-El tema me interesa. En realidad, es sólo un interés amateur, pero siempre he querido conocer a uno.**

-No hay mucho material sobre el tema de... mi clase- dije **-que esté disponible libre o públicamente. En su mayor parte, está oculto o restringido. Los seres como yo no existen oficialmente.**

-Lo más raro de todo lo raro-. Sonrió. **-Y tener dos en una habitación.**

De nuevo, me sorprendió su percepción. Estaba mirando a Judika, acurrucado y desamparado en la silla. Apenas se dio cuenta de que los ojos se habían vuelto hacia él.

-Yo también vi su brazalete. Sois amigos. ¿Vinieron, tal vez, de la misma escuela?

-¿Escuela?- repetí.

Alace Quatorze sonrió.

-Conozco la escuela, Padua. Igual que sé que Padua no es tu verdadero nombre. Conozco el Gran Laberinto, querida, y sé que cayó trágicamente hace unas noches, después de una larga existencia como educador secreto de las almas más especiales de todas.

-¿Has estado allí?- pregunté.

-Nunca- dijo **-pero hace tiempo que lo sé. Me ocupo de conocer esta ciudad. Era un recurso que pretendía utilizar, pero nunca tuve la oportunidad de hacerlo. Ahora ha desaparecido, gracias a los brutales enemigos de la verdadera humanidad, pero he rescatado, quizá como pequeño consuelo, a dos de sus almas perdidas.**

-¿Y qué quieres a cambio de ese rescate?- pregunté.

-Nada- sonrió **-o no mucho. Quiero ayudar a curar a tu amigo enfermo, herido por la psicomagia.**

-¿Lo sabes?

-He visto el efecto antes. También quiero que Constant te pinte.

-¿Pintarme?

-Sí, aquí, en Feverfugue. Tengo material preparado. Quiero que te pinte para mí. Que te pinte sin el limitador.

-¿Por qué?

-Porque me encantaría tener una obra tan singular.

-¿Y qué más?- pregunté.

Ella negó con la cabeza.

-Nada más. Nada. No quiero nada más de vosotros. Si deciden decirme sus nombres, será un honor, pero podemos conformarnos con fingir si no quieren hacerlo. También me gustaría mucho que desconectaras tu limitador por un momento, pero que lo hagas o no depende de ti.

La miré. Sólo había amistad y franqueza en sus grandes y extraordinarios ojos. Entonces me di cuenta de que tal vez no había nada en absoluto.

-¿Para quién trabajas?- pregunté.

-¿Para quién trabajo, querida?

-¿A quién representas?

-A nadie. Sólo a los intereses de mi familia.

-Tu familia ha cambiado de nombre y de armas, ¿no es así? pregunté. No siempre habéis sido Quatorze.

-No lo hemos sido. Soy la última de una línea mucho más antigua. Mi sangre viene de fuera del mundo y está mezclada con la historia. Tanto es así, que hace tiempo fue prudente cambiar nuestra identidad para evitar... que nos siguieran los problemas.

-Dices "nosotros"- dije **-pero sólo estás tú, ¿no?**

Ella asintió. **-Soy la última.**

Le dije: **-Apagaré mi brazalete si accede a decirme el nombre real de su familia.**

Pensó un momento, sonrió y dijo: **-No veo ninguna razón por la que no podamos estar de acuerdo las dos.**

Le sostuve la mirada por un momento. Luego desactive el brazalete sin ceremonia. Judika no reaccionó. Shadrake y Lightburn dieron un paso atrás. Lucrea retrocedió con una sorpresa involuntaria.

-¡Padua!- jadeó. Podía ver su miedo, cómo la repelía de repente.

Alace Quatorze simplemente sonrió. No se apartó de mí.

-Qué delicioso- dijo. Cerró los ojos y respiró profundamente. **-Es tan maravilloso cuando todo se calma-** dijo.

Volví a activar el brazalete. Abrió los ojos y me miró.

-Gracias- dijo.

-Ahora te toca a ti- respondí.

-Muy bien- dijo ella. **-¿Quién crees que somos, Padua? Parece que tienes alguna sospecha y me gustaría ver si es correcta.**

-¿El nombre real de tu familia es... Chase?- pregunté. **-¿Eres Lilean Chase?**

Parecía realmente sorprendida.

-No, no- se rió. **-No soy ella. Te has equivocado.**

-Entonces, ¿quién es usted?

Volvió a mirarme a los ojos.

-Mi apellido es Glaw- dijo.

Me decepcionó. Nunca había oído ese nombre.

CAPÍTULO 32

Teke el sonriente

Alace Quatorze nos invitó a reunirnos con ella en el comedor, donde se iba a servir una comida. Cuando se vio que Judika estaba demasiado enfermo para ser movido, le pusimos cómodo en un sofá con una manta encima.

-Haré que le preparen una cámara para la cama- dijo Alace Quatorze.

-Necesita algo más que una cama- se burló Renner Lightburn.

Alace Quatorze lo miró con dureza.

-Tiene razón, señor- le dijo, relajándose ligeramente. Creo que se había revelado ante la insolencia de un hombre tan común. Les dijo a sus sirvientes que mantuvieran la comida caliente pero que retrasaran el servicio.

-Necesito saber qué le ha pasado- dijo.

-No sé lo que le pasó- le contesté.

-Entonces dime lo que sabes- dijo.

Lo hice. Lo hice con cuidado, de forma selectiva. Le expliqué que había sido capturado por los agentes de la familia de los Guardianes oscuros cuando estaba huyendo. Dije que me veían como una especie de activo mercantil.

-Todo lo ven así- respondió Alace Quatorze. **-Oh, los Guardianes oscuros. Son una familia antigua, quizás la más antigua de todas. La más antigua del sector, ciertamente. ¿Cuál es el nombre del joven y arrogante desgraciado que ahora encabeza la familia?**

-¿Balthus?- sugerí.

Ella asintió. **-No tengo tiempo para él. Durante los últimos ocho siglos, nuestras líneas de sangre han coexistido en la región de Helican. Los Guardianes oscuros siempre se destacaron en el servicio. Eran proveedores y procuradores, y podían obtener los objetos y artículos más extraordinarios.**

Me miró con sus notables ojos.

-No me sorprende que te hayan valorado tanto, querida.

Me encogí de hombros.

-En su día- continuó **-los Guardianes oscuros sirvieron a mi familia muy bien.**

-¿Te refieres a los Glaws?- pregunté.

-Sí. Siempre se podía confiar en los Guardianes oscuros para que proporcionaran todo lo que mis antepasados necesitaran y lo entregaran en cualquier lugar de los tres submarinos. Pero su actitud ha cambiado. Ya no parecen contentarse con servir, ni con una magnífica reputación de servicio. Quieren el poder directamente para ellos, en lugar de la influencia indirecta. Están potenciando el negocio familiar. Creo que fue cuando vimos por primera vez signos de esta ambición cuando mi familia empezó a reducir la cantidad de negocios que hacíamos con el emporio.

-¿Qué tipo de influencia quieren?- pregunté.

-Sólo hay una clase, Padua- respondió.

Se sirvió un vaso de agua de una jarra de cristal que había en una mesa auxiliar y bebió un sorbo.

-Continúa- me dijo.

Miré a mi público: Renner, junto al fuego, observando las llamas y escuchando; Shadrake, bebiendo de una copa y dibujándome mientras yo hablaba; Lucrea acurrucada en el sofá a su lado; Judika muerto para el mundo.

Le conté que Balthus me había llevado a la iglesia con, a mi entender, la intención de venderme a la Eclesiarquía. No les hablé del libro de Lilean Chase, que sabía que Lightburn aún llevaba en su abrigo para mí, ni mencioné a los Ordos o a los Cognitae. Pero sí mencioné, por curiosidad, al "Rey" y al "Ocho", tal como me los habían mencionado.

-El hombre de Balthus, Lupan, habló del "programa"- dije.

-¿Y estos términos son desconocidos para ti?- preguntó Alace Quatorze.

-Creo que son formas inusuales de referirse a cosas que ya conozco- dije. **-Creo que el programa se refiere al trabajo en proceso del Gran Laberinto, y a la producción de agentes de campo parias de muy alta capacidad para el servicio de la humanidad.**

-Creo que tienes razón- dijo ella.

-Lo que hace que el Rey, y los Ocho, formen parte de la autoridad que controla el Gran Laberinto- dije.

Ella asintió.

-¿Le resultan familiares estos apelativos?- pregunté.

-Orphaeus es la nomenclatura del Rey, también conocido como el Rey de Amarillo, o el Rey de Amarillo- dijo. **-Es un título honorífico y ritual que se otorga al mayor operativo de control en el Subsector Angelus. Ha habido un Rey de Amarillo desde que mi familia puede recordar. Dudo que haya sido siempre el mismo.**

-¿Y el Ocho?- pregunté.

-Su círculo íntimo. Los confidentes del Rey. Sus consejeros. Sus familiares. Sus iniciados. No sé cuántos son.

-¿Ocho, seguramente?- dije.

Ella me miró, ligeramente sorprendida, y luego sonrió como si estuviera encantada con algo que nunca se le había ocurrido.

-Tienes razón, por supuesto- dijo. **-Debe ser eso.**

Aunque quería ser prudente, no pude resistirme a hacer otra pregunta.

-Cuando dices "mayor operativo de control", te refieres a la Inquisición, ¿no?

-Oh, sí- dijo **-absolutamente. ¿Tenías alguna duda?**

-No- dije.

Bien.

-También he oído mencionar la palabra "grael"- dije.

No hubo reacción. No parpadeó.

-El grael es un concepto- dijo claramente. **-En términos de la antigua tradición esotérica de la humanidad, es simplemente una referencia simbólica. Un grael. Un grial. Literalmente, una copa o cáliz que contiene alguna esencia inmutable o divina. En los primeros tiempos de la religión, en la Iglesia católica, por ejemplo, el grial era una reliquia sagrada, pero no era literalmente una copa.**

-¿Te refieres a los dogmas y credos anteriores al surgimiento del Culto Imperial?- pregunté.

-Sí, antes del culto, antes de la Eclesiarquía, antes de la Lectitio Divinitatus. De hecho, antes de la guerra que unió Terra y permitió la Gran Cruzada. Había muchas creencias en aquel entonces, y las formas del mito del grial eran comunes entre ellas.

-¿Así que es simbólico?- pregunté.

Asintió con la cabeza y tomó otro sorbo de agua.

-Se ha utilizado como clave para muchas cosas. Se decía que era la copa de la que bebía un personaje proto-mesiánico en una cena ceremonial, y que como tal tenía propiedades vivificantes. También se decía que era un recipiente que había recogido gotas de su sangre en su muerte, y que por tanto había sido igualmente bendecido. Otros credos lo tomaron de forma menos literal: el grial contenía su sangre, en tanto que era una línea de sangre. La línea de sangre genética del mismo mesías. Entonces, una persona podía ser un grial.

-¿Así que simboliza la genética?- pregunté.

Alace Quatorze se encogió de hombros.

-Creo que se trata más bien de la herencia. La herencia y la transmisión de cualquier cosa valiosa de una generación a otra: genética, información, datos, conocimientos. En otras partes de la tradición, el grial representaba el conocimiento secreto de los arquitectos, que se transmitía a través de sus hermandades. En los tiempos más antiguos, las habilidades de un arquitecto eran las más preciadas. Eran los albañiles, los que entendían cómo construir monumentos, los que entendían cómo construir la casa para Dios.

-Una maison dieu- dije.

Ella se rió.

-Una maison dieu, en efecto- dijo con un destello de alegría en sus ojos. **-Te felicito por tu conocimiento del Viejo Franco. La construcción de templos es nuestro acto de fe más antiguo, y aquellos que conocían las habilidades para realizar tal tarea eran inmensamente valorados. Los constructores de templos transmitían sus conocimientos en secreto a los novicios de su círculo. Por supuesto...**

Se quedó pensativa.

-¿Por supuesto qué?- espetó Lightburn, traicionando el hecho de que había estado más interesado de lo que su actitud sugería. Suponía que un hombre que había vivido una vez en un templo, y cuya vida estaba determinada por él, estaría intrigado por esta charla.

Alace Quatorze se volvió para mirar al Maldito.

-Iba a decir que incluso en este contexto, señor, el concepto de "arquitecto" puede ser alegórico- dijo. **-Puede que no estemos hablando literalmente de hombres que podían construir templos. Puede que nos estemos refiriendo a creadores.**

Creadores de vida. Arquitectos del cosmos. Puede que estemos hablando de esos raros seres que están construyendo algún gran diseño más allá de la escala del hombre mortal.

-Entonces, ¿el Dios-Emperador sería uno de esos arquitectos? - dije.

-Sí- respondió ella. **-Y los primarcas sagrados, sus antiguos hijos, también tramaron de esa manera, para bien o para mal. En cierto modo, ambos buscaban su grial, y eran sus griales.**

-¿Qué hay de este contexto?- pregunté.

-La tradición del Grial es rica aquí en el Subsector Ángelus- dijo. **-Piensa en el nombre de este mundo. Sancour. "Corazón sagrado" en franco antiguo. Este mundo siempre ha sido el corazón sagrado de las ambiciones del Rey de Amarillo.**

-¿Cómo?- pregunté.

-Él lucha una batalla aquí, en nombre de la humanidad. Una guerra eterna. Una guerra eudaemónica. Una guerra de demonios buenos.

-Construimos ángeles para enfrentarnos a la oscuridad- dije, recordando las palabras de Lupan.

-Siempre lo hemos hecho. Creamos ángeles, o utilizamos demonios. De cualquier manera, tomamos el poder de lo divino y lo volvemos contra la fuente. El Orphaeus del antiguo mito era un músico y un mago. Con el poder de su música, su canción, sus propias palabras, fue capaz de conquistar el cielo y el infierno. Se adueñó de las propiedades divinas y las volvió contra lo divino. Por extensión, podemos suponer que nuestro Orphaeus está aprendiendo las propiedades de la disformidad, del propio empíreo, para utilizarlas contra la disformidad.

Me miró para leer mi expresión.

-Por supuesto, eso es simplemente una teoría. Pero puedes entender por qué un Orphaeus así querría una escuela de parias para ese trabajo.

-Como defensas para mantenerlo a salvo de lo que está tratando de dominar- dije.

-La única defensa natural conocida por la humanidad- respondió. **-Serían tropas de primera línea en su guerra eudaemónica. Seríais sus demonios buenos.**

-El propósito de la Santa Inquisición es proteger a la humanidad de la influencia de la disformidad- dije. **-Ahora veo que a veces debe correr grandes riesgos para hacerlo eficazmente. Debe conocer a su archienemigo. Debe aprender a controlar la misma llama que desea extinguir.**

Me levanté y me serví un vaso de agua. Shadrake seguía dibujándome, pero su cabeza se tambaleaba. Toda la bebida le había dejado muy somnoliento. Alace Quatorze y Renner Lightburn eran los únicos que realmente escuchaban. Me di cuenta de que nos habíamos desviado. No había llegado a la parte en la que Judika había sido herido. Rápidamente, les conté los esfuerzos realizados para venderme a los ancianos de la Eclesiarquía. Les hablé de la visita a la sala de lectura de bronce.

-El confesor, Hodi, parecía saber lo del Rey y el programa- dije. **-Eso me sorprendió.**

-No te sorprendas- respondió Alace Quatorze. **-La Iglesia es una sombra debajo de todo. Sabe mucho más de lo que admite, y detrás de su apariencia real se esconde una entidad capaz de una inmensa intriga.**

-Ciertamente, tiene oscuros secretos que ocultar- dije. Le hablé de las pruebas a las que me había sometido, del ensayo de Enuncia.

Parecía asombrada. Su reacción fue, por primera vez, muy sorprendida.

-Enuncia. Así que eso es lo que hace la Iglesia: el lenguaje de la Creación. El lenguaje primigenio del Caos, del hacer y deshacer. ¿Recuerdas las palabras que te hicieron decir?

Sacudí la cabeza, pues no lo hacía.

-Es una idea muy astuta- dijo **-utilizar a los parias de esta manera. Como mecanismo de entrega de Enuncia. Un paria es inmaculado y no puede alterar el poder de la palabra. Podrían empezar a construir una obra de iniciación: un grimorio.**

-¿Un grimorio?- pregunté.

-La palabra- dijo **-está muy relacionada con el significado de "gramática". Me refiero a una gramática mágica, que les permitirá utilizar las palabras de la magia para remodelar la realidad y oponerse a la disformidad. Considera incluso el significado de la palabra "hechizo". En el principio estaba la palabra, Padua querida, y el lenguaje de la palabra era el lenguaje del conocimiento, y el conocimiento era el precioso secreto guardado dentro del grial.**

Me miró de nuevo.

-¿Estás segura de que no recuerdas ninguna de las palabras?

-Bastante segura- respondí.

-¿Qué ocurre?- preguntó Lightburn.

-No lo sé- dije. **-No es nada-.** Por un momento, me pareció que había oído algo fuera.

-No importa cómo uno pueda justificar de otra manera las actividades esotéricas y poco ortodoxas de la Eclesiarquía- le dije a Alace Quatorze **-no hay duda de su corrupción inherente y diabólica-.** Le hablé de los mediadores, del monstruoso Scarpac y de sus afines de la hueste.

Ella palideció al pensar en ello.

-Marines traidores- susurró. **-Por tu descripción, no tengo duda de que eran de la Decimoséptima Legión. Eran los Portadores de la Palabra de la antigua Colchis. Bendita sea la misericordia que nos salve de que monstruos de esa clase estén aquí en Sancour. Tienes razón. La Eclesiarquía debe estar condenada y triplemente loca para conspirar con tales criaturas. No es de extrañar que la ciudad esté en peligro. No es de extrañar que las instituciones de la Santa Inquisición, como el Gran Laberinto, hayan sido atacadas y aniquiladas. El Archienemigo está aquí. El gobierno imperial está claramente fallando.**

Era una noción sombría. Era algo que había estado imaginando durante varios días, y escuchar a otra persona expresarlo me hizo sentir escalofríos.

Empecé a contarles el resto, sobre la aparición de la forma mental que se había autodenominado grael, y sobre la batalla que había seguido, durante la cual, supuse, Judika había resultado herido.

Pero me distraje de repente. Había oído algo: la risa de unos niños. Venían de fuera.

Al menos dos veces en los últimos días, los eventos traumáticos habían sido precedidos por ese sonido. Justo antes del ataque al Gran Laberinto había oído la risa de los niños, y me había dado

escalofríos. Otra vez, en la comuna. Y en la confusión de la sala de lectura de latón, no podía estar segura de que la risa de los niños no hubiera resonado en algún lugar del fondo.

-¿Hay niños aquí?- pregunté bruscamente.

Alace Quatorze parecía atónita.

-¿Niños?- dijo.

-¿Hay niños aquí?- repetí con firmeza.

-Yo...- comenzó. Sacudió la cabeza con incredulidad. **-¿Cómo pudiste saberlo? Hemos sido muy discretos.**

-¿Hay niños aquí, Madame Quatorze?

Parecía casi consternada por su sorpresa.

-Uno- admitió. **-Sólo uno de los niños. No comprendo cómo puedes saber eso. ¿Alguien te lo ha dicho?**

-Puedo oírlos- dije. **-Puedo oírlo.**

Se levantó. Parecía atónita.

-Por favor. Por favor, Padua. Debemos tener mucho cuidado. No podemos alterar a los niños.

-Creo que debemos verlos- dijo Judika.

Se había puesto en pie. Seguía pálido y enfermo, y estaba en una postura incómoda, como si le dolieran las costillas.

Pero sus ojos brillaban con una furia silenciosa.

-Deberías sentarte...- comenzó diciendo Alace Quatorze.

-No- le espetó.

-Creíamos que estabas durmiendo, Jude- dije.

-Estaba fingiendo-dijo él, sin apartar la mirada de ella. **-He oído lo que has dicho. La has interrogado bien, Beta. Un interrogador estaría orgulloso. Al ofrecerle tu propia información, has conseguido que te cuente muchas cosas sobre ella.**

Sabía que lo había hecho. Era evidente que Alace Quatorze estaba tan ávida de información que había hablado sin miramientos.

-Por supuesto- dijo Judika **-no le has hecho la pregunta más importante de todas.**

-No lo he hecho- acepté. **-Estaba llegando a ella.**

Alace Quatorze parecía bastante afectada. Empezó a mirar de mí a Jude y viceversa.

-¿Qué?- preguntó. **-¿Qué?**

-La verdadera pregunta, Madame Quatorze- dije **-es cómo has llegado a estar tan asombrosamente bien informada.**

Su rostro se tornó tenso y crispado. Estaba enfadada.

-No tienes ni idea de con quién estás tratando- dijo.

-Precisamente- respondió Judika. **-Por eso preguntamos.**

-Llamaré a mis sirvientes. Ellos...

Lightburn sacó su Lammark Combination Thousander. Hizo un fuerte y metálico clack cuando retrocedió el martillo.

-Sugiero que no sería una buena idea- dijo.

Shadrake se puso repentinamente alerta. Su exclamación de alarma despertó a Lucrea. El Maldito cambió rápidamente su puntería para apuntar al artista.

-Siéntate, idiota- dijo. Shadrake obedeció rápidamente.

-Veamos a este niño- dijo Judika.

-¡No quieres hacer eso!- exclamó Alace Quatorze. **-Trono de Terra, ¿estás loco? Los niños...**

-Vamos a verlo- repetí. **-Entonces podrás explicar tus asuntos, y quién eres, la fuente de tus conocimientos, y tus intenciones hacia nosotros.**

-No querrá molestar a ninguno de los niños- dijo Alace Quatorze.

-Realmente no lo harás- coincidió Shadrake con un tartamudeo sincero.

Volví a oír las risas, como si vinieran de fuera. El escalofrío me acuchilló una vez más.

-No creo que tengamos otra opción- dije. **-Muéstranoslo.**

Alace Quatorze tomó un candelabro de vermeil y nos condujo nerviosamente al salón. Llevaba la luz alzada en una mano y el dobladillo de su largo vestido levantado en la otra. Todos la seguimos. Judika y yo fuimos detrás de ella. Judika tenía una pistola

láser apuntando a Madame Quatorze, y yo le ayudaba a caminar. Ni siquiera había recogido el *cutro* que me habían prestado en la basílica.

Detrás de nosotros venían el ansioso Shadrake y la desconcertada Lucrea. Renner Lightburn los seguía, cubriendo y arreando a ambos.

Feverfugue estaba oscuro. Era tarde. Aparecieron unos cuantos sirvientes, atraídos por la actividad, y Judika le dijo a Madame Quatorze que los despidiera sin rodeos.

Les dijo que volvieran, y así lo hicieron.

Caminamos por un pasillo en el que las tablas del suelo chirriaban bajo nuestro peso. Lucrea siguió hablando, haciendo preguntas, hasta que Lightburn le dijo que se callara.

Había una oscuridad poco natural. En el exterior de la antigua casa, la noche había envuelto a los árboles negros y había creado un velo de completa negrura. Podíamos oír ramitas y ramas que arañaban el techo y los cristales de las ventanas cuando el viento nocturno de los pantanos agitaba los árboles invisibles. Sonaba a ratas correteando. Sonaba como si los niños corrieran por una habitación del piso superior.

Llegamos a un par de puertas dobles. La luz de las velas mostraba su antigüedad, el latón desgastado de las manillas, la pátina de la placa de los dedos.

-Abre- dijo Judika. El esfuerzo de estar de pie le estaba haciendo toser de nuevo. Hacía un gesto de dolor cada vez que oía ese duro crujido de estática.

-¿Constant?- preguntó Alace Quatorze. Lightburn permitió que el artista borracho se acercara. Sacó una pesada llave del bolsillo de

su abrigo y abrió las puertas. Entramos.

-El aula magna- dijo.

Era una gran sala. Imagino que antes había sido una sala de banquetes, o un comedor formal, pero la mayoría de los muebles, especialmente la mesa principal, habían sido retirados. Aquí era donde la familia exponía sus Shadrakes originales.

Los cuadros colgaban de todas las paredes. Alace Quatorze hizo que Lucrea se apresurara a encender todas las velas de la habitación en su candelabro. Poco a poco, a medida que la luz se hacía más intensa, vimos la locura pintada de las obras que nos rodeaban.

No puedo describir los cuadros. No quiero hacerlo, pero, aunque lo hiciera, no tendría las palabras adecuadas. Eran de la realidad distorsionada por su espejo. Eran de carne y hueso, pero representados como carne, como fluido, como humo. Figuras grises, oscuras y lisas como la pizarra, se enroscaban y retorcían. Sus anatomías no funcionaban de forma totalmente humana, aunque parecían humanas. Parecían primordiales, como formas orgánicas enzarzadas en una orgía sin sentido, retorciéndose en el humo y el exudado de un mundo elemental recién nacido.

Pero también parecían ser lugares y personas que conocía, como recuerdos que no podía precisar. Creo que eran imágenes del mundo que conocemos vistas desde un mundo que no conocemos. Eran imágenes de la lujuria y la codicia, la avaricia y el apetito, deseos manifestados como cosas sólidas como nunca las vemos.

Y agradezco que nunca lo hagamos.

-¿Qué horrores has hecho?- jadeó Lightburn. Incluso Lucrea parecía consternada por las imágenes. Shadrake parecía satisfecho consigo mismo, pero avergonzado por la reacción.

-Pinto lo que se me permite ver- dijo.

-Entonces no se te debería permitir ver- declaró el Maldito.

-Es lo que quieren-. se lamentó Shadrake.

-¿Quiénes?- pregunté. **-¿Los dueños de Feverfugue?**

-Todos ellos- protestó Shadrake.

-¿Por qué nos has traído aquí?- preguntó Judika. **-¿Para consternarnos? ¿Molestarnos? ¿Distraernos?**

Apuntó su arma a la cabeza de Madame Quatorze.

-¡Muéstranos a ese niño!

-¡Lo haré!- dijo ella. **-¡Está por aquí! Tuvimos que pasar por los cuadros para llegar a él.**

Me miró con tristeza.

-Le tranquilizan- añadió.

Se dirigió al final de la galería del aula magna y abrió otra puerta. La oí hablar con alguien.

Luego oí una respuesta.

Una voz como de música suave, una voz de hombre.

-Por supuesto, Alace, hazles pasar.

Me dirigí a la puerta con Judika. Más allá de Alace Quatorze, vi una gran antesala. Allí colgaban más cuadros, producto de la locura de Shadrake. La habitación estaba iluminada por muchas, muchas

velas y globos luminosos. El suelo parecía estar cubierto de pétalos de rosa, miles de pétalos rosas desechados, que estaban esparcidos y amontonados a la deriva como flores caídas. En el suelo había una gran palangana, un cuenco de cerámica lo suficientemente grande como para lavar la ropa. Parecía estar lleno de tinta negra. A su lado había una silla muy grande, un trono de respaldo alto de madera ricamente tapizado, con brazos enormes y elevados. Dos largas cintas de seda dorada colgaban de uno de los brazos y se enroscaban en el suelo cubierto de pétalos.

Un hombre estaba sentado en la silla. Era, al parecer, un hombre muy poderoso y con un físico impresionante. También parecía estar desnudo, salvo por un paño de tela. Su cuerpo, totalmente depilado, estaba aceitado como si acabara de salir de una piscina y hubiera sido atendido por concubinas. Tenía una copa en una mano y un libro en la otra, y estaba recostado en el trono de la manera más relajada.

Las pupilas de sus ojos eran doradas. Nos miró. Ya sonreía, pero la sonrisa se ensanchó al vernos para revelar unos dientes blancos y perfectos como piezas de alabastro. Sentí que Alace Quatorze se estremecía.

-¿Son ustedes los parias?- preguntó. Su voz era suave y fluía como la música. **-Es un placer conocerlos. Un placer infinito.**

-¿Qué es esto?- siseó Judika. **-¡Has dicho niños! ¿Quién es? Aquí no hay niños.**

-Desde luego que los hay- dijo el hombre. Se levantó y dejó el libro en el suelo. Sólo cuando estuvo de pie nos dimos cuenta de su altura. Era inhumanamente alto. Era más grande de lo que cualquier mortal podría ser.

-Soy Teke- dijo, sonriendo.

CAPÍTULO 33

Que se refiere a una aparición o revelación

-No les hagas daño, sonriente- dijo Alace Quatorze.

-Por supuesto que no lo haré- dijo el gigante. **-Vosotros los Glaws, siempre tan desconfiados. Tu padre era igual, y su progenitor antes que él. Sólo porque hayamos sido creados para la guerra, no significa que debamos actuar siempre con violencia. Me estaba relajando. Estaba leyendo. Estoy en un estado de ánimo tranquilo. Además, estos son los dos que dijiste que traerías para mí, ¿no es así?**

-Puede que les haya dicho demasiado- dijo Alace Quatorze.

-Y puede que tenga que castigarte por ello- dijo la criatura llamada Teke. Su sonrisa seguía siendo constante como una estrella. **-Tan propio de un Glaw que se deja llevar por su propia importancia.**

Un olor dulce llenaba la habitación, el olor de los pétalos, supuse. Era opresivo, casi abrumador. Judika empezó a toser, y se volvió bastante impotente con ello. El crujido estático era peor que nunca. Tuve la impresión de que Jude intentaba hacer algo (quizá incluso atacar al gigante), pero su desesperante tos se lo impedía.

El gigante, Teke, lo miró con una expresión conmovedora, aunque su sonrisa no vaciló.

-Oh, tú- dijo con simpatía. **-Pobre de ti. ¿Cómo te llamas?**

Judika tosía tanto que no podía contestar.

-Judika- dije, esperando apaciguar a la criatura. Teke no era en absoluto amenazante, salvo por su escala y su desconcertante sonrisa.

-Es demasiado tarde para el pobre Judika, ¿no?- preguntó, mirándome. **-Demasiado tarde.**

-¿Qué quieres decir?

-Vaya, pero si eres hermosa- me dijo Teke, mirándome con atención. **-Tan hermosa como el chico. Esos ojos, esa boca. La dura ausencia de alma. Es una pena que se haya echado a perder.**

-¿Qué quieres decir?- pregunté de nuevo, con más urgencia.

-¿Cuál es su nombre?- preguntó Teke.

-Díselo- balbuceó Alace Quatorze. **-Por el bien del Trono, díselo.**

-Soy Bequin- dije.

Teke dio un paso hacia mí, sonriendo. Hizo un curioso gesto con la mano izquierda, y todos los pétalos de la habitación volaron desde el suelo como un enjambre de insectos, lo rodearon y lo vistieron. De repente, llevaba un traje completo de color rosa suave. El olor dulce se hizo más fuerte, como un olor a santuario.

-¿Sabías (me preguntó) **que, de todas las múltiples especies de la galaxia, la humana es la única en la que los nulos se dan de forma natural?**

Me miró.

-La única- repitió. **-Sólo la raza humana produce armas que pueden silenciar la disformidad.**

No respondí.

-Tú, Bequin- dijo **-servirás a los Hijos, pero Judika no será apto. Ha llegado a nosotros demasiado tarde. El Rey ya lo ha manipulado.**

El ataque de tos de Judika se había agravado tanto que había caído de rodillas. Madame Quatorze intentaba ayudarle.

-¡Renner!- grité. **-¡Lucrea! Por favor, ayúdame con Judika. Debemos ponerlo cómodo. Ayúdame a sacarlo y a traerle agua.**

Lightburn, Lucrea y Shadrake estaban en la puerta detrás de nosotros, demasiado alarmados para entrar del todo.

Teke estaba de repente a mi lado. Se había movido sin que yo lo viera. Agarró a Judika y lo levantó del suelo como se levanta a un gato o a un niño.

-No puede irse- dijo Teke. **-Incluso herido así, es demasiado peligroso.**

-¡Suéltalo!- grité.

Teke no lo hizo, pero me lanzó una mirada. Seguía sonriendo, pero no había sonrisa en sus ojos.

-¿Qué le pasa al pobre Judika? Está malherido, ¿verdad?

Levantándolo del suelo con una mano, Teke arrancó el abrigo y la camisa de Judika con la otra. Despojó a Judika de sus prendas superiores. Todos vimos de repente la herida en el costado de Judika.

No era una herida física. Era una marca, una llaga que parecía atravesar el tejido de su realidad, como una distorsión en el espacio

más que un daño en la carne. Era horrible de ver. Me preguntaba qué tipo de arma podría haberle dejado esa marca.

Teke levantó al indefenso Judika para poder mirar de cerca la herida. La olió. Extendió delicadamente una lengua alarmantemente larga y la lamió.

-Portador de la palabra- dijo.

-Están aquí, sonriente- dijo Alace Quatorze agitadamente. **-Acabo de enterarme.**

-¿Aquí?- preguntó Teke, mirándola. Los dientes le destellaron blancos. **-¿Esta escoria está aquí en Sancour? Olfateando y hambrientos, no me cabe duda. Una de sus espadas hizo esto. Una de sus armas malditas. Uno de los bordes manchados con las palabras tóxicas de su señor parlanchín.**

-Por favor, déjalo ir- dije.

Teke me miró, se encogió de hombros con timidez y simplemente soltó a Judika. Mi amigo cayó al suelo con una fuerza que calaba los huesos. Se retorcía de dolor, todavía tosiendo. Empecé a avanzar, pero Lightburn me agarró y me hizo retroceder.

Teke se agachó al lado de Judika. Acarició el pelo de Judika.

-¿De verdad?- dijo. **-¿Insistes? ¿Qué hace falta para desalojarla? Pensé que una caída podría haber debilitado su agarre. ¿Debo golpearte contra el suelo repetidamente? Vamos. Sal de ahí. Sal de ahí.**

Judika comenzó a temblar y a convulsionar. De repente oí las risas de los niños a nuestro alrededor. Todos la oímos. Era como si los fantasmas bailaran alrededor de las paredes de la habitación, ecos de vidas pasadas que rondaban la antigua casa.

Una luz sanguinolenta llenó la habitación. Salía de Judika. Era la forma- pensamiento.

Era inconfundiblemente Grael Magent.

-Oh, no, no lo harás- dijo Teke. **-No es el momento de hacer la última jugada.**

Extendió la mano derecha sin mirar. Una de las cintas doradas enrolladas sobre el brazo de su trono se elevó en el aire hacia él. Cuando la tuvo en la mano, se había convertido en una espada larga, recta y delgada, hecha de oro cincelado. Todavía agachado, la hizo girar en su mano de modo que la empuñó con la hoja hacia abajo, como una espada, y la clavó en Judika.

La hoja lo ensartó en el suelo. Quedó clavado como una mariposa, como un espécimen de insecto sobre una almohadilla de fieltro. La hoja debió de clavarse al menos medio metro en el suelo. Grité, creo, de horror absoluto, pero mi grito se perdió en el grito mucho más terrible que sonó. Era como el que había escuchado en la sala de lectura de latón. De nuevo, el universo chilló. La realidad chilló. Fue aún peor que antes. El universo material se dividió en el punto de rotura, y la energía sanguinolenta de la forma mental hirvió, hirvió y luego se desvaneció como el polvo.

Judika, empalado, sufrió horribles convulsiones, tamborileando sus miembros contra el suelo. Luego se quedó sin fuerzas. Su cabeza se echó hacia atrás y su boca se abrió. Sus ojos rodaron muertos y blancos. Las risas de los niños se desvanecieron, borradas en el eco moribundo del grito.

Algo salió de su boca abierta y cayó al suelo junto a su cara. Salió rodando, blanco y húmedo, como una bola de saliva. Era del tamaño de una flor de rosa. Me di cuenta de que la saliva blanca y espumosa que la cubría y que se arrastraba desde ella hasta los

labios de Judika era una telaraña. Crepitó al moverse, y la telaraña emitió un sonido seco y crujiente como la estática de la voz.

El objeto se desenrolló, separando la telaraña que lo envolvía.

Era una araña, una cosa blanca y ciega, una reliquia albina de alguna cueva sin luz. Había salido de la garganta de Judika, de su pecho.

Sus patas se agitaban impotentes.

Teke el Sonriente se levantó y la aplastó bajo su pie derecho. Lo hizo caer al suelo. Había un cierto placer en la forma en que lo hacía. Podía oír el crujido de la estática de la red mientras la aplastaba.

-Que todos los Ocho perezcan de esta manera- dijo.

-¿Los Ocho?- susurré, sin comprender.

Me sonrió.

-Tu amigo era uno de ellos. ¿No lo sabías? Él también te habría convertido en uno. Uno de los Ocho. Ocho por las piernas. Ocho por las puntas. Y ocho porque eso es lo que comían.

Teke sacó la espada. Volvió a su trono y soltó su espada larga. Cuando golpeó el brazo alto del trono, ya no era más que una hebra de cinta dorada que caía por el reposabrazos hasta el suelo. Teke se puso de pie, de espaldas a nosotros, y estiró los brazos, como si estuviera cansado y aburrido. Corrí hacia Judika y me arrodillé junto a él. Estaba muerto. Ya estaba frío. Su cadáver apestaba a la psicomagia de la forma mental. Una sombra de la luz sanguinolenta se aferraba a él.

Ya me encontraba en un estado exacerbado de angustia por el asesinato de mi amigo. Además, parecía estar ante la prueba irrefutable de que él había sido Grael Magent, o de que Grael Magent había residido de algún modo en él. ¿Era por eso por lo que la forma mental había intercedido en mi favor contra la hermana Tharpe en los desvanes del Gran Laberinto? ¿Era por eso que había irrumpido para salvarme de Hodi y los mediadores? La herida de la disformidad de Jude no había sido causada indirectamente durante la agitación en la basílica. Él había estado en el centro de la misma. La hoja maldita de Scarpac lo había hecho.

Se había herido cruelmente tratando de rescatarme de sus garras.

¿Qué era él? ¿Cómo se había convertido en esa cosa? ¿O cómo había llegado a ser su recipiente? ¿Qué decía eso de la operación secreta, y de los candidatos, del Gran Laberinto?

¿Qué decía eso de mí?

Empecé a concentrarme en mi letanía de templado, intentando desesperadamente escuchar la voz de la hermana Bismillah y centrar mi mente con calma. Sabía que no sobreviviría si no podía hacerlo.

Teke se volvió hacia nosotros.

-Ahora- comenzó. Se detuvo.

Yo seguía arrodillada al lado del pobre Judika, pero le apuntaba al gigante con la pistola láser a dos manos.

-Quédate ahí- le dije.

-No seas tonta- dijo Teke.

Me levanté lentamente, sin dejar de apuntar.

-Quédate ahí- dije.

-¡No!- dijo Alace Quatorze. **-No le hagas enfadar. No lo provoques. Querida, no tienes ni idea de lo que estás arriesgando...**

-Cállate- le dije sin mirarla. Me concentré en Teke. **-Nos vamos. No nos lo vas a impedir.**

-¿De verdad te molesta tanto que haya matado a tu amigo?- preguntó Teke. **-No era tu amigo, lo sabes. Lo sabes, ¿verdad? Era un bastardo de los Ocho, un híbrido del círculo íntimo del Rey. Un esclavo eudaemon. No era amigo tuyo. Él y los de su clase querían que te convirtieras en uno de ellos. Era tu destino.**

La sonrisa se amplió.

-No iba a ser un destino agradable- dijo Teke. **-Aunque no hubieras sido consciente de ello una vez que estuvieras en él. Te habría retorcido tanto que no te habrías dado cuenta de que era un infierno. Por algo que comiste, ¿ves? Te salvé de eso.**

-No esperes ninguna gratitud.

-No lo haré- dijo. **-Sólo espero tu servicio. Ahora perteneces a los Hijos. Tenemos otros destinos más elevados para ti.**

-Me niego- dije.

-No puedes negarte- respondió Teke.

-¡Oh, mi Trono, deja de provocarlo!- se lamentó Quatorze.

-Nos vamos- dije con firmeza. Comencé a retroceder hacia la puerta. El gigante sonriente dio un paso adelante.

En la puerta, Lightburn sacó su revólver para detener a los hombres y apuntó con un chasquido de martillo. Shadrake y Lucrea se encogieron detrás de él.

Ahora, cubierto por dos armas que apuntaban con firmeza, el gigante se rió.

-¿Un revólver y una pistola láser? Oh, vaya. ¿Qué voy a hacer?

-¿Callarse y desangrarse?- sugirió el Maldito.

Teke me miraba. Dio otro paso provocativo.

-No quiero hacerte daño, Bequin- dijo.

Hizo una pausa.

-Bueno, por supuesto que sí. Mucho. Hasta el impensable punto de que se convierta en un placer para los dos. Pero no puedo. No se me permite. Eres demasiado valiosa.

Volvió a hacer una pausa.

-Así que baja el arma. No puedo hacerte daño, pero te detendré.

Dejó de sonreír un segundo. En menos tiempo del que tarda un corazón humano en latir, supe que la conversación había terminado.

Comenzó a moverse, como un borrón. Alace Quatorze gritó. Disparé.

La ronda láser, un dardo de luz blanca y fría, partió la mejilla izquierda de Teke y dejó un surco abrasador. La primera ronda de Lightburn desgarró la caja torácica del gigante desde un lado.

Ninguno de los dos lo detuvo.

Me alcanzó, me agarró y me lanzó a un lado. Caí, rodé y traté de sujetar mi arma. Lightburn seguía disparando, vaciando todas las cámaras de su arma. Los trozos de metal aplastados, los restos aplastados por el impacto de sus balas, se desprendieron del suave chaleco rosa de Teke y sonaron en el suelo como monedas.

Teke señaló al Maldito. Una tormenta de pétalos de rosa salió volando de su brazo, reduciendo la longitud de la manga y dejando al descubierto su piel. Los pétalos se arremolinaron hacia Renner. Éste se tambaleó y trató de luchar contra ellos, pero le arrastraron al suelo. Se debatió y luchó, tratando de protegerse la cara y las orejas, como un hombre atacado por una nube de abejas furiosas.

Teke se encontraba medio girado con respecto a mí. Todavía tendido, empecé a disparar de nuevo, golpeando una ronda de láseres tras otra en su larga y ancha espalda. Vi aparecer perforaciones negras y quemadas como cráteres en un paisaje lunar de polvo rosa. Se giró hacia mí. Volvió a sonreír. Cuando saltó hacia mí, extendió su mano derecha y una cinta de oro voló hacia ella desde el trono. La cinta se convirtió en una espada larga de oro. La espada se convirtió en una mancha. Mi pistola se convirtió en dos trozos de pistola destruida, con el morro y el cañón separados de la empuñadura. Los bordes cortados del metal eran brillantes y afilados, cortados con una precisión imposible.

Se acercó a mí. Le clavé en el pecho lo que quedaba de la pistola que sostenía, de modo que los afilados bordes cortados se clavaron en él. Le hice sangrar. Todavía sonriendo, parecía sorprendido. Me abofeteó y el golpe me lanzó por el suelo hacia la puerta. Le oí avanzar tras de mí para barrerme.

Desactive el brazalete.

Gruñó y se tambaleó hacia atrás, momentáneamente atrapado por mi ceguera.

-¡Corre!- grité. Shadrake, Lucrea y Alace Quatorze ya estaban corriendo por el aula magna. Lightburn se levantó a toda prisa. El enjambre que lo atacaba se había convertido de nuevo en pétalos de rosa y se había desprendido de él, muerto. Le cogí del brazo y corrimos juntos. Detrás de nosotros, Teke lanzó un furioso grito de frustración.

Llegamos al final de la galería de pesadillas del aula magna, siguiendo a Lucrea, Shadrake y Quatorze hacia el resto de la lúgubre casa. Miré hacia atrás.

Pude ver a Teke de pie en la luminosa habitación donde lo habíamos encontrado. Mi oscuridad se alejaba de él. Estaba lo suficientemente lejos como para que su psicomagia regresara. Se vistió. Los pétalos rosas se arremolinaron a su alrededor y formaron un nuevo traje de forma más robusta. El aceite negro de la palangana de cerámica del suelo se convirtió en un líquido vivo y brillante que salpicó su cuerpo, lo envolvió y volvió varias partes de su forma de color negro brillante. Las dos cintas de oro revolotearon en sus manos, que esperaban, y se convirtieron en un par de largas y delgadas espadas.

Vi su verdadera forma. Era hermosa y horrible donde la de Scarpac había sido grotesca y hermosa, pero era la misma.

Teke era un marine traidor. Era magnífico, como un verdadero depredador. De color rosa, negro brillante y dorado resplandeciente, saltó tras nosotros.

CAPÍTULO 34

Que se refiere a la transición

Corrimos, golpeando las puertas detrás de nosotros. La vieja y oscura casa tembló. Estaba detrás de nosotros, aullando con una voz salvaje y cantarina.

Los gritos resonaban desde otras partes de Feverfugue, desde la oscuridad de la noche y los árboles que rodeaban el lugar. Imaginé que eran sirvientes y personal de la casa, despertados aterrorizados por pesadillas involuntarias.

-¡Tenemos que salir de aquí!- le grité a Alace Quatorze. **-¿Dónde se guardan los carruajes?**

-¡No hay tiempo para eso!- gritó en respuesta. **-Teke es demasiado veloz. ¡Es demasiado rápido e inteligente! Ni siquiera saldríamos del recinto.**

Yo creía que tenía razón.

-¿Por qué te unes a un ser como ese?- Lightburn se enfureció. Intentaba recargar su revólver mientras corría, pero el esfuerzo era inútil.

-Por los regalos que concede- gritó Alace Quatorze. **-Por las promesas que hace.**

Corrimos hacia otra habitación y cerramos de golpe las pesadas puertas. Miré a Alace Quatorze.

-No me parece suficiente- dije.

-No has visto los regalos- dijo Shadrake. Respiraba muy intensamente, ya sin aliento.

-Mi familia fue grande una vez- dijo Alace Quatorze. **-El nombre Glaw era respetado en todos los subsectores. Teníamos poder e influencia, pero hemos caído. Una alianza con los Hijos podría restaurar nuestra fortuna. A cambio de nuestra ayuda en el materium, nos favorecerían en el inmaterium. Yo podría...**

-Estás loca- señalé.

Volvimos a entrar en otra ala, con la esperanza de confundir o incluso de librarnos de la persecución. Las paredes eran de yeso rojo y los suelos de mármol negro, todo ello resaltado por el vago resplandor de alguna vela o candelabro. Algunas habitaciones estaban amuebladas, pero no había señales de vida o de una vivienda adecuada. Feverfugue era una estructura que parecía una gran casa, pero sólo superficialmente. No había vida real en ella. Era como un escenario.

Los gritos seguían resonando en las habitaciones de arriba. Podíamos oír cómo se rompían las puertas.

-¿Hay alguna forma de salir de aquí?- pregunté. **-¿Podemos escondernos en el bosque?**

-No puedes esconderte de él- dijo Alace Quatorze con énfasis.

-Tal vez- dije. **-Pero él tampoco puede esconderse de nosotros.**

Me volví hacia Shadrake, lo agarré y le registré los bolsillos hasta encontrar su espejo. Protestó débilmente y trató de luchar contra mí.

Levanté el espejo y, a través de él, vi el fantasma esquelético de la casa, la huella de sus estructuras y paredes en la realidad, y los pliegues que éstas hacían donde se unían con otros espacios. Vi

geometrías desordenadas dentro de la ingeniería espacial del mundo que entendía.

Y vi a Teke. Era visible como una silueta blanca y caliente. Corría de habitación en habitación, de pasillo en pasillo, buscándonos. Creo que mi ceguera le desconcertaba y le impedía confiar en sus sentidos transhumanos y en el formidable aparato sensorial de su armadura, por no hablar de la magia disforme que le resultaba tan fácil. Parecía frustrado y enfurecido. Se detenía una y otra vez para descargar su ira contra las puertas, las paredes o incluso los muebles, destrozándolos con sus espadas gemelas.

También, sentí con una fría consternación, parecía estar disfrutando. Estaba disfrutando de la caza. Estaba prolongando el placer de lograr la matanza.

Cada vez que giraba en nuestra dirección, o parecía intuir dónde estábamos, yo nos guiaba en una dirección opuesta o contradictoria. El espejo me guiaba. Pudimos, varias veces, retroceder e incluso pasar muy cerca de él, sin que se diera cuenta, a veces a una distancia de separación no mayor que un muro. Le oímos resoplar y sisear, reír y lamentarse. Oímos sus espadas desgarrar y cortar. Nos mantuvimos a unos pasos de él, y lo mantuvimos a raya.

¿O acaso, me pregunté después de un rato, estaba jugando con nosotros?

De repente nos encontramos en un pequeño patio. Habíamos abierto una puerta y nos había conducido al exterior. Era frío y oscuro. Los árboles negros silbaban contra un cielo negro más allá de los tejados negros. El aire olía a humedad. Podía ver un tenue resplandor de luna detrás de los árboles.

-¡Oh, bruja peligrosa!- gritó Alace Quatorze. **-¡Mira lo que has hecho! Mira a dónde nos has llevado.**

-¿Adónde?- pregunté.

-¡Nos has llevado a otro lugar!- Shadrake se rió, sorprendido.

-Nos has llevado demasiado lejos- escupió Alace Quatorze. **-Nos has llevado a la Ciudad del Polvo.**

Me giré y la miré.

-Eso es una tontería. Un mito- dije.

-No es un mito- dijo Shadrake.

-Si existe una Ciudad del Polvo- insistí **-está más allá de la Tierra del Sol, en el desierto. No aquí, a través de una puerta de tu vieja y miserable casa.**

-Pero lo es, esa es la cuestión- dijo Alace Quatorze. **-Hace mucho tiempo, Orphaeus movió la ciudad gemela hacia un lado, fuera de la línea de la Reina Mab, de modo que quedó como una sombra polvorienta proyectada por una ciudad en la otra. Es la sombra extrema de la Reina Mab. Fue el primer paso en su construcción de una cabeza de puente en el inmaterium.**

Me miró con sus notables ojos.

-Siempre se dijo que Feverfugue era uno de los puntos de paso, uno de los lugares en los que los caminos labrados y las hondonadas penetraban realmente hasta el otro lado. Por eso compré el lugar. Desde entonces he estado buscando el punto de transición, registrando cada habitación y probando cada puerta de ese interminable laberinto que es la casa. ¡Durante años! ¿Y ahora nos llevas allí?

No sabía qué decir. No parecía que estuviéramos en ninguna clase de otro mundo, aunque tengo que confesar que no tenía ni idea de

lo que podía sentirse en otro mundo.

-¿Dices que estamos en la gemela de la Reina Mab? ¿La ciudad secreta?

-¡Sí!- dijo Alace Quatorze.

-Pero ni siquiera estaba intentando...- empecé.

-Sin embargo, lo hiciste. ¿Ves el talento que tienes?

Teke el Sonriente estaba en la puerta detrás de nosotros. Estaba apoyado en el marco de la puerta, con los brazos cruzados y dos cintas doradas ondeando en su cinturón. Su armadura rosa y negra, ribeteada con delicadas filigranas de oro, era tan hermosa y ornamentada como una joya. Su sonrisa era perfecta.

-El acceso al bastión íntimo del Rey de Amarillo ha sido deseado durante mucho tiempo por los Hijos- dijo. **-Tú nos lo has proporcionado. A las pocas horas de conocerte, Bequin... la dulce Madame Bequin... ya nos has prestado un servicio extraordinario.**

Salió a la oscuridad para unirse a nosotros. Sus enormes pies acorazados crujieron sobre la grava que estaba demasiado oscura para ver. Oí los servomotores suspirar y zumbar dentro de los paneles de su armadura.

-¿Quizás nos guíe hasta el resto de los Ocho? O encontrar la ubicación de la fortaleza del propio Rey. A mi maestro Fulgrim le gustaría mucho eso. El Rey es una amenaza mayor para nosotros que cualquier cosa que el Falso Emperador pueda idear.

Levanté el espejo de observación.

-¿Qué puedo ver si te miro?- pregunté.

Me dieron arcadas y casi vomité. Aparté el espejo y rompí la visión. Expuesta por su lente, Teke no era ni hermoso ni sonriente.

-Vamos- dijo Teke **-solos tú y yo. Los demás pueden quedarse aquí. No me interesan de ninguna manera.**

-¿Los dejarás vivir?- pregunté.

-No los mataré, si eso es lo que quieres decir.

Respiré profundamente y di un paso hacia él.

-¡Beta, no lo hagas!- gritó Lightburn.

-Está bien- le dije. **-Puede llevarme si le perdonas.**

-Le gustas, ¿verdad?- dijo Teke, sonriendo al Maldito. **-¿Quieres llevarlo a él también, como tu juguete?**

-Déjalo y te acompaño- dije.

Teke asintió y me llevó de vuelta a la casa.

-Espera- gritó Alace Quatorze. **-¿Qué pasa conmigo? Yo organicé todo esto para ti. ¡He trabajado mucho para conseguirlo! He conseguido a Feverfugue y a los parias. ¿Cómo puedes...?**

Teke la miró con desdén.

-En una hora, sin siquiera saber que lo estaba haciendo, nos ha conducido a través de la casa-laberinto y ha encontrado una puerta trasera a la Ciudad del Polvo. ¿Cuántos años llevas intentando hacer eso sin conseguirlo, Glaw? ¿Cuántos?

-Pero...

-Los Glaws fueron una vez algo a tener en cuenta- sonrió Teke. **-Pontius especialmente. Siempre me gustó. Grandes triunfadores, para los estándares humanos. Pero tú, Alace, no eres gran cosa. Sólo una triste nota al pie de la línea familiar.**

-¡No!- Alace Quatorze gritó.

Lo seguí hasta el pasillo con velas.

-¿Adónde vamos?- le pregunté.

-A través del laberinto hacia la Reina Mab- dijo. **-Allí convocaré a mis parientes y comenzaremos a planear nuestro asalto al bastión del Rey a través de este acceso inesperado y secreto. Él nunca lo verá venir. Nunca esperará que un precioso producto de su programa se vuelva contra él.**

-Yo no soy su producto- dije. **-Solía pensar que entendía mi lugar en el mundo y el papel que se me había asignado, pero ahora creo que realmente no pertenezco a nadie. Mi destino no está fijado. No soy del Rey, ni de la Inquisición, y ciertamente no soy tuya.**

-Oh, yo creo que sí lo eres- respondió. **-Ahora perteneces a los hijos del Emperador.**

Sólo hay una cosa de la que estoy realmente segura- dije.

Hizo una pausa y se volvió para mirarme. Su blanca sonrisa brillaba a la luz de las velas.

-¿Qué podría ser?- preguntó.

-Estar al aire libre- dije. **-Respirar el aire de un mundo diferente. Me he dado cuenta de algo.**

Le miré directamente.

-He recordado cuál era la palabra- dije.

CAPÍTULO 35

Que se refiere a una convergencia

Pronuncié la palabra.

La fuerza de la misma golpeó a Teke y lo lanzó lejos de mí. Por un momento pareció sorprendido. Luego se desvaneció en la sorprendente onda expansiva de furia que siguió al pronunciamiento, y se estrelló contra la pared. Éstas se astillaron y se hicieron añicos como si fueran de cristal.

No sabía cuánto tiempo permanecería en el suelo. Dudaba que estuviera muerto, aunque la palabra habría matado a un ser menor. Me sentí totalmente agotada, como si decir la palabra me hubiera absorbido toda la energía vital. Dudaba que pudiera volver a decirla durante un tiempo, si es que lo hacía.

-¡Renner! Date prisa-. grité.

Corrió hacia mí y emprendimos la huida. Shadrake y Lucrea vinieron tras nosotros. No había rastro de Madame Quatorze.

-Se fue- dijo Lucrea. **-Ella huyó en la noche exterior.**

La otra noche. La última noche.

-¿No querías ir por ahí también?- Le pregunté a Shadrake.

Negó con la cabeza. Estaba asustado. Había visto muchas cosas en su corrupta vida, pero algo en la oscuridad del exterior había sido demasiado para él. Creo que estaba llorando.

Volví a utilizar el espejo y traté de seguir el camino de vuelta a través de la estructura laberíntica de la casa. Perversamente, era más difícil hacerlo deliberadamente de lo que había sido hacerlo por accidente.

Después de unos veinte o veinticinco minutos, llegamos a un pasillo que me pareció reconocer. Era muy difícil saber si habíamos cruzado de nuevo. Era aún más difícil saber si habíamos cruzado en primer lugar. Todo parecía demasiado fantástico e ilógico, aunque cuando un ser como Teke el Sonriente te dice algo, tiendes a darle cierta importancia.

La casa se había quedado en silencio. Los gritos habían cesado, al igual que los sonidos de las ramas que rozaban y golpeaban las tejas. La mayoría de las velas se habían quemado a baja altura y en el canalón. Tuve la certeza de que la mayor parte del personal de servicio, despertado por horribles y simpáticas pesadillas, había huido del lugar.

Nuestro paso se hizo más lento. Cuanto más silencioso se volvía, más cauteloso me volvía.

-¿Has oído...?- dijo Lucrea de repente.

-¿Qué?

-Como niños...- comenzó.

Rápidamente me imaginé la espantosa risa de los niños que había acompañado a las manifestaciones de grael, pero no era eso lo que quería decir.

-Como niños jugando- dijo. **-Corriendo de un lado a otro. Pies pequeños y...**

Seguí adelante, repentinamente preocupada. Abrí las puertas y corrí las pesadas cortinas.

-¿Qué estás buscando?- preguntó Renner.

-Creo que están aquí- dije.

-¿Quién?- preguntó Renner.

Señalé con el dedo. Una figura diminuta había salido de detrás de una de las cortinas y nos miraba fijamente.

-¡Mira eso!- dijo Shadrake. **-Una niña. Hola, niña. Debes estar perdida, pobrecita.**

Era la muñeca del emporio. Todavía le faltaba su moño de pelo humano, y por la expresión de su cara de madera pintada, todavía me culpaba de esta amarga pérdida.

-¡Shadrake!- grité, pero él ya estaba alcanzando la muñeca, su percepción adormecida realmente la confundía con una niña perdida.

Hubo un breve destello y el artista gritó. Se tambaleó hacia atrás, y los dedos de su mano derecha se desprendieron, chorreando sangre. El cuchillo de juguete de la muñeca se los había cortado de un solo golpe.

Shadrake gritaba y sangraba salvajemente. La muñeca dio un paso adelante.

-Los Guardianes oscuros nos han encontrado- dije.

-Que se jodan los Guardianes oscuros- respondió Lightburn. Apuntó y disparó su revólver, haciendo volar al muñeco contra la

pared. El impacto le astilló el torso y le cortó el brazo derecho. Cayó de lado, con la boca chirriando.

-¿Dónde está el otro?- grité.

Asqueada por el muñeco, Lucrea corrió hacia delante y cogió la muñeca. La arrojó lejos del artista que gritaba y la hizo caer sobre una mesa de madera pulida. El impacto derramó las velas que había allí. En un momento, el muñeco se incendió. Su ropa se quemó. La pintura se descascarilló. Su estructura de madera empezó a arder. Se agitó y tembló salvajemente. Se puso en pie con dificultad y luego cayó inmóvil sobre la tapa de la mesa mientras las llamas la envolvían.

Me pregunté cómo era posible que Lucrea hubiera visto todo lo que había visto aquella noche y que una muñeca reaccionara con tanta repugnancia. Supuse que se debía a que una muñeca era algo que ella aún podía entender y que le permitía una respuesta. Todo lo demás era una pesadilla abstracta. También creo que, para entonces, había pasado algún tiempo desde su último consumo de cualquier sustancia, y la paranoia acompañaba a su desasosiego.

-¿Dónde está el otro?- repetí, gritando ahora.

Lightburn buscó a su alrededor. Shadrake estaba demasiado ocupado intentando recoger los dedos que le faltaban.

Vi al muñeco. Salió de detrás de una mesa auxiliar. Tenía la cara todavía roja por el tinte que lo había cubierto en la sala de pigmentos de la comuna. Nos miró y corrió hacia la puerta.

-¡Deténganlo!- grité.

Lightburn y yo lo perseguimos. Lucrea venía detrás, tratando de calmar a Shadrake, que se lamentaba, y de contener su pérdida de sangre.

-¡No te quedes atrás!- gritó. **-Vamos, Constant.**

-Mi mano. Mi maldita mano-. Aulló Shadrake.

El muñeco, Cabeza Roja, salió corriendo por el siguiente pasillo, con sus pequeños zapatos repiqueteando en el suelo de baldosas. El Maldito intentó otro disparo, pero falló.

-¿Qué es esa cosa?- preguntó alarmado.

-Algo que tenemos que detener-. respondí, corriendo. **-No puede decirles que estamos aquí.**

-Demasiado tarde para eso- dijo Balthus.

Nos detuvimos en seco. Habíamos llegado al vestíbulo principal de Feverfugue, y estaba de pie justo delante de nosotros. A ambos lados se encontraban dos de sus guardaespaldas. Cabeza Roja corrió hacia ellos y se escondió detrás de las piernas de Balthus.

-Necesito un arma- le dije a Lightburn.

-No, no la necesitas, puedes compartir mi arma- respondió sarcásticamente. Me pregunté si había recuperado la palabra, pero me pareció que no la conocía. Conservaba una sensación de vacío.

-Realmente estás demostrando ser bastante problemática- dijo Balthus.

-Y tú estás demostrando ser bastante imprudente- respondí. **-Sea lo que sea lo que creas que puedes ganar con esto, en términos de dinero o favor, te aseguro que no valía la pena seguirme hasta aquí. Este es un lugar maldito, y hay un peligro que no puedes imaginar.**

-Estoy protegido- dijo Balthus.

-Esas espadas no tendrán ninguna oportunidad contra lo que hay en esta casa- respondí. **-No nos llevarás a tus clientes.**

-No tendré que hacerlo- respondió, y casualmente pulsó un pequeño voxpulsador. Sentí un cosquilleo ultrasónico.

Una desagradable luz blanco-azulada floreció a su lado, centelleó y se expandió. Mientras crecía, una segunda luz hizo lo mismo al otro lado de él. Eran bengalas de teletransporte.

Florecieron, oscilaron, brillaron y luego se fundieron en formas sólidas y concretas. Un olor a ozono llenó el aire cuando la luz se desvaneció.

Scarpac, el Portador de la Palabra, estaba a la izquierda de Balthus. Otro de los miembros de la hueste de Scarpac se situó a su derecha.

-Mis clientes vendrán a mí- dijo Balthus.

Los marines traidores se lanzaron hacia adelante para capturarnos. Aunque su velocidad era igual a la de Teke, su movimiento era notablemente diferente. Eran una furia bruta, como los tanques o los carros de combate. El de Teke había sido la gracia fluida de una serpiente.

Lightburn y yo nos dimos la vuelta y huimos de ellos, gritando a Lucrea y Shadrake que venían detrás de nosotros para que hicieran lo mismo. Perdí el agarre del espejo y éste cayó al suelo. No hubo tiempo de volver a por ella.

Lucrea vio la amenaza de inmediato, pero Shadrake estaba demasiado afectado por el dolor y la angustia como para reaccionar con la suficiente rapidez. Scarpac se limitó a apartar al artista de un puñetazo. Lo apartó de un puñetazo y ni siquiera rompió el paso. Sin embargo, el impacto del enorme puño fue tan grande que la sangre

y los tejidos salpicaron la pared, y el pobre Shadrake no estaba entero ni vivo cuando cayó al suelo.

Hubo otro destello de luz abrasador, y un tercer Portador de la Palabra se materializó en nuestro camino. Quedamos acorralados entre los tres.

Y de repente, también nos alcanzó Teke el Sonriente.

No puedo decir de dónde vino, excepto, quizás, de las sombras. Aulló una canción de muerte mientras corría hacia los tres monstruos carmesí. Sus espadas largas doradas cortaron el aire.

El Portador de la Palabra más cercano se giró, el que había llegado más recientemente. Comenzó a alzar su pistola bólter, pero Teke estaba justo encima de él. El guerrero de los Hijos del Emperador, resplandeciente en rosa y negro, atravesó con una larga espada dorada el hombro del Portador de la Palabra, arrancándole el brazo por completo. La pistola bólter disparó dos veces mientras la mano entraba en espasmo, y los disparos abrieron grandes agujeros en la pared detrás de nosotros, y nos salpicaron de astillas. La otra espada de Teke atravesó el yelmo del Portador de la Palabra en diagonal, eliminando una sección equivalente a un tercio aproximadamente. La sangre y la materia cerebral estallaron en el aire cuando la cabeza se desprendió. Por si fuera poco, Teke apartó de una patada al desmembrado Portador de la Palabra.

Scarpac estaba esperando para encontrarse con él, con su espada maldita desenvainada. Se enfrentaron con furia. Scarpac, a pesar de su brutalidad, era impresionante. Con su única y pesada espada, logró rechazar los veloces golpes de las dos espadas de Teke. El otro Portador de la Palabra intentó arriesgarse a disparar al guerrero de los Hijos del Emperador, pero no se atrevió a golpear a su comandante. Guardó su bolter, sacó una espada y se unió a la batalla. Ahora Teke estaba luchando contra dos de ellos, con una espada dorada en cada uno.

Nunca había visto un combate de tal calibre. Era demasiado rápido para seguirlo. Las reacciones y las velocidades de los transhumanos eran espantosas. La fuerza de ambos era tal que cada golpe, incluso cada parada, producía una onda expansiva que golpeaba a todos los humanos que se encontraban cerca. Era titánico, tanto como algo sacado de los más antiguos proto-mitos. Era como la guerra que libraban los dioses antes de que el hombre estuviera listo para ser creado.

Era como un atisbo de la terrible guerra de guerras que había desgarrado las estrellas en la época de la Herejía, la monumental Guerra de los Primarcas, a causa de la cual la galaxia había ardido.

-Mientras están ocupados- insté, y Lightburn y yo volvimos corriendo por el pasillo con la pobre Lucrea a cuestas. Estaba llorando casi histéricamente.

Estábamos preparados para enfrentarnos a Balthus y sus hombres. Cualquier cosa era mejor que la carnicería sobrehumana que se estaba produciendo en la cámara detrás de nosotros. Estaba sacudiendo los cimientos de Feverfugue.

Pero en el vestíbulo no había ni rastro de Balthus, ni de su muñeca o sus guardaespaldas. La puerta principal de la casa estaba abierta de par en par, y podíamos ver el oscuro camino de entrada y la monstruosa negrura de los árboles del exterior.

-No lo entiendo- dije.

-Huyeron- dijo una voz. **-Vieron el error de sus actos y huyeron.**

Me giré para mirar a la persona que hablaba. Reconocí la voz. Era una voz muy particular que tenía un significado especial para mí.

No podía creer que la estuviera escuchando.

Ella estaba de pie en la puerta, la noche enmarcando su hábito rojo y su cofia blanca almidonada.

-Date prisa, Beta, querida- dijo la hermana Bismillah. **-No podemos quedarnos aquí.**

CAPÍTULO 36

Ordo Hereticus

-¿Hermana?- Tartamudeé.

-Date prisa. Date prisa, Beta- dijo. **-Vamos, hija mía. No hay tiempo que perder. Trae a tus amigos.**

La hermana Bismillah sonrió y me tendió los brazos. Me apresuré a ir hacia ella.

-¿Qué haces aquí?- le pregunté, abrazándola.

-Mi trabajo- suspiró. **-Mi deber. Que es algo en lo que he sido muy negligente.**

-¿Qué?-. Pregunté.

-Llevo años velando por ti, Beta, desde que eras pequeña. Se suponía que era una misión temporal, pero me quedé permanentemente cuando nos dimos cuenta de quién eras.

Ahora sí que estaba confundida.

-¿Qué quieres decir?

-Quiero decir que me he pasado dos décadas vigilándote- dijo la hermana Bismillah **-y luego, en una noche, el Gran Laberinto cae y te pierdo".**

Me abrazó de nuevo.

-Creí que habías muerto, Beta. Te quiero como a una hija, y pensé que mi negligencia había provocado tu muerte. Desde entonces te estamos buscando.

-¿Quiénes son "nosotros"?- pregunté.

Ella prometió que las respuestas llegarían. La espantosa guerra entre los marines traidores estaba resquebrajando el yeso y amenazaba con atravesar la sala principal. Algunas de las placas heráldicas de gesso se desprendían de las paredes y se hacían añicos en el suelo de la sala. La hermana Bismillah nos condujo al exterior, rodeándome con su brazo. Lightburn nos siguió, consolando a la sollozante Lucrea.

Afuera hacía frío, en plena noche. Un viento agitaba los antiguos bosques, pero era sólo un sonido sordo. Estaba tan oscuro que no podíamos distinguir el cielo ni el suelo, ni el tronco ni las ramas. Detrás de nosotros, apenas se veía la fachada fantasmal de la casa. Desde el interior llegaban terribles sonidos de violencia y pulsos de luz.

La hermana Bismillah nos hizo seguirla lejos de la casa, hacia el bosque.

-Hay un claro- me dijo, como si eso lo explicara todo.

-Era la hermana Tharpe- le dije. **-Era ella. Se infiltró en el Gran Laberinto y nos hizo caer en la perdición.**

-Era una agente de infiltración- coincidió la hermana Bismillah. **-Al igual que yo, supongo. Ella se dedicó a una misión y yo a otra. Me culpo a mí misma. Debería haberla visto por lo que era. Curiosamente, ella no tenía ni idea de quién era yo. Nos engañamos mutuamente. ¿Te ha hecho daño?**

Sacudí la cabeza.

-Bien- dijo la hermana Bismillah.

-Puede que le haya hecho daño- admití.

-Ya veo- dijo, y me dio un abrazo para consolarme.

-Debería haberla conocido- dijo con pesar. **-Nuestros caminos prácticamente se habían cruzado. Sólo que éramos de épocas diferentes. Es irónico, supongo. Me alegro de que hayas salido bien. Debería haber tenido más fe en mi Beta.**

-Creo que Tharpe era Cognitae- dije. **-¿Sabes lo que significa?**

La hermana Bismillah me miró sorprendida.

-Sé lo que significa, Beta. Me sorprende que lo sepas. La Cognitae suele cubrirse muy cuidadosamente con otras máscaras. Para responder a tu pregunta, no, no lo era. La hermana Tharpe no era Cognitae. Su nombre era Patience Kys, y era una operativa de alto nivel de la Santa Inquisición.

-¿Qué?- Exclamé. **¿Cómo puede ser...?**

-Lo era- me aseguró la hermana Bismillah.

-¡Por favor, explica esto!- Le supliqué. **-¡Estoy tan perdida! No hay nada en lo que pueda confiar.**

-Puedes confiar en mí- respondió.

Detrás de nosotros, entre los árboles, una explosión salvaje hizo volar parte de la fachada de la casa de Feverfugue. La luz de las llamas se extendió hacia la oscuridad. Los árboles que nos rodeaban se volvieron parcialmente visibles y, de repente, proyectaron duras sombras en el resplandor anaranjado.

Habíamos llegado al claro. Vi el cielo nocturno y un puñado de estrellas conocidas, las constelaciones que vigilaban a la Reina Mab en esa época del año: Orpheul, Geminus, Sagitar, Lupo.

Más explosiones sacudieron el aire detrás de nosotros. Sentimos el calor de las mismas como una cálida lluvia de aire. Oí disparos de bolter. Creo que una de las facciones de marines traidores había pedido refuerzos.

Apenas me importó. Mi fortaleza mental estaba agotada.

La hermana Bismillah sacó un vox de mano y lo puso en marcha.

-Gauntlet desea a Thorn- dijo. **-Por la Luna del Dolor, en aumento.**

-Confirmado- crepitó el vox.

-Hazlo bien- le dijo al vox. **-No estoy ahí para enseñarte cómo.**

-Oh, bla, bla- respondió la voz. **-Ten un poco de fe.**

Me miró.

-Normalmente es mi trabajo- dijo. **-Al menos, solía serlo. Pero sabía que tenía que ser yo quien viniera a por ti. Era la única en la que confiarías.**

-Confío en ti- dije. **-Sólo que no sé quién eres.**

-¡Escucho motores!- siseó Lightburn.

Eran motores potentes, unidades de elevación principales, pero también estaban silenciados como si estuvieran suprimidos para las operaciones de sigilo. De repente me di cuenta de que una parte del cielo nocturno sobre nosotros, una enorme cruz negra, se había

separado del resto de la oscuridad y estaba descendiendo hacia el claro. Vi las lenguas azules pálidas de los aviones de combustión. Todos sentimos una feroz ráfaga de aire descendente. Agitó la hierba y los árboles negros.

-¿Qué es eso?- preguntó Lucrea.

-Se llama cañonera- dijo la hermana Bismillah.

El enorme volador se posó en el claro sobre sus garras de aterrizaje. Sentimos el golpe de su peso bajo los pies. Oí cómo crujían las ramitas y ramas caídas cuando las garras las aplastaban. Aunque estaba oscuro, pude percibir por la silueta que la nave estaba fuertemente armada y blindada. Vi una tenue luminosidad verde que salía de las pequeñas ventanas de la cabina sobre el morro del pico. Una escotilla se abrió bajo el morro, dejando que la luz verdosa se derramara en el claro.

-Venid- dijo la hermana Bismillah. Agachamos la cabeza en el murmullo de la corriente descendente y corrimos hacia la rampa.

Subimos a una cabina de carga medio iluminada y espartana. En cuanto entramos, la rampa se cerró y sentimos el balanceo cuando la nave despegó. El morro del motor se elevó. Todo el movimiento tenía un poco de oscilación mientras se elevaba y se alejaba del lugar del bosque. Los cables, las cadenas y otros instrumentos suspendidos a lo largo de la pared de la bahía de carga se movieron ligeramente al girar el morro.

-Síganme- dijo la hermana Bismillah, y nos condujo por la corta e inclinada pasarela hacia el espacio principal de pasajeros de la nave.

Nos esperaba un hombre al que conocía muy bien. Estaba sentado detrás de una de las mesas integradas. El grueso de su cuerpo apenas cabía.

-Lo has conseguido- le dijo a la hermana Bismillah.

-Era justo que lo que dije que haría- dijo ella.

Él asintió con la cabeza.

-Toma el relevo de Nayl, por favor- dijo. **-Me siento muy inquieto cuando él vuela.**

La hermana Bismillah asintió. Se quitó la cofia almidonada y el hábito rojo. Me di cuenta de que nunca había visto su cabello. Era mucho más elegante de lo que había supuesto. También parecía más joven.

Sus manos parecían estar cubiertas de algún tipo de circuito intrincado.

Me sonrió y volvió a abrazarme.

-Me llamo Medea Betancore- dijo **-y me alegro mucho de poder saludarte por fin de forma adecuada y sincera, después de todos estos años. Bienvenida, Alizebeth.**

Rompió el abrazo y se dirigió a lo que supuse que era la cabina.

Miré al hombre. Me miraba sin expresión alguna. La última vez que lo había visto habíamos estado en el pórtico de piedra de la basílica.

-Recuerdo haberle disparado- dijo Lightburn.

El hombre asintió.

-Lo hiciste. No muy eficazmente, parece.

Lightburn se encogió de hombros.

-Hiciste lo que tenías que hacer- dijo el hombre. **-No te guardo rencor. La estabas protegiendo.**

Me miró.

-Mucha gente parece empeñada en protegerme- dije. **-La hermana Bismillah es la única persona que he conocido en mi vida y ahora descubro que es... Medea, ¿no?**

-Medea Betancore- dijo el hombre. **-Mi piloto, mi más antigua amiga. Una agente inquisitorial de muy larga trayectoria. Renunció a las dos últimas décadas de su vida para cuidarte, niña.**

-¿Quién es usted?- pregunté.

Metió la mano en su pesado abrigo, sacó con cansancio una cartera de cuero y la abrió para mostrarme la ornamentada roseta que contenía.

-Soy el inquisidor Gregor Eisenhorn- dijo.

CAPÍTULO 37

Interrogador

Me acerqué y me senté en la mesa frente a él.

-¿Qué es mi vida para ti?- le pregunté.

-La valoro- dijo.

-¿Por qué? ¿Porque soy un agente de los Santos Ordos?

Se encogió de hombros.

-Representas una conexión directa con alguien a quien una vez quise- dijo. **-Es una conexión que no esperaba descubrir. Mi equipo llegó a Sancour hace años, intentando infiltrarse en lo que creíamos que era un aquelarre herético. Medea estaba tomando el control en el campo, y te descubrió. Alteramos nuestros planes para poder observarte.**

-¿Por qué?

-Para protegerte- dijo.

-¿Como un activo para la Inquisición?

-Sí- dijo. **-Y como llave para abrir una vasta y traicionera conspiración. Pero también, como el legado vivo de un alma perdida.**

-¿Quién fue, inquisidor?

Hizo una pausa antes de responder.

-Su nombre era Alizebeth Bequin- dijo. **-La perdí... hace muchos años. Era, en efecto, tu madre. Tú fuiste... creada a partir de su material genético.**

-¿Un clon?- pregunté.

Volvió a encogerse de hombros.

-Eres su hija, técnicamente, porque no eres idéntica a ella. No eres genéticamente idéntica. Sin embargo, te pareces mucho a ella.

-Su cara no muestra ninguna emoción, señor- dije. **-Me había esforzado por leerlo.**

-Es cierto- dijo. **-Ya no lo hace.**

-Pero el timbre y el tono de su voz- dije**- y parte de su lenguaje corporal muy sutil sí. Veo tristeza. Arrepentimiento. ¿Qué era ella para ti?**

-Una amiga- dijo.

-¿Más que eso?

-Tal vez. También era un blanco, una portadora del gen paria. Por eso se utilizó su material genético en tu creación. Como intocable, sirvió a la Inquisición a mi lado como operativa destacada.

-¿Qué le ocurrió?

-Sólo una variación de lo que nos pasa a todos eventualmente.

Un hombre entró en el espacio de la cabina desde la dirección de la misma. Lightburn y Lucrea habían tomado asiento nerviosamente en un banco de la pared, y le miraron con cautela.

-Veo que por fin la tenemos- dijo.

-Creo que has conocido a Harlon Nayl- dijo Eisenhorn.

-Sí, nos conocimos- dijo Nayl, frunciendo un poco el ceño. **-La conocí, le salvé la vida, me dejó en la estacada para enfrentarse a una muerte segura...**

-Si te hubieras identificado como servidor de la Inquisición- comencé. Miré a Eisenhorn. **-O si hubieras...**

Nayl miró a Eisenhorn.

-¿Seguimos haciendo eso?- preguntó.

-Cuando es útil- respondió Eisenhorn.

-Lo tendré en cuenta- dijo Nayl.

-La hermana Bismillah- dije **-me dijo que otra agente de la Inquisición, una hermana Tharpe, dirigió el ataque al Gran Laberinto. Su verdadero nombre, creo, era Patience. ¿Por qué sería ese el caso? ¿Por qué la Inquisición asaltaría una instalación de la Inquisición?**

Nayl parecía descontento y reacio a responder.

-Las líneas de demarcación son difíciles de trazar con claridad a veces- dijo Eisenhorn. **-Hay muchas facciones en ambos lados. Patience Kys seguía las órdenes de un hombre que creía que el Gran Laberinto era una instalación comprometida.**

-¿Cree usted eso?- pregunté.

-Sí- dijo **-pero no en el mismo grado, y mi enfoque para afrontarlo habría sido bastante diferente. Llevamos más de veinte años siguiendo este caso. En la fiscalía se requiere una paciencia infinita, y no la que utilizó este hombre. Hay que ver el juego a largo plazo, para apreciar cómo sólo la estrategia más cuidadosa a largo plazo puede dar lugar a un logro realmente valioso. El Gran Laberinto era simplemente una puerta que conducía a algo mucho más grande, una vasta conspiración. Atacar esa puerta simplemente garantizaba que se cerrara.**

-¿Están los Cognitae detrás de la puerta?- pregunté.

Eisenhorn y Nayl intercambiaron miradas. Nayl tenía una mirada divertida.

-Sí- dijo Eisenhorn. **Me sorprendes.**

-Me doy cuenta de las cosas.

-Eso está claro- dijo Nayl.

-¿Habían comprometido los Cognitae el Gran Laberinto?

-No- dijo Nayl. **-Ellos construyeron el maldito lugar.**

Pensé en eso. No me sorprendió.

-Siempre nos dijeron que estábamos entrenando para servir a la Inquisición- dije.

-Por supuesto que sí- dijo Nayl. **-Es más fácil de explicar a las mentes jóvenes y ambiciosas.**

-Pero yo lo sabía- dije. **-Lo sospechaba. Vino un hombre. Esto fue hace un año y pico. Dijeron que era un Cognitae que venía a matarnos, pero tenía una roseta. Su nombre era Voriet, un interrogador.**

-¿Lo mataron?- preguntó Nayl.

-Sí, vi cómo lo hacían.

Nayl miró a Eisenhorn. **-Eso fue cuando Talon comenzó su investigación sobre Sancour. Voriet era uno de los miembros de su equipo. Ahí es donde este desastre empezó a cobrar fuerza.**

-¿Quién es Talon?- pregunté.

-Mi rival- dijo Eisenhorn. **-Su enfoque de esto es bastante diferente, como he dicho. Ha llegado a él últimamente, y con mucha más urgencia. No está dispuesto a esperar a ver qué ocurre. Su gente ha destruido el Gran Laberinto. Él busca localizar y detener a los Graels.**

-¿Porque son armas del Rey?- pregunté.

-Sí- dijo. Asintió con la cabeza. **-Bien.**

-¿Y qué quieres?- pregunté. **-No, espera. Puedo adivinar. No quieres los graeles. Quieres al Rey.**

Nayl resopló.

-Si lo quiero- dijo Eisenhorn. **-Esa es la cuestión. No tiene sentido cazar al pez pequeño. Simplemente permite que el grande se aleje nadando. Quiero al Rey de Amarillo. Quiero a Orphaeus.**

-Por un momento, sabes- dije **-pensé que eras Orphaeus.**

Eso hizo que Nayl se echara a reír.

-¿Por qué piensas eso?- preguntó Eisenhorn.

-Vi lo que le hiciste al Portador de la Palabra- dije. **-No eres normal.**

-Basta- protestó Nayl, agitando una mano. **-Me voy a mear encima.**

-¿Qué quieres de mí?- le pregunté a Eisenhorn.

-Quiero asegurarme de que estás a salvo- dijo.

-¿Por el vínculo que sientes con mi madre? ¿Algún deber? ¿Una deuda?

-Sí- dijo.

-¿Qué más?- preguntó Lightburn.

Todos le miramos.

-Bueno, siempre hay algo más- dijo.

-Quiero que me ayudes- me dijo Eisenhorn. **-Quiero reclutarte. Tú eres la clave del rompecabezas. Mi rival dispone de vastos recursos, muchos agentes y operativos. Mis opciones son más modestas. Sólo tengo cinco agentes. Los conocerás a todos. Si voy a ganar esto, y lograr una verdadera victoria sobre la herejía, necesito moverme antes de que Talon irrumpa y lo arruine todo. Así que necesito una ventaja. Esa eres tú.**

Me miró. En muchos sentidos, su rostro inexpresivo era tan escalofriante como la sonrisa constante de Teke.

-Quiero que me ayudes a derrocar al Rey- dijo.

CAPÍTULO 38

Bifrost

Volamos por la mañana y volvimos a cruzar los límites del sur de la Reina Mab. Era un día apagado y nublado. Bajo la mano firme de Medea (confieso que aún no podía pensar en ella como Medea, aunque tampoco podía conciliar la idea de que la hermana Bismillah pilotara una cañonera), volamos a través de las nubes bajas, pasando por las grandes torres de refrigeración de las fábricas de Farek Tang, y nos posamos en una plataforma de aterrizaje en los tejados del distrito de la Ciudad alta al oeste de la Puerta de Fey.

Se trataba de edificios antiguos y desgastados por la intemperie, todos de piedra gris y hierro forjado, la mayoría de gran altura y complejidad arquitectónica. La Ciudad alta había sido en su día una de las zonas más elegantes y respetables de la ciudad, pero los vertidos químicos de las fábricas la habían deteriorado y estropeado su aspecto. Era una zona digna, demacrada pero noble, como un anciano orgulloso cuya vida ha sido plena. El amasijo de tejados, canalones de zinc, cumbreras, mástiles aéreos, cables, chimeneas de hojalata y pendientes de brea formaban un segundo paisaje muy por encima del suelo.

La plataforma de aterrizaje daba servicio a un edificio particular llamado Bifrost que Eisenhorn parecía poseer o alquilado. Entramos por un desaliñado muelle en el tejado, y el lugar me pareció viejo pero bastante limpio. Le faltaba carácter. Las paredes estaban pintadas de blanco y los suelos eran de baldosas. Había algunos muebles viejos. Parecía alquilado. Parecía prestado de usuarios anteriores.

Medea nos mostró las habitaciones donde podíamos descansar. Yo estaba dispuesta a dormir, aunque hervía de preguntas. Sabía que el descanso haría más efectiva la formulación de esas preguntas y la importancia de las respuestas que recibía.

Lightburn me detuvo cuando me dirigía a mi habitación.

-¿Qué pasa ahora?- preguntó en voz baja, asegurándose de que no nos escuchaban. **-No confío en esta gente más que en cualquier otra.**

-Yo confío en Medea- dije.

-Creo que eso puede ser un error- frunció el ceño. **-Por lo que sé, no ha hecho más que mentirte durante veinte años.**

-Era su misión- dije.

Y la mía era llevarte de vuelta a Eusebe. Esa es mi carga. He tratado de hacerlo desde el principio, y me he visto frustrado con demasiada frecuencia. En lo que a mí respecta, eso es lo que debo hacer. La gente de la que vienes, seguramente es en la que más debes confiar".

Consideré esto. El Maldito tenía cierta razón, pero me parecía que simplemente no comprendía la complejidad de las cosas. Mi mundo se había convertido en un lugar de identidades entrelazadas, de falsedades, de mentiras deslizadas dentro de verdades y de verdades encerradas dentro de mentiras. Las agendas se superponían y yo aún no sabía cuál debía compartir y cuál oponer. La hermana Bismillah, Medea, me había mentido durante veinte años o más, pero sentí que lo había hecho por una buena razón y por un genuino sentimiento de cuidado. La madre Mordaunt y los miembros del Gran Laberinto habían cuidado de mí durante casi el mismo tiempo, y yo sentía una lealtad habituada hacia ellos, pero tal vez eso era lo más falso. Me habían criado con un propósito, como

una mercancía. Su aparente cuidado e inversión habían sido egoístas.

¿Me pregunté si tenían la intención de convertirme en uno de sus griales? ¿Habría servido al Rey y me habría convertido en uno de los Ocho? ¿Habrían implantado una araña blanca y ciega a tejer su nido de telas en mi gaznate? ¿Me habría gustado eso? ¿Habría luchado contra ella?

Creo que sí. Siempre me había considerado una verdadera servidora imperial y una guerrera incondicional de la Inquisición. Si me habían hecho los Cognitae, no me estaban condicionando para pensar así. La idea de que yo fuera una hereje, una Cognitae contaminada, me resultaba repugnante. Si me hubieran confrontado con esa verdad, la habría rechazado.

Creo que lo habría hecho.

Dormí con este pensamiento.

Cuando me desperté, era el final de la tarde. No había soñado. El agotamiento simplemente me había llevado a través de las horas como un río oscuro a través de un bosque sin luz.

Medea me había dejado ropa limpia. Me duché en un pequeño y agujereado cubículo y me puse un traje completo azul, botas y un desgastado abrigo de cuero. En los bolsillos coloqué el alfiler de plata doblado y el pequeño libro azul de consulta, que había recuperado de Renner.

Bajé varios tramos de escaleras y encontré a Eisenhorn en una sala, leyendo una tabla de datos, mientras Medea estaba sentada junto a una ventana, bebiendo cafeína y estudiando mapas de las calles.

Me serví un poco de cafeína de la cafetera de la hornilla y me senté frente a Eisenhorn. Aquí, en la luz del día que inundaba la sala alta, y la calma alejada de los conflictos, pude ver que era un hombre noble, y poderoso. También pude ver que una vida larga, quizás demasiado larga, lo había tratado cruelmente. Estaba desgastado y roto, cansado y doliente, sostenido por aumentos y calibradores. Me pregunté si había elegido la Ciudad alta como guarida porque su carácter coincidía con el suyo.

-¿Quieres atrapar al Rey?- pregunté.

-Sí- dijo.

-¿Por qué?- pregunté.

Miró a Medea, que había dejado su trabajo para escuchar, y sonrió.

-Es una buena pregunta- dijo.

-Es la pregunta que nadie hace- dijo Eisenhorn.

-¿Por qué?- pregunté.

-Porque el Rey de Amarillo es una criatura mítica- respondió. **-Es folclore. Una versión de él ha existido durante siglos, quizás incluso más. La cuestión es que no se puede responder a la pregunta de forma satisfactoria, porque no sabemos lo suficiente sobre él. No sabemos quién es, ni qué es; no conocemos en absoluto su propósito o su ambición, salvo que tiene que ver con el inmaterium.**

-¿Y?- pregunté.

-Lo reduciré a términos sencillos- dijo Eisenhorn. **-Sea lo que sea que esté haciendo, sea cual sea su intención, sé que no lo está haciendo con la autoridad o la aprobación del Imperio. Está**

fuera de la ley tal y como la conocemos. Eso significa que está operando contra el espíritu del Imperio de la Humanidad, y por extensión contra el Emperador. Sólo por eso, tengo que encontrarlo y detenerlo. Sólo por eso, puede ser considerado un hereje.

-¿Y eso es suficiente para ti?- pregunté.

-Debería ser suficiente para cualquier sirviente de los Ordos- dijo.

-¿Qué hay de los Cognitae?- pregunté. **-Háblame de ellos.**

-Son una sociedad secreta- dijo Eisenhorn. **-Una orden secreta. Muy inteligente, con muchos conocimientos, y posiblemente muy antigua. Los Cognitae pueden ser anteriores al Imperio. Puede que incluso se remonte a la historia de la Vieja Terra, a antes de la Unificación. Puede ser la institución más antigua conocida por la especie humana.**

-¿Pero tú no crees eso?- pregunté.

Se rascó la nuca.

-Creo que es más probable que se trate de una reutilización repetida de un nombre antiguo. Es posible que una vez existiera algo llamado Cognitae, mucho antes de la Unificación. En los diez mil años transcurridos desde entonces, otros grupos y órdenes han descubierto el nombre, lo han reclamado para sus propios fines y han pretendido llevar la llama. Creo que las Cognitae han sido miles de cultos diferentes a lo largo de los años, a veces incluso cultos en guerra entre sí. No dudo de que, si se hiciera una búsqueda, se encontrarían decenas de sectas en todo el espacio humano que pretenden ser la verdadera Cognitae. No es probable que un solo grupo secreto haya aguantado tanto tiempo.

-El Imperio lo ha hecho- dije.

-Es bastante diferente- dijo. **-Aunque sólo sea porque está impulsado por la voluntad imperecedera del Emperador. No hay nada que dé a los Cognitae tal continuidad.**

Me miró.

-En términos sencillos- dijo **-la Cognitae actual es una especie de contra-inquisición, una versión en la sombra. Sus operaciones, acciones y objetivos son muy similares a los nuestros, salvo que no operan en nombre del Emperador.**

-Así que son otra sombra gemela, como la Ciudad del Polvo. ¿Una mitad oculta y otra opuesta? - pregunté.

-Sí.

-Y como yo también, supongo- dije. **-¿Una versión encubierta de algo (alguien) más?**

-Supongo que sí- admitió.

-Quiero ayudarte- dije. **-Creo que puedo acercarte al Rey. Si soy lo que dices que soy, entonces soy un instrumento valioso. Él querrá que le sea devuelta. Después de todo, invirtió tiempo en crearme. Creo que deberías dejarme ser lo que él quiere que sea. Así podré guiarte hasta él.**

Asintió con la cabeza.

-Es una buena sugerencia- dijo.

-Una peligrosa- advirtió Medea. La quería por la preocupación que no podía evitar mostrar.

-Sí, pero sólida- replicó Eisenhorn. **-Como plan a largo plazo, es válido y nosotros...**

Le detuve.

-Aprecio lo que decías anoche sobre la paciencia y la estrategia a largo plazo, pero tenemos una oportunidad que debemos aprovechar antes de que desaparezca. Puede que ya sea demasiado tarde.

Medea se levantó y se acercó a escuchar. Eisenhorn me hizo una señal para que continuara.

-Sé que no debemos precipitarnos- dije **-y sé que tú valoras el juego a largo plazo, pero tengo la oportunidad de volver a unirme a las Cognitae del Gran Laberinto y ser devuelta al redil. Una semana más, incluso unos días más, y esa oportunidad desaparecerá. Necesito moverme rápidamente para mantener la puerta abierta.**

-No me gusta- dijo Medea.

-A mí tampoco- dijo Eisenhorn. **-Pero escuchémosla.**

Se acordó. Al final del día, Eisenhorn permitiría al Maldito escoltarme hasta el punto de encuentro.

-¿No podemos sacarle la ubicación a la fuerza?- preguntó Nayl, que me pareció un hombre que siempre pensaba que lo mejor era forzar lo que fuera necesario.

-No- dije. **-Piense en ello como una misión, señor Nayl. Los Cognitae enviaron a Lightburn para rescatarme. Esperarán**

verlo si vuelvo con ellos. Él se ha convertido en parte de mi misión.

-¿Pero podemos confiar en él?- preguntó Nayl.

-Yo confío en él- dije. **-Ha asumido este deber por un cierto sentido de la penitencia, y nunca ha dejado de venir a buscarme. Es muy tenaz, y se ha enfrentado a muchas cosas que habrían hecho que un hombre menor abandonara su deber.**

Nayl se encogió de hombros.

-Muestra una fortaleza y una devoción que me parecen impresionantes- dijo Eisenhorn.

Al parecer, eso fue suficiente para Nayl y Medea.

-¿Sabes qué hizo para convertirse en Maldito, este Lightburn?- preguntó Nayl.

-Nunca me lo ha dicho- respondí. **-Creo que no se lo ha contado a nadie.**

Nayl me llevó a la armería de Bifrost, una sala reforzada en el décimo piso que creo que antes había sido un gimnasio. Había un impresionante despliegue de espadas, y una artillería redonda apilada en cajas, cajones, estuches y cartones, o envuelta en paños de aceite.

Me encontró una buena pistola de cerrojo y una pequeña y robusta pistola automática para usarla como reserva. Ambas estaban en muy buen estado, pero eran lo suficientemente viejas y aparentemente maltratadas como para que fuera creíble que las había obtenido en la calle.

-¿Tienes una daga?- pregunté.

-Tengo esto- dije, mostrando el alfiler de plata.

Me lo quitó y lo miró durante mucho tiempo.

-Pertenecía a Kys- dijo. **-Era una de sus hojas de kine.**

-¿La conociste?

Asintió con la cabeza.

-Medea dijo que tú... la mataste- dijo, sin mirarme. Hubo un ligero quiebre en su voz.

-Fue en defensa propia- dije. **-Ella atacó al Gran Laberinto. Me atacó a mí. Pensé que era una asesina enviada por los Cognitae. Fue en defensa propia. Dije eso, ¿no? Lo siento. ¿Cómo la conociste?**

Golpeó el alfiler de plata doblado contra su palma abierta.

-Servimos juntos, a las órdenes de Talon- dijo en voz baja. **-Talon era el interrogador de Eisenhorn, en los primeros tiempos. Talon y yo fuimos miembros de la banda de guerra en una de sus primeras iteraciones. Luego, Talon fue ascendido a rango y creó su propia banda de guerra. Me uní a ella. Eisenhorn se había retirado a un semi-retiro en ese período. Kys y yo, servimos juntos durante mucho tiempo. Nos salvamos la vida mutuamente más de una vez.**

Me sentí repentina y terriblemente avergonzada de mis actos.

-Lo siento, Nayl- dije.

Sacudió la cabeza.

-La muerte viene. La muerte camina contigo- dijo. **-Nunca puedes saber cuándo te tocará en el hombro. Kys siempre fue feroz, siempre se precipitó. Eso es lo que me gustaba de ella.**

-¿Eran ustedes...?

-¿Yo y Patience? Trono, no- dijo. **-Habría tenido más posibilidades con Kara.**

-¿Quién?

-No importa. La cuestión es que la ferocidad era cosa de Patience Kys. Ella sabía el camino. Ella hizo su elección. Tú no debías saberlo. En realidad, estoy un poco impresionado de que la hayas superado.

Me miró.

-Ella era en realidad muy parecida a ti, ya sabes, Beta- dijo. **-Una huérfana, criada en una cruel parodia de colegio de huérfanos para convertirse en algo que no era. Finalmente se escapó y terminó sirviendo a los Santos Ordos. Habría sentido un vínculo contigo.**

Me devolvió el alfiler.

-Quédatelo- dijo. **-También te encontraré una hoja adecuada. Quédate con ella para que te recuerde lo duro que es venir de dónde vienes.**

Volví a guardar el alfiler de plata en el bolsillo. Empezó a ordenar una colección de dagas y cuchillos de combate.

-¿Por qué te uniste a la tripulación de Eisenhorn si habías servido con ese Talon?- pregunté.

-Había una gran operación- dijo. **-Esto sería en el año, ¿qué, 404? Talon se movió contra un hereje llamado Molotch. Lo curioso es que este Molotch era el producto de un programa de cría de Cognitae. De todos modos, terminó en Gudrun. Un lugar llamado Elmingard, en las Montañas Kell. Ya no está allí.**

-¿Elmingard o las montañas Kell?- pregunté, divertida.

-Ninguno de los dos- dijo. **-Talon detuvo a Molotch, pero hubo grandes consecuencias. Talon tuvo que jugar a lo loco durante un tiempo para acercarse al bastardo. Estuvo a punto de volverse un rebelde. Con eso y el lío que quedó después, Talon fue a juicio por mala conducta. Con el Palacio de la Inquisición, todo el asunto. No pudieron condenarlo propiamente, porque había salvado a medio maldito subsector, pero lo retiraron del servicio activo, sólo para asegurarse de que a ningún otro inconformista se le ocurrieran ideas raras. Así que la banda se disolvió. Me hice autónomo por un tiempo, un largo tiempo. Luego escuché que Eisenhorn estaba reclutando de nuevo. Eisenhorn siempre ha sido un tipo marginal, ya ves. No es muy querido por los de arriba. Es un poco solitario. Así que ya no puede recurrir a recursos serios. Sólo viejos amigos. También tiene a Medea. Sabía que no podíamos decir que no. Esto fue alrededor de 450. Ya estaba persiguiendo al Rey de Amarillo para entonces.**

-Eso fue hace más de cincuenta años- dije, sorprendida.

Me entregó un glevil de doble filo para que probara su peso.

-Entonces hace cincuenta años que estoy bajo tierra- dijo. **-Escenifiqué mi muerte en esa época para poder volver a unirme a su tripulación y no traer mi pasado conmigo. Unos años después, Medea también "desapareció". Dejó su negocio familiar en Glavia y se reincorporó a la antigua empresa. Supongo que ahora estaremos con él hasta la muerte real.**

-Dijo que había otros dos miembros del equipo- dije.

-Los hay- dijo. **-Los conocerás. Son especialistas.**

-¿Por qué Talon vuelve a estar activo si se retiró a las tareas de oficina hace tantos años?- pregunté.

Nayl se encogió de hombros y me dio un ferichute de mano para que lo probara.

-Supongo que se aburrió de escribir libros- dijo.

No entendí nada.

Hizo un gesto de "no importa".

-Me imagino que la verdadera razón es que también está sobre el Rey. Talon tiene una mente infernal. Una inteligencia infernal. El hombre más inteligente que he conocido, con el debido respeto al viejo. Está sobre el Rey y cree que es importante. Eso es lo que le ha hecho volver al campo. Por eso se mueve con tanta prisa y furia.

Balanceó una severaka con incrustaciones en su mango, y la hizo girar un par de veces.

-El Rey debe ser una cosa seria- dijo. **-Eisenhorn lo piensa. Lo piensa Talon. La Inquisición lo piensa, porque han soltado a Talon para atraparlo, y saben que la última vez que lo hicieron dejó una gran mella en Gudrun.**

Me entregó la severaka.

-Esto te servirá- dijo.

-Buena elección- dije.

La maltrecha y desconchada puerta del viejo gimnasio se abrió y entró Medea.

-Estás tardando mucho- dijo.

-¿Qué puedo decir?- dijo Nayl. **-La chica es exigente, como su madre.**

-Todos ustedes la conocieron, ¿no es así?- pregunté.

-¿Por qué crees que nos hemos esforzado tanto contigo?- preguntó Medea.

-La conocimos, la quisimos, la lloramos- dijo Nayl.

-¿Qué pasó con ella?- pregunté.

-Se hirió- dijo Nayl. **-Muerte cerebral. Fue grave. La pusimos en éxtasis, con la esperanza de que un día...**

-¿Y?

-El tubo de estasis que la contenía estaba a bordo de una nave- dijo Medea. **-La nave desapareció, se perdió, durante un salto de rutina, hacia el año 460.**

-461- dijo Nayl.

-Supongo que alguien debe haberla encontrado después de todo- dijo Medea.

-¿Tienes alguna foto de ella?- pregunté.

-Ya no- dijo Medea. **-Fue hace mucho tiempo.**

-El jefe podría tener alguna- dijo Nayl.

-Yo no le preguntaría- me dijo Medea. **-Con el tiempo, te lo enseñará si cree que puede hacerlo. Es un tema delicado.**

-¿Por qué?- pregunté.

-La amaba- dijo Nayl. **-Tanto como puede amar a alguien. Perderla le habría roto el corazón... si es que alguna vez tuvo uno.**

-Si quieres saber cómo era- dijo Medea con una sonrisa **-ve a mirarte en un espejo.**

Se estaba haciendo tarde. Nos despedimos sin ningún tipo de sensibilidad. Había memorizado los códigos de contacto. Llevar un vox parecía contrario al espíritu de mi misión. Podría suscitar preguntas.

-Mis especialistas te seguirán- dijo Eisenhorn.

Asentí con la cabeza.

-Todavía no los conozco- dije.

-Probablemente sea mejor para tu tapadera que no los conozcas- dijo Eisenhorn.

-Esperaremos a que rompas el silencio- añadió.

-Pero trata de no preocuparnos- dijo Medea. Me abrazó.

-Cuida de Lucrea mientras estoy fuera- dije.

Ella asintió.

Lightburn y yo salimos por una de las escotillas superiores y nos alejamos por el paisaje desordenado de los tejados de la Ciudad alta cuando el sol empezaba a ponerse.

CAPÍTULO 39

La historia del Maldito

-¿Me dirás a dónde vamos?- le pregunté a Lightburn.

Si no lo he hecho hasta ahora, no lo haré ahora, ¿verdad?

-Te tomas tu carga muy en serio, Maldito- dije.

Lightburn asintió.

-No puedo despojarme de mi carga de pecados si asumo cosas que no hago precisamente como se me han pedido. Eso es una chapuza. La señora me dijo que no le dijera a nadie su lugar, sino que le llevara a ella. Mi carga no se aliviará si no puedo hacer las cosas correctamente.

Nos dirigimos al este, hacia la Puerta de Fey. Era un atardecer cercano, pero había amenaza de lluvia. El cielo aún estaba teñido por el incendio de la basílica. Abandonamos los tejados nivel a nivel, siguiendo laderas y cimas de muros, tuberías y terraplenes, y para cuando la enorme forma gris de la Puerta de Fey se cernía ante nosotros, estábamos a nivel de calle, cortando a través de los callejones y sub calles de una zona llamada los Salleys. No había mucho tráfico. Caminábamos cómodamente, pero en guardia por si había pandillas de navajeros y delincuentes callejeros.

-¿Cuál fue tu pecado, Renner?- le pregunté.

No respondió.

-¿No me lo vas a decir?- dije.

-Trabajé en el templo- dijo en voz baja. **-La basílica, como has adivinado. Era un guardia del templo. Un guardián. Fui un hombre obediente. Serví en la bendición del Trono Dorado.**

Guardó silencio. No le presioné. Seguimos caminando por las sucias callejuelas y los patios. Esperé a que continuara.

-Una noche, esta persona vino al templo- dijo. **-Yo estaba de servicio. Esta persona, quería un santuario. Había una turba persiguiéndola. La perseguían".**

-¿Era una mujer? ¿Una chica?- pregunté Asintió con la cabeza.

-Era una cosa joven. Asustada. Pensé que sería una ramera que había ofendido a algún cliente o causado algún escándalo. Pensé que la turba era unos imbéciles de mente pomposa que la perseguían para golpearla y darle una paliza. Pero no lo era.

¿No?

Negó con la cabeza.

-Era una psíquica- dijo. **-Nunca la habían recogido ni examinado. Simplemente creció sin saber. Esa semana, su poder había salido a la luz. A su edad, supongo. De todos modos, su psicomagia se manifestaba, asustándola, asustando a su familia y vecinos. Ella había huido. La habían descubierto.**

Me miró.

-Estaba muy asustada, Beta. Muy asustada. Asustada de la turba, asustada de lo que pudiera pasar, asustada de sí misma. Sólo quería que alguien la ayudara. Así que le di refugio. La dejé entrar en las criptas y le di refugio allí.

Se quedó en silencio.

-¿Qué pasó?-. Le pregunté.

Suspiró.

-Los confesores nos encontraron. Me echaron, me desterraron. Me convirtieron en un pecador, y me maldijeron para que fuera un Maldito.

-¿Y ella?

-Creo que la quemaron al día siguiente.

Seguimos caminando, a través de las sombras que se acumulan, a través de los lugares oscuros de la ciudad.

-¿Por eso me ayudas, Renner?- pregunté.

-¿Por qué?- preguntó -Yo también soy una paria. ¿Me ayudas con tanta diligencia porque no pudiste ayudarla a ella?

Resopló.

-Tonterías- declaró. Se rió como si la misma idea fuera muy divertida.

-Sólo eres mi carga- dijo. **-Y pronto me quitarás el peso de encima.**

Nos adentramos en Salleys, avanzando hacia el norte, hacia el distrito de la Puerda Baja. La luz ámbar de las fundiciones de Emberyard iluminaba el cielo nocturno. En un par de ocasiones, las bandas de monederos nos habían seguido, pero perdieron el interés cuando vieron la imponente figura de Lightburn.

Me cogió del brazo y se detuvo.

-¿Has oído eso?- preguntó.

-¿Qué?

-¿Sientes eso?

-Sólo el viento- dije. Se está levantando. **-Viene lluvia.**

-No estoy tan seguro- dijo. **-Desde hace unas cuantas calles, tengo la sensación de que nos siguen.**

-Sí, las bandas- dije.

-No, ni las bandas ni los canallas- contestó. **-Sé lo que se siente al ser seguido por ellos. Algo más.**

-No sentí nada- dije.

Empezó a llover de repente. Las gotas caían rápido y con fuerza. Luego se convirtió en un aguacero realmente feroz. El agua que corría por las alcantarillas era negra por la suciedad de la calle. Los truenos se sucedieron.

Corrimos a refugiarnos en el arco enmohecido de un viejo edificio. Nos quedamos mirando la cortina de lluvia.

-Espero que deje de llover o nos empaparemos- dijo.

Asentí con la cabeza. Me pregunté cuánto faltaba para llegar.

-Santo Trono- murmuró, en voz muy baja. **-Beta, mira.**

Miré. Un puñado de objetos diminutos y brillantes flotaban por el arroyo de agua de lluvia que se había formado en la cuneta de la

calle más allá del arco, rebotando y arremolinándose en su camino hacia la alcantarilla.

Eran pétalos de rosa.

-Oh, no- dije.

Nos dimos la vuelta para correr.

Una sonrisa resplandeciente colgaba en la lluvia detrás de nosotros.

CAPÍTULO 40

Eusebe

Teke el Sonriente salió de la oscuridad para que pudiéramos verlo. La lluvia se reflejaba en su armadura rosa y negra. Sus dos cintas doradas ondeaban en su cadera.

-Os he estado buscando- dijo. Levantó el espejo de Shadrake como si fuera una linterna. Tenía una grieta donde la había dejado caer. **-Hace tiempo que te busco. Me dejaste en Feverfugue. Me heriste con esa palabra. Tuve que luchar contra esos animales. Luchar contra ellos. Ellos me cortaron. Yo les devolví el daño.**

Me miró.

-Creí que teníamos un acuerdo, Madame Beta Bequin- dijo. **-Creí que habías entendido que ahora perteneces a los Hijos.**

-Por favor...- empecé.

-Perteneces a los Hijos. He venido a llevarte de vuelta para que podamos continuar nuestro negocio juntos.

Sin dejar de sonreír, levantó un dedo de advertencia.

-Nada de malas palabras ahora. Nada de trucos de paria. Venga conmigo. O lo mataré y te mutilaré.

Realmente deseaba tener la palabra, pero desde que se la había dicho en la antigua casa, había huido de mi memoria de nuevo y no podía recuperarla.

Dio un paso hacia nosotros. Me tendió la mano. Donde la lluvia corría por su brillante armadura parecía sangre.

Lightburn sacó su revólver y apuntó a Teke.

-¡Renner, no!- grité. **-Te matará.**

-¡Si no lo hago, será mejor que me suicide!- gruñó Renner.

-¿Harías eso?- preguntó Teke. **-¿Podrías? ¿Ahorrarme el esfuerzo?**

Entonces Teke desapareció. Algo se estrelló contra él desde un lado y lo arrancó de nuestro campo de visión. Fue como si lo hubiera arrollado un tranvía fuera de control. Lightburn y yo nos estremecimos ante el impacto y corrimos a mirar.

Flecha de la Muerte tenía al monstruo en el suelo, con las manos alrededor de la garganta de Teke. Flecha de Muerte era casi tan grande como el guerrero de los Hijos del Emperador. Estaba golpeando sistemáticamente la cabeza del marine traidor contra el pavimento del mugriento callejón. La lluvia caía sobre ambos. Oía el zumbido de su visor óptico.

Teke se recuperó y le quitó de encima la coraza con un formidable puñetazo. El impacto del puño potenciado sobre la armadura de placas hizo un ruido como el de una puerta de caja fuerte al cerrarse. Flecha de la Muerte se levantó del suelo y se estrelló contra la pared que tenía detrás, haciendo crujir los antiguos ladrillos cubiertos de hollín.

Teke se levantó y se abalanzó sobre él. Sus cintas eran espadas. Su sonrisa se convirtió en un rictus asesino.

El perro pastor salió de la calle lateral y se abalanzó sobre él, agarrando su muñeca izquierda con sus enormes mandíbulas. El

guerrero de los Hijos del Emperador lanzó un aullido de consternación. No fue un grito de dolor. Simplemente parecía revuelto ante la idea de ser tocado por un perro asqueroso. Dio un golpe y envió al animal volando por el patio.

Pero el perro había hecho ganar tiempo a Flecha de la Muerte. El jefe de los asesinos había desenvainado su espada oscura. Se acercó a Teke y chocaron. La enorme hoja aceitada se encontró con las dos espadas largas doradas y las bloqueó. Salieron chispas. Oí a ambos guerreros gruñir de esfuerzo mientras intercambiaban golpes y empujones potencialmente letales. Teke tenía una clara ventaja. El jefe de los asesinos era sobrenaturalmente fuerte. Lo sabía muy bien. Pero no era de la misma clase que el Astartes Traidor. Teke lo mataría. Lo superaría en golpes y en lucha. Su habilidad con la espada era mucho mayor.

El Sonriente asestó un golpe terrible y demoledor que pareció arrancar parte del visor y el revestimiento de la cara de Flecha de Muerte. La cabeza de Flecha de la Muerte se desplomó hacia un lado. Vi cómo los fluidos caían en la lluvia. Los cables se desgarraron y se desvanecieron. Flecha de la Muerte se tambaleó hacia atrás, goteando sangre, con el lado de la cabeza destrozada.

Teke se acercó para matarlo.

Pero se detuvo. Había visto algo. Algo lo había detenido de golpe.

Me di cuenta de que había visto la cara de Flecha de la Muerte detrás del visor roto.

-¿Cómo...?- comenzó.

La distracción fue momentánea, pero el Sonriente había bajado la guardia.

Flecha de la Muerte clavó su espada en el espacio. La hoja negra engrasada atravesó el vientre del marine traidor y destrozó la chapa trasera de su armadura. La sangre salpicó el suelo húmedo detrás de él, negro como la brea. Los servos de las esquilas entraron en cortocircuito.

Teke gritó. Esta vez fue realmente de dolor. Era dolor, indignación y horror.

Teke se desprendió de la hoja que lo empalaba y retrocedió a trompicones por el patio. La sangre negra brotaba de su herida y se mezclaba con la lluvia. Su rostro era ceniciento. Todavía sonreía.

Se giró y la noche se lo llevó. Fue como si la negrura y la lluvia hubieran conspirado para convertirse en una cortina que le permitiera salir. Teke no dejó más rastro que unos cuantos pétalos de rosa rosa que flotaban en los charcos burbujeantes que rodeaban el desagüe.

Flecha de la Muerte se hundió de rodillas, respirando con dificultad. Se mantuvo de espaldas a nosotros. Se llevó las manos a la cara y trató de recomponer su visera dañada.

Di un paso hacia él. El perro pastor se acercó trotando y se interpuso entre nosotros. Me miró fijamente, pero no de forma desagradable.

-¿Flecha de la muerte?- dije.

El perro gruñó. **-Beta.**

-¿Puedo ayudar? Estás herido. Déjame...

El perro gruñó de nuevo. Una negativa.

-Nos has salvado. Me has salvado otra vez.

El perro permaneció en silencio.

-Estoy encantada de verte hoy- dije.

Miré a Lightburn. Me hizo un gesto urgente para que le siguiera y se alejara.

Me detuve y volví a mirar a Flecha de Muerte.

-Eres uno de los suyos, ¿verdad?-. Dije. **-Eres uno de los especialistas de Eisenhorn. Te envió a seguirme.**

No hubo respuesta.

-¿No es así?

-Sí- dijo Flecha de la Muerte.

-¿Quién eres tú?- pregunté.

Se puso en pie y se volvió para mirarme. Vi que la visera estaba destrozada y colgando, y parte del tejido cicatrizado y estriado de su cara estaba desgarrado. Pero era una máscara. Había otro rostro bajo ella, un rostro que el golpe de Teke había dejado parcialmente al descubierto.

No podía verlo con claridad, pero incluso en la penumbra podía decir que era apuesto y noble.

-¿Quién eres tú?- pregunté.

Me miró por un momento.

-Soy Alpharius- dijo.

Se dio la vuelta, y él y su perro se perdieron rápidamente en el aguacero.

Seguía lloviendo, pero continuamos caminando. Sólo nos importaba un tipo de refugio. Empecé a lamentar la esencia misma de mi vida. Sentí que debía bajar a los pantanos de donde, supuestamente, había salido, y tumbarme en la tumba húmeda que me habían dicho que pertenecía a mi madre, y morir allí. Simplemente tumbarme allí y dejar que los elementos me reclamaran para poder dejar de ser el centro de esta locura. Me había convertido en un grial. Me había convertido en lo que todos estos grupos letales buscaban. En todos los mitos del grial, me pregunté si alguien había pensado alguna vez en cómo se sentía el grial con todo esto.

El olvido era atractivo, pero también se basaba en una mentira. El hecho de que yo viniera de las marismas y los astilleros del sur de la Puerta de la Industria no era más que una historia útil que se había inventado para que mi vida tuviera sentido. Era sólo un papel. Mi madre, si podía creer a los ayudantes de Eisenhorn, se había perdido en una nave en la disformidad. Sólo mi nombre parecía genuino. Bequin: sólo una palabra. Una sola palabra era todo lo que me quedaba.

Caminamos durante una hora más y no hablamos. La lluvia nos pegaba la ropa a la piel. La ciudad parecía vacía, ya que la lluvia había hecho que la mayoría de los habitantes se encerraran en casa. Parecía que las luces se habían apagado y que el desorden de piedras había sido desalojado para poder limpiarlo con una manguera y dejarlo listo para la mañana y el siguiente grupo de actores y los siguientes papeles a representar.

Lightburn me llevó a través de Lunar Street, el gran bulevar que atraviesa el distrito de Parashoy, y hacia la Puerta del Carbón. Me había llevado por el camino más largo. Los árboles detrás de las

barandillas negras del parque Parashoy susurraban bajo la intensa lluvia.

-Aquí estamos- dijo.

Cruzamos la calle, pasamos por delante de locales comerciales cerrados y de una taberna que estaba iluminada. Al otro lado de un patio empedrado había un edificio grande y antiguo. Había sido construido en el clásico estilo orfebre, con columnas y un pórtico. Sus ventanas eran ciegas. Hacía tiempo que estaba en desuso. La suciedad lo cubría y las cadenas mantenían las puertas cerradas. Era un lugar muerto. Era una caja cerrada que contenía un contenido desconocido.

-¿Aquí?- pregunté.

Asintió con la cabeza y nos acercamos a las puertas, subiendo los desgastados escalones y pasando por debajo del pórtico. La lluvia goteaba del friso de piedra. Olía a humedad y a desecho de vagabundos.

Lightburn se acercó a las puertas y retiró las cadenas oxidadas que atrapaban los pomos. Abrió una de las puertas con el hombro, poco a poco, hasta que hubo espacio suficiente para trepar por ella.

Había sido un hospital, un hospital escuela del Colegio de Médicos. Llevaba cerrado unos sesenta años. Atravesamos un lúgubre pasillo y entramos en una gran sala de azulejos llena de viejos libros de texto enmohecidos y páginas dispersas de historiales de pacientes. En dos de las enormes paredes colgaban miles de fotos de grupo, cada una de ellas de una promoción de jóvenes estudiantes de medicina. Las fotos estaban tan manchadas que ya no se podían distinguir las caras. Había tres bancos de sillas podridas. No estaba segura de si habían sido una zona de espera, o si estaban dispuestas para que el público se sentara mientras se otorgaban los títulos.

Lightburn caminó a lo largo de una pared, contando las urnas de piedra que había allí. Llegó a la cuarta, metió la mano y sacó una pequeña unidad de rastreo.

-Así es como le digo que estamos aquí- dijo, y lo activó. Una luz verde en la pequeña unidad comenzó a parpadear con entusiasmo.

-¿Cuánto tiempo?- pregunté.

-Ya sabes tanto como yo- dijo.

Esperamos. Estaba incómodamente oscuro y húmedo. Oí el repiqueteo de la lluvia en el tejado y escuché las gotas de agua, más fuertes y claras, que caían dentro del lugar, a través de las grietas en los suelos de baldosas. Me pregunté cuántas vidas había salvado este edificio a lo largo de los siglos. ¿Cuántos médicos había formado y producido? ¿Cuántas vidas habían salido al Imperio para cambiar y salvar?

Me pregunté si, a pesar de estar en su madurez, el edificio podría salvar mi vida.

Me pregunté qué le diría a la madre Mordaunt cuando llegara. Me pregunté quién más del Gran Laberinto habría sobrevivido a aquella terrible noche. Me di cuenta de que me emocionaba la idea de volver a verlos. Eran una vida que comprendía. Me pregunté si se trataba de simple familiaridad, de la promesa de una seguridad en la que había confiado durante tanto tiempo. ¿O se trataba de un insidioso condicionamiento de Cognitae, que renovaba mi sentido de la lealtad al anticiparme a verlos?

¿Era yo de Cognitae? ¿Era mi naturaleza básica? A pesar de todas mis declaraciones, ¿era probable que no renunciara a ella cuando llegara el momento?

Ciertamente, tenía fichas de negociación que me harían valiosa para los Cognitae. Yo era un activo. Podía hablarles de al menos dos operaciones inquisitoriales, y de algunos detalles de su composición e intención, y podía hablarles de los Guardianes oscuros, de la Eclesiarquía y de su imprudente pacto con los Marines Traidores, de Alace Quatorze, la antigua Glaw, de la naturaleza íntima de su casa en las tierras fronterizas y de las maliciosas intenciones de los Hijos del Emperador.

Durante mi huida, mi *Hajara,* durante mi improvisada huida hacia atrás a través de las misiones anteriores y los roles pasados, había aprendido mucho que podía utilizar como ventaja para mi propia seguridad.

Comencé a caminar. Lightburn me observaba. Él también estaba nervioso.

Me dirigí a la puerta del fondo de la cámara y la abrí. Él me siguió. Al otro lado había una sala espectacular. Era el teatro anatómico del hospital universitario, una cámara empinada de seis plataformas circulares de observación con ornamentadas balaustradas de madera de nácar que daban a la zona de operaciones de la planta baja. Allí abajo, donde nos encontrábamos, se hacían disecciones y otras demostraciones para la formación de los estudiantes que llenaban las galerías de arriba.

El agua goteaba del techo. Aquí se habían diseccionado cuerpos en nombre de la ciencia y para el avance del conocimiento humano. Recordé que, a pesar de todas las vidas que el hospital universitario podría haber salvado, había sido necesario consumir vidas. Aquí también había muerto gente, y sus anatomías habían sido absorbidas por la ciencia. Sólo a partir de la muerte puede continuar la vida. Sólo del sacrificio puede surgir el futuro. A veces hay que donar cosas muy valiosas para un bien mayor.

Después de todos los papeles para los que había sido criada y entrenada, no pude evitar notar lo irónicamente apropiado que era que esta reunión tuviera lugar en un teatro vacío.

-Ya está aquí- dijo Lightburn justo detrás de mí.

Levanté la vista y la vi bajando por la escalera de madera desde las galerías de arriba. Creo que esperaba oír el ruido de una costosa seda de araña.

-Renner, no es ella- dije.

-Lo es- insistió el Maldito. **-Es la mujer que me impuso esta carga. Es la mujer llamada Eusebe que me dijo que te trajera aquí.**

No era Eusebe Mordaunt. Desenfundé mi pistola láser y la armé. Lightburn miró el arma con confusa consternación. O me había engañado, o le habían engañado a él, y por su mirada de sorpresa sospeché lo segundo.

La mujer llegó a la planta baja y se enfrentó a nosotros.

-No os acerquéis más- advertí, y apunté el cerrojo láser.

-¿O qué?- preguntó Patience Kys. **-¿Vas a matarme otra vez?**

CAPÍTULO 41

Que se refiere al Milenio 41

Era hermosa, tan hermosa como la recordaba de aquella noche en los desvanes del Gran Laberinto, cuando sólo la conocía por el nombre de Tharpe y el título de Hermana. Era alta, y su forma atlética estaba enfundada en un traje ajustado de cuero marrón. Enmarcados por los duros ángulos de sus pómulos, sus ojos verdes ardían con la furia del visor de Flecha de la Muerte. Su pelo negro como el azabache, tan negro como la Vieja Noche, estaba recogido en un moño apretado con un solo alfiler de plata.

-Guarda tu arma, Beta Bequin- dijo. **-Es hora de hablar.**

-¿No es ésta la mujer?- preguntó Lightburn.

-No- dije.

-No te he engañado, te lo juro- gritó.

-Lo sé- dije.

Lightburn sacó su revólver y dio un paso hacia la mujer.

-¿Por qué me has engañado de esta manera? Me has utilizado- gritó.

-Suficiente- dijo Kys. **-Los dos dejad a un lado vuestras armas. No estoy bromeando, Beta. No es una oferta que suela hacer a la gente que ha intentado matarme.**

-¿Cómo has sobrevivido?-. Pregunté.

-Me rescato.

-¿Quién?- pregunté.

-Mi maestro.

-¿Cómo pudo recatarte? Ningún hombre podría detener una caída desde tan alto.

-Lo hizo con su mente- dijo Kys. **-No tienes ni idea de los poderes que se mueven a tu alrededor, ¿verdad? Ni idea. Ni idea de la situación en la que te encuentras de repente. Por última vez, guarda las armas.**

Su mención del poder mental me sacó de mi asombro. Todavía apuntando, alcancé mi brazalete. Podía bloquearla. Podría bloquearla a ella y a su maestro psíquico y...

El brazalete no giraba.

Frenética, disparé en su lugar. La pistola laslock salió volando de mi mano y dio un salto mortal hacia una de las galerías más altas. La pistola de Lightburn también salió prematuramente de su agarre. Se alejó por el aire, girando, la recámara se abrió y las balas salieron una a una para orbitar el arma flotante como un grupo de lunas alrededor de un planeta madre.

Kys se lanzó hacia mí. Sentí que me levantaban de los pies, como si un gran viento se hubiera formado debajo de mí, o como si una mano gigante me hubiera levantado. Me estrellé contra la balaustrada de madera de la primera galería, inmovilizada. Luché por alcanzar mi espada. Salió volando: fue arrojada a un lado por dedos invisibles.

Con un rugido, Lightburn fue a por Kys, intentando interceptarla. Ella lo empujó hacia atrás con su fuerza telequinética, muerta de miedo

hacia mí. Cuando se levantó y fue a acercarse de nuevo a ella, apareció una segunda figura, que bajó de un salto de los raíles más altos. Era otra mujer, más baja que Kys y más curvilínea, con el pelo corto y rojo. Aterrizó como un gato y abordó al Maldito. Él luchó contra ella, pero ella bloqueó cada uno de sus rápidos y furiosos golpes y puñetazos. Le cogió el brazo, le hizo una llave de cabeza, le apartó las piernas de una patada y le puso en el suelo, inmovilizado e indefenso. Él aulló.

-Cállate- le dijo la mujer.

Kys había llegado hasta mí. Intenté luchar contra ella, pero me tenía presionado contra las barandillas de madera. Intenté una y otra vez girar el brazalete, para desactivarlo. No giraba.

-Basta- dijo Kys. **-Basta.**

Luché.

-Lo primero que hice fue bloquear ese brazalete con mi mente- dijo Kys. **-¿Crees que quiero que me dejes en blanco otra vez? ¿Crees que vendría a enfrentarte sabiendo que puedes bloquear mi mente?**

-¿La tienes?- dijo la mujer con su rodilla en la columna de Lightburn.

-Sí- dijo Kys. Me miró, inclinando la cabeza hacia un lado.

-Deja de luchar. Las cosas te irán mejor.

Gruñí.

-Puedo hacer esto todo el día- dijo ella. **-Estás detenida como prisionera de la Inquisición, y te sugiero que lo aceptes y empieces a actuar en consecuencia.**

Su mente buscó en mi abrigo. Sacó el pequeño cuaderno azul de notas. Kys extendió la mano y tomó el libro del aire. Lo hojeó.

-Interesante- dijo. **-Parece ser una copia original de los lunáticos apuntes de Chase. Un texto herético. Muy raro. ¿De dónde lo has sacado?**

No dije nada.

-Este es un libro peligroso, Beta- dijo. **-Dice mucho sobre el tipo de persona que lo llevaría consigo, y nada bueno. Es una mancha negra para la Inquisición. Un punto muy negro. Puede que tengamos que revisar nuestra valoración de ti.**

-¡Me la dieron!-. Me quejé. **-¡Ni siquiera lo he leído! No entiendo la clave.**

Ella frunció los labios.

-Nadie lo entiende- comentó. **-Lleva años intentando descifrarlo. Claro que antes no tenía un original para trabajar. Tal vez sea una buena señal que no pueda.**

Su mente buscó de nuevo en mis bolsillos y sacó el alfiler de plata doblado. Lo hizo flotar en el aire entre nuestras caras.

-He echado de menos esto- dijo. Para demostrar el poder coercitivo de su mente, enderezó la curvatura del alfiler. Luego lo dejó flotar hacia arriba, girar y deslizarse hacia abajo en el moño en perfecta simetría con el otro pasador.

-¿Por qué lo has guardado?- me preguntó.

-¿Por qué te importa?-. Respondí.

-Nos reclama- dijo la otra mujer. **-Nos está llamando.**

-Lo he oído- dijo Kys. Me miró. **-¿Vas a comportarte?-** preguntó. **-Sé que no tienes ninguna razón para confiar en mí, pero quiero que entiendas que las cosas te irán mucho mejor si cooperas. Está cansado. No tendrá tiempo para juegos.**

Asentí con la cabeza.

Su agarre telequinético sobre mí se relajó ligeramente, lo suficiente para que me deslizara lejos de las balaustradas que me presionaban la espalda y volviera a poner los pies en el suelo. La pelirroja estaba levantando a Lightburn, pero manteniéndole los brazos inmovilizados a la espalda.

Empezamos a caminar hacia la puerta. Kys estaba junto a mi hombro, guiándome con su mente. Cada vez que caminaba un poco en contra de su inclinación, su mente tiraba de mí y me enderezaba. La mujer pelirroja vino detrás de nosotros, arrastrando a Lightburn como si fuera un agitador detenido por la guardia de la ciudad. El Maldito no paraba de decir: **-Lo siento. Lo siento.**

-¿No puedes hacer que se calle?- me preguntó la pelirroja.

-Realmente no ha habido ninguna prueba hasta ahora- respondí.

Nos acompañaron de vuelta a la húmeda sala principal, bajo la atenta mirada de los podridos cuadros de grupo de las paredes. Una brisa agitó y revoloteó los papeles esparcidos por el suelo.

Allí nos esperaba.

Era sólo una caja, una gran caja de metal, en parte como un trono y en parte como un ataúd de hierro. Al igual que Kys, era tal y como me lo había encontrado aquella noche. Me pregunté si el simbolismo del ataúd/trono era deliberado: el amo sentado y muerto, todopoderoso, pero indefenso.

La caja flotaba sobre el suelo, sostenida por sus mecanismos gravitatorios.

Kys me puso delante de él y me dejó libre. La pelirroja se quedó atrás con Lightburn sujeto, aunque el Maldito había dejado de luchar al ver el siniestro ataúd flotante.

-Tú eres Talon- dije.

-¿Entonces me conoces?- respondió la caja. Hablaba a través de un dispositivo vox mecánico integrado en su carcasa. La voz no era del todo humana.

-Sí- dije.

-Te conozco como Beta Bequin- dijo la caja. **-¿Es tu nombre?**

-Sí.

-¿Alizebeth Bequin?

-Sí.

-Eres una huérfana criada en las instalaciones de Cognitae del Gran Laberinto- dijo la caja. **-¿Nunca conociste a tu madre?**

-No, no la conocí.

-Te pareces mucho a ella- dijo.

-Realmente se parece- dijo la pelirroja desde atrás.

-Deja que ese hombre se vaya, Kara- dijo la caja. **-No creo que nos moleste. No nos molestará, ¿verdad, Renner Lightburn?**

-No, señor- dijo Lightburn. La pelirroja soltó los brazos. Se enderezó y se cepilló las mangas.

-Eso está bien- dijo la caja. Se acercó un poco más a mí.

-Me has llamado Talon- dijo la caja. **-Es uno de mis nombres. El mejor de todos es éste. Soy Gideon Ravenor. Soy un inquisidor de los Santos Ordos. ¿Necesitas ver mis credenciales para creerlo?**

-No- dije.

-Has llevado una vida complicada, Beta- dijo la caja. **-Muy poco de lo que ha habido en ella hasta ahora es lo que parece. Has estado actuando todo este tiempo. Ensayando para los papeles. Ahora es el momento de la actuación.**

-No sé a qué te refieres- dije.

-Significa que los Cognitae te crearon con un propósito, pero tienes un potencial mucho mayor.

Tomé aire.

-¿Me estás pidiendo mi servicio?- pregunté. **-¿Lo haces? Todo el mundo parece querer algo de mí. Todo el mundo. Parece que tengo muchos usos. ¿Quieres que me infiltre también con los Cognitae?**

-¿Qué quieres decir con "también"?- preguntó la caja.

-Ya me han pedido que lo haga. Ya sirvo a la Inquisición, Gideon Ravenor.

Por un momento no hubo ningún sonido, salvo el constante goteo de agua a través de las grietas del techo.

-Te refieres a Eisenhorn- dijo la caja.

-Sí- dije.

-Estábamos seguros de que se había puesto en contacto contigo- dijo la caja **-y presumiblemente te había ofrecido un puesto en su séquito. Le resultaría útil. ¿Está usted aquí por su cuenta?**

-La autoridad de la Inquisición, a la que he creído servir durante toda mi vida. Le sugiero que hable con él. Sé que son rivales, de alguna manera. No pretendo entender su historia. Pero queréis lo mismo.

-¿Qué es?- preguntó la caja.

-Los Cognitae- dije. **-Y detrás de eso, el Rey de Amarillo. Los dos queréis al Rey.**

-¿Te ha dicho por qué busca al Rey?- preguntó la caja.

-No- dije.

-¿Te gustaría saber por qué cazo al Rey?- preguntó.

-Sí, dímelo.

-Las palabras y los nombres son cosas poderosas- dijo la caja. **-Nos dan el control. Nos permiten nombrar, describir y subyugar el universo que nos rodea. Los grandes libros escritos del conocimiento, los verdaderos grimorios y los códices, rigen el funcionamiento mismo de este cosmos. Hay libros cuyo propósito es acabar con toda la vida, y libros hechos para crearla. Las palabras son poder.**

-Porque una palabra fue lo primero- dije.

-Sí- dijo la caja. **-Así es. Los Cognitae han hecho una búsqueda particular, según mi experiencia, de perseguir el poder total a través de las palabras.**

-¿Así que las palabras son su grial?- dije.

-Sí. Las palabras que buscan son especiales. Un lenguaje especial. Palabras constructivas. Palabras destructivas.

-Enuncia- dije.

-Estoy impresionado, sí- dijo la caja. **-La enunciación ha sido durante mucho tiempo uno de sus principales intereses. Desean obtener el poder de dirigir toda la realidad sólo con el uso de las palabras.**

-No son los únicos- comenté.

-¿De verdad?- preguntó Kys. **-¿Qué más sabes?**

Miré el trono-ataúd.

-Termina lo que estabas diciendo- dije.

-Creo- dijo la caja **-que el llamado Rey de Amarillo persigue una palabra en particular. Una palabra de gran poder. Si el conocimiento de una palabra transmite el dominio de una cosa, un objeto o una persona, entonces ésta es la más potente de todas. Cambiará todo lo que conocemos.**

-¿Sólo una palabra?

-Creo que el Rey ha pasado muchas décadas extendiendo su alcance y control sobre el espacio exterior. Está ganando acceso, por medios diversos e indirectos, al inmaterium. Hay

varios lugares dentro de la inconstancia de la disformidad donde podría encontrarse la palabra.

-¿Cómo?- pregunté.

-Como- dijo la caja **-un lugar llamado Planeta de los Hechiceros. Un lugar llamado Echolalia. Un lugar llamado Sicarus. Un lugar llamado Grammatika. Y otros mundos de demonios. También, un lugar conocido como la Biblioteca Negra.**

-¿Y cuál es esa palabra que está buscando tan furiosamente?- pregunté.

La caja hizo una pausa antes de responder.

-El único y verdadero nombre del Dios-Emperador- dijo.

Oí que Lightburn emitía un gemido de indignación. Hizo la señal del águila sobre su pecho.

-Que un hombre conozca el nombre del Emperador le da poder sobre el Emperador- dijo la caja. **-El poder de la vida y la muerte. Y ese poder, por extensión, significa poder sobre el Imperio y sobre toda la humanidad.**

-¿Así que quieres que te ayude a llegar a él?-. Preguntó. **-¿Quieres que te ayude a detenerlo?**

-Sí- dijo la caja.

-Pero de una manera muy específica- dijo Kys. **-Ya has hecho la conexión, simplemente tienes que explotarla. El hecho de ser quién eres te convierte en la herramienta perfecta.**

-No puedo creer que estemos haciendo esto- oí murmurar a la pelirroja.

La miré.

-Es la única manera, pero parece tan cruel- dijo.

-Kara tiene razón en ambos aspectos- dijo la caja. **-Estoy muy triste por haber llegado a esto.**

Se acercó a mí. Podía oír el suave zumbido de sus placas de elevación. Podía oír el diminuto sonido del soporte vital de su caja.

-Las más exhaustivas búsquedas predictivas y los augurios han sido inequívocos- dijo la caja. **-La amenaza se encuentra dentro de la Inquisición. Dentro de los Ordos. Está entre nosotros e incrustada en nosotros. Debemos encontrarla y eliminarla. Dices que existe una rivalidad entre Eisenhorn y yo. Es más que eso. Mucho más. Una vez fue mi maestro y mi amigo.**

Hubo una pausa. Las placas del elevador zumbaron.

-Gregor Eisenhorn no es un inquisidor. No sirve a los Ordos. Es un pícaro y un hereje, y fue nombrado Extremis Diabolus hace casi un siglo. Se niega a aceptarlo. Los ancianos de la Inquisición me han encargado que vuelva a estar activo y lo detenga.

-No- dije.

-No entiendes lo que es, ni de lo que es capaz- dijo la caja.

-Y no creo que entiendas que debes hablar con él- respondí. **-Lo has entendido mal.**

-Beta- dijo la caja. **-En circunstancias normales, me vería obligado a detenerte para siempre, sin esperanza de liberación. Eres una paria. Eres el producto de un programa de cría de**

herejes. Eres un objetivo más que válido para la supresión. Pero este es un momento extraordinario, y se me han dado poderes extraordinarios. Por lo que eres, por lo que eres, eres la herramienta perfecta para alcanzar y derribar al hereje Eisenhorn.

-¡No!- dije.

-Es eso o una vida en prisión- dijo Kys. **-Lo siento.**

-Necesito que utilices tus conexiones con Eisenhorn, que las aproveches y que te infiltren en su séquito. Necesito que abras toda su operación, para que pueda llevarle ante la justicia de una vez.

-¿Quieres que me haga amiga de él y luego lo traicione?

-Quiero que sirvas al Emperador, tu dios, y que cumplas con tu deber en nombre de la Inquisición- respondió.

-¡No es a él a quien quieres!- grité. **-No es el Rey.**

-Hay una gran posibilidad de que lo sea- dijo la caja. **-Y aunque no lo sea, hay que detenerlo. Lleva demasiado tiempo siendo un canalla.**

Empecé a protestar en voz alta. La fuerza telequinética de Kys me cerró la boca.

El trono-ataúd de Ravenor se volvió hacia Kys y la mujer pelirroja.

-Vamos a darle tiempo para que reflexione sobre esta oferta- dijo. **-Kara, ponla en una de las habitaciones de arriba. Volveremos a hablar con ella por la mañana. Kys, deshazte del Sr. Lightburn.**

-¿Tengo que matarlo?- preguntó Kys. **-Parece un hombre honesto.**

-No, no lo mates- dijo la caja. **-Pon una lanza de telequinesis en su córtex y borra su memoria a corto plazo. Luego déjalo en la calle. No quiero que recuerde nada de lo que ha ocurrido aquí.**

Lightburn gritó. Gritó mi nombre. Kys se dio la vuelta y lo acompañó lejos.

-Volveremos a hablar- me dijo Ravenor. **-Espero que consideres lo que te he dicho. Estoy deseando trabajar contigo. Me decepcionaría que no te decidieras.**

El trono-ataúd giró y se alejó sobre sus suspensores.

La mujer pelirroja se acercó a mí.

-Por aquí- dijo. **-No me des problemas.**

Me condujo por el pasillo y subió una empinada escalera muy húmeda. El agua de lluvia y la mugre se habían acumulado en charcos en los escalones. La vieja alfombra se había podrido.

-Te encontraremos un alojamiento mejor mañana- dijo, como disculpándose. Esto tendrá que ser suficiente por esta noche. **-No suele pensar mucho en las comodidades físicas.**

No respondí.

-Quiero que pienses muy seriamente en esto cuando estés sola- dijo. **-Por favor, Beta. Puedes ayudarnos. Puedes ayudar al Imperio. Se te pide que tomes decisiones muy serias sobre tu futuro, y no quiero que te equivoques. Eisenhorn es peligroso.**

Muy peligroso. Era mi amigo y no puedo ponerme de su lado. Por su culpa, tu pobre madre murió.

Habíamos llegado a un rellano superior. Un largo y miserable pasillo se extendía lejos de nosotras. Era una de las antiguas alas del hospital, una línea de habitaciones individuales como celdas. Este nivel del edificio no era menos sucio, oscuro y lluvioso que el piso de abajo.

La miré.

-Me llamo Kara Swole- dijo. **-Ojalá nos hubiéramos conocido en mejores circunstancias. Me hubiera gustado conocerte bien.**

-¿Mi madre murió por su culpa?- pregunté.

-Ella siguió a Eisenhorn- dijo Kara Swole. **-Era totalmente leal. Pero se había excedido, y se había asociado mal, y había empezado a explotar recursos que ningún hombre debería haber tocado. Ella murió, Beta, simplemente porque estaba a su lado.**

-¿Qué recursos?- Pregunté.

-Utilizo demonios- dijo ella.

-¡Eso es bastante ridículo!-. Le contesté. **-He hablado con él. Es extraño y poderoso, pero está totalmente cuerdo y es razonable.**

-Sí, siempre lo parece, ¿no?- dijo. **-He pensado eso de él durante mucho tiempo. Es su aspecto más peligroso. Cuando habla, hasta las ideas más heréticas tienen sentido.**

Abrió la puerta de una de las habitaciones de la mitad del pasillo. Dentro había una litera mugrienta y una silla. La única ventana

estaba enrejada por dentro y por fuera con bandas de hierro.

-Siento que no sea mejor- dijo. **-Duerme, piensa, reflexiona. Mañana, si estás de acuerdo, podremos llevarte a un lugar más agradable y comenzar el proceso de información.**

Me dejó en la pequeña celda y cerró la puerta. Oí cómo se cerraba.

Estaba oscuro. Por la ventana enrejada entraba una tenue luz gris procedente de la noche de fuera, y esa luz se difuminaba y se filtraba por la lluvia. Me senté en la cama.

No tenía ni idea de lo que iba a hacer. No tenía ni idea de en quién o en qué confiar. Justo cuando creía que me estaba centrada, el mundo cambia de nuevo.

Creo que empecé a llorar. Ciertamente, me quedé pensando durante mucho tiempo. Dudaba de que la noche terminara.

-Llorar es bueno- dijo una voz.

Levanté la vista.

-Ciertas sustancias químicas del cerebro presentes en las lágrimas alivian el dolor- dijo la voz. **-Así que llorar es bueno. Por eso lloras.**

No estaba sola.

Había un hombre de pie en la misma esquina de la habitación detrás de mí, de pie sobre la cama donde estaba arrinconada, apenas una figura pálida en lo más profundo de las sombras. No había estado allí cuando me encerraron, estaba segura de ello, pero no sabía de qué otra forma podía haber entrado. La puerta estaba cerrada y la ventana tenía barrotes.

Me levanté de un salto y me alejé de la cama. Él se quedó dónde estaba, elevado sobre mí por la altura de la litera. Era una figura pálida, una sombra gris que se parecía vagamente a un hombre.

-¿Quién es usted?- pregunté.

-Un amigo.

-¿Qué clase de amigo?

-Un amigo enviado por un amigo para ayudar a un amigo- dijo.

-¿Cómo has llegado hasta aquí?

-De la misma manera que siempre- dijo, dudando. **-¿Era una pregunta trampa?**

-No- dije.

-La verdadera pregunta es: ¿cómo voy a sacarte de aquí?

-¿Te ha enviado Eisenhorn?-. Pregunté. **-¿Te ha enviado Eisenhorn a por mí?**

-Tal vez- dijo el hombre.

-Eres el quinto miembro- dije, comprendiendo. **-El otro especialista.**

-¿Soy yo?- preguntó el hombre. **-Bueno, supongo que sí. Es bueno que piense en mí de esa manera.**

Se bajó de la cama. Incluso a la luz más directa de la ventana, seguía siendo una sombra, un borrón de luz.

Oí pasos corriendo por el pasillo de fuera. Oí a la pelirroja Kara golpear la puerta y decir mi nombre. Hizo sonar la cerradura, pero la puerta no se movió.

-Oops- dijo el hombre. **-Es hora de irse. Me han detectado. Será mejor que nos vayamos.**

Levantó la mano izquierda y la extendió hacia la ventana. Su mano empezó a brillar suavemente con la luz más angustiosa. No tenía color, pero era de todos los colores. Era un matiz que sólo se podría mezclar en una pesadilla.

Los barrotes del interior y del exterior de la ventana se derritieron y corrieron por el alféizar y la pared como si fueran alquitrán líquido. Oí cómo silbaban y quemaban la madera y el suelo. Podía sentir el calor y oler la abrasión. El cristal de la ventana se convirtió en polvo y salió volando. La lluvia entró por el hueco, convirtiéndose en vapor. Entró más luz ahora que la sucia ventana se había evaporado.

El hombre se volvió hacia mí.

-¿Estás lista?- me preguntó.

No supe qué decir.

-Así está mejor- dijo. **-Ahora que hay un poco más de luz, puedo verte bien. Eres muy bonita.**

Kara golpeaba frenéticamente la puerta. Podía oírla gritar mi nombre, pero lo único que podía mirar era al hombre.

-¿Dónde están mis modales?- dijo. **-Hola, pequeña. Me llamo Cherubael.**

Beta Bequin volverá en el segundo volumen de esta trilogía, que se llama

PENITENTE